

BESOS PARA
LOS MALDITOS
Danny Miller

Siruela/ Policiaca

Danny Miller

Besos para los malditos

Traducción del inglés de
Carlos Jiménez Arribas

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Créditos

Edición en formato digital: enero de 2015

Título original: *Kiss me Quick*

En cubierta: fotografía © Popperfoto / Getty Images

© Danny Miller, 2011

© De la traducción, Carlos Jiménez Arribas

© Ediciones Siruela, S. A., 2015

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-81-4

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

www.siruela.com

Índice

1. Londres
- Prólogo. Para siempre, Jack
2. Dios salve a la Reina
3. Brighton
4. Cuerpos
5. *La dulce vida*
6. Los modernistas
7. El arte
8. Albion Hill
9. Un día en las carreras
10. El Piel Roja
11. Oráculo
12. Pez espada
13. La dolce vita
14. El Sindicato Corso
15. El Gran Jefe de todos los tarados
16. El Holandés Gigante
17. Toc, toc
18. Un sindiós
19. Pobrecilla
20. El Cabeza
21. Una chica desnuda y una pistola
22. La Mujer Volcán
23. Servicio de habitaciones
24. *Rock and roll*

25. Un César de paja
 26. Un fin de semana guarro
 27. Muelles, maricones y maleantes
 28. La gallinita ciega
 29. El Blue Orchid
 30. Los labios de Mae West
 31. La mitad de todo
 32. ¡Paf!
 33. El almacén de accesorios más grande del mundo
 34. La otra mitad
 35. Bobbie y Vince, *pour toujours*
- Epílogo. El detective

Para Josie Miller

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a Veronique Baxter y a David Higham por fijarse en este libro y darle todo su apoyo. A Krystyna Green y a todos en Constable & Robinson por sacarlo a la luz. A Cressida Ellis por leer con boli rojo los primeros borradores. A mi madre, Josie Miller, por ser una lectora voraz y servir de inspiración, y a toda mi familia y amigos.

BESOS PARA LOS MALDITOS

Prólogo

Para siempre, Jack

24 de diciembre de 1939. Brighton. En mitad de la noche.

El conductor miró por el retrovisor al hombre que encendía un cigarrillo con un mechero de oro en el asiento de atrás. Prendida la llama, pasó el pulgar por las palabras grabadas: «Jack, Pour Toujours». Era un regalo. La mujer sabía que le gustaría la inscripción porque Jack Regent era un hombre que dejaba su huella en las cosas: mandaba bordar sus iniciales en las camisas de la calle Jermyn, hacía inscribir su nombre en las pitilleras de plata de la joyería Aspreys y en los encendedores de oro Dupont.

Jack apagó la llama de un soplido y dio una lenta calada al cigarrillo, inhalando el humo denso del tabaco hasta lo más hondo de sus pulmones. Luego lo exhaló, y una firme columna de humo llegó hasta el espejo por el que lo observaba el conductor, Henry Pierce. Al verse sorprendido, Pierce desvió la mirada. Sabía que a Jack no le gustaba que lo miraran. Sabía que quería estar a solas con sus pensamientos. El cigarrillo era el primero que Jack saboreaba en libertad, y lo estaba disfrutando.

El coche, un Rover 8 de color granate de alta gama, modelo 1936, tenía tapicería de cuero rojo y salpicadero de nogal. Hacía menos de una hora que Jack había salido de la cárcel de Lewes, donde Pierce lo estaba esperando. Lo habían dejado en libertad muy pronto, por mediación del alcaide. En la prisión, Jack puso fin a una revuelta que él mismo había organizado: primero la incitó y luego la abortó de manera heroica. También salvó a un guardia de una paliza, paliza que él había ordenado, planeado y, al final, evitado valerosamente. Todo estaba amañado y el resultado fue que le conmutaron una pena de siete años en una de dieciocho meses.

A Jack lo metieron preso por agresión con ensañamiento. Un corredor de apuestas no pagó lo que debía y acabó con la cara rajada. Jack dejó su huella. Aunque el arma elegida, una navaja, no era típica de él. Siempre pensó que las navajas eran cosa de críos, una cursilada de los ingleses. Había que dar un navajazo muy fuerte para hacer daño de verdad. Lo veía más para dar un aviso. Pero Regent no era partidario de andar avisando a sus enemigos, así que lo del corredor de apuestas lo tomaron como un error. Un error que juró no volver a cometer. Juramento que iba a mantener esa misma noche. Jack le dio una última calada al cigarrillo, luego lo apagó.

Era la señal para Henry Pierce. Pierce abrió la puerta del coche y abandonó el asiento del conductor. Una vez fuera, quedó expuesta toda su corpulencia: un metro noventa y cinco de estatura y más de cien kilos de peso. Una figura imponente enfundada en negro desde los zapatos de cuero ribeteados hasta el sombrerito de fieltro. Metió las manazas en los bolsillos del abrigo negro con cuello de terciopelo,

sacó un par de guantes de cabritilla, negros también, y se los puso, como una segunda piel.

Henry Pierce había sido luchador profesional y sabía lo importante que era el vestuario, y también el espectáculo. En cierta ocasión fue de gira por todo el país y, ante carpas abarrotadas de público, representó el papel de piel roja. Salía al escenario disfrazado de pies a cabeza, con penacho de plumas, pintura de guerra y tomahawk al cinto, acompañado de su india, del tam-tam de los tambores y de los abucheos del público. Pierce era el malo diabólico del ring, un primer espada hasta que una noche se le fue la mano y casi mata a su oponente. Iba por la vida como si todavía estuviera en el ring y aún fuera el más malo de todos, el artista de circo. Solo había cambiado el penacho de plumas y los mocasines por la ropa negra.

El viento salado y cortante azotó la cara de Pierce, llena de suturas. Eran cicatrices de hacía años pero seguían sin borrarse, sonrosadas y pulidas. Una muy larga iba desde el lóbulo de una oreja hasta el labio de arriba, seccionándole ese cuarto superior de la cara. Otra con forma de tela de araña le cubría un pómulo allí donde le habían clavado el cristal de una botella de cerveza. El ojo izquierdo parecía el huevo de un ave exótica en mitad del nido, un nido de cicatrices. Una esquirla de cristal se le había clavado dentro y le dejó el ojo vago, dándole la apariencia de un trozo de mármol moteado y gelatinoso, veteado de venas azules y rojas. A veces se ponía un parche, otras disfrutaba incomodando a la gente al mirarlos. Y, dado el tipo de trabajo en el que se había especializado, le valía como arma de intimidación, igual que un cuchillo o una pistola. Mucho tiempo atrás había decidido que le hacía falta el ojo bueno para ver lo tremendamente desagradable que resultaba el malo. No lo cambiaría por nada, y mucho menos por otro ojo bueno. Así veía Henry Pierce el mundo.

Abrió la puerta de atrás.

Jack Regent salió del coche apoyando suavemente un pie sobre el pavimento y luego el otro con más contundencia. Tenía torcido el pie izquierdo; cojeaba un poco al andar, pero el pie deforme con el alza en el zapato no le hacía más lento, ni se veía por ello impedido en sus menesteres. Y, al igual que Henry Pierce, aprendió a aprovechar aquel defecto físico, aunque ir por la vida con la cara cosida a cicatrices no tenía tanta categoría como ser patituerto. Jack lo era de nacimiento, un don de Dios que lo distinguía de todos los demás.

Llevaba horas nevando y la ventisca había espolvoreado de blanco toda la calle. Luces de Navidad iluminaban con decoro una hilera de ventanas. Las altas casas georgianas alineadas a lo largo de St. Michael's Place habían conocido tiempos mejores, y acabaron divididas y convertidas en pisos sin ascensor. Viviendas de uno y dos dormitorios con el baño compartido ubicado en los destartados corredores.

La puerta del número 27 lucía una corona roja y verde atada al llamador de bronce macizo. No estaba cerrada con llave y los dos hombres entraron a un pasillo en penumbra. Jack empezó a subir las escaleras sin dar la luz. Allí era donde más se notaba el alza, porque en cada escalón nivelaba el peso con el pie bueno y luego

dejaba caer el otro con un golpeteo muy característico.

Cuatro pisos más y ya estaban en el descansillo al que dirigían sus pasos. Jack se detuvo ante la puerta que estaba a punto de franquear y escuchó atentamente, pero solo le llegaba el sonido de su propia respiración, acompasada y tranquila. La subida no había hecho mella en él, ni le ponía nervioso pensar en lo que había ido a hacer allí. Retrocedió un par de pasos, levantó el pie torcido y lo estampó con todas sus fuerzas contra la puerta haciendo que la cerradura saltara por los aires.

Dentro se oyeron los gritos asustados de un hombre y una mujer sacados sin contemplaciones del sueño. Encendieron la luz en un dormitorio y la fina lámina que salía por debajo de la puerta iluminó débilmente el salón donde ya estaban Jack y Pierce.

Jack paseó la vista por la estancia, ajada y deprimente. A la moqueta se le veían los hilos, el papel de la pared tenía manchas de humedad y estaba descascarillado; los muebles eran repintados y baratos. En un intento de estar a la altura de las fiestas, habían puesto en un rincón un arbolito adornado con guirnaldas que cubría de agujas de pino el envoltorio de los pocos regalos a sus pies. Sobre la repisa de la chimenea había postales navideñas.

—¡Qué demonios es...! —Sonó la voz de la mujer que, temerosa, se levantaba en ese momento de la cama y echaba mano de una bata.

El pomo de la puerta giró. Jack entró en la habitación y la puerta se cerró tras él.

—¡No, por favor... Dios... No! —La voz, distorsionada por el pánico, subió como una crepitación hasta alcanzar el techo, pero no pasó de allí.

Jack la agarró del pelo y la arrastró hacia sí. Los mechones de la mujer eran de color castaño con un brillo rojizo, y envolvieron la mano de su captor como hebras de seda cuando la obligó a ponerse de rodillas. Tiró hacia atrás de su cabeza y el cuello largo y blanco quedó expuesto; los ojos verdes, abiertos y llenos de vida. Con la otra mano Jack empuñaba el mango de marfil de un cuchillo de hoja larga y fina. Los gritos de la mujer se transformaron pronto en gárgaras de sangre espumeante allí donde la hoja rebanaba sin demora ni piedad hasta cortar la espina dorsal. El cuerpo sin vida, partido casi en dos, cayó al suelo.

Jack desvió la atención hacia un rincón del dormitorio. Y allí lo halló agachado, hecho un ovillo en el suelo. Con los huevos al aire y la espalda todo lo pegada que podía contra la pared del rincón. En la piel tenía el sudor reciente tras sus retozos con la mujer. Seguro que era un gallito, un engreído que se creía dueño de la situación en el momento oportuno. Aunque no era aquel el momento oportuno. Miró desde el suelo a Jack. La situación era inevitable, y eso en parte lo alivió de su miedo. Sabía lo que iba a pasar porque sabía quién era Jack Regent.

Jack le sostuvo la mirada mientras se acercaba a él, luego bajó despacio el cuchillo hasta situarlo a la altura de su cara. Con pulso firme colocó la punta de la hoja sobre la negra pupila del ojo castaño. La pupila se dilató y se contrajo, como una señal de emergencia que se enciende y se apaga. La punta perforó despacio la membrana que cubría el cristalino, pero el hombre seguía con los ojos abiertos; ni siquiera pestañeó.

No podía apartar la vista de Jack. De rodillas en el suelo, el tiempo comenzó a pararse para él. Aunque no vio pasar su vida en unos segundos, porque lo que tenía delante era mucho más absorbente que nada que hubiera ocurrido antes: un asiento en primera fila para su propia ejecución.

Jack le dedicó una leve sonrisa, casi un adieu. Y con un movimiento rápido y eficaz le metió el cuchillo en el ojo, atravesando la materia gris y blanda hasta que llegó al hueso en la zona posterior del cráneo. El hombre sacudía el cuerpo y temblaba mientras Jack giraba la hoja clavada en su cabeza y la retorció; ensartándole el cerebro, poniendo fin a todos los temores, los pensamientos y los recuerdos, hasta que se le fue la vida igual que una señal luminosa que desaparece en la distancia... del todo y para siempre.

Jack salió del dormitorio y apagó la luz. Henry Pierce lo miró embelesado. Costaba hallar una gota de sangre en el abrigo de pelo de camello, largo, hecho a medida. Pierce ya sabía lo que venía a continuación. Aunque no era lo que se dice rutina, así lo habían hecho otras veces. Jack salía y le dejaba trabajar: limpiarlo todo y deshacerse de los cuerpos. Tenía las herramientas en el coche. Había que cortarlos en trozos y arrojarlos al mar. Pierce hizo sonar los nudillos enfundados en los guantes de cuero negro, lo que quería decir que estaba preparado para la tarea.

Pero Jack no salió para dejar que Pierce hiciera su trabajo, sino que sostuvo en alto el cuchillo y lanzó a Pierce una mirada desafiante. En un acto reflejo, este agarró el arma que le tendía. Aquel gesto inesperado de Jack lo desconcertó, y arrugó confundido la pronunciada frente. No sabía qué tenía que hacer, así que le miró esperando instrucciones.

Jack no dijo nada. Sacó la pitillera de plata, cogió otro de sus cigarrillos franceses, se lo llevó a los labios y lo encendió con el mechero de oro grabado. La llama iluminó el pasillo en sombra. Jack inhaló el humo denso del tabaco, luego lo expulsó como una orden hacia la puerta.

Pierce salió de su estado de confusión; había pillado el mensaje. Tenía gotitas de sudor en el labio de arriba. Se limpió rápidamente con el dorso de la mano enguantada. Sabía que Jack podía tomarlo por una debilidad, algo parecido a una insubordinación, como si cuestionara su buen juicio. Asintió tres veces con la cabeza, poniéndose serio, dando a entender que era lo correcto. Lo inevitable. Cuando iba por la tercera vez, se preguntó por qué no lo había pensado él. Pero así era Jack, siempre un paso por delante. Aquello los ataría con lazos de sangre, como una operación conjunta que los acompañaría a los dos a la tumba. Pierce paladeó esa idea morbosa. Agarró con más fuerza el cuchillo; la mano aún le temblaba. Pensó que hasta Jack le perdonaría aquella debilidad sin importancia, teniendo en cuenta la tarea que tenía por delante...

Jack salió del piso. Pierce oyó los pasos desiguales alejándose, escaleras abajo. Luego fue hacia la puerta del dormitorio y pegó el oído. Solo escuchó el sonido entrecortado de su propia respiración. Volvió a abrir la puerta. Dentro estaba todo oscuro, como si no hubiera ventanas. No entraba luz de las farolas de la calle, ni de la

luna en cuarto creciente. Pero la oscuridad, y lo que sea que habite en ella, nunca fue un problema para Henry Pierce. Vestido todo de negro, como siempre, hasta sentía cierta afinidad con las sombras.

El cuchillo ya no le temblaba en la mano cuando cruzó el umbral y cerró la puerta tras él...

1

Londres

12 de enero de 1964. El Soho, Londres. A última hora de la tarde.

El detective Edward Tobin fue el primero en entrar en el club Cucú de la calle Wardour. Le enseñó la placa al portero, un joven delgado con un frac barato que le quedaba ancho de cuello. Tobin sacó la placa por puro hábito más que por necesidad. No era la primera vez que iba al club, y el portero sabía quién era. Lo estaba esperando. Tobin lo acompañó dentro, y mientras lo seguía, pensó que el Soho últimamente dejaba mucho que desear.

No como él, que medía uno sesenta y cinco, estaba en unos setenta y dos kilos de peso y lucía más músculo que grasa, nada mal teniendo en cuenta que solo le quedaba un año para jubilarse como policía. Había peleado en los pesos medios cuando estuvo en el ejército. También compitió representando al Cuerpo de Policía y, como suele decirse (porque siempre se dice en estos casos), podría haber sido un buen aspirante. Parecía un exboxeador. Con muchos golpes en el cuerpo y sin nada de barriga, tenía los ojos semicerrados y estrechos, la nariz chata, los labios gruesos y, según pudo comprobarse cuando salió de la nada para enfrentarse a Freddie Spinx en el Royal Albert Hall, la mandíbula de cristal.

No había nadie en el club. El techo era bajo, oscuro y cavernoso. El escenario, pequeño, para una audiencia de no más de diez mesas. A lo largo de las paredes había cabinas empotradas con forma de herradura, forradas de paneles de roca sintética. Todas con sus correspondientes cortinas de terciopelo negro que se podían correr para mayor intimidad. Tobin paseó la mirada por el club. Había estado allí antes muchas veces, pero nunca con un cuerpo sin vida en el suelo.

—¿Dónde está Duval? —preguntó.

—En su oficina.

—Pues dile que venga. Y que me traiga el sobre.

El joven delgado de la puerta salió disparado.

Tobin se acercó al cuerpo tendido en el suelo para inspeccionarlo. Era un varón, rondaría la treintena, y estaba trajeado. Tenía una buena mata de pelo castaño culminando un rostro delgado, demacrado, cadavérico; y eso era más verdad ahora que nunca. La piel suave acentuaba las múltiples cicatrices de la cara, cada una de distinta procedencia. Tres cortes de navaja que le surcaban de arriba abajo la mejilla izquierda parecían ser la última adquisición.

Tobin conocía al muerto: Tommy el Trizas. Era un fijo en el Soho. Regentaba un local en la calle Berwick, el Author & Book Club, un antro de dos piezas con barra y sala de apuestas en la planta de arriba. Los únicos autores que paraban allí eran los de su propia

desgracia, empeñados hasta las orejas y enfrascados en libros llenos de columnas de pronósticos y apuestas, nada de prosa o poesía.

El apodo le vino por las cicatrices que fue acumulando año tras año, porque tenía la cara literalmente hecha trizas. Su nombre verdadero, ya olvidado salvo en la larga ficha de la comisaría del West End, era Smithson. Thomas Albert Smithson. No murió por los tres cortes de navaja en la cara, esas cicatrices eran de hacía dos años. Tobin lo sabía porque trabajó en el caso. El Trizas se relacionaba mucho con los malteses: estaba casado con una chica de Malta, y hacía de matón para ellos protegiendo sus negocios de prostitución en el Soho. Los malteses intentaban entonces hacerse un hueco en el lucrativo nicho de las máquinas tragaperras del West End. Pero el negocio lo tenían copado dos hermanos del sureste de Londres, reacios a ceder el monopolio, y habían mandado a un emisario para que grabara claramente sus intenciones en la cara de Tommy.

Lo que mató a Tommy el Trizas saltaba a la vista: un cuchillo de cocina de treinta centímetros que tenía clavado hasta la empuñadura en el pecho.

—Hay algo raro, ¿no te parece? —dijo una voz detrás de Tobin.

Tobin se dio la vuelta esperando encontrar a Duval pero en su lugar halló al detective Treadwell.

—He aparcado en doble fila —añadió el joven detective, sabiendo que eso molestaría a Tobin. Y así fue.

Tobin quería ver primero a solas a Duval porque esperaba su sobre. Por eso había dejado a Treadwell aparcando.

—¿Qué coño tiene de raro? —gruñó.

—Que esté tumbado de esa manera, parece que lo hayan colocado en esa posición a propósito. Cuando en el teatro quieren representar a una víctima de asesinato, la ponen así.

Tobin sacudió la cabeza con evidente fastidio, sin molestarse en disimular el cabreo que tenía encima.

—¿Y eso qué es, un poquito de ese humor tuyo de universitario de tiros largos? Sátira lo llaman, ¿no? ¿Pasarse de la raya?

—De vueltas, Eddie. Pasarse de vueltas —respondió el joven detective sin prestar demasiada atención a lo que decía, agachado junto al cuerpo para verlo más de cerca.

—¡Panda de listillos! Habéis salido todos de colegios de pago y no tenéis ni cojones ni respeto.

—Es solo hablar por hablar, Eddie, pero esto no pasaría en un club como el Establishment, donde representan esas sátiras que tan poco te gustan —repuso, y siguió inspeccionando el cadáver.

—No te andes con rodeos, Treadwell.

—Vale, ¿qué te parece entonces esta teoría? Es obvio que el cuchillo le paró en seco el corazón, visto lo poco que ha sangrado la herida y que casi no ha manchado el suelo. No hay señales de lucha. Tiene la corbata en su sitio, así que no parece que opusiera mucha resistencia. Ningún corte en las manos ni en los brazos, lo que quiere decir que no trató

de protegerse con ellos. Posiblemente porque no le pareció necesario. Y cuando se lo pareció, ya era demasiado tarde. Yo diría que no solo conocía al agresor, sino que se fiaba de él. –Miró desde el suelo a Tobin–. ¿A ti qué te parece?

–Menuda manera de empezar el año –interrumpió Lionel Duval saliendo de detrás de la cortina de cuentas de plástico que separaba el cuarto del fondo del resto del club. Su traje gris pizarra relucía como la piel de un tiburón. Cualquiera que le viera el pelo canoso recién peinado le echaría unos cincuenta años; si se fijaba en los finos rasgos de su cara de niño, menos de cuarenta; y si viera la montura de oro de las gafas con cristales ahumados que cubrían aquellos ojos gélidos, entonces pensaría que era un noctámbulo–. A la prensa le encantará esta mierda. Duncan Webb, ese del *People*, se pondrá las botas, como si fuera un caso terminal de sífilis. ¡Hay que ver qué bien maneja eso de las intrigas!

No le pasó inadvertida la ironía al joven detective. Al levantarse para saludar a Duval no pudo reprimir una sonrisa.

–Un gánster con la cara llena de cicatrices que aparece prácticamente clavado al suelo de un puticlub no es lo mismo que rescatar al gatito que no puede bajar de un árbol, señor Duval.

Un aire de profunda indignación se dibujó en la cara de Duval.

–¿Un puticlub? Eddie, ¿quién es tu ayudante?

–Es el detective Vince Treadwell y... –Antes de que Tobin acabara de presentarlo, Duval sacó del bolsillo de la chaqueta un sobre grueso. Tobin lo paró en seco frunciendo el entrecejo y alzando la voz para avisarlo–: También conocido como «Vinnie Manos Limpias».

Poco sutil, pero muy efectivo. Duval rectificó y se volvió a meter el sobre en el bolsillo.

Tobin quiso entonces aclarar lo del apodo:

–Lo llamamos así por lo joven que es y por esa carita que tiene. Un universitario.

Había descrito con precisión a su ayudante, pero era una explicación ridícula del sobrenombre con el que lo había bautizado. Vince tomó nota con una risita cínica y sacudió después la cabeza haciendo un gesto no menos desdeñoso que acabó en un expresivo suspiro.

–Pues un placer, detective Tread...

–Treadwell, detective Vince Treadwell.

–Tread-well. Detective Vince Treadwell –repitió Duval, haciendo ostentación de que lo recordaría en el futuro. Contento de haberlo guardado a buen recaudo en su memoria, le dedicó una gran sonrisa llena de cordialidad que dejó ver las hileras de dientes en cuyas fundas se había gastado una fortuna–. Y, por favor, llámame Lionel. Todos mis amigos me llaman Lionel.

–Tiene que avisar a la brigada de homicidios, señor Duval –dijo Vince.

Duval cogió la indirecta, pero no dejó de sonreír.

–¿Por qué llamó al sargento Tobin? –siguió diciendo Vince.

Duval miró a Tobin buscando ayuda, pero no le sirvió de mucho porque Tobin nunca

reaccionaba tan rápido, ni siquiera en sus días de boxeador.

–Llamé a Eddie... Bueno, pues porque lo conozco hace mucho tiempo. Y sé que lo haría todo como hay que hacerlo, como es debido. La brigada de homicidios, o la antivicio, para mí son más o menos lo mismo. Todos vosotros, los que vais de azul, de raya diplomática, de pata de gallo, qué cojones, hasta de tweed, todos sois amigos míos –dijo Duval riendo mientras le tendía la mano a Vince.

Vince evitó dársela deliberadamente, señaló el cadáver y preguntó:

–Entonces ¿qué pasó aquí?

Cada desplante de Vince era como el agua que resbala por la espalda del tiburón. La sonrisa de Duval seguía sin inmutarse cuando respondió:

–Bueno, por lo que me contó Colin...

–¿Quién es Colin?

–El de la puerta –respondió Tobin.

Vince sacó su libreta y empezó a escribir.

–Tommy el Trizas vino con dos colegas –siguió contando Duval–, dos malteses de esos más negros que la pez. No paraban de darle a la lengua en esa jerga suya a toda pastilla, ya sabe cómo habla esa gente. Se sentaron en la cabina. –La señaló con el dedo–. Le pidieron las copas a una de nuestras camareras, la única que estaba de servicio. Cuando volvió con las consumiciones, los dos malteses se habían largado... – Duval miró el cadáver en el suelo–. Y solo quedaba él.

–¿Dónde está la chica? –preguntó Tobin.

–La mandé a casa. Estaba hecha un mar de lágrimas. Las nenas son así, lloraba a moco tendido, la pobre. Es nueva, acaba de llegar; de Luton. No había visto nunca un muerto, y encima así. ¡Menuda forma de entrar en el estrellato, eh!

–Habrá que hablar con ella y comprobar si les vio la cara a los macaroni –dijo Tobin.

Duval chasqueó la lengua y sacudió la cabeza. Más que en señal de advertencia, simplemente como si intentara rectificar a Tobin.

–Eran malteses, Eddie. Los macaroni son italianos.

–Yo creía que los italianos eran spaghetti –respondió Tobin–. ¿Qué diferencia hay? Ahora el que sacudía la cabeza era Vince.

–Ninguna, Eddie. Me parece que el señor Duval solo intentaba echarte un cable con los epítetos raciales.

Duval soltó una risita hueca y miró a Vince de arriba abajo, como si estuviera reconsiderando algo.

–Eres toda una monada. Las cazas al vuelo y además eres un guaperas –dijo asintiendo con admiración–. Una verdadera monada.

Vince no prestó ninguna atención a sus palabras y siguió examinando el fiambre, poniéndose otra vez de rodillas para inspeccionar el arma que lo había dejado seco.

–Es un cuchillo muy grande, no de esos que uno lleva siempre a mano. –Vince miró a Tobin, que conocía el Soho como la palma de la mano–. Hay una ferretería en la calle Greek que vende utensilios de cocina, ¿no?

Tobin asintió, dejando ver a través de los ojos entrecerrados muy poco entusiasmo por lo que decía Vince.

—Quizá no lo planearon. Vieron a Tommy, se fueron a comprar el cuchillo, lo invitaron a una copa en un sitio oscuro y vacío —prosiguió Vince, mirando ahora a Lionel Duval—, un sitio en el que no hacen preguntas porque no les gusta llamar la atención, y allí lo mataron.

—¿Qué es eso que dice tu ayudante, Eddie?

Vince se levantó. Con aquella segunda mención, la palabra «ayudante» había perdido todo su encanto.

Tobin levantó las manos en señal de paz.

—No dice nada, Lionel. Solo está haciendo suposiciones.

—¿Hay más testigos? ¿Algún cliente? —preguntó Vince.

Duval negó con la cabeza.

—No, acabábamos de abrir —dijo—. Aquí no viene la clientela habitual que sale a ver un espectáculo. Nos especializamos en clientes menos madrugadores, más aventureros, si me permites decirlo así. —Volvió a poner aquella sonrisa cordial, culminada por un guiño—. Aquí vienen a pasárselo bien, los muy guarros. Pero todo legal.

—Eso dicen. ¿Lo tiene grabado? —preguntó Vince.

Duval pasó de la sonrisita a la mueca y le echó a Vince una mirada sin contemplaciones.

—A este cabronazo le gusta andar pleiteando, ¿no, Eddie?

El dueño del club había salido en la portada de People porque dio una fiesta en su mansión de Suffolk y, como era previsible, la cosa acabó en orgía. Pero no tan previsible, según rumores, era que lo había filmado todo con cámaras escondidas detrás de espejos y por todos los rincones de la casa. A varios diarios les llegaron fotografías en blanco y negro, de dudosa calidad, que mostraban a un aristócrata inglés y a un diplomático ruso recibiendo las atenciones de un chapero y de una de las «camareras» de Duval. Aunque no pudieron publicarlas: mucho culo al aire pero caras, ninguna.

—O sea, que vienen a pasárselo bien, los muy guarros, y todo legal —repitió el joven detective con una sonrisa, interrumpiendo el duelo de miradas con Duval y desviando la atención hacia la cabina en la que estuvo Tommy el Trizas con sus asesinos.

Encima de la mesa había un cabo de vela sobre una botella de Mateus Rosé, toda llena de cera. Al igual que las otras velas del local, estaba apagada. Por muy oscuro que estuviera, a Vince le parecía que la camarera tenía que haber visto la puñalada a Tommy el Trizas, pero Duval lo había arreglado con unos cuantos billetes para que no se fuera de la lengua. Que eso era lo que se hacía en el Soho, mirar para otro lado y cerrar el pico. Matar a un hombre en un club de aquellos era más seguro para el asesino que hacerlo en cualquier callejón a oscuras en una ciudad fantasma. Vince imaginó que, por la cuenta que le traía, la política de «cerrar el pico» tan extendida en el Soho también se la aplicaba el de la puerta. Colin tuvo que ver a los asesinos a la entrada, su posición era privilegiada bajo el letrero luminoso.

—¿Dónde está Colin? —le preguntó a Duval.

—Afuera en la puerta, supongo.

Entonces Tobin se dirigió a Vince:

—¿Por qué no vas y lo traes, y de paso das aviso en comisaría?

Vince sabía que Tobin lo quería lejos de allí para poder meterse el sobre en el bolsillo. Meneó la cabeza despacio, con toda la intención, dejando claro a los otros dos que no aprobaba aquel intercambio.

Vince llevaba tres meses en la brigada antivicio, en la comisaría del West End, y sabía que los sobres eran parte del trabajo. Como el aguinaldo de los basureros en Navidad, así se lo explicaron. Solo que para los polis de antivicio era Navidad todo el año, porque los clubs, los puticlubs, los chulos, las prostitutas y los traficantes de porno pagaban semanalmente. Así se aseguraban de que los dejaran tranquilos todo el año. Era un primor de trato; y el Soho, un mercado bastante abierto desde que a los hermanos Messina (tres tratantes de blancas sicilianos que dominaron el negocio del juego y la prostitución del West End durante tres lustros) los trincaron y deportaron en 1955.

Desde entonces, la actividad nefanda de las mafias del West End se dividió en múltiples y diminutas parcelas. Y así les convenía que fuera al detective Eddie Tobin y a los suyos, porque las parcelitas eran enseguida transformadas en múltiples sobrecitos. Los sobres daban seguridad a gente como Duval, el empresario más importante del Soho. Y así, cuando corrían las cortinas de una cabina en el club Cucú y una camarera le hacía una mamada a un ejecutivo de Unilever en viaje de negocios, a un magistrado de Chancery Lane, o a un político de Westminster, todos tenían garantías de que ningún policía de Scotland Yard iba a asomar la cabeza por la cortina para decir: «¡Cucú!».

Vince salió sin rechistar a buscar a Colin, el portero; luego llamó a homicidios. Y así le dejó a Eddie Tobin recoger el sobre correspondiente de manos de Duval, quien, por muy guarro que fuera, no era el peor de todos. Él solo legitimaba su negocio comprando todas las parcelitas que podía en la milla de oro del Soho.

La entrada del club era pequeña. Sobre las paredes de madera barnizada de pino había fotos de las camareras en blanco y negro. Iban vestidas solo con un biquini, o exhibían diversos grados de desnudez. De la parte de atrás de un pequeño mostrador con una caja registradora salía un tramo de escaleras empinadas y estrechas que recorrían todo el edificio. Pero ni rastro de Colin.

Un crujido distante, aunque lo suficientemente audible, hizo que Vince mirara sorprendido al techo. Parecía que venía del último piso. Pensó que podría ser el ruido de una puerta al cerrarse. Subió el primer escalón para investigar y vio un hacha y una cachiporra escondidos bajo el mostrador. Apretó el interruptor, pero no se encendió la luz de la escalera.

En el primer piso había dos puertas, las dos cerradas con llave. Vince vio luz en el siguiente rellano. Una bombilla desnuda que estaba en las últimas iluminaba intermitentemente el descansillo sin ventanas del segundo piso. En una de las puertas

aparecía el letrero «Modelo para artistas», y se oía a la modelo y al artista en plena faena. Uno resoplaba apenas sin aliento, la otra dejaba escapar fingidos gemidos de placer.

Vince agarró la desvencijada barandilla de madera y siguió subiendo hasta el tercer piso, en el que una escalera de caracol llevaba a un estrecho rellano. La luz de la maltrecha bombilla del piso de abajo no alcanzaba allí. Le entró un escalofrío. Menos mal que no lo veía Tobin. Uno nunca pierde el miedo a la oscuridad, a algo mortífero agazapado en sus capas más profundas. Se quedó quieto unos instantes y, con los ojos ya habituados a la negrura que lo rodeaba, vio que no había nada en el descansillo, ni siquiera una puerta.

Subió con sigilo la estrecha escalera hasta el piso de arriba, donde sonaba el zumbido de una máquina. En el rellano el ruido era leve pero constante. Un pequeño haz de luz blanquecina se filtraba debajo de la puerta. El zumbido de la máquina hacía más patente el profundo silencio. Entonces, al otro lado de la puerta, gritó una mujer.

Vince intentó girar el pomo de la puerta pero estaba cerrada con llave. Dedujo, por el estado en el que se encontraban las barandillas, que tirar la puerta abajo sería pan comido. Fijó la vista en un punto bajo la cerradura y dio un paso atrás pegando la espalda a la pared para conseguir el máximo impacto. Levantó la pierna derecha, la flexionó hasta rozar casi la rodilla con el mentón y dio una patada a la puerta con toda la planta del pie. La puerta se rajó por la jamba y quedó completamente abierta.

Cruzó el umbral y entró en una pequeña habitación. En las estanterías de hierro que cubrían las paredes había latas apiladas llenas de rollos de película. Sobre una mesa alta de metal con dos bobinas, un proyector lanzaba un haz de luz blanca que atravesaba las sombras, y también la pared a través de un agujero. De allí venía el grito desesperado de la chica, cada vez más alto.

Vince avanzó hacia la abertura y se asomó, descubriendo al otro lado una sala de proyección privada, con tres filas de asientos para unas veinte personas. Las paredes y el techo estaban cubiertos de moqueta, un aislante que amortiguaba el sonido mientras diez hombres miraban absortos a la pantalla.

En ella retozaban dos hombres negros, o con la cara pintada de negro, luciendo pelucas y máscaras extravagantes. Equipados con la parafernalia que sirve para caracterizar a las tribus salvajes en las películas de serie B, follaban brutalmente con una joven blanca. Tenía el pelo rubio platino, cuerpo de yonqui, y picotazos claramente visibles en sus brazos opalescentes. La piel ayuna de sol permitía ver toda la gama de marcas que deja el dolor; manchas negras, azules, marrones y amarillas. Los párpados enrojecidos y la mirada perdida delataban que estaba completamente drogada.

Los dos hombres no parecían satisfechos con las reacciones de la zombi rubia a sus embates y empezaron a darle puñetazos. No fingían, había verdadera saña en cada golpe, verdadero dolor en los gritos de angustia. Y Vince vio en ella un temor que era auténtico y pugnaba por salir a través de sus ojos vidriados, supo que la violación y la paliza no respondían a la sobreactuación habitual del porno. De no ser por la jungla

de imitación del fondo (hojas pintadas, cuerdas colgantes en vez de lianas, escudos africanos y lanzas apoyadas contra la pared), podría parecer una escena real y no pasada por el filtro de una pantalla de cine...

Todos los sobres del mundo no servían para tapar aquel grado de degeneración, pensó Vince. Era algo que iba más allá de las típicas películas solo para hombres que pasaban en las salas privadas de los clubs del Soho. De repente se quedó paralizado al ver que uno de los hombres levantaba en el aire un cuchillo.

Vince no podía apartar los ojos de la pantalla y sintió una gran impotencia al verse incapaz de salvar a aquella chica que estaba en los huesos. Podría detener el proyector, pero hasta para eso era demasiado tarde, pues el relato horrendo del destino de la joven seguía su curso. Aquello era solo el registro que había quedado de todo ello, y Vince estaba atado de pies y manos mientras lo inevitable sucedía ante sus ojos. La náusea le invadió y le revolvió el estómago. Sintió un sudor helado resbalando por la columna vertebral, y todo el cuerpo abrumado bajo un peso enorme.

Estaba a punto de salir del trance y tirar el proyector al suelo cuando intuyó la presencia de una corpulenta figura recortada contra el marco de la puerta.

La chica en la pantalla dio un grito final que desapareció en la nada.

Cerraron la puerta de golpe.

Luego todo se tiñó de negro.

Dios salve a la Reina

10 de mayo de 1964. Scotland Yard.

—Eso no fue lo que ocurrió, señor.

—¿Me discute usted, Treadwell?

—No, señor.

El hombre que tenía frente a él sentado al otro lado de la mesa era el inspector jefe Ian Markham. Tieso como un palo, vestido con el uniforme azul oscuro de gala recién planchado, las manos con los dedos cruzados encima de la mesa, Markham representaba a la autoridad y exudaba autoridad. Tenía una carpeta abierta delante, y a la Reina detrás. Eso sí que es un respaldo, pensó Vince.

—Está claro que me discute. Y al decir que no, me discute usted todavía más.

—Señor. —Vince no encabezó su respuesta ni con un «sí» ni con un «no». Temía que su superior se diera por discutido tanto si lo reconocía como si lo negaba.

—Bien. El caso está cerrado entonces —dijo Markham, y cerró también la carpeta a modo de confirmación.

Vince movió imperceptiblemente la cabeza con gesto de resignación. Sabía que no tardarían mucho en archivar aquel informe donde aparecía la verdad negro sobre blanco. Pero aquello no era la verdad y él nunca se resignaría a aceptar la mentira. Le quemaba y le bullía por dentro, y no pudo evitar soltarlo:

—Eddie Tobin recibe un sobre semanal de Lionel Duval y hace todo lo que le pide porque Duval ha comprado su lealtad.

Markham encajó aquellas palabras y tensó la expresión de la cara. Luego se echó hacia delante cruzando otra vez los dedos, apretados, hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

—Edward Tobin ha servido de manera intachable a la Policía de Londres durante veinticinco años —dijo Markham—. No necesito informarle de la poca credibilidad que doy a su opinión sobre este caso.

Markham separó las manos y apoyó la fornida espalda contra el largo respaldo de la silla, como si estirase así su autoridad ante el joven detective. Siguió hablando, pero Vince había dejado de escuchar y fijó la vista en el retrato de la Reina detrás del inspector jefe. Vestida con un manto negro, parecía sonreírle recatada. La encontró casi coqueta, creyó ver en ella cierto atractivo, y hasta que se le insinuaba. Quizá él y ella... La Reina estaba muy guapa en esa foto. No lo pensaba en serio pero, por otra parte, hubiera preferido estar haciendo cualquier otra cosa en vez de seguir allí sentado frente a Markham, quien cada vez estaba más enfurecido y parecía a punto de estallar.

Vince dejó de pensar en la Reina y fijó la atención de nuevo en el inspector jefe. El pelo espeso, engominado y sospechosamente negro de Markham hacía que la Reina con su manto negro pareciera una extensión de su cabeza detrás de él. ¿Como si saliera de él? Sin duda, Markham esperaba estar un día en persona ante Su Majestad, arrodillado mientras ella, con la espada de las grandes ceremonias, le arrancaba por fin todo su resentimiento de clase trabajadora nombrándolo caballero. Levantaos, sir Ian, con vuestros treinta años de servicio a la Reina y a la patria. ¿Y qué hay del joven detective? ¡Que le corten la cabeza por cepillarse a la Reina! Nada más pensarlo, Vince esbozó una ligera sonrisa. Pero no tan ligera como para que escapara a Markham.

—Me alegro de que le parezca divertido.

—No me lo parece, señor —respondió Vince. Había calculado mal su temeridad con la Reina. Pero, después de todo lo que había pasado, se merecía unas risas.

Acababa de pasar veintitrés días en coma. Los médicos estaban sorprendidos, pues la lesión en la cabeza no era tan grave. No había secuelas en el cráneo ni en el tejido circundante, y tampoco en el cerebro. Solo le hicieron un somero drenaje cerebral para aliviar la presión de una «simple abolladura en el capó», tal y como lo describieron los cirujanos. Y poco más por parte de los matasanos. Cuatro semanas en observación y más pruebas en el hospital, luego tres semanas de reposo y a recuperar fuerzas en un sanatorio de la costa en el condado de Kent. Perdió peso, masa muscular; se sentía débil como un bebé, así que empezó a recuperarlo haciendo ejercicio cada día en el gimnasio. Flexiones, abdominales, pesas con mancuernas, balones medicinales y calistenia.

Un psiquiatra de la calle Harley, donde tienen su sede las clínicas privadas de Londres, especializado en trauma craneal, mostró interés en el caso y se ofreció voluntario para supervisar su recuperación. Era el doctor Hans Boehm y, de haberse presentado a un casting de curanderos para la Rank, la productora más importante del país, habría logrado el papel principal. A Vince le recordaba al profesor en los dibujos animados del Pato Donald, ¡cuac, cuac! Tenía el pelo canoso y todo despeinado, la barba larga, y hablaba con un acento vienés muy fuerte. Si alguien hubiera querido inventárselo, no le habría salido tan bien.

Cuando lo recordó, Vince fue hablando con Boehm de lo que había visto en la sala de proyección, y de la figura en la puerta. No parecía que Boehm lo tomara por loco, pero estaba claro que tampoco lo creía. La explicación del psiquiatra era que Vince había proyectado su versión de los hechos sobre el trasfondo de la oscuridad, campo siempre fértil para la imaginación. La imaginación, al ser despojada del sentido de la vista, su guía sensorial más poderosa, solía perder el control. «El ojo no es más que una lente, el que ve es el cerebro». Y como la lente está momentáneamente apagada, el cerebro sigue viendo. Pero ve lo que quiere ver, y lo que lo refracta ya no es la lente, sino el poder de la imaginación. Con una sonrisa de oreja a oreja y su fuerte acento vienés, le recordó a Vince que «es solo por la noche cuando las cosas se van al carajo, ¿no?». Vince le aseguró que no tenía miedo a la oscuridad.

A continuación Boehm adoptó un enfoque más prosaico y le preguntó si había un historial de epilepsia en la familia. Vince respondió que no. Al preguntarle entonces si era propenso a perder el conocimiento, o la noción del tiempo, a tener ataques, también dijo que no. Cuando el buen doctor quiso saber si había casos de esquizofrenia en la familia a Vince le dieron ganas de darle un puñetazo al curandero, pero comprendió que eso solo echaría más leña al fuego y le informó de un modo categórico de que no había tal. El doctor Boehm le dio unas pastillas para los dolores esporádicos de cabeza que sufría y le aseguró una y otra vez que era solo un reajuste del cerebro después del coma. Luego Vince recibió el alta médica.

Pero no quedó contento. Con o sin golpe en la cabeza, recordaba perfectamente lo que había visto en el club Cucú de la calle Wardour. En la sala de proyección. La violación de la chica y la paliza que le daban. El cuchillo a punto de caer sobre ella en la pantalla. La figura en el vano de la puerta. El portazo que dio el hombre. Luego la más completa oscuridad.

Y después, pensaba Vince, las mentiras que siguieron. Eddie Tobin entregó su informe y no hubo más que hablar. En él se describía a Tommy el Trizas hallado en la pista con el cuchillo del «que te den» clavado en el corazón (el asesino, al que trincaron a los dos días, era su cuñado; al parecer Tommy se la estaba pegando a su mujer con la cuñada). Una camarera del club que estaba con el mayor de los soponcios, recién llegada, y que no vio nada. Duval, el propietario, que no vio nada. Colin, el portero peso gallo que no parecía un portero y que tampoco vio nada, porque estaba comprando empanadas en la calle Frith cuando todo ocurrió. Ah, una cosa más: el cambio de manos de un sobre de Duval a Tobin. Pero como nadie vio nada, ¿para qué gastar cinta de la máquina de escribir en esos detalles?

Y el informe de Tobin pasó a ser la versión oficial. Cuando vieron que el detective Treadwell no volvía con el portero, Tobin y Duval subieron hasta el cuarto piso y allí encontraron al joven detective inconsciente en... ¡el almacén! No en una sala de proyección, claro, porque, según todos los interrogados, no había sala de proyección. Ni había habido nunca un cineclub privado.

Vince leyó el informe de Tobin, al que no tuvo acceso hasta que no volvió totalmente recuperado, y fue derecho al club Cucú. Subió las escaleras, entró en la habitación y encontró... un almacén. Solo fregonas, cubos, escobas y cajas vacías. Quiso que le extendieran una orden para poner patas arriba el local, arrancar el papel pintado y sacar a la luz el yeso fresco que habían usado para tapar el hueco en la pared, para tapar las mentiras. Dijeron que no, así que fue al edificio de al lado, también propiedad de Duval, en el que esperaba hallar el cineclub, pero allí solo había un piso de oficinas recién reformado que estaba vacío.

¿Y la figura recortada contra el vano de la puerta, el hombre que, pensó Vince, hacía las veces de proyccionista? Nadie lo vio. Nadie oyó hablar de él. No existía.

¿Y la herida en la cabeza de Vince? Se la debió de hacer al caer. Tuvo que tropezar con algo en la oscuridad. Un accidente.

A ojos del doctor Boehm, de Eddie Tobin, del comisario jefe Markham y de todos los

que estaban implicados, lo que Vince vio en el club Cucú aquella noche no había ocurrido nunca. Su cerebro al reajustarse le gastaba malas pasadas. Para Vince, sin embargo, todo aquello no era más que una inmensa tapadera.

Pero incluso con todo el peso de las pruebas en su contra, y con los hechos acreditados y la firma estampada en el informe que tenía ante él, Vince era incapaz de negar una verdad tan evidente. Igual que era incapaz de salvar a la chica de la pantalla. Ceder sería como decir que no existía. Convaleciente en el sanatorio, imaginó la triste vida de yonqui que la había llevado al papel protagonista. Para ella, pensó Vince, la posibilidad de la inexistencia tuvo que ser algo real, como pasar por la vida sin pena ni gloria para acabar haciéndose totalmente prescindible. Así que le tocaba a él conservar viva su imagen, convocarla. Dejarla ir sin más sería como abandonarse, negar las razones que lo habían llevado a ser policía. La chica se convirtió en su medida; su sistema de valores y creencias. Y Vince sabía que algún día volvería a ese caso y lo resolvería. La justicia debida a la chica acabaría imponiéndose y él destruiría a los culpables.

—¿Cuál es su posición en esa moda pasajera de los antisistema, Treadwell?

Vince aguzó el oído. ¿Antisistema? Mucho más que una moda pasajera, pensó.

—¿Señor?

—¿Le gusta a usted el humor subversivo, Treadwell?

—Que yo sepa no, señor.

—Permítame que lo dude. Tengo entendido que en la cantina el programa de televisión de David Frost tiene tirón entre algunos detectives jóvenes.

—Esto es lo que dio de sí la semana. ¿Se refiere a ese programa?

—El mismo.

—Lo he visto, señor.

—Reírse del primer ministro, Harold Macmillan, y de otras personas al servicio del país. ¿Quién será el próximo, la Reina?

—Esperemos que no, señor —dijo Vince con sonrisa de sátiro—. Yo prefiero las series a los programas de humor satírico. Me declaro ferviente admirador de El trapero y su hijo, y, por supuesto, Dixon el del muelle Green. Por lo que respecta a la Reina, siempre me pongo de pie cuando acaba la programación de la tele.

Markham echó el cuerpo hacia delante, apoyó los codos en la mesa, unió las manos hasta dar forma a una especie de torre, haciendo de los pulgares repisa para la barbilla, con los índices rozándole apenas la punta de la nariz. Entrecerró los ojos, los fijó en los de Vince y lo escrutó con la mirada. Quedar en el punto de mira de Markham intimidó tanto a Vince que cambió el apoyo en el asiento de una nalga a otra, y se permitió el gesto nervioso de aclararse la garganta.

Markham se tomó su tiempo. Con evidente regodeo en la autoridad que emanaba de su figura, dejó que un silencio opresivo colmara la estancia, como si quisiera purgar el aire de las trivialidades que acababan de tratar entre ambos y volver a la tierra firme de lo policial dejando atrás las procelas del espectáculo.

Los labios de Markham temblaron dando paso a una leve sonrisa.

—Yo sé lo que quiere usted, Treadwell. Usted quiere homicidios —dijo, casi con lascivia.

—Sí, señor —convino Vince, con un filo de autoridad en la voz que buscaba estar a la altura del tono del comisario, y, por qué no, también a la altura de la Reina.

La sonrisa furtiva de Markham se ensanchó en cuanto Vince mordió el cebo, luego volvió de golpe a su calculada compostura mientras echaba para atrás el cuerpo en el sillón.

—Pues claro, Treadwell. Brigada de homicidios. ¿Quién no lo querría? Y no es una pregunta, es la constatación de un hecho. Es usted de Brighton, ¿no es cierto?

—Señor.

—Entonces tengo algo para usted. Matará dos pájaros de un tiro. Le debemos unas vacaciones y me parece que ahora es el momento.

—Si le digo la verdad, señor, estaba deseando volver al trabajo. Y para mí Brighton no es precisamente un destino vacacional.

—Treadwell, ha estado usted viendo en la tele esos documentales de Alan Wicker, ¿no es así?

Vince no respondió. Más valía prevenir que curar. Y además Markham no lo escuchaba. Tenía todo planeado aun antes de que el joven detective entrara por la puerta.

—Sería una dejación imperdonable de mi responsabilidad, Treadwell, no informarlo de las hostilidades que sienten algunos hacia usted por sus acusaciones al detective Tobin —dijo Markham metódicamente—. Edward Tobin nos dejará en tres semanas. Jubilación, un chalecito en Bournemouth, eso creo. Le deseamos que le vaya muy bien. Así que mejor no cruzarse en su camino y que todo esto se olvide. Entretanto no quiero caras largas. Durante esas tres semanas usted tomará un muy merecido descanso. Reposo y relajación, visita a la familia. —Abrió el cajón de la mesa y sacó la carpeta de un caso—. Y esto... mantendrá activa su materia gris.

Dejó caer la carpeta al otro lado de la mesa.

Vince la abrió.

—Sé que le interesó el caso cuando salió en su momento. —Markham continuó a la vez que se levantaba con la intención de acompañar al joven detective hasta la puerta de su despacho—. Llamé al inspector jefe en Brighton. Dijo que estarían encantados de tenerlo por allí, aunque el caso no se ha remitido de manera oficial a Scotland Yard. Y solo estará usted allí en calidad de asesor. Pero es un asesinato, es decir, un paso en la dirección correcta. Una manera de meter la cabeza.

Vince miró las truculentas fotos de la morgue en las que aparecía un cuerpo decapitado. Pero la imagen que captó su atención fue la fotografía mugrienta de la ficha policial, de hacía unos treinta años. Era la cara de Jack Regent.

Con los ojos todavía fijos en la foto, Vince repitió las palabras de su superior con un tono menos autoritario, más reflexivo:

—Meter la cabeza. Gracias, señor.

Vince cerró la carpeta, se levantó y le dio la mano a Markham. Mientras lo hacía,

levantó la vista hacia la Reina. ¡Si te he visto, no me acuerdo!

Brighton

Era el puente de Pentecostés. Había un montón de gente que se agolpaba en la estación Victoria con la intención de bajar a Brighton y huir de la contaminación de Londres. Para Vince, Brighton encerraba escaso atractivo como escapada costera de la capital. Era un pueblo pero con el pulso de una ciudad. Una ciudad junto al mar; con las casas convertidas en apartamentos, adosadas en abigarradas hileras que serpenteaban hasta la colina; con las plazas de principios del XIX rodeadas de la blanca arquitectura que ofrecía una fachada de orden y simetría, aunque Vince sabía que era todo mucho más parecido a una tela de araña; con las moles del Grand Hotel y el Metropole, imperiosos mojones frente al mar; con los adoquines y los barandales azules del paseo marítimo que bajaban hasta la misma playa.

Y las piedras. Montones de piedras. Y los trozos de cristal, el alquitrán, las algas secas y nudosas que arañaban como alambre de espino oxidado. No había dunas en las que jugar, Brighton no ofrecía ninguna superficie mullida. Para Vince era una ciudad como Londres, solo que más pequeña. En Londres, si te alejabas hacia el sur acababas deprimido; en Brighton, solo empapado. Las gaviotas eran las dueñas del aire, no las palomas. Alguien lo definió una vez como el punto en el que la basura desemboca en el mar, y se refería tanto al sitio como a la gente. Vince podía haberse tatuado en los nudillos lo que sentía por su ciudad natal: amor y odio.

Compró el billete y subió al tren abarrotado. Había pagado para viajar en segunda, pero se sentó en el vagón de primera. Con solo sacar la placa el revisor lo dejaba estar, como si hubiera cierta afinidad entre los que van de uniforme. Revisores y polis, todos con la misión de llevar las cosas en la dirección correcta, y con puntualidad. El tren salió diez minutos tarde de la estación por culpa de unos borrachos a los que tuvieron que bajar.

Tres semanas, sugirió Markham, así que Vince hizo la maleta para ese tiempo. Dos trajes, cinco camisas, dos corbatas de punto, tres polos Fred Perry, dos pantalones de algodón, una chaqueta azul claro de cloqué, un sombrero de paja de ala corta azul marino y dos pares de gafas de sol para cuando saliera el sol, si es que se dignaba a salir. Echó también un par de libros de bolsillo, y un ejemplar en tapa dura, con dedicatoria firmada, del libro que el doctor Boehm acababa de publicar, *Presunción del narcisista: Una mirada larga y tendida a los peligros de una mente compulsiva asomada al espejo*.

Vince había perdido interés en el caso desde que se lo asignó Markham. Lo veía ahora tal y como era: una forma de tenerlo alejado hasta que Eddie Tobin recogiera sus cosas,

entre ellas el reloj para la repisa de la chimenea que le correspondía en reconocimiento por los años de servicio, y se fuera de una puta vez a Bournemouth a comer sándwiches de cangrejo llenos de arena.

Puede que fuera un caso de asesinato, pero no había mucho misterio sobre la identidad del que lo había cometido. No era tanto cosa de encontrar al asesino como de saber su paradero, y todo salió a la luz del siguiente modo: hacía once semanas el cuerpo de un varón blanco de unos cuarenta años apareció flotando en una playa de Brighton, envuelto en una lona, en el punto exacto que queda entre ambos muelles. Lo que más llamaba la atención era que le faltaran la cabeza y las manos. Como las huellas digitales y las fichas dentales eran el alfa y el omega de la identificación de cadáveres, eso hacía casi imposible saber quién era la víctima.

No coincidía con nadie desaparecido en el marco temporal que manejaba el departamento de Patología. El grupo sanguíneo, cero positivo, era de lo más común. No tenía tatuajes ni señales que ayudaran a identificarlo. El cuchillo de cocina usado en la masacre, perfectamente envuelto en celofán y pegado con cinta adhesiva al cuerpo, tenía todavía huellas digitales, o restos de huellas. En definitiva, un lote perfecto para la policía. Demasiado perfecto, pensó Vince. Además, para acabar de bordarlo todo, una llamada anónima a Scotland Yard dio el chivatazo de que Jack Regent era el asesino, aunque bien era cierto que por cada asesinato había media docena de asesinos confesos y otra media de delatores, gente que busca un subidón a distancia con una llamada telefónica.

Markham llamó al comisario jefe de Brighton y fueron a arrestar a Jack Regent. Pero no lo encontraron porque se había largado de Brighton. Y con él, sus huellas digitales. Al parecer no tenían copia de sus huellas en la ficha. Y si la tenían, habían desaparecido. Con respecto a la llamada anónima que denunció a Jack Regent por aquel crimen, era algo muy común. Regent tenía estatus de celebridad en Brighton, aunque se tratara de una persona enigmática que huía de los focos y fuera más difícil toparse con él que con la Garbo. Pero todo el mundo conocía el nombre, su leyenda.

Vince abrió el maletín y sacó la carpeta de Jack Regent. Algo de verdad, algo de ficción, pero casi todo especulaciones una detrás de otra. Porque en su larga carrera criminal Jack Regent había rendido cuentas ante la justicia solo una vez. Una sentencia de siete años por la agresión con ensañamiento a un corredor de apuestas de hacía casi tres décadas, reducida a dieciocho meses por haber salvado a un funcionario de prisiones de una buena paliza durante una revuelta carcelaria. Y nada más. Eso sí, convenía no llevarse las manos a la cabeza. Porque la mierda, afortunadamente, siempre cae hacia abajo, y eran muchos los que se habían comido los marrones de Jack Regent.

Vince siguió leyendo y recompuso la trayectoria personal de Jack. Poco sabían de los primeros años de aquel criminal cuyo verdadero nombre era Jacques Rinieri. No había documentos ni registros, solo rumores, y lo que se rumoreaba era lo siguiente: nacido en Córcega, llegó a Londres antes de cumplir veinte años y se asentó en un suburbio cerca de Seven Dials. Pero la fama se la ganó más tarde en Saffron Hill, el barrio italiano de Londres en Clerkenwell. Charles *Darby Sabini* y su banda eran los que

partían el bacalao por aquel entonces, con un férreo control del Soho y de todos los clubs. Pero el mayor tinglado, lo que de hecho era el negocio ilícito más extendido durante los años veinte y treinta, lo tenían en las carreras.

Sabini y sus navajeros controlaban los hipódromos de toda Inglaterra. Según decían, tenía en el bolsillo a las autoridades policiales y a los jueces, y con todo el dinero que ganaba, los bolsillos de Sabini eran de doble fondo y estaban llenos a rebosar. Los negocios ilícitos en torno a las carreras de caballos funcionaban como cualquier otro basado en la protección. Si un corredor quería montar su «puesto» de apuestas en las carreras tenía que pagar a alguien por ese privilegio. Por la protección a los corredores y el porcentaje de sus ganancias que se llevaba, Sabini podía hacer fácilmente una caja de veinte mil libras al día. En un gran evento como el Derbi de Epsom, la suma podía ascender a cincuenta mil. En los años veinte y treinta eso era muchísimo dinero. Y el control de los hipódromos garantizaba el de los corredores diseminados por todo Londres, los jugadores y las casas de apuestas.

Todavía muy joven, a Jack (o Jacques como era conocido entonces) lo reclutó Sabini cuando entró en guerra con los Brummigan Boys. La banda rival, originaria de las zonas mineras, la dirigía William Kimber, un corredor de apuestas con sede en Birmingham. El joven Jacques Rinieri les venía como anillo al dedo: aunque no era de nacionalidad italiana, sí le corría sangre mediterránea por las venas, de ahí la afinidad con Sabini. Y al italiano le gustaba el joven Jacques, veía algo de sí mismo en él. Lo trataba como a un hijo y lo rebautizó «Jack». Y así fue como el joven corso empezó a trabajar para Sabini con un entusiasmo y una dedicación que, además del pie torcido, lo marcaron frente al resto. Muy pronto estaba al frente de las operaciones, dando a troche y moche cuchilladas, palizas y tiros que le granjearon fama de intrépido.

Para cualquier jugador a finales de los años veinte, un día en las carreras era una experiencia arriesgada debido a las batallas en los hipódromos, que involucraban a bandas de cien o doscientos hombres. Pero Jack no se conformaba con el día de la carrera para hacer gala de su supremacía en la lucha; él iba a buscarlos a su territorio. Tendía emboscadas a los Brummigan Boys en sus pubs, clubs, salas de apuestas, estaciones de tren y hasta en las esquinas de las calles. Cuando empezaron a aparecer cadáveres, esta nueva forma de violencia organizada salió en las portadas de los periódicos y pronto se pidieron explicaciones en el Parlamento. Crearon un grupo de élite formado por policías duros, la Brigada Fantasma, autorizados para pelear sucio igual que los gánsteres y así aplastar a las bandas. La situación alcanzó su punto culminante en una batalla encarnizada en el hipódromo de Lewes. La banda de Sabini, con Jack a la cabeza, derrotó a los Brummigan Boys. Pero, acabado el envite, todos los hombres del italiano fueron acorralados por la policía. Cuarenta de ellos recibieron penas muy duras en el tribunal superior de Lewes, de hasta veinte años cada uno.

Pero el joven Jack y el mismo Sabini se escabulleron de la redada y dejaron la capital por Brighton. Fue en Brighton donde Jack adoptó un apellido más inglés, en deferencia a los orígenes reales de la ciudad, cambiando el Rinieri por Regent. Darby Sabini, sabio hasta las últimas consecuencias, comprendió la naturaleza darwiniana de su negocio y,

viendo que Jack cada vez sentía menos respeto por los usos y modos de la vieja escuela, empezó a sentir miedo de su ambición y falta de escrúpulos y decidió no ponerse en el camino del corso. Renunció al ático que tenía en el Grand Hotel y se retiró a la vecina Hove, más reposada y llena de plazas ajardinadas.

Fueran cuales fuesen las mafias de Brighton, ninguna pudo rivalizar con Jack. No habían visto nunca nada igual. Pronto impuso su voluntad y se quedó con una tajada de todo lo que la ciudad costera podía ofrecer. Y eso era mucho, incluyendo el juego, los robos, la compraventa de bienes robados, la protección, la prostitución, los pubs y los clubs. La ciudad se le abrió de par en par, como si lo hubiera estado esperando. Cuando llegó la guerra, Jack sacó todavía más beneficio gracias al mercado negro, a las cartillas de racionamiento, a los cupones de gasolina, a los allanamientos de morada durante los bombardeos, por no hablar de los robos de bancos y partidas para pagar los sueldos, que coparon un titular tras otro. La austeridad de la posguerra pronto se trocó en prosperidad y en eslóganes del tipo de «Jamás te fue tan bien». Y a nadie le iba mejor que a Jack. El *rock and roll* sonaba en las rocolas y todos los hombres llevaban su cajita de tres condones en el bolsillo trasero del pantalón. Jack invirtió en máquinas expendedoras: tragaperras, máquinas de discos, salas de juegos. Cada vez que alguien iba a pasar el día a la costa del sur del país y echaba un penique en una máquina tragaperras, otro penique caía en las arcas de Jack. Tenía a Brighton en un puño, a sus enemigos a buen recaudo y, según se decía, la ley en el bolsillo.

Pero para Vince, Jack Regent era algo más que un nombre en un caso sin resolver, alguien más que un criminal al que había que atrapar. Vince se crio en Albion Hill, semillero de jóvenes granujas, y vivió bajo la sombra alargada que Jack proyectaba sobre la ciudad. Los chavales se sentaban en corro para contarse en voz baja sus audacias: los golpes que acaparaban titulares, las palizas repartidas a diestro y siniestro, los asesinatos cometidos y el miedo que les metía en el cuerpo a hombres hechos y derechos. El joven Vince había oído esas historias que se susurraban unos a otros, y una vez le preguntó a su madre quién era Jack Regent. Nunca olvidaría la cara que puso ella mientras le prohibía mencionar ese nombre nunca más. Aquel silencio confirmaba los rumores de la calle. Y así fue como Jack, a través de la imaginación de un niño, se hizo omnipotente y omnipresente, igual que mentar al Coco, un maleficio propio solo de las pesadillas.

Y luego estaba el defecto físico que lo señalaba entre los demás y le daba los atributos de alguien fuera de este mundo: *Talipes Equinovarus*, el pie equinovaro. Vince llegó a documentarse sobre la dolencia de Jack y descubrió que la habían sufrido grandes hombres en la historia. El emperador romano Claudio, aparte de otros males, tenía un pie torcido. Pero, puestos a leer sobre emperadores, tenía más morbo su predecesor, Calígula. Se podía recurrir entonces a Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda nazi, quien, además de la lengua bífida, se decía también que tenía un pie torcido. Aunque el más fotogénico de los equinovaros era Lord Byron. Vince tuvo que leerse el *Don Juan*, poema del que no recordaba gran cosa, pero sí de la reputación del autor: «loco, malo y peligroso». Tan malo que hasta se decía que el pie torcido era una pezuña de macho cabrío. A Jack Regent le gustaría eso, pensó Vince.

Vince cerró la carpeta y decidió que ya iría despejando poco a poco las incógnitas del caso.

—Aquí lo tienen, caído del cielo para ayudarnos a los paletos. ¿Lo llevo a algún sitio, jefe? —dijo con voz sonora el detective Tony Machin nada más ver a Vince salir del vestíbulo de la estación de Brighton. Estaba apoyado en su Jaguar de carreras verde, modelo Mk X, aparcado en la parada de taxis, y allí lo esperaba.

—A ver si lo adivino: has dejado la policía y te has hecho taxista —respondió Vince con una sonrisa.

—Hay más propinas, y te enteras de verdad de lo que está pasando en este poblachón.

Se dieron la mano. Llevaban unos diez años sin verse. Habían crecido en el mismo barrio, solo que en dos zonas distintas.

Machin cogió la maleta de Vince y la metió en el asiento de atrás.

—Vamos a tomar algo, chaval —sugirió.

Machin se abrió paso con el hombro entre la concurrencia del pub y Vince le siguió los pasos. Era un bar pequeño junto a la calle Edward, a la vuelta de la comisaría de Brighton.

—Que sean dos pintas, por favor, Shirley.

—La mía de agua con gas —dijo Vince.

—¿Qué pasa, que no bebes cuando estás de servicio? —preguntó Machin sonriendo de oreja a oreja.

—No bebo y punto.

Machin dejó de sonreír al darse cuenta de que Vince hablaba en serio. Puso cara de no haber oído nunca en la vida nada igual.

—Hostia puta, chaval, un poli que no bebe. —Miró a la camarera buscando confirmación de que no eran alucinaciones—. ¿Has oído, Shirley?

—No todos son tan borrachos como tú, Anthony —dijo Shirley, regalándole a Vince un guiño de la casa y poniendo su sonrisa cómplice. El término «rubia marchosa» lo inventaron para ella, no así el de «bombón».

Machin era fijo allí, así que Shirley le prestó escasa atención y fue toda ojos para Vince Treadwell. A la camarera le gustaba lo que tenía delante: pelo negro, espeso y reluciente peinado hacia atrás, piel suave y morena, ojos verdes, nariz recta y varonil y labios gruesos que Shirley definió como besables, y por último el hoyuelo en la barbilla, igual que ese actor que le gustaba a ella, Kirk Douglas. Pero además tenía algo oscuro, como ese otro que también le hacía tilín, Tony Curtis. Shirley solía comparar a la clientela del pub con actores de Hollywood. «Oh, menudo hombre entró la otra noche, era igualito que este o el otro...», decía, y así lograba transformar un pub de mala muerte perdido en una callejuela de Kemp Town en el Brown Derby de Hollywood, para incordio de sus amigos, que se habían dejado caer por allí esperando encontrarse al menos con un Dirk Bogarde o con un Terence Stamp, y acababan dándose de bruces con un Norman

Wisdom. Muy pocos de aquellos hombres estaban a la altura de las descripciones elaboradas con las que los castigaba Shirley, pero aquel por fin lo estaba. Era alto y le gustaban altos, pasaba del metro ochenta, y bien ancho de hombros. Un peso medio ligero, atlético y de movimientos rápidos, vestido con un elegante traje verde claro de tres botones, corbata negra de hilo de seda y una camisa blanca recién planchada. Un hombre que se preocupaba de su apariencia, según dedujo Shirley por el calzado que llevaba, botines negros y relucientes. Tiene clase, pensó Shirley. Verles los calcetines a los hombres le bajaba a una la libido.

Sí, a Shirley le gustaba Vince. Pero era consciente del valor que tenía ella en el mercado, y el recién llegado le pareció demasiado arrogante y consciente también de su valor, por lo que dedujo que no tenía ninguna posibilidad con él. Mucho menos si estaba sobrio. Le supo mal servirle el agua con gas. Mientras le tiraba la pinta a Machin, apretó los hombros y se cargó de espaldas con toda la intención. Tuvo el efecto deseado, porque tanto a Machin como a Vince se les fue la vista al escote: dos pechos generosos e impecables quedaban enmarcados por un sujetador de encaje negro, todo ello envuelto en una blusa transparente de leopardo.

Machin le guiñó un ojo a Vince y dijo en voz alta:

—La cerveza es una mierda pero las vistas no tienen precio.

—Aunque no se vea el mar —respondió ella con un guiño.

—Estoy ante la mejor balconada de toda la ciudad —añadió Machin guiñándole a su vez el ojo.

—¡Serás caradura! —Esta vez Shirley le dedicó el guiño a Vince.

Vince pensó en unirse al festival de guiños, pues estaba claro que era contagioso, como la conjuntivitis.

—Este tiene más cara que espalda —dijo Shirley, fingiendo indignación—. Una afrenta para el Cuerpo de Policía. —Miró a Vince, pues era con él con quien quería entablar conversación. Hubo más guiños. Más indignación fingida y la risa aguda de Shirley.

Vince sintió que ya había oído suficiente y se abrió camino con el vaso de agua hasta una mesa junto a la ventana. Tenía la carpeta del caso y se puso a mirarla mientras esperaba a Machin, que seguía cortejando a Shirley con el viejo truco del doble sentido.

Machin, bajo y fornido, llevaba el pelo muy corto para no tener que peinárselo. No tenía cuello, era correoso y estaba cuadrado. Vince no estaba seguro de poder ganarle en una pelea. Machin era más bajo que él, pero parecía un peso pesado difícil de tumbar. Siempre se sorprendía de que se hubiera hecho policía, ya que de adolescente era el que empezaba los líos que luego Vince intentaba evitar a toda costa. Pero nunca lo habían arrestado, y no estaba fichado. Así que ¿por qué no hacerse poli? El sueldo no está mal, la pensión es buena, y hay mordidas y suplementos de sobra que compensan por todo lo que se sufre. Así tenía Vince catalogado a Tony Machin.

Machin se sentó al lado de Vince y el asiento de espuma y piel sintética crujió bajo la mole de su cuerpo. Se dio con un dedo en la frente y preguntó:

—¿Cómo tienes el coco?

—Sigue funcionando —dijo Vince, y levantó su vaso—. Salud.

–Salud. ¿Y cómo es eso de estar en coma, chaval?

–Se olvida pronto.

–¿Te caíste o algo, según he oído?

Vince solo asintió con la cabeza, sin querer dar más detalles, mientras Machin seguía con la cerveza a mitad de camino entre la mesa y la boca, en actitud expectante, con ganas de saber más.

–Así es, me caí. Se apagó la luz. Adiós, muy buenas –explicó Vince, esperando darle así carpetazo al asunto–. No me acuerdo de nada. Tampoco es muy importante.

Machin asintió despacio, pero no le estaba dando la razón, parecía más bien que lo sopesaba.

–Ya veo, chaval, ya veo. –Por fin se llevó la pinta a los labios y le dio un buen trago.

«¿Chaval?». Eso ralló a Vince. Eran de la misma edad, más o menos, aunque Machin ponía todo su empeño en aparentar diez años más. La ventaja era que así Machin lo llamaba menos veces por el nombre de pila, y a Vince le venía bien la distancia que eso ponía entre ellos. Sabía que podía ser taciturno si no estaba completamente seguro de alguien, y Machin tenía todas las papeletas para ser ese alguien. Vince abrió la carpeta que había dejado encima de la mesa, antes de que Machin la usara de posavasos.

–El señor Jack Regent –apuntó Machin, con tono serio al decirlo.

–¿Alguna pista?

–No está aquí. Ya lo hemos buscado. Hasta debajo de las piedras –dijo Machin, levantando una mano como dando el alto–. Y no me digas que hay muchas piedras en Brighton. Ya lo sabemos, y te puedes imaginar que no hemos dejado de buscarlo ni un minuto.

–No me cabe la menor duda. Dicen que en el sur de Francia, y, por qué no, en Córcega, se está de maravilla en esta época del año.

Machin asintió confirmando la sugerencia.

–Tiene toda la pinta, chaval. El dinero lo guarda en Suiza. Le sobra para comprar a quien haga falta. Para pasarse el resto de sus días tomando el sol tan campante. Con toda la pasta que ha ganado, ¿por qué no iba a hacerlo?

Vince se paró a pensar en ello, tenía sentido. Un hombre en el otoño de la vida, huyendo de sus negocios sucios para disfrutar de los dividendos que le deparaba lo ganado ilícitamente. Pero Vince no había ido a Brighton a brindar por la buena suerte de Jack Regent.

–Quizá a Regent todavía no le ha llegado la hora de jubilarse. Es su ciudad, tiene mucho invertido aquí. Podría haber algo raro en lo de las huellas en el cuchillo. ¿Y si fuera una forma de incriminarlo?

–¿Incriminarlo? –inquirió Machin, que casi hizo volar la espuma de su cerveza con un resoplido burlón–. ¿Y por qué no pensar que está perdiendo facultades? Jack Regent metió la pata. Tenía que pasar tarde o temprano. Se van de rositas durante años y bajan la guardia, y entonces es cuando llegamos nosotros y los pillamos.

Vince le dio un sorbo al agua con gas y estuvo pensando lo que Machin acababa de decir. No lo suscribía del todo pero reconoció que, tratándose de Jack Regent, hasta a él

se le disparaba la imaginación. Quizá lo viera todo como lo vería un chaval. Vince salió de Brighton cuando tenía dieciocho años y no volvió. Mientras que Machin no salió nunca de allí, vivía y trabajaba en la ciudad, y conocía personalmente a Jack. Para Machin era un criminal más, con más éxito que el resto pero que no dejaba de ser eso, un criminal. Falible, no invencible. Y se estaba haciendo viejo.

Vince apuró el agua con gas y preguntó algo más prosaico:

—¿Alguna pista sobre la identidad del cuerpo?

Machin le dio un trago largo a la pinta y meneó la cabeza.

—Ninguna, chaval. Y no podemos tenerlo en el frigorífico hasta el fin de los tiempos. Esta misma semana va para el hoyo.

Vince cogió las fotos de la autopsia y las examinó de cerca. Un cuerpo al que le faltaba la cabeza y las manos sobre la mesa de operaciones. El pecho liso y sin vello, con piel de mujer. Hasta después de muerto y en estado de descomposición, Vince entrevió la musculatura de un cuerpo nervudo y vigoroso. Parecía un atleta, y sin embargo el informe revelaba que tenía cúmulos de grasa en el hígado, los primeros signos de una cirrosis, y manchas en los pulmones. Es decir, fumador y bebedor empedernido. Vince pensó en la víctima y, al igual que con la chica en la pantalla, intentó darle vida. Una historia, un relato. Quizá porque a este cuerpo no le veía la cara, los ojos, solo alcanzaba a vislumbrar grandes espacios en blanco. La víctima seguía sin tener rostro, y estaba privada de vida.

—Incluso después de muertos todavía nos queda aire en los pulmones —dijo Vince—. Y con todos los gases que genera un cuerpo arrojado al mar, hay aire de sobra para sacarte a flote aunque te hayan atado lastre. Un profesional suele apuñalar el pecho, pincha los pulmones para que salga el aire y te vayas al fondo igual que una piedra. Y siendo sinceros, a Jack lo podemos catalogar como un profesional, ¿no?

Machin asintió con la cabeza. Estaba de acuerdo.

Vince pasó la punta del dedo índice por el contorno del cuerpo en la fotografía.

—No hay heridas en el pecho de nuestro chico. Yo creo que querían que lo encontráramos. Y le plantaron un cuchillo lleno de huellas.

—Restos de huellas solamente. No te hagas demasiadas ilusiones, chaval.

—Aunque así sea, ¿cuánto cuesta limpiar un cuchillo? ¿Y además lo dejan pegado con cinta al cuerpo? El que lo hizo quería que supiéramos quién era el asesino. Eso, o bien incriminar a alguien.

Machin no parecía convencido. Apuró la pinta y se limpió la boca con el dorso carnoso de la mano.

Justo en ese momento se abrió de sopetón la puerta del pub y entró tambaleándose un hombre trajeado. Tenía entre veinticinco y treinta años, la cara llena de pecas y el pelo rojo oscurecido con kilos de fijador. Todo colorado, más de lo que es habitual en un pelirrojo, parecía que acabara de batir el récord de Bannister al subir corriendo hasta lo alto de la colina desde la comisaría en la calle Edward. Era policía; y algo urgente lo había llevado al pub. Esquivó el recibimiento subido de tono que le hizo Shirley y se fue derecho a Machin.

—Vince, te presento a Ginge, el poli del pelo rojo. —Machin le hizo a Vince el guiño al que ya lo tenía acostumbrado—. Es buen chico, de Brighton de toda la vida, te echará un cable con las caras nuevas. ¿Qué pasa, Ginge?

Ginge estaba todavía sin resuello cuando dijo:

—Cuerpos.

Cuerpos

Tres. Dos hombres blancos y una chica mestiza, reducidos todos a idéntica palidez, a esa piel amarillenta que se les pone a los yonquis. El poco color que les quedaba en la cara desapareció en cuanto se pusieron la dosis letal de heroína. Difícil calcular la edad, veintipocos quizá, pero con aspecto de haber vivido una eternidad y de haber llevado muy mala vida. Malnutridos y demacrados, tenían espuma seca en las comisuras de los labios, vómito en la ropa. Y había dos jeringuillas manchadas de sangre en la alfombra beis salpicada de ceniza.

Vince se agachó para verlos mejor. La chica era guapa y llevaba las uñas largas y pintadas de un rojo chillón; pero las tenía casi arrancadas, y las puntas de los dedos llenas de sangre. Había dos uñas clavadas en la gruesa alfombra. Parecían postizas pero no lo eran, y eso quería decir que las clavó allí para aferrarse a lo que fuera con tal de salir del sufrimiento y el dolor que precedían al colapso final provocado por la heroína.

Se puso de pie y paseó la vista por la habitación alquilada de Kemp Town, si se podía llamar habitación a aquello. Vio un sofá de escay verde desventrado en un rincón, con la espuma amarilla saliéndole por los rasgones. Un puf de cuero cosido a mano con las entrañas de esparto colgando. El suelo estaba lleno de envoltorios de chucherías y barritas de chocolate. Mars, Bounties, Opal Fruits y Crunchies; aquel había sido el menú, la dieta de todos los yonquis.

Llamaba la atención un tocadiscos grande y reluciente, con una pila pequeña de discos sencillos y otra de elepés al lado. Todo lo demás estaba pegado a las paredes: la chimenea, los radiadores de calefacción central, estanterías vacías, un lavabo pequeño lleno de goteras verdes contra un rincón. Del techo colgaba una bombilla desnuda de cien vatios que arrojaba una luz inmisericorde sobre la tétrica escena. Era el sitio ideal para ponerse un pico de heroína con la tranquilidad de saber que no lo haces en tu propia casa. Una pocilga y poco más.

Machin sostenía con las pinzas un pequeño envoltorio de plástico transparente con unas bolitas negras. Lo dejó caer en la bolsa de las pruebas.

—Vaya desastre —dijo, alcanzándole la bolsita a Vince—. No había visto esto antes. Normalmente lo que encontramos son unos polvos de un blanco amarillento.

Vince inspeccionó las bolitas. Había cierta pureza orgánica en aquella muestra, a lo que más recordaba era al hachís marroquí.

—¿Los tenemos identificados? —preguntó.

—Una mujer del piso de abajo dice que veía al tío de la barba entrar y salir, pero que no sabía quién vivía aquí. Según ella, armaban mucho jaleo, con la música puesta toda la

noche.

Vince miró al tío de la barba. Vio que de barba, poco; y de tío, menos. Pesaría poco más de cincuenta kilos. Vaqueros de pitillo manchados, botas de chúpame la punta con el cuero desgastado, un jersey de cuello alto lleno de agujeros. ¿El vano intento de parecerse a un *beatnik*, quizá? Aunque por las marcas en los brazos, Vince pudo ver que lo que sí había conseguido acreditar era su condición de yonqui, y que en el camino perdió, además del gusto por la moda, la vida entera.

Sacaron fotos de los cuerpos y de la habitación. Recogieron todas las pruebas que pudieron encontrar. Luego levantaron los cadáveres del suelo, los pusieron en camillas, los ataron y se los llevaron para hacer la autopsia y el informe toxicológico de los tres. Bien sencillo: muerte por infortunio y desesperación.

—El edificio entero es de Paul DeGelb —comentó Machin—. ¿Has oído hablar de él?

Vince asintió.

—Era el casero de todos los tugurios en Notting Hill —dijo—. Me crucé en su camino cuando trabajaba en la zona de Shepherd's Bush. Dicen que DeGelb es el dueño de los edificios, pero que no puede echar a los de la planta baja que llevan años allí. La forma de espantarlos es haciéndoles la vida imposible. Metes a los yonquis, que se pasan la noche armando gresca, con la música a todo volumen, y acaban fastidiando al resto de inquilinos. Y al poco tiempo lo venden o se van.

—Pues ha empezado a comprar casas aquí. Tiene más pisos en la parte de los Lanes.

Vince se arrodilló para abrir la tapa del tocadiscos. El elepé sobre el giradiscos era el *Tercer concierto para piano* de Rachmaninoff.

—Esto no es lo que se dice música lenta para echar una cabezada. Tienen pinta de ser fans de Bob Dylan.

Tras decir esto, Vince estuvo ojeando la pila de discos. Había grupos del momento, música potente y eléctrica, bandas militares, también una grabación de ruidos animales y otra de Donald Wolfitt con una selección de monólogos de Shakespeare. Un popurrí, pero con un elemento en común: música para escuchar a todo volumen y molestar al vecindario.

Vince cogió un sencillo de un grupo llamado los Shakers, cinco jovencitos con tupé que portaban en las manos tablas de lavar, chiflitos y una caja de embalaje. Estaba claro que era un grupo de *skiffle*, un estilo de música que hizo furor entre los grupos ingleses a principios de los sesenta, y en el que se usaban instrumentos improvisados para tocar aires de *rock and roll* basados en el jazz y el folk estadounidense. En la portada, Vince reconoció una de las caras regordetas y sonrientes, era el beatnik muerto despatarrado sobre la alfombra. Le dio la vuelta al disco y buscó su nombre.

—Se hacía llamar Chas Starlight —dijo Vince, y le dio el disco a Machin—. Pero ya no le queda casi nada de estrella.

—La compañía de discos se llama Dominate —señaló Machin echando un vistazo a la contraportada—. Tiene que ser uno de los grupos que produjo Dickie Eton. —A Vince le sonaba ese nombre—. Eton vive aquí. —Machin chascó los dedos intentando recordar algo—. ¿Cómo se llama ese cantante, el tío de la boca tan grande?

Vince se encogió de hombros como queriendo decir: «Y yo qué coño sé», y soltó:

—¿Nat King Cole?

—No, hombre, esos que son como los Beatles...

—¿Los Rolling Stones?

—Sí, esos. Oí que querían a Eton de mánager y productor de todos sus discos. Eton pasó de ellos. Y yo creo que hizo bien, porque no llegarán muy lejos.

En el centro de investigaciones de la comisaría de la calle Edward no se hablaba de otra cosa que de los tres cadáveres hallados en Kemp Town. Los teléfonos sonaban frenéticos y nadie paraba en su sitio: los policías salían corriendo hacia la farmacia en la que los yonquis compraron las jeringuillas; iban a interrogar al camello de turno, intentaban averiguar cuánto de aquel alijo mortífero había en la calle.

La heroína la mandaron al laboratorio para los informes toxicológicos, pero Vince dedujo que era pura por el sabor intenso a alquitrán. Demasiado pura para el trapicheo en las calles. Tenían que haberla cortado una vez, dos, tres y hasta cuatro veces. Con quinina, laxante o talco. Quienquiera que fuera el que se la había suministrado a aquellos yonquis no tenía ni puta idea de lo que estaba pasándoles, ni de lo que se traía entre manos; tampoco ellos sabían lo que se estaban metiendo. Puede que la muerte fuera por infortunio, pero, al ser tres, acapararían todos los titulares. Y saldrían redactados en forma de pregunta: «¿Hay un problema de drogas en Brighton?». Nadie veía con buenos ojos las anfetis, pero gozaban de cierta comprensión y hasta las toleraban. Ya fuera el porrito de nada más levantarse, o las dexidrinas para aguantar bailando toda la noche, a todo el mundo en 1964 le venía bien un poquito de marcha. Pero esto era heroína... Sangre. Fuego. Agujas. Zombis meneando la cabeza. El olvido. La muerte. Nadie lo entendía. Y era malo para la imagen de la ciudad, aunque la ciudad viviera precisamente de su mala imagen.

Así que lo tenían bastante en secreto. A los santos del cuarto poder no les dijeron que era heroína sino anfetaminas, pastillas de esas. Porque tres cadáveres en una habitación de mala muerte..., eso haría descender considerablemente el flujo de los que bajaban a Brighton a pasar el día. El cuerpo hallado en la playa había ocupado un segundo lugar. Desapareció de la conciencia del público el mismo día que desapareció de la portada de los periódicos. A nadie le importaba ya, por muy sin cabeza y sin manos que estuviera, por muy horripilante que fuera. Se trataba de un caso viejo, vivo solo en la mente de Vince hasta que desapareciera por completo del dial y lo archivaran. Tres chavales saltándose este valle de lágrimas a base de droga dura, eso era lo que copaba ahora la atención de la policía de Brighton. Los periódicos se cebarían con ello. El signo de los tiempos. El nuevo azote. ¡La nueva peste! Que se lo dijeran si no a Machin, que estaba compareciendo ante la prensa en la planta de abajo, junto a su comisario y al jefe de policía.

Vince estaba sentado en el despacho de Machin, con una taza de té, mirando fotos de sospechosos y leyendo los informes sobre el caso. También había sacado algo de información sobre Dickie Eton, cuyo verdadero nombre era Neville Report. De talento

precoz y prodigioso, se hizo millonario antes de cumplir los veinticinco. Sus padres eran unos trepas de Peacehaven, un pueblo cercano a Brighton, y apuntaron a su hijo a teatro. Un cazador de talentos se fijó en él en la compañía de repertorio de Worthing y lo fichó la Rank, la productora más importante del país. Al muchachito delgado y engreído lo quisieron vender primero como el nuevo Freddie Bartholomew, niño de oro del cine anglosajón, y lo rebautizaron como Dickie Eton. Le dieron muchos papeles como los que había hecho Bartholomew, pero en musicales y comedias. De adolescente fue también una estrella en los estudios de grabación, y cuatro de sus éxitos llegaron a las listas de más vendidos.

Pero los planes que tenía la productora, hacer de Dickie una estrella de la magnitud de Dirk Bogarde, nunca se materializaron. Iba para galán adulto o estrella del pop cuando dejó de crecer. ¿Cómo podía Dickie llegar a nada en el mundo del espectáculo si no llegaba ni al uno sesenta? No creció más, y se convirtió en un ser amargado y retorcido. Pero empeño no le faltaba, y se empeñó en tomar cumplida venganza en todos aquellos que hicieron mofa de él y lo veían acabado.

Empezó a trabajar para el promotor Larry Parnes como cazatalentos en el negocio de la música. Larry le enseñó el oficio de mánager, lo trató siempre como a un hijo. Luego pasó a trabajar con el productor de discos Joe Meek y aprendió de él. Meek, conspicuo homosexual, lo trató como algo más que a un hijo.

Dickie no cejó en su empeño. Les sacó todo lo que sabían del negocio. Luego los dejó sin clientes. Les quitó a los mejores y montó su propia compañía de discos en la calle Denmark, a la que llamó Dominate Records. Marca de la casa era la producción en las percusiones y cuerdas, con un efecto helicoidal, el «Mar de hélices» como lo llamó, y que le valió para lograr más de un éxito con una cantera estable de grupos de féminas: las Heart Stoppers, las Head Spinners, las Hard-Ons, las Wolf Whistles, las Pick-Ups, las One Night Stands y las Morning Afters. Y cuando los grupos de chicos desbancaron a los de chicas en la escena musical, fabricó en serie bandas *mods* de cuatro miembros: los Blues, los Bombers, los Bennies, los Dexies, los Lines, los Head Cases y los Heart Attacks. Se había hecho de oro.

Vince no encontró entre toda la documentación nada sobre Dickie Eton, ni la ficha ni la foto. Si no había quedado limpio de polvo y paja, al menos sí pasó desapercibido.

Pero había muchos socios de Jack entre las apretadas hileras de fichados. Y más abajo, en la lista estaba un choricillo llamado Vaughn Treadwell. A efectos de la ficha era considerado de dudosa reputación; pero, a los de Vince, era su hermano, un año mayor que él. Le dolió leer aquello. Vaughn pasaba más tiempo en la cárcel que fuera. No por la gravedad o audacia de los delitos que cometía, sino porque siempre lo pillaban. Usaba los mismos trucos que cuando tenía catorce años. Allanamientos mal planeados, robos en tiendas mal concebidos y atracos peor calculados en los que si no andaba listo, acababa siendo él la víctima y recibiendo de lo lindo. Sería cómico si no fuera verdad; y si no fuera el hermano de Vince.

Luego, vuelta a la cabeza de la lista, a la cara que llevaba un rato evitando. Esa era la verdadera historia de terror: toparse de frente con las hazañas de Jack. El hombre que,

cuando Vince era niño, le había metido el miedo en el cuerpo. Pasó varias páginas y encontró una foto policial de Henry *Piel Roja* Pierce. Pierce adoptó el apodo en sus tiempos de luchador, por el disfraz del personaje que representaba. Había quien decía que le corría sangre sioux por las venas, y había también quien explicaba el mote por todos los cortes que se había llevado a lo largo de su extensa y violenta carrera criminal. Jamás se le curaron, y los tenía siempre algo hinchados y enrojecidos. Contra el aspecto cetrino y exangüe de la piel, las cicatrices parecían hileras de besos de rojo carmín.

Pierce era el que hacía el trabajo sucio para Jack, el elemento visible. Recaudaba. Repartía. Mutilaba. Era el mensajero. Si alguien lo miraba mal en un pub lleno de gente, siempre acababa en el mismo sitio: en el suelo de un trompazo, mordiendo el serrín, ¡y preguntándose qué cojones había hecho él para merecer aquello! Nada, le decían, porque Pierce lo habría tumbado de todos modos. Él decidía si lo habías mirado mal, aunque ni siquiera lo estuvieras mirando, aunque estuvieras a diez metros de distancia y hubiera veinte personas en medio y estuvieras de espaldas a él, a tu puta bola. Porque le daba la gana. Porque ese era el mensaje: «Si crees que te estoy haciendo la vida imposible, ni te imaginas lo que te haría Jack».

Tony Machin entró a toda pastilla en el despacho y fue derecho al archivador, del que sacó una botella de whisky. Lo sirvió en dos tazas astilladas de porcelana y dio un trago a una con cara de deber cumplido.

—¿Se ha tragado el bulo la prensa? —preguntó Vince.

—¿Si se ha tragado el qué? —contestó Machin, sin prestar demasiada atención mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

—Que la sobredosis fue de anfetis adulteradas.

—Se lo han tragado. Les contamos que se trataba de traficantes de poca monta, que no eran de aquí, y que las pastillas las hacían ellos mismos. Dijimos que encontramos un laboratorio casero y una prensa. Que se habían equivocado con la solución química y que «habían pagado por su irresponsabilidad e insensatez».

Vince asintió como aprobándolo.

—Eso los calmará.

Machin meneó con escepticismo la cabeza.

—Seguro que en Londres se tragan algo así, pero aquí... no lo dejarán estar. Ya verás los titulares mañana, no te los pierdas: «Brighton: ¿la nueva capital de la droga en Inglaterra? ¿Hemos perdido el control? ¡Esto parece Estados Unidos! ¡No dejen que sus hijas salgan solas!».

Vince se rio, aunque no estaba escuchando. Seguía con la mirada fija en la foto de Henry Pierce. El gigantón miraba con un ojo atento a la cámara; el otro lo tenía muerto, como una canica llena de vetas.

Machin siguió con el numerito de la indignación popular.

—Ah, y ese otro bulo que sacan cada vez que pasa algo aquí: «Brighton antes era una ciudad tranquila». ¿Por quién nos toman? Nunca ha sido una ciudad tranquila. ¡Por eso viene todo el mundo! —Entonces se acercó a Vince y miró donde miraba él—. Henry Piel Roja Pierce. El viejo Caballo Loco. Olvídalo, chaval. El indio sonado ya se jubiló.

—¿Es verdad eso de que es indio? —preguntó Vince, levantando la cabeza para mirar a Machin—. Yo creía que lo llamaban así por el disfraz que usaba cuando luchaba en el circo.

—Sí que estuvo en el circo; hasta que casi mata a un tipo. Pero, según la leyenda, tiene de verdad sangre india en las venas.

Vince lo miró sin creerlo del todo.

—Me parece que el ayudante indio del Llanero Solitario ha estado mintiendo, *kemo sabe*, que quiere decir «amigo mío» —dijo.

—Lo que tú digas, el caso es que ha vuelto a la reserva india. Lo han encerrado en una residencia para ciegos. Perdió la vista en el ojo bueno, el que le quedaba.

A Vince se le escapó una sonrisita.

—¿Qué pasó?

—Poca cosa. No fue en una trifulca, ya me hubiera gustado a mí arrancárselo. Se quedó ciego sin más, hará unos seis meses.

—Puede que al ojo se le quitaran las ganas de vivir después de toda la mierda que tiene que haber visto.

—Puede que sí, chaval, puede que sí —dijo Machin, alcanzándole a Vince una taza de whisky.

—Te has olvidado de que no bebo.

—Es verdad. Me cuesta metérmelo en la sesera, chaval: un policía que no bebe. —Echó el whisky de la taza de Vince en la suya—. Más para mí. —Machin se apoyó en el archivador—. En fin, que Pierce está acabado, fuera de servicio. No me sorprendería que se lo cargase alguien pronto. —Sonrió ante la idea—. Una venganza por todo el dolor que ha causado en estos años. Sobre todo ahora que Jack no está aquí para cuidar de él.

—Pienso ir a hablar con él de todas formas.

Machin arrugó el entrecejo.

—¿Es que te crees que no lo hemos hecho ya?

Vince no quería minarle la autoestima de manera abierta, y le lanzó una sonrisa aquiescente.

—Jamás lo pondría en duda, colega. Solo quiero presentarle otra vez mis respetos, por los viejos tiempos.

—Faltaría más. Hemos hablado con todos los que estaban al servicio de Jack y, ¡sorpresa!, no hemos sacado nada. Nadie se va de la lengua, y todos tienen coartada.

A Vince lo asaltó una idea.

—¿Y los que no estaban a su servicio? —preguntó.

Machin lo fulminó con la mirada.

—¿Nunca se casó, no? —siguió diciendo Vince.

Machin se rio.

—¿Jack? ¿Mujer, hijos y todo eso? No es de los que se casan. —Volvio a llenar la taza—. ¿Y tú, chaval?

—¿Casarme? No, todavía no.

—¿Tienes a alguien en mente?

—No, todavía no.

—Un tipo guapo como tú, todas las titis estaban por ti. —Machin miró a través de la ventana con aire contemplativo—. No todo es lo que parece, chaval. —Señaló una foto enmarcada que había sobre el alféizar, llena de polvo en la luz difusa. Era una foto de familia: una mujer, dos niños. Todos a la de una diciendo: «Pa-ta-ta»—. Ahí la tienes, esa es mi santa.

Vince miró hacia la fotografía.

—Muy bonita. —Fue todo lo que se le ocurrió decir ante las caras regordetas que le sonreían enmarcadas.

—Jack tenía su gatita, una que le gustaba de verdad. Y que está para comérsela, como suele pasar; una de las buenas, si te gusta ese tipo de mujer.

Vince se volvió para mirar a Machin.

—¿Qué tipo de mujer?

—De las finitas, sin mucho donde agarrarse, como una Jean Shrimpton o una Cathy McGowan. —Machin meneó la cabeza dando a entender cierta repugnancia ante la idea de hacérselo con la modelo internacional o con la presentadora de programas de música pop del momento, la autoproclamada reina de Carnaby Street—. No, chaval, a mí dame una Mansfield, una Russell, o hasta una Dors cuando haga falta. —Machin ahuecó ambas manos delante de él y movió las muñecas como si sopesara dos pechos imaginarios que acababan de aparecer ante sus ojos—. Yo me refiero a mujeres de verdad. Con una buena delantera.

Vince sonrió, sabedor de que Shirley, la camarera, con las tetas rebosando fuera de la blusa, se acercaba más al ideal de Machin que Jane Russell o incluso Diane Dors.

—¿Qué sabemos de ella?

—Lleva uno de los clubs de Jack en Oriental Place —dijo Machin—. Un garito llamado el Blue Orchid. La seguimos un par de semanas, pero no sacamos nada.

—¿Nombre?

—Bobbie LaVita.

—Bobbie... ¿LaVita?

Machin se encogió divertido.

—Ya sabes cómo son aquí. En Brighton todo el mundo es un personaje.

Vince repitió en voz baja el nombre, dándole vueltas a su significado.

—LaVita. La... Vita. La... vida.

—¿La qué?

—LaVita es «la vida» en italiano.

Justo en ese momento se abrió la puerta y Ginge entró de golpe.

—Hostia, Ginge, ¿en tu casa no llamáis a la puerta? —le espetó Machin. No quería que lo pillaran empinando el codo a las cuatro de la tarde.

—Perdone, jefe. —Ginge se volvió hacia Vince—: Tiene usted una llamada del señor Ray Dryden.

—Gracias. —Vince se levantó.

—Haz que te la pasen aquí —dijo Machin.

–Mejor no. Tienes trabajo, así que no te molesto más –respondió, buscando intimidad para la llamada privada.

–Ya te pondré una mesa luego –añadió Machin.

Vince se lo agradeció con un gesto de cabeza y salió por la puerta detrás de Ginge.

Machin borró toda evidencia de alcohol bebiéndose el whisky que quedaba en la taza. Luego se dejó caer en la silla que Vince había ocupado, miró a la foto de su familia y sonrió. Se preguntó a continuación si le podría comer la oreja a Shirley otra vez esa noche.

Ray Dryden entró con Vince en la Policía de Londres cuando abrieron el ingreso por la vía rápida a los licenciados universitarios y pronto se hicieron buenos amigos. Ray estudió Lenguas Modernas en la universidad, pero se enganchó a las novelas de detectives y decidió hacer de ello una forma de vida. Era listo, pero le fallaba el físico. Para compensar, le ponía todo el entusiasmo del mundo y sabía abrirse paso como nadie en bibliotecas, archivos y cajones llenos de recortes de prensa. Se le daba bien todo lo que tuviera que ver con los nombres, las fechas, seguirle la pista a los papeles, casar datos, pegarlo todo en un tablón de corcho y, había que reconocerlo, sacar de ahí resultados. Hacía un año que Ray había entrado a formar parte del pequeño grupo al frente de la oficina de la Interpol en Londres.

La intuición le decía a Vince, y a todo el mundo, que Jack estaba fuera del país. La conexión corsa de Jack Regent era demasiado obvia y ello dio pie a avisar a la Interpol. Vince hizo una llamada a Ray en cuanto el caso cayó en sus manos.

–¿A ti qué te parece, Ray?

–¿Por qué tanto secreto de repente? ¿No te fías de los hermanitos de Brighton?

–Londres, Brighton, son todos iguales.

–¿Lo dices por lo de Eddie Tobin?

–Todavía huele a podrido.

–No dejes que te afecte, Vince. Ya verás como todo se olvida.

–No quiero que se olvide, Ray. Vi morir a una chica en esa pantalla.

–Están matando chicas en la pantalla a todas horas, Vince. Las llaman actrices.

–Esto no era actuar. Era real, y pienso demostrarlo.

–¿Viste cómo la mataban de verdad? ¿Viste la sangre?

–No –dijo Vince, casi con ganas de haberlo visto, así al menos la vaguedad del crimen habría cristalizado en algo—. Y sé lo que vas a decir ahora, pero estoy seguro de que si hubiera seguido consciente solo un segundo más habría visto esa sangre.

El silencio en la línea creció como un tumor molesto alimentado por la duda y la incertidumbre.

–¿Tú me crees, Ray?

–Si tú lo dices, Vince, estoy contigo. Eso lo sabes. Pero este es otro caso, ¿no?

–¿Tienes algo para mí?

–¿Qué sabes del Sindicato Corso?

–Nada.

—Son el equivalente francés de la Mafia —dijo Dryden—. Corsos, pero su base de operaciones es Marsella. Están en todos los fregados, aunque la pasta gansa la sacan del contrabando. Heroína, hachís, tabaco, oro, y cualquier otra mercancía que puedan pillar para sacarle un beneficio.

—Acaban de aparecer tres yonquis muertos en Brighton.

—¡Mierda! ¿Cuándo?

—Los hemos encontrado hoy. La droga que los mató era tan pura que parecía recién descargada del barco.

Ray lanzó un silbido de asombro; no solo ante la tragedia, sino también ante la sincronía de los acontecimientos.

—Vince, no te vas a creer lo que acabo de averiguar. ¿Estás sentado?

Vince, que lo conocía, sabía que había encontrado el tesoro. Porque cuando Dryden pegaba la nariz a algo, seguía la pista hasta el final. Sacó la libreta y el boli y se puso todo lo cómodo que pudo, teniendo en cuenta que estaba sentado en la esquina de una mesa en el centro de investigaciones.

—Soy todo oídos.

—La primera vez que la policía francesa descubrió un laboratorio de heroína fue cerca de Marsella, en 1937 —empezó a contar Ray—. Era un tinglado muy gordo, transformaban toneladas de opio crudo en pasta de opio, luego en morfina, después en heroína. Parte del opio crudo lo traían de Turquía, donde los agricultores tienen licencia de cultivo para la producción de la industria farmacéutica legal. El resto venía de Indochina, a través de la colonia francesa. La refinan en Marsella, luego la embarcan con destino sobre todo a Estados Unidos. Hubo una tremenda epidemia de heroína durante los años treinta y cuarenta en el Harlem, Nueva York. Se creía que toda la droga que entraba en el país la distribuía el Sindicato Corso, a través de sus rutas del opio, y luego la Mafia la distribuía allí. En 1947 los yanquis descubrieron el primer alijo importante: cuatro kilos de heroína fueron decomisados a unos marineros corsos en los muelles de Brooklyn. De una pureza que nunca habían visto antes. Pero el caso... ¿Sigues ahí?

Vince dejó escapar un audible suspiro ante aquella lección de historia de la felonía francesa. Le hubiera gustado que Ray fuera más al grano. Pero se dio cuenta de que había sacado petróleo y que tendría que oír todos los frutos de su pesquisa antes de llegar a lo que verdaderamente le interesaba.

—Ray, me tienes embelesado. Sigue, por favor.

—Al frente de toda la operación estaba el jefe del Sindicato Corso, un tal Paul Carbone.

Vince anotó el nombre en su libreta.

—Suena italiano.

—La cultura y la historia de Córcega tienen mucha mezcla. Es una isla francesa, pero está situada en medio del Mediterráneo, donde no han hecho más que pasar italianos, sicilianos, griegos y turcos. Muchas invasiones. Todo un crisol de pueblos.

—Sigue, campeón.

—Bueno, he aquí el quid de la cuestión: la policía francesa descubrió la planta de procesamiento por accidente. Pero llevaba cinco años funcionando a todo meter, porque

Carbone tenía protección.

—¿Gánsteres con protección? Menuda novedad.

—Sí, y le venía de lo más alto. Durante la guerra, el Sindicato Corso trabajó con la Resistencia francesa. Hacían lo que se les daba bien, entrar y salir en terreno prohibido y cargarse gente. Asesinatos de oficiales nazis, colaboracionistas al más alto nivel, espías. Trabajaban bien; según parece, hasta los condecoraron. Luego, después de la guerra, estuvieron al servicio de la CIA y de la SDESE.

—Un nombre con gancho.

—Es el servicio francés de inteligencia. Usaron a los corsos para impedir que los comunistas franceses controlaran el puerto de Marsella, el más boyante del Mediterráneo. Montones de dinero pasan por allí. O sea que el Sindicato Corso está bien conectado con el gobierno francés. Imagino que los toman como una extensión de su poder, los que le hacen el trabajo sucio que no estaría bien visto que hicieran ellos. ¿Y el precio?, te preguntarás. Pues dejan que sigan con sus trapicheos, hacen la vista gorda. Eso siempre que la droga no llegue a París en cantidades preocupantes; y como la mayor parte acaba en Estados Unidos, todo el mundo contento.

—Crees que Jack Regent tiene algo que ver con esta gente.

—¿A ti qué te parece?

Vince sopesó la pregunta: Marsella, Córcega, Nueva York. Un toque demasiado exótico, pero ¿por qué no? Además no tenía ningún otro indicio sobre el caso. Y al igual que le pasaba a Ray, aquellas intrigas hacían volar la imaginación de Vince y le daban qué pensar. Por eso se hizo poli: para ir siempre al fondo de las cosas, a lo que realmente había detrás de cada caso.

—Jack es corso, es un criminal y estos yonquis han muerto por una sobredosis de heroína. Por lo que a mí respecta, ahí hay algo —acabó respondiendo—. ¿Qué más crees que debería saber del Sindicato Corso?

—Los que pertenecen a él llevan siempre el símbolo de la bandera corsa grabado en alguna joya; un anillo, por ejemplo, o una medalla. En los estamentos más altos de la organización, además, se lo tatúan. El caso es llevarlo siempre encima, como si fuera un deshonor que te pillaran sin él.

—¿Qué aparece en la bandera corsa?

—La cabeza de un moro. ¿Sabes qué es un moro, no?

—Claro, Moro, el lateral izquierdo del West Ham.

—No, hombre, la cabeza de un moro, un tipo de piel oscura, norteafricano o árabe.

Vince se rio.

—Que sí, Ray, que sé lo que es un moro. ¿Y qué tal te trata la glamurosa Interpol?

—¿Te refieres al cuerpo internacional de policía, Vince? ¡No he salido del despacho ni una sola vez desde que llegué aquí! No respiro aires extranjeros nada más que cuando voy a comer a un griego o a un italiano. Pero escucha, esto es material de primera. Si podemos abrir un caso con...

—¿Cómo que si podemos? —preguntó Vince.

—Sí, tú y yo, tú pones el trabajo a pie de calle y yo la materia gris al frente de toda la

operación. Quién sabe, si podemos abrir el caso con pruebas suficientes, a lo mejor nos mandan al Mediterráneo y podemos darnos unos baños de sol.

Vince se echó a reír, pero Ray seguía con lo suyo.

—Ah, Vincenzo, conozco un restaurante magnífico en Saint-Tropez. Y las mujeres... Esa pasión, esas caritas exóticas...

—¿Cómo de exótico te parece esto: Bobbie LaVita?

—¿Y ese quién es?

—Esa.

—Mmm, promete, promete. ¿La has invitado a salir?

—Ni de lejos. Pero al parecer está de muy buen ver. Era el amor de Jack Regent.

—Las chicas de los gánsteres no son mi tipo.

—El mío tampoco, pero tengo curiosidad. Puede que nunca esté tan cerca...

«Bobbie LaVita, Bobbie LaVita, Bobbie LaVita, Bobbie LaVita, Bobbie Lalalalalalala Vita...».

El nombre resonaba una y otra vez en la cabeza de Vince con cadencia de mambo cuando salió de la comisaría de la calle Edward. Era un día soleado, no hacía excesivo calor pero sí había mucha luminosidad. El sol estaba bajo en el cielo y arrojaba una luz intensa sobre todas las cosas.

—¿Detective Treadwell?

Vince se volvió de repente y lo vio allí, delante de él.

Tirando por lo alto mediría uno setenta, quizá algo menos. Rechoncho y con el pelo claro, estaría calvo antes de cumplir los cuarenta. Pero aquel día no aparentaba más de veinte años.

—Me llamo Terence, Terence Green-John, reportero del *Evening Argus*.

Vince miró al cachorro de periodista de arriba abajo: se fijó en la casaca de tweed marrón y el jersey granate de cuello de pico, seguramente lleno de agujeros en los codos aunque eso no alcanzase a verlo; camisa roja de cuadros y corbata verde llena de patos volando, bien apretada, como el que se ata un lazo; pantalones anchos de pana verdes, descoloridos, pesqueros por efecto de los tirantes, lo que dejaba al descubierto los calcetines rojos y unos zapatos marrones con ribete que habían conocido mejores tiempos. Todo en él, de hecho, había conocido tiempos mejores y parecía holgado, gastado y de segunda mano. Tenía el aspecto de un granjero joven y rubicundo de buena familia.

—Si se trata de esos tres en Kemp Town, no sé más que lo que ya les ha contado el detective Machin.

Terence negó con la cabeza de forma categórica.

—No, no, no, señor Treadwell...

—Detective Treadwell.

—Sí, sí, sí, perdone, perdóneme...

—Perdonado. ¿En qué le puedo ayudar, señor Green...?

—Green-John —corrigió el otro, sacando del bolsillo su tarjeta de visita—. Yo cubro el

caso de Jack Regent.

Vince le echó un ojo a la tarjeta que, bien mirado, no era una tarjeta sino un trozo de papel grueso cortado con unas tijeras. Allí había escrito su nombre y su número de teléfono a máquina. Vince se fijó luego en Terence y vio que el reportero tenía los dedos manchados de tinta, habituados a cambiar muchas veces la cinta de una máquina de escribir. Pero la tarjeta mentía, porque seguro que se la había fabricado él. Vince levantó una ceja con aire de incredulidad.

—¿De verdad trabaja usted para el periódico?

Terence le esquivó la mirada, bajando la suya al instante. Vince vio que tenía las pestañas muy largas, pestañas de chica.

—Si le soy sincero, señor...

—Siempre es recomendable decirle la verdad a la policía. Podría mandarlo arrestar sin mayor problema por suplantación de personalidad y por hacerle perder el tiempo a un agente del orden —dijo medio en broma. Pero se dio cuenta, sin que el otro tuviera necesidad de abrir la boca, de que Terence era el tipo de persona al que le era más difícil mentir que decir la verdad.

—Estoy matriculado en Clásicas en Cambridge, pero quiero ser escritor. —Terence lo dejó ahí, esperando una respuesta. Era obvio que estaba acostumbrado al efecto que solían producir esas palabras, por lo menos un «Sabia elección, muchacho», cuando le hablaba a la gente de su ambición de ser escritor. Pero nada sacó de Vince.

—¿Así que se dedica a suplantar a los plumillas? —preguntó Vince.

—No, no, señor —respondió Terence, con un pestañeo nervioso—. Es verdad que estoy de becario en el *Argus*, durante las vacaciones. Soy el que prepara el té; poco más, la verdad. Llevo y traigo mensajes. Hago de corrector a veces y otras...

—Terence, le deseo buena suerte, pero tengo algo de prisa —dijo Vince devolviéndole la tarjeta de visita y alejándose a grandes zancadas hacia Lower Rock Gardens.

Pasados unos treinta segundos, Vince oyó un repiqueteo detrás de él. Sonaba como los pasos que daría Gene Kelly si estuviera borracho, pero era Terence, que llevaba chapas de acero en las suelas de los zapatos. Seguía con su repiqueteo frenético el paso acelerado de Vince.

—Señor, señor, yo lo puedo ayudar —seguía diciendo, lleno de entusiasmo y casi sin aliento—. Soy del mismo Brighton. Sé que lo han mandado a usted desde Londres por el caso de Jack Regent. Lo puedo ayudar. Sé muchas cosas.

Vince dejó de caminar y se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Qué cosas sabes, Terence?

—Sé lo que está pasando aquí. Quizá yo... Quizá pueda serle útil.

—Vale, pues cuéntame. ¿Qué está pasando aquí?

Terence ofreció la mejor de sus sonrisas, lo halagaba aquella pregunta. Luego, en un par de segundos, se puso serio y sombrío.

—Bueno, señor. He compilado todo un estudio: la historia de Brighton. La gente, los barrios, los bajos fondos...

—Los bajos fondos —repitió Vince, deleitándose con la expresión; aunque no tanto como

Terence, quien lo pronunciaba con la ampulosidad que solo un estudiante de Clásicas de diecinueve años podría otorgarle a aquella palabra.

—Yo también soy de Brighton, Terence. Y siendo policía, pues como que vivo de ello, de los bajos fondos. Y muchas veces, el hecho de que te ayude la prensa se suele malinterpretar como una intromisión. Y si quien te ayuda es un universitario que quiere trabajar en prensa, eso se podría interpretar directamente como un incordio y un peligro de tres pares de cojones.

A Terence lo hundieron aquellas palabras. Vince vio que estaba a punto de echarse a llorar bajo el peso de la desilusión que había provocado en él.

Estudió la expresión del joven aprendiz de periodista. No había visto nunca una cara tan sincera, casi rayaba lo ridículo. Todo lo que sentía y pensaba aparecía reflejado en su cara. Suspiros y tics que lo delataban, los ojos tristes de la decepción y los hoyuelos en las mejillas de alguien a quien lo han traicionado los nervios. Aquel muchacho no debería acercarse nunca a una mesa de póquer. Por mucha calva incipiente y por mucha ropa de abuelo, Terence parecía un chaval, alguien que creía sinceramente en unos bajos fondos de proporciones míticas y grandiosas.

A Vince le dio pena y cogió la tarjeta de visita de imitación que Terence tenía todavía en la mano. La metió en uno de sus bolsillos y empezó a alejarse de él a buen paso.

—Esto es lo que haremos, Terence —dijo por encima del hombro—. Si necesito ayuda te llamo. Te doy mi palabra, ¿vale?

Terence no cabía en sí de dicha. Un brillo le encendió los ojos, como el del sol bajo que se cernía sobre el cielo de Brighton.

—¡Gracias, señor!

La dulce vida

El hotel en el que se alojaba hacía honor a su nombre, y Vince echó un vistazo a su habitación en el Seaview intentando no perder detalle. Había barcos y anclas en el motivo del papel pintado; sobre la mesa, bajo el espejo, una botella encerraba la miniatura de un barco, y fotografías en blanco y negro de pescadores faenando adornaban las paredes. El baño reproducía idéntico ambiente marineró: una estrella de mar encima de la cisterna, la esponja natural en la bañera, y una pastilla sin estrenar de jabón Imperial Leather que lucía toda su elegancia en una concha de vieira encima del lavabo.

Tal y como Vince lo recordaba. Porque ya se había alojado en aquella habitación antes, cuando estaba en la universidad, durante un fin de semana guarro que compartió con una estudiante de Sociología llamada Paula. Se quitó la chaqueta, luego, los zapatos, y se tumbó en el mullido colchón. Tan mullido que temió marearse, aunque la cama pronto sucumbió al flujo de aguas más tranquilas.

Entrelazó las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos. Volvió a oír las palabras de Markham cuando salía de su despacho en Scotland Yard: «Pase un tiempo alejado de todo, relájese, vaya a ver a la familia. Quién sabe, hasta puede que tenga usted un caso. Estará de vuelta en unas semanas». El caso duraría unas semanas, y ya habían pasado...

«Bobbie LaVita, Bobbie LaVita, Bobbie LaVita...».

El nombre. La chica. El Blue Orchid en Oriental Place. No le ponía cara a la novia de Jack Regent. Sonrió al pensar en las calas que haría en aquel viaje. Primero ella. De camino al club podía ir a ver a su hermano, Vaughn. Y mañana un encuentro por todo lo alto con un monstruo del pasado, Henry Piel Roja Pierce.

Se levantó para echar las cortinas y así poder dormir a pierna suelta. No oyó la explosión, pero nada más llegar a la ventana lo que le saludó fue una visión del Apocalipsis. Khrushchev y Lyndon B. Johnson por fin se habían tirado los juguetes a la cabeza, y volaban en el firmamento. Una bomba atómica acababa de explotar y desgarraba el cielo en una nube de matices que iban desde el rojo hasta el naranja. Vince se rio de su absurda ocurrencia, pero era verdad que parecía el fin de mundo más que una simple puesta de sol. Se quedó allí viendo cómo la Tierra le decía adiós por aquel día al astro rey.

Vince salió del Seaview a las nueve de la noche. Fue caminando por el paseo marítimo hasta el acuario, cruzó por Palace Pier y buscó los barandales para estar más cerca del mar. Como era de esperar en un día de fiesta, a la calurosa noche la sucedió, echándola a

golpes de viento, un frío de tormenta que llenó el cielo de nubarrones. El mar lanzaba dentelladas sobre la playa y la engullía con sus hambrientas fauces, le reclamaba guijarros y algas, cefalópodos y latas de conservas, papel para envolver el bacalao frito con patatas y condones. Luego lo escupía todo otra vez sobre la arena.

Las Vespas y Lambrettas, rojas, azules y blancas, orladas de faros y retrovisores, tejían el ajetreo del tráfico con sus idas y venidas, entre acelerones y frenazos, prontas a la ignición y a la explosión de sus motores. Las montaban jóvenes embutidos en trajes italianos de tres botones y largas parkas militares con capucha. Abría la comitiva un escúter con una chica de paquete de pelo cortado al rape a lo Jean Seberg. Estaba muy maquillada, con grandes círculos oscuros alrededor de los ojos, y llevaba un vestido corto de lentejuelas que parecía hecho de papel de plata. Abrazaba a su novio con los brazos delgados y la piel de carne de gallina. El piloto, con un blazer a rayas de los que usan los universitarios en las regatas y un pañuelo de cachemira al cuello, llevaba casi más rímel que ella, pero Vince pensó que hacían buena pareja sorteando los coches, igual que Gregory Peck y Audrey Hepburn en *Vacaciones en Roma*, la película de 1953.

En el paseo marítimo no había un alma entre todos los que salían de los pubs copa en mano y los que hacían cola con cara de pocos amigos para entrar en la discoteca Sherry's. Chicos y chicas se movían en manada, las chicas con los brazos entrelazados y lanzándoles silbidos y risas a los chicos, que mariposeaban a su alrededor haciendo alardes, entre pavoneos y tacos.

Entonces, de algún punto en la distancia, llegó el sonido de cristales rotos y hubo un vacío en la risa comunal por el que se coló un grito de dolor. Más allá en el mismo paseo, a la puerta de un pub, los mods con sus elegantes trajes se enzarzaban en una riña con los rockers, enfundados en cuero y siempre listos para dar batalla. El motivo era la disputa por la máquina de discos, la elección de la banda sonora que unos y otros le pondrían a la noche. Otis Redding o Gene Vincent, el ganador se decidía entre vasos de cerveza que volaban por los aires y mesas puestas patas arriba.

El año anterior, las ciudades costeras de Margate y Southend sirvieron para probar las fuerzas de mods y rockers. Allí se declararon la guerra, y Brighton estaba listo para la batalla. Los titulares aguardaban en los periódicos. Y la policía en sus cuarteles. Sonó un gemido de sirenas y dos furgones se abrieron paso por la acera hasta la rampa de asfalto que llevaba al pub al final del paseo marítimo. Cachiporras fuera, y los chicos de uniforme salieron con más ganas de liarla que los rockers y los mods. Vince sentía que aquello no iba con él, que sus lealtades no se decantarían por ninguno de los dos bandos, y siguió su camino.

Diez minutos más tarde estaba en la calle Waterloo, parado frente a la casa en la que vivía su hermano, según le había indicado Machin. Era el piso del sótano, y tenía la entrada llena de colillas, bolsas vacías de patatas fritas y más basura que el viento arremolinaba allí desde la calle y nadie barría. Vince llamó pero no se encendió ninguna luz.

A aquella puerta rara vez la trataban con tantos remilgos. Redadas de polis, cobradores de morosos, citaciones judiciales, nadie esperaba pacientemente a que la abrieran. Vince

pensó en hacer lo mismo: con una patada en el punto estratégico, la cerradura barata saltaría hecha pedazos. En vez de eso, sacó la libreta y anotó el teléfono del hotel y otro con el que se podía hablar directamente con él en la comisaría, y lo metió por debajo de la puerta, aunque no esperaba que su hermano lo llamara.

Diez minutos después Vince estaba en Oriental Place. Era también un sótano, pero de distinta índole. Frente a Vince se erigía una puerta de roble barnizada a la que no le faltaba ni mirilla ni pomo macizo de bronce. Sobre la puerta brillaban tres palabras de neón azul que imitaban la escritura manual: «The Blue Orchid». Vince llamó al timbre y la puerta se abrió dando paso a un gorila con frac y tupé. O quizá el aspecto simiesco fuera efecto de la espesa mata de pelo. En cualquier caso, el tupé le resbalaba por toda la cara.

El gorila ensayó algo parecido a una sonrisa y gruñó un «Bienvenido».

Vince le dio los diez chelines que costaba la entrada a la morena del mostrador, que leía un libro con cara de aburrida, y entró en el club.

Como todos aquellos garitos, el club era mayor de lo que parecía por fuera. Tenía la distribución típica de un local de alterne: barra larga al fondo, unas quince mesas, pequeña pista para bailar y un escenario. Fotos enmarcadas de estrellas de cine llenaban las paredes: Jean Harlow, Joan Crawford, Bogart y la Bacall. El Blue Orchid había optado sin rodeos por el glamur de los clubs nocturnos que salían en las películas, con imitación de piel de cebra en las banquetas y los taburetes, y una legión de palmeras en tiestos dispuestas a lo largo del local.

El servicio lo formaban cuatro camareros cargados de hombros enfundados en chaquetillas blancas, cada uno con su pajarita negra, y todos arrastraban los pies cansinamente. Se diría que el sitio estaba muerto. Tres hombres ocupaban sendos taburetes en la barra; a Vince no le sonaba la cara de ninguno de ellos. Y había una solitaria pareja sentada a una mesa cerca del escenario.

Sobre este último, un trío tocaba música de jazz muy bajo, alguna pieza lenta. Lo formaba un batería de pelo canoso y aspecto somnoliento que sacaba efectos a sus tambores con las escobillas, un viejales de pecho enjuto apoyado en el contrabajo para no caerse y un saxo alto al que casi ni le llegaba el aliento de quien lo soplabá, un tipo con perilla. Tocaban música ambiente que a duras penas merecía ese nombre.

Vince fue a la barra y pidió un agua con gas «manchada» con un toque de angostura y una rodaja de lima: lo que él llamaba una copa. Miró a la pareja sentada junto al escenario. La chica tenía unos veinte o veintidós años; el hombre pasaba con holgura de los cuarenta. Él le prestaba a ella ese tipo de atención, todo manos y babas, que la señalaba como su secretaria, no su mujer. Bobbie LaVita tampoco podía ser. Aunque Jack se hubiese dado el piro, nadie sería tan babosamente estúpido.

Vince iba a preguntarle al barman dónde podía encontrar a la señorita LaVita cuando se apagaron las luces. El de los ojos llenos de legañas despertó, dejó a un lado las escobillas, cogió las baquetas, golpeó en el borde de la caja y dio un redoble. El del contrabajo puso derecho el instrumento y lo tocó como es debido; por su parte el saxofonista se secó la cara y sopló una verdadera vaharada de aire caliente.

Y entonces en el escenario apareció ella, Bobbie LaVita.

Rubia platino, se diría que había nacido con aquel corte asimétrico a lo *garçon*, y el flequillo corto cayéndole en picado hacia el lado izquierdo. Como una Clara Bow de pelo teñido y de inspiración modernista. Esbelta, toda su figura tenía un aire andrógino. Y unos ojos marrones muy maquillados que resaltaban las pestañas largas y negras acentuando la mirada felina. No se había pasado con la barra de labios, solo lucía una capa de color pálido. Llevaba un vestido largo arrugado de seda color turquesa, asimétrico también, que bajaba de un hombro a la axila del otro y le tapaba un brazo y dejaba el otro expuesto en toda su desnudez. Con las piernas pasaba lo mismo, una raja casi hasta la cadera, la otra tapada del todo. Tenía poco más de veinte años, veinticinco como mucho, según le pareció a Vince.

Sobre el pecho izquierdo llevaba un broche de plumas plateadas y una tira de diamantes. Imitaba algún tipo de pájaro prendido allí, pero también podría haber sido un dragón o un ave fénix. Sostenía un cigarrillo en una mano, y la tersura de los largos dedos quedaba rematada por las uñas pintadas de color oscuro. Le caía la otra mano a la altura del muslo y de ella colgaban un par de zapatos de tiras de plata. Bobbie LaVita iba descalza.

El local quizá estuvo de moda hacía treinta años; la canción que cantaba era de hacía una década, pero la cantante no podía ser más actual. No encajaba en aquel sitio, pero es que, pensó Vince, tampoco encajaría en la discoteca Sherry's entre chicos y chicas de su edad. ¿Y en los brazos de Jack Regent, ahí sí que encajaba? No, ahí tampoco.

Vince le dijo al barman que quería invitar a la señorita LaVita a una copa. El camarero le dirigió una mirada que venía a decir: «Por tu propio bien, no lo hagas». Y por si Vince no había cogido el mensaje, lo acompañó de las siguientes palabras:

—Si valoras en algo tu vida, colega, ni te acerques a ella.

Entonces Vince tiró de placa.

—Vincent Tread... ¿qué?

—Treadwell.

Ella se echó a reír.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—No, nada —dijo con una sonrisa juguetona, sin decirle qué tenía de gracioso su nombre. Luego repitió—: Tread... well.

Estaba sentado con Bobbie LaVita en el rincón del fondo, el más alejado del bar. Ella sacó un cigarrillo del paquete, luego ofreció uno a Vince.

—No fumo.

—Mejor para usted. —Ella dirigió los ojos hacia una caja de cerillas que había en el cenicero de cristal esmerilado. Vince entendió su gesto y le dio fuego. La luz iluminó la cara de la chica, una cara tan perfecta como él hubiera soñado. Ojos intachables en forma y proporción. Labios más gruesos de lo que le había parecido cuando la vio en el escenario, disimulaba la sensualidad innata de aquella boca por el tono pálido del pintalabios. Un hoyuelo apenas insinuado le adornaba la barbilla.

Era sin lugar a dudas una belleza. Vince conocía aquella cara, la había visto antes. Intentó escarbar en el recuerdo pero no sacó nada. Puso en práctica el viejo truco de proyectar sobre ella el rostro de una estrella de cine. ¿Era una... Sofia Loren? Quizá si se teñía el pelo de negro y engordaba un poco... ¿O era una... Audrey Hepburn? Cejó en su empeño, consciente de que el truco no funcionaba siempre; de que con algunas caras el numerito de la estrella de cine no servía. Pero estaba seguro de haberla visto antes.

—Se parece usted al actor ese.

Vince sonrió al ver que a ella también le gustaba jugar a los parecidos.

—¿Ah, sí? ¿A cuál?

Frunció la boca, entreabrió los labios, hizo un sonido seco contra el paladar. Lo tenía en la punta de la lengua.

—Victor Mature —dijo a modo de respuesta.

Vince sonrió. Tampoco a ella se le daba demasiado bien el juego. Él no se parecía en nada al cachas aquel.

—Vi *Sansón y Dalila* en la tele anoche. —Bobbie entrecerró los ojos mientras se fijaba en sus rasgos—. Será la nariz, así como romana.

—Que no se entere el viejo Vic, porque me parece que Sansón era judío.

—Era un bodrio de película, no presté mucha atención. —Dejó de sonreír, y con algo parecido a un suspiro dio a entender que se había acabado la hora del recreo—. Supongo que está aquí para interrogarme por lo de... la cosa esa que apareció en la playa.

—¿La cosa esa?

—Sabe a qué me refiero.

—Sé a qué se refiere. Al asesinato.

—Pensaba que eso ya lo habían resuelto. Que su gente da por sentado que fue el señor Regent el que lo hizo.

—Por «mi gente» se entiende la policía de Brighton, imagino.

Ella pareció sorprendida.

—¿Es usted policía?

Vince asintió.

—Pero de Scotland Yard, no de la calle Edward.

—¿Scotland Yard? ¿Lo dice para impresionarme?

Vince sonrió. Sí, quería impresionarla.

—La verdad es que no, señorita LaVita. Solo le digo que acabo de incorporarme al caso. No es mi competencia considerar al señor Regent ni culpable ni inocente. Solo lo buscamos para que nos ayude en la investigación.

—Oh, sí, es usted policía. Solo la poli habla así.

Era difícil sacarle el acento. Un poco sincopado y con buena pronunciación. Vince llegó a sospechar que la chica se esforzaba por aparentar que provenía de una clase social más alta.

—Por eso me uní al cuerpo, por la jerga tan divertida que usan —dijo él.

Bobbie sofocó una risa; le dedicó, eso sí, una sonrisa, y lo miró otra vez de pies a cabeza.

—Seré sincero con usted, señorita LaVita. Jack es el principal sospechoso hasta que se demuestre lo contrario.

—¿Y qué puedo hacer por usted, detective Treadwell?

Vince sacó la libreta y le mostró un dibujo que había copiado, con bastante precisión, de una enciclopedia.

—Es la cabeza de moro, el emblema de la bandera corsa. ¿Tenía Jack una medalla o un anillo con esto grabado?

Bobbie examinó el dibujo.

—No, pero él siempre se declaraba gran admirador de Napoleón.

—¿Napoleón?

—Napoleón Bonaparte era corso. A Jack le gusta la historia, pero a usted no, obviamente.

—«La historia, esa pesadilla de la que intento despertar».

Ella lo interrogó con la mirada.

—Es una frase del *Ulises* de James Joyce, aunque quizá no con esas mismas palabras.

—Lo de Napoleón era una broma, detective.

Vince le dedicó una sonrisa cómplice, pero no creyó que estuviera bromeando. La mayoría de los gánsteres eran déspotas de tres al cuarto que dominaban sus feudos a base de un ego desbordante y complejo de Napoleón. Y aunque Jack no era conocido por su diminuta estatura, Vince pensaba que un pie torcido no dejaba de pisotearle a uno el ego después de tantos años.

—¿Tenía tatuajes?

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Tatuajes?

Vince respondió con sorna:

—Sí, dibujos hechos a tinta, una espada con una serpiente enrollada, elogios a la madre muerta, una oda a la novia.

—Gracias, detective, ya sé lo que son los tatuajes. Y no tenía ninguno que yo le viera.

—Y usted se lo habría visto.

—No éramos tan íntimos.

—¿Ah, no? Yo creía que tenían toda la intimidad que pueden llegar a tener dos personas.

Bobbie le dio una calada al cigarro y soltó el humo como dando a entender que estaba aburrida, o que Vince había llegado demasiado lejos.

—Desde la intimidad que yo tenía con él, nunca vi ningún tatuaje. Pero claro, hay intimidades e intimidades. Además, si él y yo éramos tan íntimos, ¿por qué tendría que contárselo si usted y yo no lo somos?

—Porque es un caso de asesinato y soy policía —dijo como recordatorio, tanto para sí mismo como para ella.

—Bueno, a lo mejor es que tenemos que intimar usted y yo, para que entonces se lo pueda contar. —Miró a Vince buscando en su cara un sonrojo.

Pero no lo halló, y Vince le sostuvo la mirada, con los párpados un poco caídos, en

una expresión de hastío que venía a decir que ya había escuchado aquello antes. Guardó la libreta y miró a su alrededor. Dos de los clientes que estaban en la barra se habían ido ya. La pareja junto al escenario había llegado a los besos; los esperaban las sábanas de la pensión.

—¿Le habló Jack Regent de su familia, señorita LaVita?

—No.

—¿Y qué sabe de ellos?

Ella encogió los hombros. No sabía nada.

—Seguro que mis compañeros le comunicaron que ocultar información es...

—No oculto nada, detective. Y si le parece que no estoy colaborando, no es nada que haga a propósito. Lo he pasado mal estas últimas semanas, verdaderamente mal.

Vince no se tragó lo último. Las palabras de la chica no tenían la emoción que suele acompañar a ese tipo de afirmaciones: las lágrimas y la voz quebradiza del inocente que se ve atrapado en el torbellino de la investigación de un asesinato. La respuesta sonaba como si la hubiera estado ensayando con un abogado, preparada para el contrainterrogatorio.

Aun así Vince se vio obligado a soltarle el rollo de siempre:

—No me cabe ninguna duda de que así ha sido, y no le robaré más tiempo. Pero es que tenemos que averiguar la verdad para que...

—Estoy respondiendo a sus preguntas tan sinceramente como puedo. Me ha preguntado que si hablaba de su familia y le he dicho que no. Me ha preguntado si sabía cosas de su familia, pero no sé nada porque nunca hablábamos de eso. Así que supuse que no tenía familia.

—Todo el mundo tiene familia, señorita LaVita, nos guste o no.

—Si yo le contara.

—Y en el tiempo que estuvieron juntos, ¿nunca quiso saber más cosas sobre su familia?

—No. Y él tampoco me preguntó por la mía.

—¿Y de qué hablaban entonces?

—¿Y eso qué tiene que ver con todo esto?

—Es solo por curiosidad.

—Pues hablábamos de cosas mucho más interesantes.

—Ah, vale —dijo él con tono de burla—. ¿De temas importantes y sesudos como la historia? Y hay tanto de lo que hablar cuando se habla de historia, que se pasarían las horas muertas contando episodios...

Ella lo miró con ira, luego se quitó una hebra de tabaco de la lengua.

—Ha dicho que la historia era su tema preferido, señorita LaVita.

—Eso he dicho.

—Pero no la historia de su familia.

—Para muchas personas, detective, la familia es como eso que dice su escritor acerca de la historia: una pesadilla de la que hay que despertarse.

Vince se percató de la amargura en la voz. Estaba claro que ahí había una historia.

—Entonces, y a falta de familia, ¿se podría decir que usted era, o que es, la persona

más cercana a él?

—¿Cree usted que yo sé dónde está?

—Alguien tiene que saberlo.

—Y si yo lo supiera, ¿cree que se lo diría?

Vince encogió los hombros con gesto de indiferencia.

—Pues no, no se lo diría.

—Puede. Pero alguien, de forma anónima, ya nos ha dicho algo. Por eso lo buscamos.

—¿Cree usted que yo soy esa persona anónima?

Esta vez Vince puso menos indiferencia al encoger los hombros.

Ella se tensó y enderezó la espalda. Adoptó una expresión defensiva en la cara, entrecerró los ojos, adelantó la barbilla ligeramente.

—¿Y por qué iba yo a hacer una cosa así? —dijo Bobbie exagerando la síncopa en la voz.

—Bueno, recuerde el argumento de esa película que vio anoche. Sansón perdió la cabeza por Dalila. Dalila se enteró de todos sus secretos, le cortó el pelo, le robó la fuerza. Luego les cayó todo el tinglado encima. Se me olvidan las historias de la Biblia, ya no recuerdo por qué lo hizo Dalila. A lo mejor usted me puede ayudar con las lagunas.

—Ya le he dicho, detective, que no presté mucha atención.

—¿Fue para quitárselo de encima quizá?

—Tiene razón —dijo ella—. No se parece en nada a Victor Mature.

—Usted también tiene razón. No es la persona anónima que nos ha dicho algo. —Vince le ofreció la calidez de una sonrisa; después, el peso gélido de un dato—. Si lo fuera, no estaría aquí sentada conmigo. Estaría muerta.

Al oír esto, ella bajó la mirada y apagó el cigarrillo. Aplastaba contra el cenicero la colilla manchada de pintalabios y Vince percibió claramente su malestar. El joven detective sacó una tarjeta del bolsillo de la chaqueta y un bolígrafo Sheaffer cromado en metal. Luego escribió su número de teléfono y dejó la tarjeta sobre el borde del cenicero.

—Le doy mi número, por si se le ocurre algo que nos pueda ayudar. No le robaré más tiempo, señorita LaVita.

Ella cogió la tarjeta y le echó un vistazo rápido; luego sonrió.

—Bobbie. Llámeme Bobbie.

—Gracias. Eso haré. Porque no parece usted una LaVita.

—¿A cuántas conoce?

—Usted es la primera.

—Entonces no tiene con quién compararme —dijo ensanchando la sonrisa, lo que acentuó los altos pómulos que enmarcaban perfectamente sus ojos entre marrones y verdes—. Somos una *rara avis* de las LaVitas.

A Vince le alegró verla sonreír. Se fijó en las hileras de dientes fuertes y blancos, los hoyitos en las mejillas, los ojos encendidos. Estaría guapísima bajo la luz del sol, pensó. Le pegaba más que la noche, mucho más que la penumbra del club o el papel de seductora encarnada en cantante de baladas. Seguía pensando que el nombre de LaVita era tan falso como los diamantes del broche que, de cerca, resultó ser un pavo real o un

ave fénix.

Sacó otro cigarrillo del paquete. Esta vez Vince le dio fuego antes de que ella se lo pidiera con la mirada. Bobbie cubrió la llama con la mano, aunque no había viento alguno que la hiciera temblar. Era cuestión de contacto, y Vince se estremeció cuando sintió su mano junto a la suya. El pequeño temblor la alertó. Abrió más los ojos verdes y abarcó a Vince con la mirada. Cada pequeño movimiento cobraba nueva magnitud, nueva medida, significado nuevo. Cada gesto crecía hasta el absurdo.

—¿Lo puedo llamar Vincent, o hay reglas contra la costumbre de usar el nombre de pila con los policías?

—Me llaman cosas peores.

—¿Como qué?

—Vinnie, o Vin.

—¿Y qué tal Vince?

—Vivo con esa carga. De hecho, es como me llama todo el mundo.

—Pero se ha presentado como Vincent.

—De esperanza también se vive.

—Pues así lo llamaré.

Él estaba deseando que lo llamase Vincent y sintió cierta incomodidad al darse cuenta. No, no se fiaba de ella, y la «intimidación» que ella había propiciado tan de repente puede que solo fuera un flirteo sin importancia para hacerle perder la pista. Se sintió impropriamente incómodo al percibir la posibilidad de un engaño. Porque Vince habitaba un mundo en el que el engaño se llevaba muy pegado a la piel.

El tiempo que uno puede aguantar sentado en un rincón sin encender un cigarrillo o decir algo inconveniente tiene sus límites, así que Vince se levantó y dio por terminada la conversación.

—¿Adónde vas, Vincent? —preguntó ella, con una sonrisa juguetona que rayaba en pura burla.

Al oír su nombre en aquellos labios se sintió igual que un chiquillo.

—Mañana tengo trabajo —dijo a modo de excusa.

¿Que tenía trabajo? Algo dentro de él renegaba de esas palabras. Cayeron como un chaparrón y deshicieron la corriente llena de ironía, sarcasmo y chispa que se había establecido entre ellos, bajo la que había intentado enterrar todo el rollo de poli.

—Qué pena. Sé de una fiesta fantástica esta noche.

Vince sonrió. Con aquellas palabras ella lo estaba emplazando: le había echado un cable.

—Esta noche no, Josefina. A Napoleón no le gustaría la idea.

Algo se revolvió otra vez dentro de él; pero, aunque era un chiste fácil, funcionó. Le había borrado a la chica la sonrisa juguetona de la cara y las aguas habían vuelto a su cauce.

Jack había regresado a la ecuación. Jack Regent, el amante de Bobbie. La presa de Vince.

Los modernistas

Iban de camino a Hove y se alejaban de las hordas que habían bajado a Brighton a pasar el puente. Vince y Bobbie. Caminando por el paseo marítimo rumbo a aquella fiesta. Ella no tuvo que convencerlo. Era una buena oportunidad para saber más cosas de Jack Regent.

La carretera de la costa vibraba llena de pandas de mods y los acelerones de sus escúters. Iban tres o cuatro personas por cada moto, ocupaban los carriles, hacían que el tráfico fuera más lento. Una banda de rockers se cruzaba con ellos en dirección opuesta. Venían Triumphs, BSA, Nortons y Royal Enfields, motos que se abrían paso con su gran cilindrada y dejaban un rastro de fuego en el asfalto. Cuando llegaban a la altura unos de otros, en el breve intercambio, volaban insultos en ambas direcciones. El sonido de las sirenas, omnipresente a sus espaldas, les recordaba a ambas facciones quién era el verdadero poder en Brighton aquella noche, aunque su dominio fuera efímero. En la calle principal que iba de Marine Parade hasta West Pier, grupos de mods se paseaban como gallitos: urbanitas a la moda, distinguidos y elegantes, con un brillo en la cara, y la mirada encendida y fulminante del que busca a su enemigo. Como tal entendían a cualquiera vestido de cuero y con el pelo engominado peinado hacia atrás, paletos, pensaban, incultos, pasados de moda, todo lo opuesto a ellos. Porque para ellos se hicieron los fines de semana, las salas de baile, las anfetaminas, el espectáculo que montaban, la gresca que armaban, el espacio en los periódicos con sus fotografías cuando por fin salían en los papeles. Y el sexo, mucho sexo. En la playa, en las pensiones, en los servicios públicos, en callejones, en los asientos traseros de los coches que asaltaban, bajo los arcos, bajo las mesas, ¡encima de las mesas! El sexo y la violencia entretejían sus finos hilos y hacían del aire su conducto eléctrico. Todo listo para estallar como los fuegos artificiales en un día de fiesta. Un despliegue de luz y pólvora que devoraba el cielo de la noche con su petrificado coro de alarmas, sirenas y luces azules. No había ninguna duda: eran jóvenes y estaban de enhorabuena, porque a los jóvenes el sexo y la violencia se les daba de maravilla.

Vince se pegaba a Bobbie, pero la chica parecía totalmente ajena a cualquier peligro. Aunque los hombres volvían la cabeza tras cruzarse con ella y le dirigían miradas llenas de admiración, la belleza de Bobbie no arrancaba los típicos silbidos ni propuestas obscenas que lanzan los jóvenes cuando van en manadas de depredadores. En vez de eso se acercaban solo hasta cierta distancia y entonces prorrumpían en respetuosas sonrisas y reverencias, y hasta se tocaban la gorra con respeto. Aunque quizá fuera por él. Cuando se ponía protector, el oscuro magnetismo que emanaba de Vince parecía aún

más oscuro. Se cogieron del brazo nada más salir del club, y Vince vio con sorpresa que caminaba erguido y sacando pecho, con un rictus en la mandíbula y la mirada aguerrida y atenta. No cabía duda de que con aquella expresión en el semblante estaba lanzando a los cuatro vientos las correspondientes señales de aviso.

—Yo creo que si dejas de aprender te mueres. Cuando dejas de hacerte preguntas, las grandes preguntas que importan, te mueres —afirmó Bobbie LaVita—. Porque la vida entonces ya no tiene sentido. ¿Por eso te hiciste tú policía, para poder seguir haciendo preguntas? —Vince no tuvo tiempo de responder antes de que ella siguiera—. Pero el caso, Vincent, es que tus preguntas no van bien encaminadas. Estás perdido en los detalles, no ves el todo. Te implicas en un misterio pero es solo la puesta en escena. No lo que verdaderamente ocurre. No estás en lo que pasa de verdad, ni en las grandes preguntas. Te pierdes por cosas sin importancia.

—No creo que el cadáver de un hombre en la playa, sin cabeza ni manos, carezca de importancia. Seguro que su familia tampoco lo cree.

—Lo siento por ese hombre, cómo no lo voy a sentir, y es todo muy triste. Pero yo no hablo de eso, Vincent.

Bobbie levantó la cabeza hacia el cielo y la movió a los lados, escandalizada por el prosaísmo de su acompañante; dejando claro que operaba en un plano más alto de conciencia que el poli lerdo pegado a ella como un sabueso.

Y así transcurrió casi todo el cuarto de hora que tardaron en llegar a la fiesta. Bobbie LaVita habló y habló y logró esquivar, enmarañar y desviar todas las preguntas que Vince tenía sobre el caso.

Cubrió una gama de temas o extravagancias, propios de las mujeres, que iba de la A a la Z, desde la astrología hasta el budismo zen. Sacó a relucir ante él su pasión por las artes, todas las artes, con ráfagas de poesía, sobre todo francesa y cosas de los *beats* de Estados Unidos. Le contó que admiraba el existencialismo y sobre todo a los situacionistas. Pero la música era su gran pasión, y dejó caer que había conseguido un contrato con una compañía de discos de primer nivel, Dominate. Había sacado un sencillo, iba a grabar un elepé nada menos que con Dickie Eton de productor. ¡Bingo! Vince ya tenía la conexión entre el magnate de la música y el novio de la chica. Cuando le preguntó por Eton, Bobbie mostró cierta cautela y esquivó el disparo, pasó a preguntarle por su signo del zodiaco y luego por los motivos que lo llevaron a hacerse poli. Vince dijo que le gustaba la placa porque tenía una estrella. No daba para más en cuestiones de astrología y temas extravagantes.

La fiesta era en la Third Avenue, y de nuevo se trataba de un sótano. Había cuatro avenidas en total, sin incluir Grand Avenue. Todas jalonadas de casas de ladrillo color ceniza que bajaban desde Church Road, la calle principal, hasta el paseo marítimo.

Al bajar junto a Bobbie las escaleras del sótano, Vince pensó en Terence, el estudiante de Clásicas que quería ser escritor, en sus ideas románticas y librescas sobre los bajos fondos. Del Hades a los sótanos de Brighton. El olor a canuto le llegó aun antes de abrir la puerta.

Mientras iban por el pasillo, lleno de afroantillanos fumando porros, ataviados con sombreritos de paja y camisas de punto, a Bobbie la saludaban como a una estrella, lo que probablemente siempre había querido ser. Un mar de ojos rojos y caras sonrientes se abría ante su paso, y todos le presentaban sus respetos, haciendo un gesto con la cabeza, a la chica de Jack Regent.

El nombre oficial del antro era Beach Bottle Club, o BBC para abreviar: cuatro paredes que atrapaban todo el humo y el sudor posibles, y la música a gran volumen emitida por pilas de enormes altavoces. Murales en las paredes. Uno de una escena caribeña con el sol vertiendo su luz sobre los miembros elásticos de unos cuantos nativos que bailaban y sonreían bajo las palmeras. En el aire, como nubes de incienso, flotaba el humo de los canutos, y los asistentes se movían con la clase de torpor que produce solo la marihuana muy potente. No bailaban al son de la música, bailaban sumergidos en la música. Había chicas blancas que colgaban los brazos del cuello de los negros, y blancos con trajes ajustados de tres botones que no les quitaban los ojos de encima a las chicas negras, cautivadoras y distantes. Los chicos blancos tenían su propio baile, con los brazos muy pegados al pecho, como a punto de entablar pelea, y un movimiento de pies que parecía destinado a machacar colillas. De los altavoces bramaban ritmos jamaicanos y bandas estadounidenses de soul. Los Miracles, Prince Buster, Carla Thomas, los Mar-Keys, Major Lance, Curtis Mayfield y los Impressions.

Había una barra improvisada en un rincón, con dosificadores de bebida en la pared de atrás para las distintas variedades de ron. Tenían dos bidones llenos a rebosar de hielo y de botellas de Red Stripe, la marca de cerveza jamaicana. Una chica negra que estaba como un tren, con el pelo decolorado formando un elaborado moño en lo alto de la cabeza, no paraba de poner copas.

Vince vio entrar a un hombre que fue derecho a la barra y se quedó allí apoyado. Le sonaba esa cara, poco agraciada, muy demacrada, parcialmente oculta bajo un sombrerito de ala corta. Su dueño era flaco como un palillo y apenas llenaba el traje ostentoso de pata de gallo. El mote del Araña le venía que ni pintado por el cuerpo esquelético y por la rapidez con que movía los brazos. Tenía las manos ocupadas con sendas botellas de color marrón. Una era de Red Stripe; la otra, un frasco lleno de pastillas. El Araña daba traguitos a la una y pasaba anfetaminas con la otra. Pero, para hacerle plena justicia a su sobrenombre, tendría que haber tenido ocho brazos, pues no daba abasto abriendo los otros frascos que sacaba del bolsillo o recaudando el flujo constante de dinero. Los mods de trajes italianos abrochados hasta arriba dejaron el baile de escobas y empezaron a hacer cola en la barra con los billetes en la mano para ponerse a tono a base de ansiolíticos, dexidrina y ácido. El Araña era el curandero que llevaban tiempo esperando para desentumecer los cuerpos y dar comienzo de una vez por todas a la fiesta.

Los rasgos maliciosos del Araña habían salido más de una vez en la lista de socios de Jack Regent que tenían en comisaría. Era uno de los más destacados. Según rumores, Jack fabricaba anfetaminas en una casa de campo que tenía en Sussex, en algún punto de la campiña. Era una operación a gran escala y copaban todo el mercado del sur del país,

más alguna incursión en el norte. Los mods solían ir a los clubs del Soho, tipo el Scene, el Flamingo, el Marquee, la Discothèque y el Twisted Wheel de Manchester, donde ponían soul y *rhythm and blues*. Lo que les gustaba era bailar toda la noche; y metiéndose aquella mierda, vaya si podían.

Vince miró a su alrededor y vio que Bobbie había tomado posesión de un porro descomunal. La rodeaba un grupo de gente envuelta en humo y todos reían a carcajadas. Le pareció reconocer a uno de los hombres, un guaperas de mandíbula cuadrada como Harry Belafonte. Juraría haberlo visto en otra parte antes, pero no podría asegurarlo. ¿Alguien que había arrestado, tal vez? Mientras miraba a Bobbie y al guaperas y veía cómo se partían de risa juntos compartiendo la cordialidad que daba un porro a medias, Vince sintió algo parecido a... ¿los celos?

Se sacudió de encima aquel pensamiento tan poco apropiado y desvió la atención hacia la barra, momento en el que descubrió que el Araña había desaparecido.

Porque el Araña salió corriendo todo lo rápido que le permitían sus piernecillas. Estaba ya en la calle y llamaba a la puerta del edificio que quedaba encima del sótano. Le abrieron desde el interfono, justo cuando Vince subía disparado por las escaleras. Pero al llegar a la altura de la calle ya no quedaba ni rastro del Araña. Eso sí, había una cabina telefónica cincuenta metros más abajo.

—Tendrías que verlo. Bueno, perdona, quizá no debería haber dicho eso, pero es que, de verdad, tendrías que verlo. Esto es lo nunca visto. ¡Acojonante! —La voz tenía un acento estadounidense, del noreste de Estados Unidos, parecido al de la gente del espectáculo—. Está buenísima, y él ni te cuento. —Cogió aire tras decir esto—. ¡Dios santo, la tiene grandísima! —Más aire—. Madre mía, ir con eso por ahí le arruinaría a uno el corte de los pantalones, ¡vaya que sí! Es digno de ver, Henry. Perdóname, sé que no debería decir eso delante de ti, pero ¡es la pura verdad! —La voz subió de tono y se deshizo en un ataque de risa aguda.

El que hablaba tendría treinta y pocos años. No debía la extrema delgadez a la malnutrición ni a la metabolización de sustancias químicas, como era el caso del Araña, sino a la vanidad. Además era muy bajito. En tamaño, no daba mucho la talla. Pero en ropa sí, y además muy cara. Porque lo que se le iba en estatura lo ganaba en una cantidad sorprendente de trapitos. Equipado con una colección de prendas que casi no le cabían en el cuerpecillo, era de pies a cabeza un dandi. Un lechuguino de marca mayor de la época de la Regencia, o un Beau Brummel en miniatura, el árbitro de la moda inglesa por la misma fecha, a principios del XIX. Llevaba el pelo en un ahuecado altísimo, con la raya al medio y esculpido a base de montones de laca. Tenía puesta una camisa sin cuello toda llena de volantes en la pechera; una levita púrpura de satén con jaretas, pinzas y lazos; pantalones de pitillo de terciopelo negro arrugado, y botines negros de charol con tacón cubano, para elevarse por encima de su raquímetro metro sesenta y no ser el hazmerreír de todo el mundo. Con anillos en los dedos de las manos y con cascabeles, seguro, en los de los pies, aquel maniquí andante no era otro que Dickie Eton.

Sentado a oscuras, miraba por un cristal, que del otro lado parecía un espejo, la orgía

en la estancia contigua.

Hablaba con Henry Pierce, a su lado en el sofá. El tiempo había hecho de las suyas, sin duda, pero Pierce era el mismo tipo monolítico y gigantesco que fue siempre. Las cicatrices se notaban menos, fundidas con las arrugas naturales de la cara, pero seguían recordando a quienquiera que lo mirara lo que había sido aquel hombre. El pelo, sin embargo, lo tenía negro y reluciente como el betún, aunque saltaba a la vista que era teñido. Estaba allí sentado, impasible, como un túmulo de granito detrás de las gafas oscuras, entre los aullidos, las carcajadas y las risitas que soltaba Dickie Eton mientras le contaba lo que sucedía en la habitación de al lado.

Llamaron a la puerta y Pierce dio un golpe en el suelo con el grueso bastón blanco.

El Araña entró.

Vince volvió a la fiesta y fue directo hasta donde estaba Bobbie. El tiempo que estuvo fuera llegó casi a los diez minutos, pero ella no lo echó en falta. La joven presentó al doble de Harry Belafonte como un colega músico y se perdió entre la gente. Belafonte sonrió y le ofreció el porro a Vince, quien no hizo caso y empezó a chasquear los dedos. Una, dos y tres, el recuerdo le bajó de golpe, lo señaló y dijo:

—Ya sé de qué te conozco. El año pasado tocaste en el club de jazz de Ronnie Scott.

Harry el Guapo dio una calada larga al porrito de marihuana que tenía en la mano, luego asintió con la cabeza y sonrió.

—Coño, lo de Ronnie, es verdad, tío. He tocado ahí.

Era yanqui.

—Estabas en cartel con Dave Brubeck. ¿Saxo alto?

—Me tienes fichado, colega. Fue la primera vez que toqué con Dave en Londres. Tocamos de puta madre allí, si no me falla la memoria. ¿Te gustó?

—Me encantó. Pusiste el local patas arriba —dijo Vince, echando mano de la placa en el bolsillo como quien no quiere la cosa—. Me gustaría volver a verte, así que si valoras en algo el visado de trabajo que tienes, yo que tú me abriría de aquí. Ya.

Harry el Guapo dejó de sonreír, descapulló el canuto, dio las gracias a Vince por el soplo con un movimiento de la cabeza y se abrió de allí siguiendo su consejo.

Bobbie salió otra vez de la marabunta y fue hacia Vince con un halo de humo alrededor.

—Vamos a bailar —dijo, entrecortando las palabras por efecto de la trompeta de hachís que agitaba en una mano como si fuera una varita mágica.

—Será mejor que nos vayamos —repuso él.

—¿Es que no te lo estás pasando bien?

—¿Olvidas que soy policía? Podría empapelar a todos estos. Te podría empapelar a ti también.

Bobbie le echó los brazos al cuello, al estilo de una chica blanca que ha fumado muchos porros, más para apoyarse que por otra cosa. Tenía los párpados medio cerrados, pero cuando Vince la miró a los ojos vio que se encendían, y vio también la dilatación y contracción de sus pupilas, en un flujo concéntrico. Ella echó la cabeza hacia

atrás y soltó una risa salvaje; luego paró, tan repentinamente como había empezado. Giró la cabeza hacia él.

—Pero no lo harás, ¿verdad, Vincent? No me meterás en la cárcel. —Le patinaba la voz, aun así lograba darle a lo que decía un tono pícaro y coqueto. Y completamente fuera de este mundo.

Vince no respondió, estaba demasiado ocupado admirando esos ojos verdes. Alguien encendió un porro todavía más grande que el que Bobbie sostenía en una mano. Crujieron los cañamones de hierba y el capullo empezó a echar fuego igual que una atracción de feria. Aunque estaban envueltos en la penumbra azul del humo, la llama iluminó la cara de Bobbie. Ensanchó tanto los ojos que Vince veía su reflejo en ellos. El mero hecho de estar tan cerca de ella le hacía sentir bien.

—Vámonos —dijo Vince, y rodeándole la cintura la guio entre la gente hacia el aire fresco de la noche.

Nada más llegar a la acera, tres coches de policía y un furgón pararon en la puerta. No habían puesto las sirenas. Ginge llegaba justo a tiempo y, como siempre, con prisa. Todo colorado y con ganas de entrar al garito, fue el primero que se bajó del coche. Lo sorprendió bastante ver allí a Vince agarrado a la chica de Jack Regent.

Vince lo saludó con la cabeza.

—Disfrútalo, Ginge. Ahí abajo tienes pastillas, marihuana, hachís y priva. Una redada como Dios manda. Que no escape uno al que llaman el Araña, mide poco más de uno cincuenta, y está en los mismos huesos...

—Lo conozco.

—Era el que pasaba las pastillas.

—Oído, jefe. —Ginge salió disparado hacia el sótano, con seis policías de uniforme detrás.

Bobbie tenía ya un subidón considerable. Los ojos encendidos de Sofia Loren empezaban a perder su brillo y estaban cada vez más rojos y apagados. Pero la noche no había acabado para ella y anunció que tenía mono de un «Nickerbrorrherryconumaguinda», y siguió riéndose y arrastrando las palabras, con la lengua dándole vueltas dentro de la boca, incapaz de pronunciar nada coherente. Las piernas tampoco le respondían.

De lo que tenía mono, al parecer, era de un Knickerbocker Glory, el helado de varias capas rematado con una guinda, y conocía una hamburguesería en la calle East donde los servían. Vince intentó explicarle que a esas horas de la noche no estaría abierto, pero ella insistía. Vince intentaba no olvidar que aquella no era su chica y que él era policía; y tampoco que, con la lengua suelta por todo el costo que se había fumado, la ocasión era propicia para sacarle más información.

En el paseo marítimo el aire hizo milagros y la serenó. Vince intentó seguirla cuando ella empezó a imitar a Isadora Duncan, corriendo, bailando y dando saltos a su alrededor. Para llamar la atención de la chica preguntó:

—¿Y ese apellido que te has puesto, LaVita?

Bobbie dejó de bailar en el acto. No le gustaba aquel tipo de preguntas y se dio cuenta del toque de cinismo que había en la voz de Vince. Era comprensible que cuando salía por ahí con Jack, el corso jamás la regañara por nada, por muy tonta que se pusiera. Le habría podido dar por decir que era Elena de Troya y nadie habría osado rebatírselo.

—¿Fuiste tú el aguafiestas que llamó a la policía?

—Te recuerdo que yo soy la policía.

Ella le lanzó una mirada de alarma llena de picardía.

—Entonces estoy en la obligación de responder a sus preguntas, detective. Si no me encerrará. Bobbie viene de Roberta.

—Tiene su lógica. Pero el LaVita es el que se me escapa. ¿Es italiano?

—Puede.

—Pero deberías saberlo, ¿no?

—No tiene por qué.

Vince se encogió de hombros con gesto de resignación.

—Vale, pues LaVita.

Caminaron en silencio unos instantes, luego ella declaró a los cuatro vientos:

—Me llamo Drinkwater, Roberta Drinkwater.

Vince se paró en seco llevándose una mano a la oreja.

—¿Drink... qué?

—Lo que has oído.

—Si me permite, señorita Drinkwater, tiene cojones que alguien con ese nombre se meta con mi apellido.

Ella rio.

—Ya. Tread-well y Drinkwater suenan parecido. Por eso me estoy pensando lo de casarme con usted, señor Treadwell. Sería como salir del fuego para caer en las ascuas.

Vince no tomó muy en serio el flirteo, por lo fumada que estaba.

—Además, busco a alguien más exótico. Un Rockefeller, por ejemplo, o un Getty.

Eso sí que se lo tomó en serio. Iba a decir que entonces nunca daría con esos dos si seguía haciendo migas con los porreros, pero lo pensó mejor y ahondó en la afinidad entre sus apellidos.

—Treadwell y Drinkwater no son apellidos, son órdenes: Pisabién y Bebeagua. Pero podía ser peor. Tú podías llamarte Roberta LaGuinnessesbuenaparalasalud.

Ella se echó a reír.

—Y tú Vincent Cadadíaunamanzanaytendrásunavidasana.

—¿Y por qué te decidiste por LaVita?

—¿Has visto *La dolce vita*? Es mi película preferida.

Vince la había visto. La Ciudad Eterna de Fellini con todos los dioses desterrados y Anita Ekberg bailando en la Fontana de Trevi. Tenía su lógica: la aparición en el escenario, el vestido largo, los zapatos en la mano. Buena parodia de todo ello en una ciudad británica de provincias junto al mar.

—También tenía prisa por quitarme el Drinkwater de encima. Además, ¿qué importa cómo te llames? Siempre lo puedo cambiar otra vez.

–Podría ser todo un poco confuso –dijo él–. No sabrías quién eres en realidad.

–¿Tú sabes quién eres?

–Prefiero pensar que sí.

–Pero tú también te cambiaste el nombre. Antes te llamabas Vincent, ahora te llaman detective.

–Es solo el cargo que tengo en el trabajo, no mi nombre.

–¿Eres siempre el detective? –Ella se acercó más, enganchando su brazo al suyo.

Vince no respondió.

Salieron de la zona de césped y llegaron al paseo marítimo. La marea estaba baja y había dejado atrás la arena húmeda. En una playa llena de guijarros, la arena resultaba exótica, erótica casi, como la piel vedada y suave que solo divisamos bajo el manto de la noche. Y mientras miraba su iridiscencia iluminada por la luna, Vince recordó los largos veranos de su juventud, cuando la marea bajaba del todo y la arena volvía a meterse entre los dedos de los pies.

Unos veinte metros por delante de ellos, un hombre se apoyaba contra la barandilla y miraba el mar. Parecía un vagabundo bajo capas y capas de harapos, y llevaba los pantalones atados con una cuerda. Tenía el pelo pajizo y apelmazado, y una barba que le cubría por completo la cara, como si fuera musgo. Las manos llenas de pústulas sostenían una copia del *Evening Argus* y estaba leyendo en alto los obituarios. La voz sonaba triste y honda, como si hubiera conocido personalmente a todos los muertos.

Vince sintió que Bobbie se pegaba más a él.

–Está aquí noche tras noche –dijo en un susurro–. Siempre la misma rutina.

Iban a dar un rodeo para no toparse con él, cuando levantó la cabeza de repente hacia donde ellos estaban. Parecía tan absorto en su oficio de difuntos que pensaron que no se percataría de su presencia. Bobbie quería pasar de largo, pero Vince se paró porque conocía a aquel hombre, aunque la cara fuera del todo irreconocible, con aquellos rasgos erosionados por el tiempo igual que las piedras que el mar arroja a la playa. Dos cosas llamaban especialmente la atención en aquel rostro. Tenía un lado de la nariz lleno de bulbos, surcado por venas rojas y una larga cicatriz; el otro lado había perdido consistencia y estaba descarnado, como si le faltara la mitad de la cara. Pero lo verdaderamente sobrecogedor era lo que llevaba escrito en ella. En la frente, garabateadas en azul, tenía las palabras: «ESTOY MUERTO».

–¿Por qué se haría eso en la cara? –dijo Bobbie en voz baja.

Vince sabía por qué, no en vano lo había visto de primera mano. Pero no era el momento ni la ocasión de revelárselo a Bobbie.

El vagabundo les lanzó una mirada vacía de ojos vidriados. Dejó caer el periódico y habló con una voz rasposa apenas audible:

–Que no te falte nunca... no te falte nunca...

Bobbie le preguntó a Vince:

–¿Tienes dinero?

Vince asintió. Sacó un billete de diez chelines y se lo dio al pordiosero. La limosna fue aceptada, y la mano purulenta agarró al billete. Luego levantó el periódico otra vez y

reanudó sus panegíricos:

–Elizabeth Creighton, bienamada hija de Ethel y Peter Creighton, murió en paz el...

Vince y Bobbie siguieron andando.

–¿Qué ha dicho?

Vince se encogió de hombros.

–¿Quién sabe? Pregúntale al mar.

–Fuiste muy generoso al darle tanto dinero. Yo pensaba solo en darle para un té.

–Tenía cara de beber algo más fuerte. Mucho más fuerte.

Pasaron frente a la estatua que separa Brighton de Hove. Salía gente de los pubs, clubs y salones de baile. Todo se animaría ahora. Y una rubia fumada de vuelta a casa era un peligro. Vince se pegó a Bobbie al pasar frente al pub en el paseo marítimo, entre los dos muelles, donde los mods se habían enzarzado con los rockers unas horas antes. Tenía ojos de buey en lugar de ventanas, y una fachada con motivos marineros que sobresalía como la proa de un barco a punto de hacerse a la mar.

Una treintena de chicos y chicas se arremolinaban fuera del pub. Bailaban al son de Major Lance ante un tocadiscos portátil de plástico y estaban bien puestos de anfetaminas; pasarían toda la noche colgados. Bobbie quería unírseles, pero Vince vio cómo la miraban algunas de las chicas. Bajo capas de maquillaje, una expresión dura se adivinaba en sus caritas. Venidas de barrios de Londres como Shepherd's Bush, podían ser tan territoriales e implacables como sus chicos. Vince alejó a Bobbie de allí, pero enseguida otra cosa llamó la atención de la joven y se zafó de él.

Una pequeña hoguera agonizaba abandonada en la playa, y hacia allí se dirigía ahora Bobbie. Seguía descalza y saltó sobre los guijarros con total indiferencia. Vince la siguió sin rechistar y extendió su chaqueta encima de las piedras para que Bobbie la usara de alfombra. Con los ojos cerrados, tumbada en la playa, la joven parecía dispuesta a broncearse a la luz de la luna.

Vince se sentó junto a ella y fijó la mirada en el chisporroteo que lanzaban las brasas medio consumidas.

–¿Eres de Brighton? –preguntó.

Bobbie abrió los ojos. Ya no estaban rojos: era como si la luz azul de la luna los hubiera limpiado.

–No, de un pueblo pequeño en New Forest. Antes de jubilarse, mi padre era el médico y mi madre, la maestra. Vivíamos en una casa a las afueras del pueblo, rodeada de bosques y campo por todas partes. Mi padre tenía un huerto. Mi madre, caballos. Mi hermano y yo sabíamos montar casi antes de echar a andar. Teníamos dos perros, dos labradores negros.

Vince asintió con gesto serio.

–Parece, no sé, ¿idílico?

Bobbie se incorporó y pasó los brazos alrededor de las rodillas con ademán protector. No había notado el tono de interrogación en las palabras de Vince.

–Lo era. Tuve suerte de tener unos padres así. Creo que fueron los mejores años de mi vida.

Vince cogió la chaqueta del suelo y la echó sobre los hombros de Bobbie.

—¿Y por qué te decidiste por Brighton en vez de Londres? Suele ser donde va primero todo el mundo.

—Viví unos años en Londres. Pero supongo que hay algo en el mar que me atrae.

—¿Y qué piensan de que estés con Jack Regent?

—¿Quiénes?

—Tus padres.

A Bobbie le cambió de repente la mirada melancólica que se le había puesto al hablar de su infancia. Ahora miraba a Vince con hostilidad y hasta desafío. Su respuesta fue insidiosa y mordaz:

—Vaya, no dejas nunca de ser policía, ¿no? ¿Es superior a tus fuerzas?

Roto el hechizo de la luz de la luna y la música, Vince fue directo al grano:

—Bueno, Jack Regent no es precisamente el yerno ideal. Me pregunto qué dirían dos pilares de la sociedad como son tus padres si supieran que su hija se ha liado con un conocido asesino.

La síncopa en el acento de Bobbie se acentuó hasta la altanería, y en lo que dijo había cierto orgullo de clase:

—Mis padres son gente culta, señor Treadwell. Nacieron y fueron al colegio en Londres y se conocieron en Cambridge. Que ahora vivan en el campo no significa que tengan ideas provincianas. Quieren que viva mi vida y le saque el máximo partido a mi talento.

—¿Y dónde entra Jack en eso del talento?

Ella no respondió.

—Seguro que conoce a gente bien conectada. Como Dickie Eton.

La voz de Bobbie revelaba más petulancia que enfado:

—¿Qué tienes contra Dickie? ¿Y qué pruebas hay de que Jack haya matado a nadie? No lo conoces... Son solo rumores de la gente. Si hubiera matado a alguien estaría en la cárcel.

—Eso solo pasa en el país de los caballos que comen heno en el establo, donde los labradores negros se mean en el huerto.

Ahora estaba enfadada. Se levantó de repente y, al hacerlo, la chaqueta de Vince cayó sobre la arena.

—¡Vete a tomar por culo! —soltó Bobbie.

Era la primera vez que Vince le oía un taco, y le pareció que se le daba bastante bien.

—Quiero irme a casa.

—¿Y por dónde queda eso? ¿En New Forest? —preguntó Vince.

Y entonces en el paseo marítimo cambiaron de canal. La música quedó silenciada por el sonido de los motores. Eran de alta cilindrada, puestos a mil revoluciones por los moteros que llegaban rampa abajo hasta donde escuchaban música los del traje impecable y las pisacacas. Pero no era la música de Eddie Cochran, y ahí estaba el problema.

Vince se levantó en cuanto oyó el primer botellazo. Estaba a punto de decir: «Vámonos de aquí», cuando ya los tenía encima.

Fue todo tan rápido que no pudo decir palabra. Eran tipos peligrosos, de eso no había duda, y además eran tres. No se podía decir que fueran ni mods ni rockers, ni siquiera jóvenes. Se movían con aire de matones profesionales; tenían pinta de saber dónde hacer daño. El primero que encaró a Vince empuñaba una cachiporra.

Lo atacó, Vince esquivó el embate y soltó el primer puñetazo. Hizo blanco, en pleno abdomen, y el señor Cachiporra se dobló en dos. Bobbie gritaba desde la platea. Vince tomó impulso de nuevo y su puño impactó en la mandíbula del señor Cachiporra. Sintió que cedían varios dientes y lo vio caer al suelo. Vince lo remató pateándole la cabeza. Uno menos.

A por el segundo, que era más bajo, más fornido, y rápido como una centella. Vince no le vio la cara porque el otro tenía agachada la cabeza y apuntaba con ella hacia su estómago. La embestida de toro lo tumbó de espaldas, y el señor Fornido cayó en el acto encima de Vince. Un puñetazo de su asaltante en aquella posición pesaría tanto como un yunque sobre su cabeza, así que Vince dejó a un lado las reglas del noble arte del pugilato, alzó la mano hasta la cara de Fornido y le metió los dedos en el ojo. Fornido se los cogió y echó el cuerpo hacia atrás. Vince deslizó la mano izquierda hasta la entrepierna de su oponente y apretó fuerte. Fornido soltó un chillido ante aquel nuevo ataque. Tenía que tomar decisiones dolorosas, porque el pulgar de Vince se abría paso sin piedad en su globo ocular. Giró sobre sí mismo llevándose una mano a cada uno de los puntos doloridos y dejó libre a Vince.

Bobbie gritaba cada vez más alto. Vince alzó la vista y encaró al tercero de la noche, un tipo alto y flaco, con el pelo crespo y rubio, que tenía sujeta a la chica y apretaba un cuchillo contra su garganta.

Vince gritó sin demasiadas esperanzas:

—Tira el cuchillo y suéltala.

El flaco le dedicó una sonrisita y sujetó a Bobbie todavía más fuerte.

Fornido se levantó y empezó a caminar hacia Flaco. Vince se abalanzó sobre él, le trabó con las piernas y lo tiró al suelo. Por desgracia para él, Fornido cayó de bruces en el fuego. Tenía a Vince ahora encima y no podía sacar la cara de las brasas. Fornido gritó, tosió, se quemó. Vince le levantó la cara. Las ascuas seguían encendidas y habían hecho un estropicio: Fornido tenía la cara roja, llena de ampollas y ceniza; se le habían clavado tizones al rojo vivo y poco a poco tomaban la consistencia negra de las sanguijuelas.

Al verlo, Bobbie gritó más alto. El tipo rubio y flaco también puso cara de grito, pero nada salió de su boca.

—¡Suéltala! —gritó Vince, esta vez con algo más de esperanza.

Flaco parecía en trance. Seguía con el cuchillo todavía contra la garganta de Bobbie; pero por la cara que ponía, Vince vio que se le estaban quitando las ganas de seguir en la pelea.

—Per... per... Por favor... —dijo Fornido entre toses y esputos, y parecía que le acababan de pegar los labios con cola.

Flaco no pudo más. Soltó a Bobbie pero no el cuchillo. Con uno de los dos te puedes

quedar, pensó Vince mientras se ponía de pie.

Bobbie corrió a su encuentro. Al llegar donde él estaba, miró a Fornido en el suelo, quien aún se retorció sobre las ascuas sin ponerle voz a su dolor. La joven dio unos pasos atrás.

Vince no apartaba los ojos de Bobbie y ella no lo perdía de vista a él. Dio unos pasos hacia ella y la joven se detuvo en su retirada. Le cambió la cara poco a poco; el asco al ver al hombre quemado desapareció de su rostro y apareció la huella de una sonrisa. Pero Bobbie no sonreía de gratitud. Era algo más abyecto que eso. Había incluso algo cruel en la ligera curvatura de los labios...

Entonces se oyó un rugido y Vince cayó al suelo de un golpe.

Armados de cadenas y mangos de hacha, los rockers enfundados en cuero les dieron lo suyo a los mods, quienes eran reacios a llevar armas contundentes escondidas en la ropa para no arruinar el corte. De haber habido apuestas en aquellas trifulcas, habrían ganado más por la forma que por el contenido. Pero los números estaban de su parte, y medio centenar de ellos, armados con las varillas de las hamacas, empujaban a las hordas de rockers hacia el mar.

A un mod se le oyó gritar:

—¡A estos cabrones grasientos no les venía mal un baño!

Y allí estaba Vince, en todo el centro de la melé. Como se parecía más a los mods que a los rockers, decidieron por él de qué lado estaba y un tupé que olía a aceite de motor le impactó en la cara al grito de:

—¡Toma, pillá, maricón de mierda!

Vince cayó al suelo, giró sobre sí mismo y se preparó para ser pateado. El plan era quedarse tumbado hasta que llegara la caballería. Estaba justo en el medio de la pelea y no le apetecía abrirse camino a puñetazos. Flaco, Fornido y Cachiporra le habían dejado sin fuerzas. Pero pensó en Bobbie, halló un hueco en el frente de batalla y se puso de pie tambaleándose. Salvado por la campana. Porque en ese mismo instante llegó el bramido de las sirenas y las voces familiares de los policías. Mientras el campo de batalla se iba quedando desierto ante el avance de los chicos de azul, Vince sonrió, encantado de verlos por allí.

Qué pena que no viera también la porra que le estamparon en la cabeza.

El arte

La mañana siguiente Vince despertó en una celda. Lo primero que vio, todavía grogui, fue la cara sonriente de Tony Machin. Ginge estaba a su lado, con una taza de té.

—Así pues, ¿qué eres, mod o rocker? —preguntó Machin.

—Soy *mock*, el que les arruina la fiesta —respondió Vince—. ¿Qué hora es?

—Acaban de dar las nueve.

Vince intentó sentarse y sintió un pinchazo en las costillas, luego un dolor que iba en aumento. Pero estaba seguro de que no tenía nada roto. Se lo tomó con calma y cambió el peso del cuerpo para apoyarse contra la pared, tras lo cual Ginge le dio el té. Vince buscaba su chaqueta con la mirada, luego recordó que la última vez que la vio estaba sobre los hombros de...

—¿Bobbie?, ¿la chica?

Machin y Ginge intercambiaron una mirada que los delató.

Pero Vince no estaba tan grogui, ni ellos eran tan rápidos. Se dio cuenta de que Ginge decía lo que Machin le había ordenado que dijera.

—No se preocupe, jefe —dijo Ginge—, la recogimos cerca del muelle y la llevamos a su casa. Estaba un poco nerviosa, pero bien.

Machin dirigió a Vince una mirada cómplice, luego uno de sus guiños típicos.

—¿Qué te dije, eh? Todo un bomboncito, la señorita LaVita. ¿Llegaste a algo, chaval?

Vince no le siguió el rollo.

—Me tendrás que dar su dirección. Tiene mi chaqueta, mis llaves, la cartera, la placa.

—Cuenta con ello. ¿Qué piensas de la chica?

—Dímelo tú. La habéis estado siguiendo. ¿Habéis encontrado algo?

—No, nada, chaval. Continuó con su rutina. Clases de canto tres veces a la semana y poco más, salir de compras, ir al club.

—¿Habéis comprobado los movimientos de su cuenta bancaria?

—La duda ofende, chavalín. Claro que lo hemos mirado. No hay grandes cantidades de dinero en ingresos o reembolsos, y no ha salido de Brighton desde que apareció el cuerpo. Aparte de las caras conocidas que van al club, y cada vez lo frecuentan menos, no ha tenido contacto con la gente de Jack. Si no supiéramos que era su chica, jamás nos habría dado pie a pensar que tenía algo que ver con él. Si te digo la verdad, no parece que le importe mucho su ausencia.

Vince sonrió de forma involuntaria, pero lo disimuló con una mueca de dolor. Se levantó muy despacio.

—¿Dónde está el tipo fornido?

—¿Qué tipo fornido?

—Me asaltaron. Eran tres; no eran mods, tampoco rockers. Iban solo a por mí. Con toda la artillería, cachiporras y cuchillos. Dos se escaparon. Pero el más fuerte de los tres, un metro setenta más o menos, treinta y tantos, cachas como un levantador de pesas, ese no iba a ningún sitio que no fuera el hospital.

Lo miraron con caras sorprendidas.

—Arrestamos a unos treinta —dijo Ginge—. Están abajo en las otras celdas, por si quiere echar un vistazo.

—¿Cuántos hay en el hospital?

—Ingresaron a cuatro —contestó Ginge—. Nada serio, solo heridas superficiales.

Machin meneó con disgusto la cabeza.

—Lástima que solo fueran superficiales, ¡los putos *hooligans*! —masculló.

Vince empezó a perder la paciencia.

—Lo de este era grave. No os habría pasado inadvertido. Tenía la cara toda quemada.

—¡Quemada! —Machin imitó el efecto con su propia cara—. ¿Qué pasó?

—Le pusieron un cuchillo a Bobbie en el cuello. —Vince se corrigió—. Me refiero a la señorita LaVita.

Demasiado tarde. Machin arqueó las cejas y dijo con tono acusatorio:

—¿Así que Bobbie, eh? ¿Y qué hacías con ella a esas horas? —No pudo evitar guiñar un ojo—. ¿Unas horas extras?

—Fui al Blue Orchid. Luego ella me invitó a una fiesta. Lo de la fiesta lo sabéis, yo fui el que dio el aviso.

Machin asintió con la cabeza.

—¿Y cómo es que le quemaste la cara al menda ese?

Vince se dio cuenta de que aquello se iba pareciendo cada vez más a un interrogatorio, y de que el interrogado era él.

—No le quemé la cara. Había una hoguera en la playa y se cayó de bruces.

Machin volvió a guiñar el ojo con un gesto de camaradería. Borrachos violentos, maltratadores de mujeres, pequeños granujas, bocazas y consumados artistas de la boca cerrada a los que había que soltársela; a todos les había pasado alguna vez eso de «caerse» estando Machin de guardia.

Vince comprendió que Machin lo reconocía como uno de los suyos, cortado por el mismo patrón. Aunque en absoluto lo era. Pero no quería desilusionarlo haciéndole ver lo equivocado que estaba.

—¿Y qué hay del Araña? —preguntó Vince cambiando de tema.

Más movimientos de la cabeza por parte de Ginge.

—Ni rastro, jefe. Sí teníamos la dirección, pero la patrona asegura que se dio el piro hace un mes. Y que debe tres semanas de alquiler.

A Vince empezó a latirle el chichón que tenía en la cabeza.

Vince estaba sentado a su mesa, en un despacho que le habilitaron en el sótano, ocupado hasta entonces por cubos y fregonas. Había un ventanuco tapado con tela de

alambre, pintado de verde para ir a juego con el color de las paredes. Dejaba la puerta abierta porque tenía la sensación de estar todavía en la celda.

Hojeaba dos tomos de tamaño considerable llenos de fotos policiales para ver si daba con los tres matones de la playa. Vio algunos que se les daban un aire, pero no encontró nada que sirviera de evidencia. Además, después de unos minutos, todas aquellas caras tensas bajo los focos que lo miraban fijamente acababan pareciéndose unas a otras. ¿Y dónde andaría Caraquemada? Vince llamó a algunos hospitales en el área de Sussex, pero no habían ingresado a nadie con heridas de ese cariz. Probó a abrir el campo: hospitales de Londres, unidades de quemados, clínicas privadas. Pero tampoco sacó nada en claro; solo la promesa de que lo llamarían si ingresaba alguien con aquella descripción. Cuando colgó el teléfono tenía la secreta esperanza de que nadie lo llamara de vuelta, que ojalá aquello no hubiera pasado nunca. Miró el reloj y vio que acababan de dar las diez.

Fue a por el coche que le habían asignado: un Triumph modelo Herald de dos puertas, y recordó la sonrisita de Machin cuando le dio las llaves de aquel «cochecito para ir al mercado», tal y como lo describió. Vince hubiera preferido uno de los coches que conducían sus compañeros, pero no había otra cosa disponible en el parque móvil. Sabía que los coches robados o abandonados cuyo dueño no los reclamaba permanecían un tiempo en el parque de vehículos antes de ir al desguace o salir a subasta. Y aquel montón de chatarra lento y renqueante era uno de ellos. Aun así, daba gracias de que no le hubieran asignado el Messerschmitt de tres plazas con el parachoques hundido que languidecía sobre un charco de aceite.

Contigua a Palmeira Square estaba la media luna de casas de Adelaide Crescent, con vistas al mar. Edificios altos de color blanco jalonaban los espacios ajardinados, en los que un césped cortado al rape formaba ligeras ondulaciones perfectamente alineadas. Casi todas las casas habían sido convertidas en apartamentos pero conservaban sus esplendorosas fachadas de la época de la Regencia. La casa que buscaba Vince era sin duda la más señorial de toda la media luna, la joya de la Corona. Un camino entre dos balaustradas llevaba al edificio, con una vista envidiable sobre el mar, y un aspecto de fortificación todavía más acusado. Parecía una morada digna de Jack Regent.

Vince pulsó varias veces el timbre junto a la puerta de entrada, de color negro, profusamente lustrada. No obtuvo respuesta, y estaba a punto de irse cuando oyó de repente la voz de Bobbie. Salía de un pequeño sistema de megafonía oculto en un rincón del pórtico.

—Acérquese al timbre —dijo la voz de la joven.

Al oírla, Vince se dio cuenta de que el marco negro de la puerta tenía unos agujeritos como los de un auricular.

—Soy yo. Vince... El detective Vincent Treadwell.

Hubo una larga pausa, tan larga que Vince creyó que no quería abrirle. Y luego otra vez la misma voz:

—La puerta está abierta. Es el piso de arriba. El ascensor no funciona.

Empujó la gruesa puerta, y al abrirse vio que no tenía cerradura. El suelo del *hall* de

entrada lo formaban baldosas de mármol blancas y negras, y una escalera serpenteaba alrededor del ascensor, fuera de uso y pasado de moda. Vince subió hasta el último piso. Eran cuatro en total, cada uno con cuatro puertas en el descansillo. Cuatro apartamentos por planta, pensó Vince. Las puertas estaban recién pintadas, como si acabaran de reformar el edificio. En el último descansillo solo había una puerta, y su chaqueta colgaba del pomo. Se la puso y comprobó que estaba todo en los bolsillos: la cartera, la placa y las llaves del hotel; no faltaba nada. Entonces llamó. Diez segundos después, la puerta se abrió todo lo que daba de sí la cadena de seguridad. Apareció la cara de Bobbie LaVita y, por lo poco que pudo ver, no se alegraba de verlo. Le pareció que iba a cerrar de un portazo en cualquier momento.

—Gracias por la chaqueta.

—De nada —dijo ella con un tono tenso en la voz y, tal y como Vince había intuido, la puerta empezó a cerrarse.

Vince metió el pie rápidamente.

—Espera... ¿puedo entrar?

—No. Quite el pie.

—Tengo que preguntarte alg...

—Le he dicho que no. Ya he respondido a todas las preguntas, las tuyas y las del detective Machin. No tengo nada más que decir.

Con el pie todavía dentro, Vince apuró el tono oficioso:

—Necesito hablar con usted, señorita LaVita. Y si para ello tengo que pedir una orden...

—¡Entonces quite el pie!

—¿Me promete que no cerrará la puerta?

—Se lo prometo.

Vince quitó el pie y dio un paso atrás. Ella cerró de un portazo. Vince dijo «Mierda» en voz muy baja, y cuando iba a volver sobre sus pasos oyó:

—¿A qué espera? Hable, y dese prisa.

—¿Reconoció a aquel hombre anoche?

—Después de cómo lo dejó usted, ni su madre lo reconocería.

—¿Los vio alguna vez con Jack?

—No —respondió irritada—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Quizá me llevó a la fiesta para tenderme una trampa.

No hubo respuesta, solo una risa amortiguada que sonó desdeñosa.

—Me seduce —siguió diciendo Vince—. Intenta drogarme, emborracharme, y luego me lleva a la playa para que me den una paliza. O quizá algo peor que una paliza.

—No bebe, no fuma hierba y, por lo que vi, se las apaña bien usted solito. No parece que sea muy buena trampa, detective. Y el cuchillo lo apretaban contra mi garganta, no lo olvide. Jack no haría eso, y no permitiría que nadie lo hiciera.

A Vince se le ocurrió una idea.

—Quizá no iban a por mí. Quizá yo solo me interpose en su camino...

Hubo un silencio entonces. Vince había tocado alguna fibra sensible. Justo la que él quería. Le había metido el miedo en el cuerpo a la chica.

–Señorita LaVita –la llamó.

Pero no hubo respuesta. Estaba a punto de golpear la puerta cuando oyó que descorrían la cadena. Por fin abrió y allí estaba, con un albornoz blanco que le quedaba grande, algo perfectamente explicable por las iniciales J. R. grabadas en el bolsillo del pecho. No llevaba maquillaje alguno, tenía la piel joven y radiante. Estaba guapísima, más de lo que él recordaba, y se preciaba de tener buena memoria.

–Entre –dijo.

Vince esbozó una sonrisa a modo de agradecimiento y cruzó el umbral. Todo el buen gusto del vestíbulo se hacía extensible al piso, o «apartamento», como ella lo llamaba. Parecía más apropiado llamarlo así. Era enorme, y en la estancia principal se veía el toque de un diseñador de interiores: una opulencia exquisita, la exuberancia propia del periodo de Regencia, obras de arte en las paredes, cuadros del Renacimiento y de la época moderna. La pieza estelar, sobre la chimenea de mármol blanco, era un óleo abstracto, en tonos grises difuminados, rodeados de tenues pinceladas rojas, pero no lo suficientemente abstracto como para no ver en primer plano la figura de un lobo. Con el cuerpo fibroso, pero lleno de vigor, iba a la cabeza de la ululante manada. La abstracción tampoco impedía adivinar en el líder de la manada al mismísimo Jack Regent.

Vince pasó revista al mobiliario: un sofá estilo Luis XIV con sus sillones. Un armario de nogal y carey, un escritorio del mismo periodo con cajones de ébano macizo lleno de incrustaciones en similor con forma de aves exóticas y libélulas. No había ni una sola superficie lisa en toda la estancia que no ostentase algo exquisito y caro, como aquellas figuras de porcelana Meissen y Sèvres y las vasijas de Lalique de cristal esmerilado. En la repisa de la chimenea había un reloj esqueleto con domo de cristal, obviamente una obra maestra de la horología. Entraba el sol por los parteluces de los altos ventanales y bañaba de luz el papel a rayas rojas, como se estilaba en la época de la Regencia, que tapizaba las paredes. De todas ellas colgaban espejos barrocos de marcos dorados, adornados con guirnaldas y querubines, que llegaban hasta el techo. El salón de los espejos le daba a todo el conjunto la sensación de un espacio sin fondo, pero al final te atrapaba con la imagen repetida al infinito de ti mismo.

Vince cruzó la gruesa alfombra azul y se sentó en un sofá de terciopelo rojo con forma de labios de mujer a punto de estampar un gigantesco beso. Era la única pieza *kitsch* de todo el salón y, para un ojo no acostumbrado, lo único que no parecía sacado del Victoria and Albert Museum.

–¿Le pongo algo de beber, detective Treadwell? –preguntó una Bobbie altiva que se sentía en su elemento, tras comprobar la impresión que aquel *living* causaba en su invitado. Con las cejas parecía que le estaba perdonando la vida, como a un guardia de pueblo que no acababa de sentirse cómodo al sentarse en un sofá diseñado por Dalí, rodeado de antigüedades, obras de arte y opulencia; todo a años luz de su paga de funcionario–. ¿Un té calentito, quizá?

–No, gracias –dijo Vince con amabilidad. Lo que quería eran respuestas, no discusiones. La noche anterior ella lo había enredado con el numerito que montó, y Vince quedó como un pardillo. Ahora él tendría mucho más cuidado.

Bobbie se sentó en la *chaise longue* que quedaba frente a él, con las piernas recogidas y un pie sobre el otro.

—Bonita casa. —Fue el comentario de Vince.

Bobbie sacó un cigarrillo de la caja de plata de la joyería Asprey's que había en una mesa de café de mármol. Lo encendió con un encendedor de mesa de idéntico metal que tenía forma de piña en miniatura y que parecía pesar una tonelada. Miró a su alrededor como si fuera la primera vez que lo veía todo y quisiera asimilarlo; con la displicencia que otorga lo que viene caído del cielo, la conciencia de que cada cosa allí parecía hecha a su medida. Le dio una calada larga al cigarrillo y luego, estirando el dedo meñique, con el índice y el pulgar se quitó de la punta de la lengua una hebra imaginaria de tabaco. Gesto innecesario que debía de haber visto en alguna película, pues el cigarrillo tenía filtro, aunque le quedó de lo más sexy, pensó Vince. Echó el humo con una prolongada exhalación y un suspiro de hastío.

—¿Por qué me iban a hacer daño a mí esos hombres? —preguntó.

Vince esperó a que se dignase a mirarlo.

—A lo mejor trabajan para Jack —dijo—. Y él cree que fue usted quien lo delató.

—¿No tratamos este tema ya anoche?

—A lo mejor yo estaba equivocado y usted se cansó de él, la aburría, le daba miedo. Para el caso es igual, quería dejarlo, y sabe que Jack no es de los que aceptan un rechazo.

Bobbie entrecerró los ojos y lo diseccionó con la mirada. Luego, imitando la jerga leguleya, ofreció un resumen de la situación:

—Y yo lo conmino, detective Treadwell, a que pruebe que no tiene una motivación personal en todo esto. Quiere que su hipótesis sea verídica para que yo pueda oficiar de damisela afligida y usted pueda ser el caballero de resplandeciente armadura que acude a socorrerme. Quiere que sea cierto que yo he traicionado a Jack porque no quiere que lo ame a él. Porque, admítalo, detective, me quiere solo para usted.

Vince sintió la necesidad apremiante de hacer algo con las manos. Sacó un chicle de menta Wrigley's del bolsillo, le quitó con cuidado el envoltorio y el papel de plata y se lo metió en la boca. Bobbie tenía razón. Tal y como estaba allí sentada, sin maquillaje, y desnuda, pues así se la imaginaba bajo el albornoz de suave algodón, comprendió que era verdad que la quería para él.

Apartó aquel pensamiento de su cabeza, se levantó y fue hasta la repisa de la chimenea para observar el reloj esqueleto con su domo de cristal. Vio las ruedecillas, las palancas y los engranajes, imperturbables en su afán. Luego miró la hora, pues no tenía todo el día.

—Sabe de sobra, señorita LaVita, que me lo invento todo sobre la marcha, igual que usted. —No hubo respuesta. Vince se volvió y vio que ella sacudía la ceniza en el cenicero de cristal macizo—. ¿Los otros pisos del edificio están vacíos?

—Así es —dijo ella.

—¿Y este es el de Jack?

—Todo el edificio es suyo. No está a su nombre, pero es que nada lo está. De hecho, Jack no vive oficialmente en ningún sitio. Incluso antes de que ahuecara el ala.

–Admiro el gusto que tiene Jack.

Ella sonrió.

–¿Y cómo sabe que no es mi gusto?

–La influencia francesa. Es como una versión a escala menor del palacio de Versalles, o el *boudoir* de una puta francesa. –Pero añadió rápidamente–: Y usted no es francesa.

La sonrisa de Bobbie desapareció.

–Jack tampoco es francés. Es corso. Él insiste mucho en ese punto.

–Supongo que esto es su aportación. –Vince señaló el sofá en el que había estado sentado–. Los labios de Mae West, ¿no? Diseño de Salvador Dalí, ¿es así?

Ella asintió sorprendida.

–Cuando estudiaba Derecho en la universidad iba de oyente a las clases de historia del arte. –Vince sabía que la había descolocado con aquella revelación. La cogió por sorpresa en la *chaise longue* Luis XIV y borró de un plumazo el gesto de autosuficiencia que tenía en la cara. Ella lo había catalogado como un lerdo de clase trabajadora, y tenía razones para ello. La noche anterior Vince le dio motivos sobrados para que se hiciera esa idea de él. Escuchó sin rechistar mientras Bobbie le narraba la historia de su vida, sin contar nada de sí mismo.

Vince miró el cuadro del lobo y lo descartó con un gesto de desdén. Luego fue hasta otro más pequeño que colgaba junto a la chimenea. Era el retrato de un hombre vestido de uniforme azul, con mostacho, sonriente, pintado en la octava década del siglo XIX.

–Está feliz y relajado, pero fíjese que oculta las manos. Si el pintor hubiera sabido pintar las manos, las habría pintado. Las manos suelen ser el punto débil de los artistas, es muy difícil plasmarlas. Y esconderlas es su «cante». ¿Sabe usted lo que es un cante?

Bobbie bajó la vista hasta sus propias manos y la concentró en los dedos: largos, elegantes, finos, suaves y puntiagudos. Vince vio que los tenía relajados, pero el resto de su persona estaba tensa. Ella sonrió con cierta tristeza.

–Llevo bastante tiempo rodeada de jugadores y buscavidas como para no saber lo que es un cante –respondió.

Vince le había visto el cante a ella en la playa la noche anterior, y seguro que habría averiguado más cosas de no haber aparecido los Tres Títeres. Sabía que había algo más detrás de Bobbie LaVita aparte de aquella escena idílica de la infancia en el campo. No se anduvo con rodeos:

–¿No le inquieta que Jack pueda quererla muerta?

De la historia del arte a la de la brutalidad. Ella pareció sorprendida por el cambio repentino de tema.

–No me inquieta, porque no es verdad. Jack nunca me haría daño.

–¿Ni aunque su vida dependiera de ello? ¿Ni aunque sospechara que lo había delatado por un traspies? –Ella no respondió, y Vince siguió adelante–: Tenían una casa en común, ¿y una vida juntos?

–Solo fueron seis meses.

–Seis meses, seis semanas, seis horas. Dejó que entrara en su vida, así que debió de confiar en usted para algunas cosas. ¿Y tal vez contarle otras que no le diría a nadie más?

—No lo hizo. —Bobbie arrugó el entrecejo—. Y creo que es mejor que se vaya ya, detective.

—Él haría cualquier cosa para eludir la cárcel y se engaña usted si piensa lo contrario. La verdad es que Jack Regent tiene tanta sangre fría como para...

—¡Cómo se atreve! —gritó ella, y se puso en pie de un salto—. ¿Cree que conoce a Jack? ¡No sabe usted nada de él! Se cree muy listo, detective, pero no hace más que dar tumbos.

Estuvieron mirándose durante lo que a Vince le parecieron unos cinco minutos, tiempo en el que él intentó preparar su defensa. Dejó de mirarla porque, aunque fuera mucho lo que él creía que sabía de Jack, ella siempre acabaría demostrándole lo equivocado que estaba. Cuando volvió a mirarla se había sentado otra vez. Encendió otro cigarrillo, le temblaban las manos.

Vince dio las gracias a modo de despedida y fue hacia la puerta.

Bobbie descruzó las piernas y se puso de pie para despedirlo.

—¿Qué esperaba averiguar hoy aquí que no supiera antes?

—Si le digo la verdad, señorita LaVita —dijo Vince encogiendo los hombros—, no sé muy bien lo que esperaba.

Bobbie dejó escapar un suspiro.

—Sígame —dijo, y se volvió sin más hacia el salón.

Vince la siguió hasta el extremo opuesto de la estancia, donde se paró frente a una pared forrada en madera de la que colgaban más pinturas. Bobbie metió la mano detrás de una de ellas, apretó algo y a continuación una sección de la pared se abrió como una puerta.

¿Un pasaje secreto? ¿Un escondrijo? ¿Estaría allí Jack?

Vince sonrió al pensarlo, pero se acercó para echar un vistazo. Una claraboya mecánica se abrió para iluminar la nueva estancia. Era un estudio o biblioteca lleno de libros desde el suelo hasta el techo. Contenía un escritorio de caoba antiguo, forrado en la parte superior con un tapete de cuero verde gastado por el uso, y sobre una esquina, una lámpara de arquitecto de bronce. Había también un sofá de cuero rojo y un sillón a juego. Vince traspasó el umbral y escrutó los estantes llenos de libros.

Era una colección magnífica. Nada de tapas blandas ni ediciones baratas, ni novelas románticas, tampoco historias de suspense para tipos duros. Lo que había allí era filosofía, de Oriente y Occidente; liturgia y temas religiosos; arte y antigüedades. Y muchos autores franceses: Baudelaire, Balzac, Diderot, Dumas, Gide, Rimbaud, Rousseau; y contemporáneos como Camus, Sartre o Genet. Y luego estaban los libros de historia. Sobre todo de guerra. Napoleón, el chico de pueblo, de Córcega no de Brighton, estaba allí muy presente en grandes tomos, conquistando más espacio de balda que otros gloriosos trotamundos hechos a sí mismos: Alejandro, Atila o Gengis Khan.

Bobbie entró con él y cogió un libro al azar. Era *Nuestra Señora de las Flores*, de Genet.

—Jack pasaba aquí mucho tiempo. Era su retiro. Todos necesitamos uno, ¿no le parece?

Antes de responder, Vince pasó revista al nuevo perfil de Jack que aquella biblioteca le ofrecía: Jack Regent, el criminal culto leyendo en su guarida, rodeado de belleza mientras satisfacía su sed de conocimiento. Encajaba en el personaje, pero rodearse de todo aquello no quería decir que algo se le acabara pegando. Ahí estaba Lionel Duval, sin ir más lejos, con su mansión estilo Tudor llena de obras de arte y estanterías a rebosar de libros encuadernados a mano. Seguro que jamás se paró a abrir ninguno, y menos a leerlo. Los compraba al peso para hacerse respetar y pasar por alguien con inquietudes intelectuales. Pero la biblioteca de Jack era distinta, él la tenía escondida, fuera de la vista. Los libros estaban manoseados, y era obvio que leídos también.

Vince se volvió para mirar a Bobbie, quien devolvía el libro a su sitio en el estante. La joven tenía razón, Jack no la mancillaría con sus sucios asuntos. Ella estaba en el pedestal de las obras de arte y en las estanterías con los libros. Era su deseo prohibido, su debilidad. La necesitaba. No le haría daño.

—Es verdad, todos necesitamos un retiro. Muchos hombres tienen que conformarse con el cobertizo en el jardín. —Nada más decir esto, Vince fue hasta el escritorio y empezó a abrir cajones.

—¿Qué hace?

—Cuando Machin registró el piso, ¿miró aquí dentro?

—No.

—¿Sabía siquiera que existía este cuarto?

—No.

Todos los cajones estaban completamente vacíos, solo el último contenía un clip abandonado. El alambre estaba deformado. Allí retorcido, parecía que se estaba riendo de Vince.

—Aquí solo hay libros. Ni más ni menos.

—Debería volver con unos cuantos de mis hombres para que lo registraran todo de arriba abajo.

—Cuando guste —dijo ella como si pensara que iba de farol.

Pero Vince la creyó. Si había pistas allí del paradero de Jack, ya las habrían eliminado hacía tiempo. No quiso ver más y salió de la biblioteca. Bobbie cerró la puerta y la habitación secreta desapareció.

—¿Y cuándo vuelve a Londres, Vincent?

—Me quedará aquí una semana más quizá.

—Bien. Así podrá invitarme a aquella copa de helado que no nos tomamos anoche. —Le abrió la puerta del apartamento y Vince salió al rellano—. ¿Adónde irá ahora?

—A ver a mi hermano, Vaughn.

—Espero que no sea el mismo Vaughn que yo me sé, un tipo bajito y flacucho con la cara llena de acné que...

—Sí, el mismo. —La cortó en seco, no quería escuchar nada más sobre las ineptitudes de su hermano.

Ella torció la sonrisa.

—Pero usted no se le parece.

Vince la miró con cautela.
–Ya me lo han dicho antes.
–Él es escoria, un yonqui de mierda.

Vince estaba de pie entre la basura acumulada a la entrada del sótano de Vaughn. Los desechos le llegaban hasta los tobillos. No porque el inquilino estuviera ausente, sino porque le traía sin cuidado.

Llamó a la puerta. No hubo respuesta. Pegando el ojo a la cerradura, vio una ventana abierta, cortinas de redecilla mecidas por la corriente y un pie saltando a toda prisa. Vince abrió la puerta dándole un fuerte golpe con su propio pie. Vio un pasillo sucio y un dormitorio a su izquierda. Un colchón en el suelo con las sábanas revueltas, ropa tirada aquí y allá, y un juego de mancuernas al lado del colchón. El salón era un pozo infecto, húmedo y oscuro: manchas verdinegras en el papel color crema de las paredes, y cuatro muebles, cada uno de su padre y de su madre. Un rollo de linóleo en un rincón y un fogón desconchado de formica hacían las veces de cocina. Si uno se fijaba con más atención, percibía un toque femenino. Había una foto enmarcada que mostraba a una pareja con una niña pequeña. La niña era muy tímida, y hacía un mohín como si no quisiera salir en la foto. Una de sus manitas se llevaba un mechón de pelo a la boca para taparse la cara. Junto a la foto, en un tarro de mermelada, un ramillete de flores le daba cierta alegría a la estancia.

Así que esta era la chica de la que le habló Bobbie antes de despedirlo a la puerta de su apartamento. La misma chica a la que Bobbie dio trabajo en el ropero del Blue Orchid. Porque le daba pena. Porque en el ropero había poca luz. Y así no se le veía la marca de nacimiento que desfiguraba lo que, por lo demás, era una cara bonita. Tenía el pelo fino, de color castaño desvaído, a lo Veronica Lake. El flequillo largo le cubría una parte de la cara. Para Veronica era el toque *sexy* marca de la casa que la hacía reconocible entre todas. Para la chica con la marca color vino en la piel era una máscara, un velo.

Vaughn empezó a parar por el club y a fijarse en la chica, hasta que Bobbie le prohibió la entrada después de pillarlo esnifando anfetaminas en los baños. La chica dejó de ir a trabajar una semana después. Bobbie dijo que tenía sus sospechas sobre Vaughn, que la había introducido en el mundo de las drogas. Vince no lo rebatió.

La ventana de atrás seguía abierta y Vaughn había huido. A Vince no pareció preocuparle; sabía que se encontraría con su hermano tarde o temprano.

Vince estaba ahora ante la tumba de su madre. Se agachó y apartó las hojas y los helechos con la mano, y depositó allí el pequeño ramo de flores que había comprado. Con tan solo dieciocho años, la madre de Vince subió a un ferri en Irlanda y cruzó el mar que la separa de Inglaterra, y al final acabó en Brighton. El primer trabajo que tuvo fue

de camarera en el restaurante de Hannington's, los grandes almacenes más prestigiosos de la ciudad. Era donde solían parar los de «la cofradía de las carreras», corredores de apuestas y jugadores, y allí conoció a Lenny Treadwell. Él trabajaba en aquella época para su tío, corredor de apuestas, pero Lenny tenía grandes planes. Quería ser alguien en Brighton, no se conformaba con el puesto de simple recadero y chófer de un corredor. Así empezó a seguir la estela de hombres como Henry Pierce y la banda de Jack Regent, dueños del dinero, el prestigio y el poder que él ansiaba.

Aparte de su bonita sonrisa, la chica tenía una honestidad innata, y quizá fuera eso lo que atrajo a Lenny, pues era algo de lo que él carecía. Empezaron a salir, ¡y a él le quedaba tan bien el traje! Era un jugador guapo y con encanto, pero sin remedio. Es una combinación que lo aboca a uno al optimismo, pero que lo aleja de la realidad. Sentado a una mesa de póquer, Lenny se veía en su elemento y pensaba que tenía intuición con los jamelgos. Pero su tío le había prevenido siempre: la única forma de hacer una pequeña fortuna como jugador era empezar con una grande.

A ella le gustaba de verdad, no le importaba lo que sus amigas decían de él, así que una cosa llevó a la otra y al poco tiempo se quedó embarazada. Lenny no estaba preparado, tenía la mente puesta en su gran carrera como jugador. Le pidió que fuera a ver a una mujer que él conocía, experta en acabar con ese tipo de problemas. Ella siguió en sus trece y rechazó contundentemente el plan. Tras la boda en el registro civil fueron a vivir a una casa adosada en Albion Hill. Allí nació Vaughn y, como tantas familias en Albion Hill, lo pasaron mal. Fueran cuales fuesen los sueños de Lenny, muy pronto se esfumaron. Y también su suerte con las cartas, los caballos y los galgos. No daba una en las apuestas, todos los boletos acababan en el aire, rotos en pedazos, como confeti que caía del cielo. Así fue como le salió el cante de jugador: empezó a llorar de forma incontrolable por todas partes. Y eso no ayuda mucho cuando te mueves entre tipos duros. Además del juego y su desastrosa racha, se aficionó a la bebida, llorando como una magdalena ante el vaso de whisky. Empezó a sisarle dinero a su tío, quien, tras darle una buena charla, le dio una buena paliza, y al final lo puso de patitas en la calle. Lenny empezó a sufrir temblores, tenía que meterse en el cuerpo un cuarto de whisky antes de salir a la calle. Hacía apuestas que no podía permitirse y extendía cheques sin fondos. Cuando se le acabó el dinero, empeñó las muy modestas joyas que su mujer había heredado de su madre. Al final tuvo que pedir prestado a los únicos que todavía le fiaban. Los malos. La banda de Jack.

Cuando nació Vince un año más tarde, la cosa iba de mal en peor. Su madre ganaba lo que podía limpiando casas, pero ya había dado al marido por imposible, al quedar demostrado que no podía mantener a su familia. Los recaudadores de Jack Regent le dieron un aviso cuando la deuda tomó proporciones preocupantes. Ese día salió por piernas de Brighton y nadie lo volvió a ver. Sus hijos tampoco: Vince no llegaba al año, y Vaughn tenía solo dos. A duras penas la madre los sacó adelante trabajando como una burra. Limpiaba casas por la mañana y por la tarde echaba horas como camarera en la barra de un pub. Odiaba ambos trabajos, pero no le quedaba otro remedio.

Los chicos que vivían en Albion Hill se peleaban a menudo con los que vivían en

Carlton Hill. En raras ocasiones unían sus fuerzas para pelearse con los de la calle James. Y estos a su vez se juntaban con los anteriores para pelearse con los de los pisos de protección de Moulsecoomb y Whitehawk. Vince sobresalía por su valor en las peleas. Era alto para su edad, fuerte, rápido, y se apuntaba a un bombardeo. Tenía condiciones innatas para pelear, y un gancho preciso y contundente. Además era listo, y aprobó la reválida en primaria sin dar un palo al agua. En el instituto, seguía con la panda de Albion Hill. Cuando se fueron haciendo más mayores, chavales de catorce y quince años, las peleas de pandillas empezaron a descontrolarse, estaban muy organizados, la panda se convirtió en banda y Vince era el cabecilla. También parecía que seguiría el mismo camino que todos ellos: cometían un delito, pasaban un tiempo a la sombra, salían, volvían a delinquir y pasaban cada vez más tiempo entre rejas.

Cuando Vince creció lo suficiente para comprender que su padre los había dejado porque le debía dinero a Jack Regent, todo el pavor y la admiración que había sentido se transformó en un atroz resentimiento de adolescente. Pero no fue eso lo único que lo llevó a odiar a Jack Regent y que cambió su vida.

Billy *el Napias* Riley tenía dieciocho años y vivía con su madre en la misma calle que Vince. Era un matón y un fanfarrón y le faltaba un hervor. Esa falla hizo que se fuera de la lengua y al final cavara su propia tumba. Era sábado por la tarde, un día muy caluroso. Casi todas las familias estaban en la calle. Las mujeres fumaban y daban rienda suelta a sus cotilleos. Los hombres volvían del pub haciendo eses. Los chiquillos entablaban una batalla perdida contra la gravedad cada vez que tenían que bajar a por el balón colina abajo. En sus juegos se resumía muy bien todo el espíritu del barrio: una lucha constante por subir la cuesta arriba.

Pero aquel cochazo negro subía por la colina sin ningún esfuerzo. Vince no recordaba la marca. No era un Rolls-Royce, pero tenía pedigrí y un nivel parecido, y todas las cabezas de Albion Hill se volvían a su paso. Paró frente a la casa de Billy el Napias.

El chófer, cortado de una pieza y con cuello de toro, salió raudo del coche y abrió servicial la puerta de atrás. Por allí sacó su corpachón Henry Pierce, y otro hombre se quedó dentro. Le tapaba la cara un sombrero de paja inclinado sobre los ojos y las gafas negras de piloto que llevaba puestas. Lo poco que asomaba de su cara lo ocultaba el humo denso de un cigarrillo de picadura especial mezclada expresamente para él. Los chiquillos decían su nombre en voz baja como si fuera el Coco en persona.

–Dicen que tiene un pie torcido –susurraba uno de ellos, en voz tan baja que el amiguito le pedía que lo repitiera. Pero no se atrevía a hablar más alto por miedo a que lo oyera Jack Regent desde el coche negro.

Pierce hizo sonar los nudillos y miró alrededor con parsimonia. No para comprobar que nadie lo veía, sino justo lo contrario. Y en efecto, todo el mundo lo estaba mirando, una pequeña multitud que contenía la respiración. Pierce caminó con más parsimonia hasta la puerta de Billy. No se molestó en llamar, le dio una patada y los goznes saltaron. Mientras entraba, el chófer esperaba en la acera, vigilando a los vecinos, cualquier desacuerdo o intentona de rescate. Pero no habría hecho falta, porque nadie se atrevía a ninguna de las dos cosas.

Un minuto más tarde Billy el Napias salía disparado por una de las ventanas de arriba. Y hay que decir que la ventana estaba cerrada. La concurrencia prorrumpió en sonoros suspiros. Las mujeres apartaban la vista, las niñas empezaron a llorar; las caras de los niños se encendieron como si estuvieran viendo un espectáculo de fuegos artificiales. El aire se llenó de esquirlas, y Billy cayó contra el suelo con un ruido seco y más de un hueso roto.

Vince vio que una patrulla de policía asomaba por lo alto de la colina, desde donde tenían una vista privilegiada de todo lo que estaba ocurriendo. Cuando vieron de quién era el coche negro, los dos polis se dieron la vuelta rápidamente y desaparecieron de allí.

Ya hubiera bastado para el pobre Billy. Pero Jack tenía que dar su golpe de gracia. Tenía que dejar su firma en aquel acto de pura violencia. Con una mano aferrada al pelo de Billy, Pierce lo levantó del suelo hasta que lo puso de rodillas. Luego echó la mano a un bolsillo dentro de su chaqueta y todo el mundo creyó que sabía lo que venía a continuación. Porque todo el mundo sabía qué llevaba allí Henry Pierce: el cuchillo, la navaja o el punzón de hielo. En vez de eso, Pierce sacó un... ¿bolígrafo? Los suspiros de la audiencia eran de admiración, como el que ve a un mago sacar un conejo de la chistera. Pierce era amigo de concederse ligeras licencias poéticas en sus muchos actos de violencia, y en sus manos el estilizado Sheaffer de acero parecía un arma con el brillo letal que le arrancaban los rayos del sol. Pierce sujetó el pelo de Billy con más fuerza, tiró de su cabeza hacia atrás y escribió «ESTOY MUERTO» en su frente. Luego le dijo a Billy:

—¡Llevarás esto encima el resto de tus días, muchacho! Si la lluvia lo borra, te vuelves derecho a casa y lo escribes otra vez. Que no te falte nunca, muchacho. ¡Que no te falte nunca!

Completada la labor de escritura, casi todo el mundo sabía adónde iría a parar el bolígrafo. Pierce se lo clavó a Billy en la nariz, le atravesó el hueso, el cartílago, hasta que le salió la punta llena de sangre por encima del puente de la nariz. Lo que salvó a Billy de acabar con el bolígrafo clavado en el cerebro no fue otra cosa que su mote, «el Napias». Tales eran las dimensiones de aquella nariz, frente al tamaño relativamente pequeño del boli.

Pierce limpió la sangre del bolígrafo en los faldones de la camisa de Billy, se montó otra vez en el coche y desapareció de allí. Llamaron a una ambulancia, que llevó a Billy al hospital. Los chicos se reían de cómo había acabado, pero no Vince. A plena luz del día, delante de todo el mundo, le destrozaron la vida a Billy el Napias. Y nadie había movido un dedo para ayudarlo, ni siquiera los guardianes de la ley. Todo lo había orquestado y consentido un hombre, pero no tuvo repercusiones y nadie quiso saber nada. Vince pensó largo y tendido esa noche. No era solo el horror de aquel acto lo que lo había impresionado, era el poder que ello implicaba. El poder que un hombre lograba ejercer sobre otros. Y Vince no quería ser uno de esos otros. Un sentido innato de la justicia había brotado en él sin que se diera cuenta. Primero pensó que era un blando, así que se guardó las lágrimas y rio con el resto cuando hablaron de ello al día siguiente. Pero algo había cambiado en él.

Dejó atrás las cosas de críos, ya no paraba con la manada que merodeaba por las calles, hincó los codos y se aplicó en el colegio, escuchaba a los profesores con el oído atento. Sacó las mejores notas, fue a la universidad de Durham, una de las más prestigiosas del país, estudió Derecho y se alejó todo lo que pudo de Albion Hill y del recuerdo de aquel día caluroso. Pero como dice el viejo proverbio: puedes sacar al chico de Albion Hill, pero no a Albion Hill del chico. Y ahora Vince había vuelto para acabar lo que dejó empezado.

Un día en las carreras

Vince aparcó el coche a la puerta del Seaview Hotel y halló a Terence Green-John sentado en los escalones de entrada, esperándolo. Terence se puso en pie con la sonrisa entusiasta de los Boy Scouts.

—El detective Machin me dio su dirección. Espero que no le importe.

A Vince sí le importaba. Imaginaba a Machin tomándole la medida a Terence, calándolo como la mosca cojonera que podía llegar a ser y mandándoselo derecho al Seaview.

—¿Ah, sí? Todo un detalle por su parte —dijo Vince, pasando de largo mientras buscaba la llave en los bolsillos—. ¿Qué se te ofrece, Terence?

—Comprendo que esté ocupado, detective Treadwell, pero pensé que quizá podía ser de ayuda.

—¿Cómo?

—Hoy es día de carreras en Brighton. Irá gente interesante al hipódromo.

Vince dejó de buscar la llave y miró al futuro gacetillero con nuevos ojos. Eran ojos que veían en el muchacho alguna utilidad. La que tiene ser el dueño de cierta información. Vince le sonrió y Terence le devolvió la sonrisa.

La parada siguiente en el itinerario de Vince iba a ser la residencia para ancianos en Sunnyside, una visita a Henry Pierce. Pero comprendió que Terence tenía razón: las carreras de Brighton eran el plato fuerte del día. Y Pierce no se lo iba a perder, jubilado, ciego o como estuviera, pues todo felón gusta de apostar a los caballos. Le da la opción de gastarse el dinero que ha ganado ilícitamente. De limpiarlo, blanquearlo, lavarle los pecados pasándolo por la cartera de los corredores de apuestas.

Con once años Vince lo sabía todo sobre las carreras de Brighton. Consiguió un trabajo los sábados como «chico del cubo», lo que implicaba ir por todos los puestos borrando las pizarras de los corredores de apuestas entre una carrera y la siguiente. Era tan rápido pasándole la esponja húmeda a las cifras escritas en tiza que enseguida desbancó a los otros chicos. Ágil con los pies y con los números. Pronto los corredores se fiaban de él para cruzar apuestas con otros corredores. Ni siquiera hacía falta escribirse, porque Vince memorizaba las series de apuestas, con sus complejidades matemáticas, de cuatro en cuatro. Parecía destinado a hacerse corredor un día.

Las carreras de Brighton no debieran confundirse con la «gloriosa» Goodwood o la Royal Ascot. En Brighton los reyes eran lo peor del proletariado, que acudía al hipódromo a echarse unas risas y a darse un garbeo. Gente curtida que apostaba tras estudiar el *Sporting Life*; jóvenes fardando con sus chicas que buscaban costear la cita

con lo que iban a ganar en las apuestas; gánsteres y clérigos todos mezclados. Y todos enfrentados a un enemigo común: los corredores de apuestas.

En las gradas Vince lo miraba todo con unos prismáticos. En el hipódromo no había un alma y los corredores de apuestas hacían su agosto, aceptando envites y arrojando billetes y monedas a las viejas carteras de cuero pintarrajeadas que llevaban al hombro. Hombres con cronómetros subidos en cajas de fruta movían frenéticamente los brazos y daban forma a los intrincados semáforos humanos que manipulaban las estadísticas y movían el dinero de un corredor a otro. El ajetreo tenía algo del fervor y el vértigo que se vive en la bolsa en un día frenético.

Vince ya había reconocido algunas «caras» de Londres. Vio a Benny Blake, pequeño, compacto, de piel tostada y traje impecable, con una sonrisa a flor de piel que ocultaba lo loco que estaba, diagnosticado ya varias veces. A su lado, Albert Dimes, corredor de apuestas de la calle Frith, jefe de la mafia italiana de Clerkenwell, supervisor de todas las operaciones ilícitas que emprendía Billy Hill, el famoso gánster londinense.

Pero el puesto número uno entre los corredores de apuestas estaba reservado para Sammy Bellman. Un fortachón de anchas espaldas, a la altura de su reputación, con un traje de lino blanco, el sombrero de fieltro marrón y unas gafas de montura dorada con antiparras. Pese a ir tan peripuesto, todo el mundo sabía que Sammy B era un tipo duro y no le temía a nadie. Aparte, claro está, del hombre que se iba a llevar un pellizco de lo que ganara aquel día: Jack Regent.

Los prismáticos de Vince enfocaron después a los hermanos Bartlett, Victor y Terry, dos de los «tratantes de antigüedades» más conspicuos de Brighton. Los tratantes de antigüedades eran una mafia autóctona de Brighton, debido quizá al boyante mercado de antigüedades de la ciudad. Recorrían todo el país, normalmente en parejas, llamando a las puertas y anunciándose como: «Peritos y comerciantes de arte y antigüedades, personas serias que ofrecen los mejores precios y tasaciones gratuitas de muebles, cubertería, cuadros, cerámica y objetos de arte». Al menos eso ponía en las tarjetas de visita. Pero en cuanto los dueños de la casa les abrían la puerta ingenuamente, oían la cháchara y los invitaban a pasar dentro, aquellos timadores con carisma los envolvían con su verborrea, les vaciaban la casa de todo lo valioso y los dejaban sin respiración y sin alhajas. Eran como alquimistas, pero en sentido inverso. Lo que parecía valer su peso en oro lo tasaban a la baja como vil metal; los muebles Chippendale sucumbían de repente a una infección de termitas que podía amenazar a toda la estructura de la casa si no los sacaban pronto de allí; cuadros de los grandes maestros holandeses se convertían en bocetos de aprendices a lo sumo, eso si no eran directamente copias falsas; los huevos de Fabergé no rendían más que unas pocas libras una vez los «peritos» atestiguaban su valor como piezas de bisutería. De este modo, los tratantes de antigüedades dejaban claro que les estaban haciendo un favor a los dueños aligerándolos de sus posesiones menos valiosas. Algunos eran de origen romaní, y no sabían leer ni escribir, pero distinguían claramente una pieza auténtica de una falsa nada más verla. Y si no lograban convencer al dueño de lo conveniente que era separarse de su tesoro, no pasaba nada,

porque ya tenían la casa marcada. O bien ellos o sus compañeros de peritaje volverían por allí más tarde. Y entonces no llamaban a la puerta para entrar a plena luz del día, sino que forzaban una ventana en mitad de la noche. Por eso a Vince no le sorprendió ver a los hermanos Bartlett con un hombre calvo de abrigo de pelo de camello que respondía al sobrenombre de Murray el Cabeza, o Murray el de Mayfair, o incluso Murray el de Saint-Tropez. Los últimos apodos le venían por los sitios en los que había trabajado, ya fuera como ladrón de casas o como timador. El primer mote, el Cabeza, era el más usado y el más obvio, pues la tenía bien grande y estaba calvo como una bola de billar. Aunque no era blanca, sino con un bronceado perfecto. Es decir, más de Saint-Tropez que de Mayfair.

Alguien le tiró del hombro a Vince. Cuando se volvió, vio a Terence a su lado. Tenía dos botellas de Coca-Cola con sendas pajitas. Vince aceptó una.

—¡Salud!

—Ese del traje blanco es Sammy Bellman —dijo Terence emocionado mientras lo señalaba.

Vince chupó de la pajita, retuvo el líquido burbujeante en la boca unos segundos, lo tragó y eructó.

—No me digas, campeón.

Terence se aclaró la garganta y abundó en detalles.

—Sammy Bellman, cuarenta y tres años, corredor de apuestas. Al servicio de Jack Regent. Tiene plaza en los diez hipódromos más importantes del sur y le lleva la mayor parte de los negocios de apuestas al señor Regent, dentro y fuera de la pista. —Vince percibió el tono de respeto con el que pronunciaba «señor Regent». Terence siguió—: Bellman lleva todas sus apuestas, con sus correspondientes recaudaciones; lo que lo relaciona con corredores de todo el país. También lleva el casino privado de Jack, el Brunswick Sporting Club.

Pese a sus reticencias iniciales, a Vince le gustaba lo que oía. Era información de primera, mejor que nada de lo que le había proporcionado Machin. Le sorprendió que Terence fuera conocedor de aquello. A modo de recompensa, le tiró un hueso al joven aprendiz de reportero y reveló parte de la información que él tenía. Empezó haciéndole notar que Bellman ocupaba el puesto número uno entre todos los corredores de apuestas.

—¿Qué te dice eso, Terence?

Terence arrugó la frente; aquello le daba qué pensar.

Vince señaló entonces a Johnny Price, en la segunda fila de corredores de apuestas. A su lado estaban Benny Blake y el Italiano, Albert Dimes.

—Se supone que esos tres están al mismo nivel que Regent. Hasta habrá quien diga que como son de Londres están por encima de él. Pero lo cierto es que tienen que compartir la capital con otras tres o cuatro mafias. ¿Qué preferirías, un trocito de un pastel grande, o un pastel más pequeño todo para ti? Yo sé lo que preferiría, pero es que a mí no me gusta que nadie toque mi comida.

Terence asintió confirmando sus preferencias, y las de Jack, quien prefería también quedarse con toda su parte. Igual que a Vince, no le gustaba compartir.

Vince prosiguió:

—Así que el hecho de que Sammy Bellman siga teniendo el puesto número uno quiere decir que...

—¿Que el poder de Jack todavía se nota?

—Exacto. Porque Sammy Bellman, por sí solo, no podría aplacar a gente como Blake y Dimes. No hay quien tenga ese poder en Brighton, solo Jack Regent. A ver, Terence, hálbame del Brunswick Sporting Club. ¿Qué se cuece ahí?

Terence, que volvía a jugar en casa, le explicó con aplomo:

—Está en Brunswick Square y ocupa todo el edificio, esto es, cuatro plantas y el sótano. Póquer al más alto nivel, black-jack, punto blanco, bacará, ruletas, una mesa de dados, todo lo que se le antoje. Es un casino en toda regla, parece ser que montado con mucha profesionalidad. Hay gente importante que baja a jugar desde Londres, viajecitos pagados con la habitación incluida en el Metropole y en el Grand Hotel.

—Nunca te incluiría a ti entre la gente importante, Terence.

Terence rio.

—Oh, no, santo Dios. Ni siquiera me dejarían entrar.

—¿Y cómo es que sabes tanto del sitio, campeón?

—Le dije que sabía cosas —dijo Terence, claramente halagado.

—Pues sigue contando.

—Lo sé por un amigo de un amigo de la facultad. Él hace Bellas Artes en la Slade School de la Universidad de Londres y allí conoció a una chica que posaba para los estudiantes. Se lió con ella. Estaba muy bien, era muy... sexy. Trabajaba en ese club de camarera. Le contó a mi amigo todo lo que vio allí. Pero dejó el trabajo al poco tiempo, le pareció que era un poco... Bueno, algunos de los clientes buscaban algo más que unas copas. Y le daba miedo el señor Regent. No le gustaba estar cerca de él...

Vince pensó en Bobbie. ¿Por qué estaba con Jack? ¿Por qué no le tenía miedo?

—Hace falta una contraseña para entrar —siguió diciendo Terence.

—¿Sabes cuál es?

—La chica dijo que la cambiaban cada pocas semanas.

Vince le dio otro trago a la Coca-Cola y se paró a pensar en aquel ayudante tan entusiasta que le había salido. Tenía cabeza, era rápido, y estaba dotado de una capacidad de retentiva asombrosa para todo lo relacionado con sus admirados bajos fondos. Decidió que haría una visita al Brunswick Sporting Club.

—¡El indio! ¡El indio! —Mientras decía esto, Terence tironeaba del codo de Vince.

—¡Tranquilo! —dijo Vince, y enfocó con los prismáticos. Henry Piel Roja Pierce caminaba en ese momento en dirección al puesto de Sammy Bellman. Se abría camino entre la gente con un bastón blanco. Vince vio que no era el típico bastón fino y articulado que usan los ciegos a modo de antenas, sino un palo macizo de color blanquecino y nudosa apariencia. Parecía hecho de hueso o marfil, o arrancado directamente de un árbol. En malas manos, como las de Pierce, podría ser, más que un bastón, un arma peligrosa. Pierce abría camino a su paso, pues todos se apartaban en cuanto lo veían. Tras él, y no delante como era de esperar, iba su conductor y

acompañante, el Araña. Tenía la delgadez típica de todos los colgados de anfetaminas y movía el cuerpo, largo y nervudo, de un lado para otro al andar, acompañándolo con un pavoneo de la huesuda cabeza. Iba perdonando la vida con la mirada a diestro y siniestro, aprovechándose del miedo y el respeto que su jefe dejaba al pasar. La protección de Pierce alentaba las audacias del escuchimizado vivales, y vestía un llamativo traje color verde botella y un sombrerito a lo Buster Keaton.

Nada de ropas de payaso para Henry Pierce, sin embargo. Funerario como siempre, iba de negro de pies a cabeza. El pelo teñido de negro, la combinación negro sobre negro de camisa y corbata, zapatos negros de ribete, todo enfundado en un tres cuartos negro con cuello de fieltro. Lo único que no era negro era el bastón; y, claro está, la piel pálida de aspecto enfermizo. Por lo demás, el conjunto monocromo lo rompía un diminuto detalle de color: en el centro del pasador de oro de la corbata tenía un cabujón rojo. Pierce siempre vestía igual, no fallaba nunca, fiel a sus principios y a su atuendo. La sutileza no era lo suyo. Lo suyo era meter miedo a la gente. No buscaba pasar por alguien respetable. Era lo que era, y había que reconocerle su franqueza. Era malo. Y se le daba bien ser malo. No buscaba redención. No había matices entre el blanco y el negro. Y él iba de negro.

Pierce intercambió algunas palabras con Sammy B, quien le dio un fajo de billetes que sacó de la cartera. Pierce lo metió en el bolsillo y volvió sobre sus pasos.

Ahora le tocaba a Vince tironearle del brazo a Terence.

—En marcha, Terence —le dijo, y fue hacia la zona de los corredores de apuestas.

Llegaron al puesto de Sammy B. Ni rastro de Pierce. Pero era difícil perderle la pista al grandullón, y Vince vio la cabeza que sobresalía por encima del gentío antes incluso de oír los golpecitos del bastón. Se abrían las aguas como en el mar Rojo ante el paso del ciego, y era fácil distinguirlo por el reguero de gente que dejaba atrás. Vince lo seguía rápido en su estela, y Terence en la de Vince.

Pierce en primera línea, y el Araña a su espalda, así cruzaron el atrio del graderío. Subieron el tramo de escaleras hasta el anfiteatro, luego atravesaron el pasillo hasta llegar a un palco privado. Vince y Terence los seguían a una distancia prudencial.

Había ventanas en las divisiones entre un palco y otro. Eso lo hacía menos privado y le permitía a Vince ver toda la escena. Henry Pierce estaba sentado a una mesa hablando con un hombre muy gordo y el Araña montaba guardia en la puerta.

El gordo andaba picando con los dedos los restos de la «captura del día» que quedaba encima de la mesa. Se había estado atiborrando de marisco, y saltaba a la vista que la comida no era cosa baladí para él. Llevaba remangada la camisa para poder comer a dos manos, y los dedos regordetes brillaban manchados de grasa. Tenía carrillos de angelote, la cara casi desfigurada por el exceso de peso acumulado y la mata de pelo rubio parecía plumón de pato, casi translúcido a la altura de la coronilla.

—¿Quién es el gordito con babero? —preguntó Vince.

Terence soltó una risotada.

—Ese es Max Vogel, un anticuario con sede en los Lanes. Por lo que sé no le preocupa mucho la procedencia de sus mercancías, si sabe a qué me refiero. Lo llaman el

«Holandés Gigante», en parte porque es de origen holandés y en parte...

—Vale, me imagino por qué —dijo Vince, y miró con detenimiento al hombre junto a Henry Piel Roja Pierce.

Era revelador ver cómo estaban sentados. Pierce, que era más alto, le habría sacado la cabeza a Vogel, pero estaba medio encogido de hombros, como si quisiera aparentar menor tamaño. Además era Vogel el que llevaba la voz cantante, sin preocuparse de mirar a Pierce mientras escarbaba en una pinza de bogavante que tenía en la mano para extraer las últimas hebras de carne. Aunque no oía lo que decían, ni podía leerles los labios, Vince sacó bastante de su conversación. Quedaba claro que Vogel ostentaba mayor poder que el otro; y cuando hablaba Pierce, lo interrumpía con total libertad y empezaba a hablar él. Entonces Pierce se callaba sin rechistar y escuchaba con atención las instrucciones de Vogel, o el curso que recomendaba darle a los acontecimientos.

—¿Qué más sabes de Vogel? —preguntó Vince, sin apartar la vista de los dos hombres en el palco.

—La verdad es que nada.

Vince frunció el entrecejo y, como si estuviera pensando en voz alta, dijo:

—No estaba en ninguna de las listas de socios de Jack Regent. Y Machin jamás me habló de él. Pero míralo, ahí sentado...

Terence soltó una risita desdeñosa.

—Bueno, ya sabe lo que dicen de la policía de Brighton.

Vince lo miró fijamente.

—¿Y qué dicen exactamente?

—Que no se puede comprar nada mejor. —La risa de Terence era ahora nerviosa.

Al ver que Vince no respondía, Terence dejó de reír. Bajó la vista y la fijó en los zapatos, convencido de que había metido el treinta y ocho hasta el cuevo y que se había pasado de listo.

Pero no era una metedura de pata, Vince ya lo sabía. También sabía cómo seguía el dicho: «No se puede comprar un Cuerpo de Policía mejor... si no le llega para el de la Policía de Londres». Le dedicó a Terence una media sonrisa.

—Eso son calumnias, Terence, nada más que calumnias.

Vince volvió a centrar su atención en Vogel y Pierce. Después de mojar los dedos en el bol con agua y limón, Vogel se quitó la servilleta del cuello dejando ver una pajarita roja de lunares. Pierce ya estaba de pie, y los dos hombres se dieron la mano. Fuera cual fuese el negocio, lo daban por terminado. Pierce salió del palco privado, a la puerta lo esperaba el Araña. Vogel consultaba el menú del postre.

Vince agarró a Terence de un brazo y este dejó de mirar con devoción y pavor a Pierce, que venía hacia ellos.

—Date una vuelta por el puesto de Sammy Bellman, mira a ver qué hace.

—¿Y usted adónde va?

—A jugar a la gallinita clueca con Henry Pierce.

Terence miró a Vince con los ojos abiertos de par en par.

—Tenga cuidado, Vince. Hace... hace daño a la gente. —Luego, cuando Vince ya se iba,

le dijo por lo bajo—: ¡Vince! Por cierto, es «ciega». El juego de la gallinita ciega.
Vince se volvió y sonrió.
—No tal y como yo lo juego.

10

El Piel Roja

Henry Pierce caminaba erguido y sonriente, con la cabeza ligeramente ladeada en arrogante ademán. La charleta con Max Vogel había dado alas a sus pasos y avanzaba imparable, seguro de sí mismo. Cuando llegó al bar y la gente empezó a apartarse de su camino parecía todavía más grande, como si llevara un balón medicinal debajo de cada brazo. El bastón golpeaba el suelo franco a sus pies. Tomó asiento en la barra, y ocupaba el mismo espacio que antes habían ocupado tres personas. El bar estaba abarrotado pero, al ver quién era el recién llegado, se quitaron de en medio por lo que pudiera pasar. El Araña puso un codo raquítrico al lado del de Pierce y pidió dos botellas de cerveza. Cuando las trajeron, le sirvió una a su jefe en un vaso. Pierce lo vació de dos tragos, luego se limpió la espuma de la boca con el dorso de la mano, una mano gigante y venosa, y depositó el vaso de nuevo sobre la barra, boca abajo. Era un aviso, una señal: un poco de semiótica de bar para dejarle claro a todo el mundo a su alrededor que quedaba leña por repartir.

Con un pie apoyado en el riel y el otro bien plantado en el suelo, Pierce sujetó el borde de la barra como si fuera a arrancarla o a empotrarla en la pared. Miraba al frente, y de no haber estado ciego se habría visto a sí mismo mirándose al espejo. Con voz tronante anunció:

—¿Quién me acepta una apuesta?

Silencio. De esos silencios que ensordecen y reverberan como un golpe de bombo. Pararon las conversaciones bajo el peso del miedo, cesaron los chistes y se desvanecieron en el aire las risas nerviosas. Henry Pierce había retado a todo el mundo en el bar y nadie se atrevía a aceptar su apuesta. El Araña paseó una sonrisita de autosuficiencia por todo el bar, con la confianza que le daba estar del lado ganador, aunque para un jugador, y allí todos eran jugadores, la apuesta de un ciego contra un centenar de ellos se pagaría... ¿cien contra uno? Nadie aceptó la apuesta. Ni siquiera se atrevían a mirarlo a los ojos. Y merece la pena repetir esto último: mirarlo a los ojos. Todo el mundo bajaba la cabeza, se miraba los zapatos con detenimiento. Nunca habían prestado tanta atención al boleto de las carreras, todo el bar era un frenético crujido de papeles.

Contentos con el dominio absoluto de la situación, en su salsa en el ambiente de pánico que se había creado con su llegada, Pierce y el Araña ya podían dedicarse a degustar la cerveza.

Entonces oyeron los pasos. El silencio era tal que sonaban con nitidez, a pesar de la moqueta empapada del alcohol derramado durante años.

Y luego las palabras:

—Yo acepto la apuesta.

Vince vio que Pierce contraía la espalda bajo el abrigo ajustado y cómo el cuello se le hundía en aquel mar de músculos, hasta que su cabeza quedó sumida en la ola inmensa de indignación y furia que lo invadía.

El Araña abría la boca con estupefacción. Vince vio la mandíbula caída y pensó lo fácil que sería en ese momento darle un puñetazo. Un gancho de izquierda bien dado y el tirillas rodaría por el suelo del bar con la quijada desencajada.

El Araña miró desorientado a Pierce.

Su jefe dio despacio la espalda a la barra. Quería ver de dónde provenía la voz del cabronazo que se tomaba tantas libertades.

—Repíte eso.

—Araña, dile al ciego lo que tengo en la mano.

El Araña miró la placa de la Policía de Londres que le mostraba y luego fijó los ojos en Vince. Una expresión de reconocimiento llenó de malicia la cara chupada.

—Pero ¡mira quién es...! —El Araña dejó que esas palabras flotaran en el aire y meneó la cabeza saludando a Vince.

Pierce giró la suya buscando al Araña, y con una voz más aguda de lo que se podría deducir por su tamaño dijo:

—Habla claro, muchacho. Si no acabas la frase, los ciegos nos quedamos a dos velas.

Las palabras de Pierce estaban bien enteras, completamente formadas, tenían solera, y las había pronunciado con todas las letras. Ya había quedado claro que estaba montando su *show*, pero así era Henry Pierce, todo espectáculo. Del cuadrilátero del ring a la barra del bar, él era un artista nato; y su arte se basaba en la erudición: una inteligencia calculadora que a duras penas se compadecía con la violencia irracional que emanaba de aquel cuerpo de bestia.

Pierce insistió:

—Habla, muchacho, y no te muerdas la lengua. ¿A quién ves?

El Araña, sin borrar la sonrisita, dijo:

—Veo a Vince Treadwell, el poli de Londres, hermano de ese engendro, Vaughn. —Nada más decir esto soltó una risita que a Vince le pareció muy lograda. Era cien por cien Richard Widmark haciendo de Tommy Udo, el gánster psicópata en aquella película cuyo título no recordaba. El Araña también parecía estar delante de una cámara, se comportaba como un ganstercillo de película vestido con un traje de color chillón.

Pierce enderezó la cabeza y centró su atención en Vince, quien desvió la suya en dirección al Araña. Las cejas oscuras del joven detective formaron un fruncido ceño y los ojos castaños miraron con las pupilas dilatadas al lazarillo, abarcando casi por completo la extensión del iris. Todo en su persona se volvió más oscuro, más amenazador.

—Pierce, dile a tu chico que se vaya.

Las risitas cesaron en el acto y la mueca de autosuficiencia desapareció de la cara del Araña. Aunque estaba bajo el ala de Henry Pierce, sabía que lo que lo separaba de una

paliza de puta madre era solo un pequeño estremecimiento, un parpadeo, apenas una sílaba pronunciada con malicia.

Pierce dio la orden:

—Haz caso al hombre, chico.

El Araña encajó el *desaire* y, con sigilo, salió del escenario, dejando a los dos protagonistas uno frente al otro.

Pierce adelantó la cabeza, olisqueó el aire que rodeaba al joven detective y sonrió.

—El regreso del hijo pródigo —dijo.

Vince no se movió del sitio, tenía la mirada puesta en las gafas oscuras de Pierce. Pero no le veía los ojos.

—¿Esto es parte de su famoso numerito del piel roja, señor Pierce?

—No es un número de circo, muchacho. Lo llevo en la sangre. Mi abuelo era un *sioux* de pura cepa. Fue guerrero, explorador y cazador de búfalos, olía la presa a una milla de distancia.

—Aquí en Brighton no hay búfalos.

Pierce abrió la boca en una sonrisa que dejó al descubierto hileras de dientes grises y torcidos.

—No andas desencaminado ahí, muchacho, no señor. Vino a estas costas con el *show* de Buffalo Bill, en 1897. Actuaban a las afueras de Manchester cuando cometió el error fatal que cometen casi todos los hombres al menos una vez en la vida. Se enamoró de una moza, una chica de Salford de ascendencia húngara. Qué mundo este, nunca sabes dónde va a saltar la liebre. Juntos bajaron hasta Brighton. Pero tienes razón, no hay mucho búfalo por estos lares. Aquí trabajó en el parque de atracciones y acabó cosiendo redes de pescar. Murió alcoholizado: a los indios les sienta mal el agua de fuego. Y eso de que me disfracé de jefe en la lucha libre, fue solo para hacer deporte.

—¿Hacer deporte? —Vince arqueó una ceja y añadió en tono de duda—: Dicen que mataste a un hombre en el ring. Eso no parece muy deportivo.

Pierce soltó un resoplido de satisfacción, luego hizo memoria sin ahorrarse detalle.

—Leo el León, era único en su especie —empezó a contar Pierce—. Con su pelito rubio era el ídolo de las casadas. Quizá no sepas que cuando empecé en la lucha libre yo era de los buenos. Pero se me daba muy bien actuar, lo llevaba en la sangre. Y los promotores no querían que yo fuera el bueno, porque en un combate de lucha libre el bueno es el malo. ¿Sabes por qué?

Vince meneó la cabeza, luego cayó en que eso «dejaba a un ciego a dos velas» y soltó:

—¿Por qué?

—Porque la gente no paga para ver al bueno. El que hace taquilla siempre es el malo.

—¿Y qué era Leo, un bueno? —preguntó Vince.

—Correcto, pero un bueno malo. Se le daba mal hacer de bueno. Y me perdonarás que hable así, pero era un hijo de la gran puta. Y el público se daba cuenta de ello. Todos lo sabían y se lo decían en los combates. Lo gritaban a voz en cuello. Hasta subían al ring para decírselo. Los promotores y los otros luchadores también lo sabíamos. Pero el único que no lo sabía era el mismo Leo. Y eso te da una idea de lo muy hijoputa que era.

Dejó un instante de hablar para tragar saliva.

—Bueno, pues el caso es que una noche en Hoxton Baths me tocaba pelear contra Leo Lomax. Allí sale mi menda con todo el equipo: penacho de plumas, pintura de guerra, mocasines y tomahawk al cinto. Y el público que empieza a aplaudirme. Hasta las viejas y los críos, me aplauden tanto que les arden las manos. Y yo que tiro de tomahawk y me pongo a bailar mi danza de guerra. La que hacía de mi india, Rita, un bellezón si te va ese rollo, agarra y me quita el penacho de plumas, y yo venga a bailar por todo el escenario, y la audiencia fuera de sí. Vamos, ¡que babeaban conmigo! ¡Y eso que se suponía que yo era el malo!

Pierce sonreía de oreja a oreja, pero poco a poco le cambió la expresión de la cara mientras recordaba lo que pasó después aquella noche. Sacudió la cabeza con gesto de arrepentimiento.

—En estas que sale Leo. Bueno, no te imaginas cómo lo pusieron. Nunca había oído que abuchearan a nadie así. Te dejaban sordo. ¡Y estaban abucheando al bueno! En fin, el caso es que a Leo eso no le gusta ni un pelo. Se cabrea de verdad. Pero no es por los abucheos, que pararon en cuanto subió al ring y empezaron a escupirle y a tirarle monedas, y llaves de casa y del coche. Qué va, se cabrea porque lo llaman «Hijoputa» a la cara. Está furioso, humillado, hecho un basilisco, y pierde los papeles y le da un puñetazo a Rita, mi india. Porque se la tenía jurada, ¿sabes?, de una vez que ella le dijo en los vestuarios lo que pensaba de él, lo que pensaba ella y lo que pensaba todo el mundo. Y se lo soltó también en cuanto Leo subió al ring. Total, que yo no podía consentir eso, ¿a que no? ¿Mi Rita? ¿Mi dulce Rita? No, ¡cómo iba a consentirlo! Así que le arranqué la cabellera.

Vince miró a su alrededor para cerciorarse de que estaban todavía en 1964. Puede que no hubiera oído bien.

—¿Que le arrancaste la cabellera?

—Le arranqué la cabellera —dijo Pierce, y meneó con gesto de decisión la cabeza—. Primero lo tumbé de un derechazo. Lo cogí del tupé grasiento, saqué el tomahawk y empecé a meterle viajes en la frente. De oreja a oreja. Tuve suerte, porque Leo tenía mucho pelo y lo llevaba bastante largo para lo que se estilaba entonces. Había dónde agarrar. El tomahawk no estaba muy afilado y el corte no me salía muy limpio. Y encima Leo estaba vivo cuando le estaba arrancando la cabellera... En fin, que no nos lucimos ninguno de los dos. Pero cuando acabé la faena, levanté la mano con lo que pude arrancarle para que lo viera el público. Al principio pensaban que era parte del número. Y se meaban de la risa. Pero luego vieron la sangre, muchísima sangre. No te imaginas cuánta. Leo sangraba como un cerdo, estaba medio en coma por el *shock*, y las simpatías del público cambiaron a su favor. Cambiaron de golpe, hay que decir. Leo era el héroe otra vez. Pero ahora era un bueno de verdad. Así que, si lo miras bien, le hice un favor. Aunque nunca me lo agradeció, el muy hijoputa. Murió cuatro años después. Metió la cabeza en el horno. En fin, así es el negocio del espectáculo, muchacho.

Pierce cogió el vaso de cerveza y bebió con ganas.

Vince intentó recordar una historia parecida, ver si en los anales de los casos más

truculentos, entre los muchos que le habían contado y alguno que había visto, podría encontrar algo comparable. No recordaba nada igual. Nada que fuera tan horripilante, a la cara del público.

Pierce puso el vaso en la barra con un golpe seco que marcaba el cambio de tercio. Atrás quedaba el recuerdo de los viejos tiempos.

—Pero ya vale de hablar de mí —dijo—. ¿Qué hay de ti, Vincent? ¿Te has hecho un hombre alto y apuesto? ¿Has sacado todo lo que llevabas dentro?

Vince levantó la vista para fijarla en Pierce y vio cómo el gigantón sacaba la lengua, sonrosada, larga y llena de escamas, parecida a un trozo de carne podrida, y se la pasaba por los labios arrugados y resecos. Le quedó una sonrisa de salido en la boca recién humedecida que le puso a Vince la carne de gallina. Y Pierce lo había hecho a propósito. La ternura de una mujer, sus curvas, su olor, el parloteo incesante, los atributos del sexo débil, eso no estaba hecho para Henry Pierce. Para él estar con una mujer, una moza, era impensable. Pero tampoco era marica. No se la ponían más dura los chicos que las chicas. Nadie se la ponía dura. Porque de habérsela puesto dura alguien, ello querría decir que le corría sangre por las venas. El Pierce «salido» era solo parte del *show*. Iba a juego con la ropa que llevaba, con la voz que ponía: todo era parte del número. Como había dicho, así era el negocio del espectáculo, y así era él; por encima de todo, un artista.

—¿Te ha comido la lengua el gato, muchacho?

—Tengo que hacerle unas preguntas, señor Pierce.

—¿Qué preguntas?

—Sobre el cuerpo que apareció en la playa. Y sobre Jack Regent.

—Soy ciego y estoy jubilado. No sé nada de nada, detective.

—No sea modesto, señor Pierce. Alguien como usted, que no se pierde un sarao, amigo de Jack Regent, seguro que sabe muchas cosas.

Pierce asintió con complicidad.

—¿El cuerpo de la playa, dices? He oído que murió con una sonrisa en la cara. Cuando la encuentres, avísame. —Pierce olisqueó el aire otra vez. Luego dijo—: Me caes bien, muchacho. Tienes fogaje en la sangre, como dicen en América.

—Mejor que le caiga bien, porque vamos a pasar un rato juntos. Hablaremos de dónde ha estado últimamente. Mañana, a las nueve y media, en la calle Edward. Si no aparece por allí, saldré a buscarlo yo. —Vince le dio la espalda y echó a andar.

—¿Quieres saber dónde he estado últimamente, poli? —bramó Pierce—. Pregúntale a tu hermano.

Vince se paró en seco.

—Era mi chófer más o menos por aquellas fechas. Le mandé hacer un uniforme y una gorra a medida, para taponarle la calva. —Pierce se echó a reír a grandes carcajadas, animando a todo el bar a secundarle.

A Vince le bajó toda la sangre de la cabeza, el estómago le dio un vuelco. No porque aquello le resultara impactante, sino porque era una obviedad. Vaughn estaba hecho a medida para Pierce: era bajito, tenía miedo y se plegaba a sus deseos.

—Con sus guantes de cabritilla, para que no se raspara las manos con el volante y la palanca de cambios. ¡Anda que no estaba guapo ni nada! —Pierce actuaba para la galería, provocando la reacción del público. Todos rieron con ganas; si no era divertido, sí era lo más recomendable. Cuando Henry Pierce se ponía a hacer teatro era mejor tenerlo en el papel de gracioso en una pantomima, con sus constantes apartes al público, que en el de Atila, rey de los hunos. Los que lo rodeaban estaban de enhorabuena, porque cuando Pierce reía había menos probabilidades de que le reventara un vaso en la cabeza a alguien o le clavara el punzón del hielo en la entrepierna.

El Araña había vuelto a situarse bajo el ala protectora de su jefe y sacó su mejor risita de Richard Widmark haciendo de Tommy Udo.

Todos miraban a Vince, que ya se daba la vuelta, cuando siguió el tormento:

—Detective Treadwell, ¿no quiere que le contemos a qué se dedicaba Vaughn cuando lo tenía de escolta? ¿Y no quiere oír a qué se dedicaba la otra? ¡Ah, menudo bomboncito, la otra!

Más carcajadas. El Araña bordaba su Tommy Udo.

Vince estaba furioso. Veía que perdía el control de la situación, y le ardía la placa de policía entre las manos. Había que reconducir las cosas. Dio un paso hacia Pierce, le arrebató el bastón y, con un rápido movimiento, tan rápido que Pierce ni se enteró de qué estaba pasando, golpeó al Araña en la entrepierna con la punta nudosa del palo. Y lo hizo una, dos y hasta tres veces seguidas. A la primera, el Araña se dobló en dos; a la segunda, soltó un gemido gutural; y a la tercera, cayó de rodillas. Vince iba a rematarlo con un bastonazo de propina en plena nuca, pero Pierce extendió el brazo y abrió rápidamente el puño y paró la trayectoria descendente de la contera con la palma de la mano. Luego la asió férreamente con los dedos. Vince sujetaba un extremo; Pierce, el otro.

El público guardaba un profundo silencio. Esperaba, como Vince, el siguiente movimiento por parte de Pierce.

Lo que hizo fue agachar la cabeza hacia su adlátere, que se retorció a sus pies. Ya no hacía el número de Richard Widmark en el papel de Tommy Udo. Ahora representaba otro papel: el del que se revuelca en el suelo dando gritos de dolor. Pierce lo consideró un daño colateral, bastante embarazoso, por cierto, y volvió a fijar su atención en el joven detective.

Vince seguía sin soltar el bastón. No quería, en parte, porque temía lo que Pierce pudiera hacer con él, pero también porque le transmitía una vibración extraña. Y allí seguía, aferrado al pararrayos que lo tenía enchufado a Pierce, conectado con el primer miedo que sintió de niño a aquel monstruo del pasado. Hasta que la vibración cesó; y, con ella, la descarga. Porque ya no tenía miedo.

Pierce emitió un gruñido sordo y prolongado con la garganta.

—Me parece que el bastón es mío.

Vince dudó unos segundos. Era como entregarle al otro una pistola cargada.

—Le parece bien —dijo, y soltó el palo.

Henry Pierce sostenía el bastón de manera ambigua, podía ser un apoyo pero también

una porra. Enderezó la espalda y se irguió en toda su envergadura.

—Comisaría de la calle Edward —dijo Vince con calma—. A las nueve y media. Allí lo espero, señor Pierce.

Pero antes de que tuviera tiempo de darse la vuelta, Pierce subió la apuesta en aquella partida de locos. Cayó de rodillas, abrió los brazos como si lo acabara de derribar un francotirador de un disparo y gritó:

—¡Maltrato policial! ¿Quién se ofrece a ser mi testigo? ¡Necesito un testigo!

Todos los ojos estaban fijos en Vince, quien hacía lo que podía por no mirar al loco de rodillas en el suelo.

—¡Óiganme! ¡Óiganme todos! ¿Quién se ofrece de testigo?

Vince giró sobre sus pasos. Le dolía mucho la cabeza y tenía ganas de vomitar. Lo invadió de repente una gran sensación de mareo que lo dejó paralizado. Fue tan rápido que por un momento pensó que le habían inyectado alguna sustancia tóxica. Lo atribuyó al influjo de Pierce: le había dejado que lo envolviera en su locura, que lo atrapara en su tela de araña. Pero mañana sería al revés.

—Nueve y media. Lo espero. Y no me haga ir a buscarlo. —Salió del bar. Las carcajadas de Pierce resonaban con fuerza a sus espaldas.

Vince fue derecho al baño, se metió en uno de los cubículos, levantó la tapa del váter de una patada y vomitó todo lo que tenía dentro.

11

Oráculo

Cuando volvió a la zona en la que estaban los corredores de apuestas, Vince vio que Terence montaba guardia junto al puesto de Sammy Bellman. Su presencia allí resultaba bastante llamativa, y Sammy B y sus clientes lo miraban con recelo. Justo en ese momento, el hombre que anunciaba las cuotas para Sammy B se acercó a Terence. *Long George Silverman* tenía casi sesenta años y, haciendo honor a su apodo, era alto, casi un metro noventa. Para gente como él la estatura era una ventaja. Primero porque era más fácil verlos cuando anunciaban con gestos cómo estaban las apuestas. Y también porque veían por encima de todo el mundo lo que pasaba a su alrededor. Long George llevaba gafas de montura negra y culo de botella, y eso le daba a sus ojos un aspecto caricaturesco, a toda la cara, en realidad, pues nadie podía tomarse en serio aquel rostro ancho, regordete y bulboso. Sammy B lo había enviado para que averiguara cuáles eran las intenciones de aquel joven de aspecto sospechoso que no se apartaba un metro de ellos. Vince vio que Long George empezaba a hacerle preguntas a Terence, quien, era obvio, no estaba dando las respuestas que el otro esperaba oír, porque el alto le señalaba el pecho con un dedo acusador acompañado de las correspondientes palabras.

Vince se interpuso entre ellos.

—Caballeros —dijo, y sacó la placa.

Long George la miró y luego señaló a Terence.

—Este no pinta nada aquí, ¡nada! Anda merodeando y aquí no se viene a eso. No ha hecho ni una apuesta en todo el rato que lleva parado delante de nuestro puesto. Y nosotros nos ganamos la vida honradamente.

—Este es un país libre —protestó Terence.

—¡No me toques los cojones, niño de mierda! Si este país es libre es porque hombres como yo fuimos a la guerra para defenderlo. Y para tener la libertad de seguir a lo nuestro, sin que nadie nos moleste metiendo las narices donde no lo llaman.

Vince sonrió intentando aplacar a Long George.

—Viene conmigo.

—¿Este? Con todos mis respetos, detective, es muy pequeño para ser poli.

—Es que no es poli, es amigo mío.

Long George miró a Vince y un brillo de reconocimiento apareció en sus enormes ojos castaños.

—Mmm, me parece que esa cara me suena.

Vince sonrió.

—Detective Treadwell, Vincent Treadwell —le recordó.

—¡Anda, mi niño! ¡Ya decía yo que me sonaba esa cara!

Long George cogió la cara de Vince con sus manazas, la movió de un lado a otro como si no lo pudiera creer, le abofeteó dos veces ambas mejillas, luego se las pellizcó y cuando ya estaban rojas le dio un último meneo de lado a lado. Era una muestra de afecto. Muy dolorosa, y Vince rogaba por que parara pronto. Pero también era sincera, y no pudo decirle a Long George que dejara de martirizarlo. Tras el abrazo que le dejó mal la espalda, cesó el dolor.

—¿Y cómo te va, Long George?

—Bah, todavía no me hago rico. ¡Y anda que me importa!

A Vincent le sonó familiar la ironía que encerraban aquellas palabras.

—Terence, te presento a Long George Silverman.

Long George agarró la mano de Terence y le dio un apretón de mil demonios.

—¿Por qué no dijiste que eras amigo de nuestro Vincent?

Vince intervino:

—¿A qué caballo me recomiendas que apueste, Long George?

—Eres demasiado listo para andar apostando a los caballitos, tú estás aquí por otra cosa.

¿Me vas a decir qué es, Vincent? ¿Por qué mandaste al chico a vigilar a Sammy?

—Por si venía Jack Regent a verlo. ¡Como hay tanta gente de Londres luciendo palmito hoy por aquí!

—Nadie le quita el primer puesto a Sammy B.

—¿Y Jack dónde está, Long George?

—Por lo que yo sé, se las ha pirado. Bah, pero yo no sé nada.

—¿Cómo que no? ¡Tú sabes todo lo que pasa en Brighton!

—¿A ti te iba a mentir yo, mi niño? —Long George miró a su alrededor como atisbando fisgones, luego agachó la cabeza y contó lo que parecía un secreto—: Escúchame bien, ¿quieres apostar a un caballo? Pues tengo un caballito para ti, Vincent. Oráculo. Sale en la última carrera. Caballo ganador, fijo, así que apuéstalo todo contra el corredor. Pero no contra Sammy, mi niño. ¡Estamos ganándonos la vida!

Vince sonrió. Long George le daba información de primera solo para cambiar de tema. Y por un momento deseó que todo el mundo en los interrogatorios le ofreciera al menos algo tan provechoso como aquello.

—Tranquilo, Long George, sé cómo funcionan las cosas en las carreras. Nunca hay que morder la mano que te da de comer. Ah, solo una cosa más —dijo, intentando no darle demasiada importancia—. ¿No sabrás lo que hay que hacer para colarse en el Brunswick Sporting Club?

Long George asintió varias veces con la cabeza. Eran movimientos lentos, llenos de intención, como si esperara a que el poli le diera más información antes de responder.

Vince lo sabía, y añadió con una sonrisa de complicidad:

—Estoy a punto de cobrar el dinero de las vacaciones, y Tony Machin me dijo que ese club es un buen sitio para jugárselo. —Vince comprobó que la mención de Machin tenía el efecto esperado y Long George relajó el gesto.

—Ah, Machin, claro. Qué raro no verlo hoy por aquí, ¡con lo que le gusta jugar y lo que

le va el rollo de las apuestas! Es una pena para su bolsillo, y una bendición para nosotros, que se deje siempre la suerte en casa. Por tu bien, espero que no te parezcas a él en eso de la suerte.

Vince sintió que le tiraban de la manga. Se había olvidado de Terence, quien se ponía de puntillas para susurrarle al oído:

—¿Y la contraseña?

Vince le dedicó una sacudida del mentón, un gesto de complicidad que sabía que Terence agradecería.

Long George meneó la cabeza.

—¿Qué le pasa a tu chico? ¿A qué viene tanto secretito? Dile que aquí somos todos amigos.

—Quiere que te pregunte por la contraseña para entrar al club.

—¿La contraseña? —Long George arrugó la cara y miró con más detenimiento a Terence. Luego se agachó y le susurró a Vince al oído—: Pez espada.

—¿Pez espada?

Long George asintió con gesto serio y repitió:

—Pez espada. —Tras esa revelación, dio un taconazo que tenía cierto aire prusiano, se dio la vuelta y fue hacia el puesto de Sammy Bellman.

Vince miró en esa dirección y vio en la distancia a su hermano. Vaughn estudiaba con detenimiento los nombres de los caballos y las cuotas escritos con tiza en las pizarras de los corredores de apuestas.

—Espérame aquí —le dijo Vince a Terence, y empezó a abrirse camino entre la gente. Tan pronto como Vaughn lo vio, echó a correr. Vince soltó un resoplido y emprendió la persecución.

La mala suerte, compañera habitual de Vaughn, quiso que cuando subía por las escaleras camino de la salida alguien lo pisara en un pie. Vaughn subió como pudo los últimos peldaños dejando atrás el zapato. Vince lo vio en el suelo y lo recogió, luego atrapó por fin a su hermano en lo alto de las escaleras.

Doblado en dos y con la respiración entrecortada, Vaughn tardó todavía un par de minutos en ponerse derecho. Sacó en el acto un paquete arrugado de cigarrillos del bolsillo, encendió uno y le dio una calada honda. Tosió y carraspeó. Luego, mientras echaba el humo con labios temblorosos, dijo con tono de reproche:

—¿Qué haces aquí?

—Se te ha caído esto. —Vince le alcanzó el zapato—. ¿Por qué siempre que me ves sales corriendo?

Vaughn miraba a todas partes menos a su hermano, y al final recobró la compostura y se puso el zapato.

—Acabo de hablar con Henry Pierce —siguió diciendo Vince.

Vaughn se miró todavía con más atención los pies. Vince siguió la mirada de su hermano y vio que llevaba mocasines sin cordones, y que eso no era lo más recomendable para un ladrón de casas, alguien que tenía que hacer del asalto a la propiedad ajena y de la posterior salida por piernas una especie de arte.

—Mírame, Vaughn. Pierce dice que trabajaste para él de chófer. ¿Es verdad eso?

La cabra siempre tira al monte, dice el proverbio. Y en el caso de Vaughn daba en el clavo. Empezó a llorar, como habría hecho su padre años atrás y en parecidas circunstancias, en un entorno no muy diferente: la zona de apuestas, el canódromo, la timba, el casino, cualquier sitio en el que se juntaban la suerte y el dinero; y de donde huían el trabajo duro, el talento o la cabeza. Pero la suerte de Vaughn, como la de su padre, hacía tiempo que se había agotado.

—Me hacía falta el dinero —dijo Vaughn entre sollozos.

Vince le dio el pañuelo que llevaba en el bolsillo superior de la chaqueta.

—¿Y por qué no me lo pediste?

—¿A ti? ¿A mi hermano pequeño? —Soltó una risa desencantada—. Sé cuidar de mí mismo.

Vince perdió la paciencia.

—¿Es cuidar de uno mismo andar con gente como Regent, Pierce y los otros?

—Para ti es fácil, tú no tienes que vivir aquí un día sí y otro también —le increpó Vaughn—. Si quieres ganarte la vida en Brighton tienes que trabajar con ellos. ¡Su puta madre, lo controlan todo!

—¿Y si te buscaras un trabajo?

Vaughn se sonó en el pañuelo de su hermano. Vince lo agarró firmemente del brazo. Le levantó la manga y dejó al descubierto el miembro huesudo. Era casi transparente, las venas azules se le notaban tanto que parecían pintadas, como en una tarta de cumpleaños. Pero estaba limpio de pinchazos.

—¿Cuánto tiempo llevas poniéndote?

—¿Poniéndome qué?

—Vaughn el Yonqui, eso te llaman. Y me lo creo, así que no me mientas, Vaughn.

Vaughn apartó la mano de Vince y bajó la manga hasta la muñeca.

—No me pincho. Solo lo fumo. —Una sonrisa desafiante le brillaba en la cara. Intentó marcar las diferencias con su hermano policía—. No te enteras, tío. Es lo que mola. Como en el jazz. Como hace Bird.

Ni siquiera había reproche en el tono con el que respondió Vince:

—Es cosa de pringaos, y fumarlo no es menos malo. Así empiezan todos, Vaughn. Al final esa mierda siempre te puede. Os viene grande y os acaba pudiendo. Pregúntales a esos tres que encontraron en Kemp Town, a ver si ellos... —Vince no siguió hablando y meneó la cabeza, más por impotencia que por la situación de su hermano. Sabía que lo que dijera no serviría de nada, que caía en saco roto, y si no ponía remedio, su hermano acabaría pronto siendo un alma perdida en el laberinto de la droga, buscando el cuelgue que buscan siempre los yonquis—. ¿Sabes algo de ese asunto de Kemp Town?

—Eran de fuera, ¿qué iba a saber yo?

—Pero tenéis el mismo *hobby*.

Vaughn bajó de nuevo la vista. Vince le habría hecho todavía un par de preguntas sobre los tres yonquis y sobre el cuerpo de la playa. Pero no tenía ánimo en aquel momento. Así que fue a lo práctico:

—¿Has ganado mucho hoy?

Vaughn se encogió de hombros a modo de respuesta, pero inmediatamente confirmó su mala suerte cuando le preguntó a su hermano:

—¿No me podrías dejar algo? Estoy sin blanca.

Vince había perdido la cuenta de lo que le debía, así que ni lo mencionó.

—¿Cuánto te hace falta?

Vaughn bajó la cabeza y se miró los zapatos.

—¿Veinticinco libritas?

Vince sacó la cartera. No hacía falta ser muy despierto para deducir que el dinero iba a acabar con toda probabilidad en la cartera de un corredor de apuestas. Aunque también había otros candidatos, desde un prestamista hasta el alquiler atrasado, pasando por la casa de empeños. Y ahora había uno más en la lista: una papela de heroína. Vince sacó todos los billetes que tenía, no llegaba a la mitad de lo que pedía su hermano: dos de cinco libras y otros dos de una.

—No tengo más.

Vaughn cogió el dinero que le ofrecía su hermano con avidez.

—En cuanto pueda te lo devuelvo.

—Apuesta a un caballo que se llama Oráculo.

Vaughn levantó de golpe la cabeza.

—Está quince a uno en las apuestas.

—Confía en mí. Y cómprale también algo bonito a tu novia.

—¿Cómo sabes que tengo novia?

—¿No te acuerdas de que he estado en tu piso? O usas barra de labios o te has echado novia.

Vaughn se encogió de hombros con cierta cautela. Lo normal en él habría sido fardar de que había sido capaz ligarse a una chica, así que esa reacción de inseguridad confirmaba lo que Bobbie le contó a Vince.

—Date prisa si quieres pillar el caballo a ese precio.

Vaughn salió arrastrando los pies todo lo rápido que le permitían los zapatos.

—Te lo devuelvo pronto. ¡Te lo juro!

—¡No hace falta! —respondió Vince—. Te compras otros zapatos. —Vio como Vaughn desaparecía entre la gente. Luego, sin dirigirse a nadie en particular, o quizá al fantasma de su hermano, dijo en voz baja—: Así correrás más deprisa.

Pez espada

Vince entró en el Seaview Hotel. La recepcionista le dijo que lo había llamado Ray Dryden y que se pusiera en contacto con él en cuanto pudiera. No tenía correo. Y su mujer lo esperaba en el vestíbulo.

Vince fue hacia allí y vio a su «mujer», Bobbie LaVita, sentada en un sofá junto a la ventana. Un camarero le traía un brandy y ella le sonrió cuando se llevó la copa vacía. En el cenicero había cinco colillas. Eran cigarrillos franceses, y tenían la boquilla blanca manchada de rojo carmín.

Bobbie llevaba una falda corta de color azul claro y una chaqueta de corte amplio a juego, con el vivo alrededor del cuello de color negro, y abrochada con seis botones dorados. Parecía una prenda cara. De Chanel, quizá. Había a su lado un bolso de mano de cuero de color azul marino con el cierre de oro en forma de mano de mujer. Tenía las piernas recogidas encima del sofá, su postura favorita. Como los gatos, no dudaba nunca en ponerse lo más cómoda posible. En el suelo habían quedado los zapatos, negros, de tacón bajo, sin cordones, con hebillas plateadas, finos y elegantes. Llevaba el pelo un poco más abultado, como si acabara de salir de la peluquería. Olía a perfume y tenía la cara maquillada, empolvada y pálida. Realzando las comisuras de los ojos, de por sí almendrados, el rímel negro en el contorno les daba un aspecto más ovalado. La línea se marcaba más que la noche anterior, aunque no era tan fina. Pero la sombra de ojos se la había retocado, y no muy bien, porque había estado llorando.

—Lo siento —dijo Bobbie, y desdobló las piernas para dejarle sitio en el sofá. Luego se puso los zapatos—. No sabía qué decirle a la recepcionista. Una desconocida que aparece de repente en su hotel, no sé, me pareció más decoroso decir que era su mujer.

Vince asintió, luego sonrió con una expresión incierta.

—Pero si mi mujer apareciera de repente en la recepción del hotel con lágrimas en los ojos, eso tampoco sería muy decoroso.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir.

—Me alegro de saberlo, eso sí.

—¿De saber qué?

—Que no le gustaría que su mujer hubiera estado llorando.

—Yo no he dicho eso. Solo he dicho que no me gustaría que apareciera de repente en la recepción del hotel.

Bobbie vio que estaba de broma, hizo un esfuerzo por sonreír.

—¿Y le puedo preguntar por qué ha llorado?

—¿Podemos hablar en privado?

Vince asintió y le propuso subir a su habitación.

Bobbie recogió el paquete de cigarrillos y el mechero de encima de la mesa y se puso en pie. Salieron juntos del vestíbulo.

Una vez en la habitación, Bobbie se quitó los zapatos y tomó posesión del sillón adoptando la que, por defecto, pensó Vince, parecía su postura favorita: con las piernas recogidas.

Vince bajó la maleta que había dejado encima del armario, la puso sobre la cama, la abrió y sacó un frasco de pastillas pequeño de color marrón.

Se tomó una bajo la atenta mirada de Bobbie.

—¿Qué son? —preguntó ella.

Vince tragó la pastilla sin agua, luego leyó la etiqueta, pronunciando con dificultad el nombre del medicamento:

—Meto... clo... pramida. Es para el dolor de cabeza.

Bobbie frunció el ceño.

—¿Qué tipo de dolor de cabeza?

—El que tienes cuando has estado en coma tres semanas.

—¿Tres semanas? —Bobbie abrió los ojos sorprendida—. ¿Y está ya... bien del todo?

—Sí, solo queda el dolor de cabeza, y pequeñas náuseas. Pero me dijeron que se pasarían sin más —respondió Vince, mirando el frasco de pastillas. Se apoyó contra la cajonera, pasándose el frasco de una mano a otra, y esbozó una sonrisa—. El médico dijo que a algunos les cambia la personalidad cuando salen del coma. Ya no les interesa nada lo que antes solía gustarles: libros, películas, comida, mujeres. Es como si te dieran dos vidas por el precio de una, además del golpe en la cabeza.

—¿A usted le dieron dos vidas?

—No, porque me siguen gustando viejas y feas.

Ella le rio la gracia.

—¿Qué le pasó? Para que cayera en coma, no para que le gustaran las mujeres así.

Vince respiró hondo y lanzó un suspiro.

—No lo sé.

—¿Y eso?

—No está muy claro. Hay quien dice que debí de caerme, no sé muy bien cómo, y darme un golpe en la cabeza.

—¿Y usted qué dice?

—Digo que no me acuerdo. —Luego añadió, decidido—: Pero ya me acordaré.

Bobbie se limitó a asentir con la cabeza. Comprendió que él no quería hablar de aquello. Vince metió el frasco otra vez en la maleta y se sentó en la esquina de la cama.

—¿Y usted por qué ha llorado?

Bobbie hizo por recomponerse.

—Henry Pierce. —Sabía que la sola mención del nombre captaría toda la atención de Vince.

Y así fue. El joven detective se puso tieso como un palo.

—¿Qué pasa con Pierce?

—Me llamó a casa, hará como una hora. Nunca había llamado allí antes. Ni cuando estaba Jack, porque él no lo habría permitido. Como ya le dije, Jack mantenía su vida privada al margen de los negocios. A mí me tenía al margen.

—Pero ahora Jack no está —dijo Vince, y la miró a los ojos, enrojecidos todavía por las lágrimas—. Las reglas han cambiado, le guste a usted o no.

Bobbie asintió con la cabeza. Vince tenía razón. Luego soltó un pequeño suspiro que denotaba temor.

—A Pierce nunca le caí bien —dijo.

—Nadie le ha caído nunca bien.

—Solo Jack.

Vince arqueó las cejas y meneó la cabeza de un lado a otro, sopesando las últimas palabras de Bobbie. No estaba del todo seguro.

—Lo que Henry Pierce siente por Jack es miedo, que es muy distinto.

—Puede que tenga usted razón. Pero el caso es que me odia por tener acceso directo a Jack. Y hay algo más. —Bobbie cogió el paquete de cigarrillos—. ¿Puedo?

Vince asintió y le acercó el pequeño cenicero de cristal que había en la mesilla. Bobbie encendió un cigarrillo y le dio una calada honda mientras pensaba en lo que iba a decir a continuación.

—Yo fui quien dejó ciego a Pierce. ¿Sabía usted eso? —Miró a Vince a los ojos.

Era una revelación llena de dramatismo, y la había hecho con aplomo. Y con toda la intención. El cigarrillo formaba parte del atrezo, pensó Vince. Pero había oído cosas peores y, sin inmutarse, le pidió que siguiera.

—Eso me contó Jack, aunque también dijo que era una broma.

—Así que una broma, eh. ¿Y por qué la haría precisamente con eso?

Ella soltó una risita y echó hacia atrás la cabeza.

—Se quedó ciego al poco de conocerme. Era mi primera noche en el club, y Jack vino a la actuación con Henry y otros hombres.

—¿Quiénes eran los otros?

—No eran de aquí.

—Aparte de Jack, ¿había más franceses entre ellos?

—¿Franceses? —Bobbie frunció el ceño ante aquella pregunta.

—Es solo una pista que tenemos —dijo Vince—. Pero no importa. Siga.

—Me presentaron a todos pero no me acuerdo de los nombres. Todos tenían un aspecto muy parecido.

—¿De los que no van a misa?

—Exacto. El aspecto que tienen los que hacen negocios con Jack. Dejando aparte a Dickie Eton... Nadie viste como Dickie.

—Sí, eso he oído.

—Jack trajo a Dickie para que me oyera cantar y me uní a ellos cuando acabó mi actuación. Estaban sentados a una mesa y Jack me presentó a Henry Pierce, quien se

levantó como un caballero, me cogió la mano y la besó. Me dio miedo. Pero a eso se dedica, a meter miedo, ¿no? Fijó la vista en el broche que yo llevaba...

—¿El mismo que llevaba anoche?

Ella asintió.

—Me dijo que si se lo dejaba tocar. Me pareció raro. Recuerdo que Jack me sonrió como si Pierce fuera un niño al que no se le podía decir que no. Así que me quité el broche y se lo di, pero casi no lo miró. Si le digo la verdad, lo que miraba eran mis tetas. Se lo dije a Jack y él rio, dijo que no había nada que temer, que a Henry no le interesaban esas cosas.

—El broche es de imitación, ¿verdad?

—Lo tengo en el bolso. —Lo cogió del sillón, abrió el cierre dorado y sacó el broche.

Vince se acercó a ella y examinó el broche. El ave en miniatura con las alas extendidas era un fénix elevándose de una hilera de piedrecillas de strass que representaba el fuego. Era una pieza de bisutería y no tenía mayor valor. Vince le devolvió el broche y se sentó otra vez en la esquina de la cama.

—No creo que quisiera robarlo —dijo.

Ella miró el broche como si calculara su valor.

—No, supongo que no. Pero me pareció raro.

—¿Por qué lleva algo de tan poco valor? Jack le podría comprar todos los diamantes que usted quisiera.

Bobbie le lanzó una mirada penetrante y respondió con sequedad:

—¿Cree que voy con él por su dinero?

Vince miró de nuevo el broche que ella acariciaba; lo hacía girar entre los dedos como si fuera un potente amuleto.

—Solo era curiosidad —dijo él.

—Hace años que lo tengo.

—Bueno, el broche es bonito, pero no vale gran cosa. Y a no ser que lo robara de la tumba de Tutankamón, no hay nada que temer. —Vince se dio cuenta de que no le seguía la broma—. Tiene un valor sentimental para usted, ¿no?

—Pues la verdad es que no —contestó Bobbie—. Pero el vestido sí. Era de mi madre. Cuando fui a ponérmelo vi que tenía un rasgón, así que compré el broche para taparlo.

—¿Era de su madre?

Bobbie mostraba cierta incomodidad, no levantaba los ojos del suelo. Metió el broche de nuevo en el bolso y presionó la pequeña mano dorada del cierre.

—Mi madre falleció... hace dos años, ya que tiene usted tanto interés.

—Lo siento. —Al ver que la pérdida no había cicatrizado todavía en ella, dejó una pequeña pausa antes de decir—: Volvamos a lo que ha pasado esta noche.

—Como le decía, Henry me llamó al piso. Quería ir a verme, hablarme de algo en persona. Me preguntó por usted.

—¿Y usted qué le contó?

—Nada. Porque no sé nada. Y además no es asunto de Pierce.

—Su chófer, el Araña, nos vio juntos en la fiesta a la que usted me llevó. Supongo que

se lo dijo a Pierce. Saben quién soy. Antes de llamarla tuvo un ligero altercado conmigo en el hipódromo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó ella.

—Nada importante. Pero tiene sentido que Pierce quiera saber sus movimientos, a quién ve, con quién habla. Es usted la chica del jefe, después de todo. —Vince se puso de pie y fue hacia la cajonera, fue abriendo los cajones y sacó lo poco que había metido en ellos. Lo pasó todo a la maleta—. Probablemente fueran hombres de Pierce los que me asaltaron anoche.

—No soy la chica de nadie —dijo ella con firmeza, y aplastó el cigarrillo en el cenicero—. ¿Qué hace?

—¿A usted qué le parece? Hago la maleta.

—¿Adónde va?

—Siempre quise recorrer Europa en un descapotable. Italia, el sur de Francia, Montecarlo...

—¿El sur de Francia? ¿No le parece un destino muy caro para el sueldo de un policía?

—A un policía que recibe un golpe en la cabeza y entra en coma le dan daños y perjuicios. Y me deben el dinero de las vacaciones. Hace cuatro años que no me cojo ni un día. Estoy demasiado ocupado haciendo de poli, haciendo carrera. Lo que es pasta no me va a faltar.

—¿Y me deja a mí aquí?

—Nunca estuve con usted, así que no la dejo. No sé si tiene mucho sentido eso que he dicho. Al menos para mí sí lo tiene. Este caso es una pérdida de tiempo. No hago más que darme de cabezazos contra paredes de ladrillo y callejones sin salida. Y eso no es bueno para las migrañas. Todo el mundo sabe que fue Jack quien cometió el asesinato, pero Jack no está en Brighton. Puede que alguien lo encuentre un día, pero no será en esta ciudad, y tampoco ahora. Lo cierto es que me mandaron aquí para que me recuperara y para quitarme de en medio de otro caso que llevaba en Londres. Pero el inspector jefe sabe que soy de los que no paran y que tengo ambición, y me engatusó con el caso de Jack. Bueno, pues lo dejo. Y si me tiene que dar el aire del mar, mejor que sea en una playa de arena que no en una de guijarros; comiendo calamares a la romana y no patatas fritas. ¿Puedo ser sincero con usted, señorita Drinkwater?

Bobbie entrecerró los ojos al oír su verdadero nombre.

—Adelante, señor Treadwell.

—Le preocupa Henry Pierce, ¿no?

Ella asintió.

—Que le preocupe un tipo así es lo más normal del mundo —dijo él—. Pierce es peligroso, y trabaja para alguien más peligroso todavía, quien a su vez controla a montones de hombres peligrosos más pequeños que él. Se metió usted solita en todo esto y tendrá que salir sola también.

Bobbie desdobló las piernas y se puso los zapatos.

—No sé qué vio usted en Jack —siguió diciendo Vince—. ¿Poder, glamur, o solo los placeres de la clase media? —Ella seguía sin responder. Irritado, Vince metió la última

camisa en la maleta—. Déjeme que le cuente quién es Jack Regent y cuál es su juego. Anoche, aquel hombre que vimos en la playa...

Vince le iba a contar la historia de Billy el Napias. Y cómo pasó de ser un fanfarrón que se vanagloriaba de sí mismo a ser un muerto andante que aparentaba treinta años más de los que tenía, con una pena de muerte grabada a boli en la frente, leyendo como un pelele obituarios frente al mar. Pero no pudo, porque revivirlo volvería a sumergirlo en el pasado y él quería distanciarse de todo aquello. Vince quería montarse en el coche y alejarse de allí, sentir el sol en la cara y acentos extranjeros acariciándole los oídos. Estaba harto de Brighton. ¿Y qué le importaba con quién saliera Bobbie? ¿Con quién se acostara? Eso, ¿qué le importaba a él? Mucho, quizá demasiado. Y lo sabía.

—Olvídelo. Mi consejo es que se vaya de aquí. Vuelva a New Forest, con su jardín y con sus dos labradores.

—No quiero irme de aquí. ¿Por qué iba a hacerlo? Tengo mi club y...

Vince la interrumpió bruscamente:

—Si lo que la mantiene aquí es el club, olvídelo. Ya no va nadie por allí, ¿por qué sigue usted yendo? Ese local está muerto. ¿Por qué no lo acepta? Nunca fue usted la atracción del local. No iban a ver a la estrella del momento, iban a ver a Jack. Él era el que atraía al público. Y en cuanto Jack se ha ido, el público ha desaparecido. En mi opinión tiene dos opciones, señorita Drinkwater: irse de Brighton y considerar esta etapa de su vida experiencia pasada, como haría una actriz de verdad; o esperar al próximo sicópata que aparezca, alguien que llene la huella torcida que Jack ha dejado en el suelo, y camelárselo...

No pudo acabar de decirlo porque Bobbie se levantó y lo abofeteó. Con todas sus fuerzas. Vince no se movió. Ella lo abofeteó otra vez. Con más fuerza. Vince tenía la mejilla ardiendo, pero seguía inmóvil. Ella iba a por el *hattrick*, pero él le agarró la mano en el aire y la sostuvo allí.

—Dime con quién andas y te diré quién eres. No la pague conmigo —dijo Vince, y la empujó. Bobbie cayó sentada en el sillón.

Se la oyó respirar entrecortadamente y la invadió un torrente de lágrimas.

Vince seguía allí, clavado al suelo, y se sentía como un matón fuera de sitio; aunque era ella la que daba los golpes, y al que le ardía la cara era a él. Había querido despedirse así, como el que muere matando, desde la primera vez que la vio, pero ahora que por fin la dejaba allí vencida no sentía alivio ni satisfacción. Fue hacia la maleta, cerró la cremallera y se dispuso a salir. Echó un último vistazo a la chica hecha un mar de lágrimas en el sillón. El llanto era verdadero. No estaba actuando. Incluso hacía un esfuerzo por contenerse, pero no lo conseguía. La figura esbelta se estremecía como una rama recién arrancada del árbol. Si la dejaba allí sola, seguro que acabaría llorando a lágrima tendida tirada en el suelo.

Vince oyó una voz muy leve:

—Tengo miedo.

Vince suspiró. Era un suspiro de debilidad.

—Vaya a ver a Machin —dijo.

—No me fio de él.

Imposible rebatirle ese punto. Vince volvió a sentarse en la esquina de la cama. Puso los codos en las rodillas, agachó la cabeza y se pasó las manos por el pelo, dando rienda suelta a la exasperación y el hastío que le provocaba todo aquello.

—¿Y qué quiere que yo le haga? —dijo al fin.

—No quiero estar sola esta noche.

Él dejó de pasarse las manos por el pelo y levantó la mirada hacia ella.

—Aquí no puede quedarse. La llevaré a casa. Tendrá que...

—Siento lo de las bofetadas.

—No se preocupe. No es la primera vez que me pasa.

—Ni la última, imagino.

Vince sonrió.

—Tiene razón, seguro que no es la última.

Ella levantó los ojos hacia él y dijo algo que sonó sincero:

—De usted sí que me fio, Vincent.

Diez minutos más tarde montaban en el Triumph Herald de Vince. Antes de arrancar, a él le vino de repente algo a la cabeza. Una pieza más de todo el puzle.

—¿Qué sabe de Max Vogel?

—¿El anticuario?

Vince asintió.

—Sé que Jack hacía negocios con él.

—¿Colocaba en el mercado las piezas robadas que le traían?

—Vogel está en el mundillo de las antigüedades, así que imagino que sí, que eso hacía. Pero además de eso, sé que Jack lo respetaba.

—¿A qué se refiere?

Ella se encogió de hombros con un gesto indescifrable, pero cargado de esa arma tan temible: la intuición femenina.

—Vogel no era un lacayo más de Jack. Yo creo que Jack le confiaba cosas que no confiaría a nadie más.

—¿Como qué?

Ella volvió a hacer el mismo gesto indefinido de antes.

—¿Dinero?

El Holandés Gigante cobró de pronto nuevo sentido a los ojos de Vince. Jack era inmensamente rico pero, tal y como Bobbie había dejado notar, muy pocas posesiones estaban a su nombre. Echaba mano de otros, y tenía que fiarse de ellos a la hora de cumplir los tratos que no quedaban fijados por escrito. Los fijaba el miedo, por supuesto, una garantía más potente que el contrato más blindado. No había letra pequeña, pero sí mucho sufrimiento si rompían el acuerdo. Así le era fácil a Jack desaparecer: tenía una red de cuentas en paraísos fiscales que hacía imposible seguirle la pista a su dinero. Estaba claro, Jack necesitaba a tipos como Max Vogel.

Vince giró la llave y puso el motor en marcha, luego miró a Bobbie.

—Antes de dejarla en casa, me gustaría pasar por un sitio.

—Pez espada.

—¿Pez espada? —repitió con un zumbido la voz en el interfono.

—Eso es: Pez espada —respondió Vince. Estaba en el portal de una casa de estilo Regencia en Brunswick Square.

A Vince le pareció oír una risita sofocada al otro lado cuando dijo la célebre contraseña. Miró a Bobbie, dentro del coche, arreglándose el pelo en el espejo retrovisor. Hecho esto, lo miró y le saludó con la mano. Él sonrió, le devolvió el saludo, y entonces abrieron la puerta desde el interfono.

Vince paseó la mirada por las dependencias del Brunswick Sporting Club. Era tal y como Terence lo había descrito. Moqueta roja. Casino completo y con todos los servicios. Mesas para la ruleta, el juego de dados, el *black-jack*, el póquer, tanto en siete abierto como tapado, el punto blanco. Una cajera en su habitáculo, blindado con barrotes. Camareras jovencitas y ligeras de ropa iban de la barra a las mesas con bandejas de bebidas. En otra habitación, había máquinas tragaperras de gran tamaño a lo largo de las paredes; solo aceptaban fichas canjeables en la caja por dinero en efectivo si se sacaba el premio gordo. Estaba claro que el Brunswick Sporting Club era un negocio boyante.

Lo llenaba la fauna típica de los casinos: unos cuantos ilusos que creían poder ganar a la banca; y si uno se fiaba del corte de los trajes y de los quilates de los relojes de pulsera, un puñado de jugadores forrados de dinero. Pero todos tenían algo en común: la actitud entre cínica y optimista del que lo apuesta todo a una carta. Y como es el caso entre los que buscan fortuna en juegos de azar, todos respiraban el aire insano del hastío y la desesperación. No había relojes de pared, nada que los avisara a tiempo de que los había abandonado la suerte.

Vince sintió en el hombro una manaza.

—¡Anda, mi niño! ¡Ya me han contado que la liaste parda en el hipódromo! ¿Estás de la olla, o qué?

Vince se dio la vuelta.

—¿De qué hablas, Long George?

Long George agachó la cabeza, con los ojos saltones bajo las gafas con cristales de culo de vaso.

—Henry Pierce. ¡Caballo Loco! ¡El gran jefe de todos los tarados! Me la suda el tipo, pero le diste un revolcón y ahora la paga con todos nosotros. Yo pensaba que eras buena gente. ¿Y todo por qué? ¿Y todo por qué?

—Hay un porqué, Long George. Te aseguro que lo hay.

Vince estaba a punto de jurar que era buena gente y de contarle el porqué, cuando de pronto divisó a Machin jugando a las cartas en una mesa. Estaba entre dos chinos, jugaban al *black-jack* y tenía pinta de ir de culo con la suerte. Vince se excusó ante Long George, ya que, a fin de cuentas, no estaba allí para hacer turismo. Tenía prisa y fue derecho hacia Machin.

Machin tiró las cartas sobre el tapete. Otra pésima mano, por la expresión que tenía en la cara. Iba a darle un trago al whisky cuando vio a Vince yendo hacia él. Sostuvo unas cuantas fichas con ademán nervioso, se levantó y fue derecho hacia el joven detective.

—No me sale una mierda hoy, chaval, así que ahórrate la charla y todo el rollo ese de poli ejemplar que viene del puto Scotland Yard a dar por culo aquí —empezó a decir Machin, adelantándose a cualquier comentario por parte de Vince—. Mira a tu alrededor, chaval. Solo verás a unos cuantos cabrones jugándose la guita, nada más, y eso no es un crimen. Además, lo montarían en otra parte aunque las salas fueran más pequeñas y numerosas. Así está todo más controlado.

El poli de Brighton tenía preparada la justificación para el caso de que lo sorprendieran jugando en un casino ilegal. Vince puso cara de circunstancias y lo miró como diciendo: «A mí qué coño me importa».

—Te invito a una copa —dijo.

Machin asintió y Vince aguzó el olfato. El poli de Brighton olía a alcohol. Llevaría tres o cuatro horas dándole al whisky de malta, y le salía en la transpiración y en el aliento. Fueron juntos hacia la barra.

—Me tenías que haber dicho que se trataba de una misión secreta —dijo Vince.

—¿Te lo habrías creído?

—No seas gilipollas. A mí qué me importa cómo te ganas la pasta. Y tampoco me importa que luego vaya a engordar los bolsillos de Jack. Seguro que al final algo va a parar a los tuyos también.

En la barra, Machin pidió:

—Un whisky doble, con un chorrito de agua y sin hielo. Y un zumo de tomate para la dama.

Vince sonrió. Ser abstemio daba pie a ese tipo de chanzas. Ser abstemio en el mundo en el que se movía era como llevar tutú. Todos los polis bebían, y los lunes por la mañana, en todos los centros de investigaciones de las comisarías de todas las ciudades, no había nadie que no funcionara al ritmo lento que imponía la resaca tras las bacanales del fin de semana, curada a base de sándwiches de beicon y anécdotas de golf. Pero Machin iba un poco más allá: tenía la sangre envenenada, contaminada, empapada de alcohol. Vince se preguntaba cómo lo haría. Y entonces lo vio. Le había quedado una pequeña costra de polvo blanco en el agujero de la nariz. Para equilibrar un poco el efecto del alcohol, se había puesto a tono con un tirito de anfetamina en el lavabo. Estaba en pleno subidón, los nervios a flor de piel, tamborileando con los dedos en la barra como si estuviera tocando un piano invisible en miniatura.

—¿Y cuánto sacas del garito este? ¿A cuánto asciende tu mordida? —le preguntó Vince.

—A mucho menos de lo que sacáis vosotros en el Soho, cabrones.

—Yo no, chaval.

Machin sonrió, seguro de sí mismo.

—No, claro. Tú eres Vinnie Manos Limpias, ¿no te jode!

Vince no respondió a eso. Los tambores de la selva que comunicaban Londres con Brighton habían transmitido ya la canción del Manos Limpias, el mote que le puso Tobin.

Machin le dio un trago al whisky, se frotó la nariz, siguió con el tamborileo de los dedos. La anfeta le hacía moquear, y con el goteo le bajaban cristalitos de polvo blanco hasta el labio superior, luego subían otra vez cuando respiraba hondo por la nariz. Era como ver a una criatura del fondo del mar, un ser repugnante, retrayendo las antenas.

Vince apoyó el cuerpo contra la barra y desvió la mirada del sube y baja anfetamínico que se traía su compañero. Pero el aliento etílico del otro seguía flotando en el aire.

—¿No sabías que tengo amigos en la Policía de Londres? Pues los tengo, chaval. Me llegan cosas. Lo del club Cucú...

Vince se puso tenso.

—No tenías una orden para registrarlo, y mucho menos para liarte a patadas con las puertas...

En ese momento le vino de nuevo a Vince el dolor de cabeza, un dolor muy intenso. Sabía que no podía tomar más pastillas. Dos al día, prescripción facultativa, como máximo. Intentó evadirse mirando a la concurrencia, esperando dar con algo que lo sacara de aquella vorágine de náuseas que lo había atrapado. Paró la vista en Long George, quien vigilaba con una sonrisa las mesas para que todo fluyera, sobre todo el dinero, de las partidas a los bolsillos de Sammy Bellman; quien a su vez lo mandaba con un flujo constante y bien encauzado hasta el peldaño de más arriba: a su jefe, Jack Regent.

—¿Sabes cuál es tu problema, chaval? Que te lo tomas todo demasiado en serio. Por eso no te dije que tu hermano era, ¿cómo decirlo?, el hombre de paja de Henry. Y un yonqui además. Pero ya te has enterado, según me han dicho. Y la has liado buena, maltrato policial. ¡Joder, Treadwell, y además en un bar! Todos tenemos que soltarle la lengua a alguien de vez en cuando, bajarles un poquito los humos. Pero tú, tú fuiste a la universidad, se supone que la gente como tú es la flor y nata del Cuerpo, ¡hostia!

A Vince le iba a estallar la cabeza. Se apoyó con más fuerza contra la barra.

—No puedes ir por ahí mordiéndole la mano a tu dueño —siguió diciendo Machin, poniéndose derecho y limpiándose la bocaza purulenta con el dorso de la mano—. Así que por tu bien, chaval, relájate, disfruta, tómate un par de semanas de vacaciones y luego te vas cagando hostias de vuelta a Londres.

Vince se giró con un movimiento brusco hacia Machin y le escupió a la boca estas palabras:

—Cállate de una puta vez y cuéntame lo que sepas de Max Vogel.

Machin siguió las instrucciones, dejó de hablar, y puso cara de susto. Pero no porque Vince lo mandara callar, sino al oír el nombre de Max Vogel. Lo puso nervioso. Eso quería decir algo. Borracho, con la guardia baja, lo delató la expresión de la cara. Si tuviera que volver a las mesas y jugar a las cartas con esa cara, perdería la casa, el dinero de la jubilación y hasta a la gorda de su mujer. Machin se enjugó el sudor de la frente con una servilleta roja que cogió de la barra, pero el cante de jugador no se le borró de la cara. Apuró de un trago lo que le quedaba del whisky.

—Que te follen, Vinnie —dijo Machin con una repentina sonrisa de camaradería—. Esta noche no estoy de servicio. —Dejó el vaso vacío en la barra y se fue haciendo eses.

Vince lo vio sentarse a la mesa de *black-jack*. Parecía cabreado, tenía mal perder. Y peor vino. Vince lo dejó estar, le había dicho todo lo que necesitaba oír.

Salió del Brunswick Sporting Club. Le hacía falta respirar ese aire de mediados de mayo que todavía sopla frío. Le bajó el dolor de cabeza, menos intenso ahora, solo un zumbido acompasado a los latidos de su corazón, bastante más llevadero. Mientras bajaba por las escaleras pensó en los intervalos de dolor, cada vez más cercanos. Pero no le dio mucha importancia porque sabía que no sería siempre así. Estaba en Brighton, y eso era el pasado. Malos recuerdos. Mal karma. El doctor Boehm le había contado que el cerebro se protege de los malos recuerdos, les planta cara cuando se abren paso en la memoria. Y encima lo de Vaughn. Su hermano era motivo constante de sufrimiento para él, aunque esta vez había pasado el límite. Algún día tendría que cortar con eso, seguir su vida sin él. Cuando volviese a Londres sería más fácil, con nuevos casos y caras nuevas. Allí podría permitirse el lujo de ser objetivo, calculador, podría tomar distancia como buen policía que era y hacer su trabajo con diligencia. Vince sonrió al pensarlo. ¡Cómo le sonaba aquello!

Cuando llegó al final de las escaleras, oyó el claxon. Salió fuera y vio a Bobbie en el Triumph. Había dos hombres dando golpecitos en la ventanilla para que abriera. Bobbie estaba asustada. Eran jóvenes, de veintitantos, y los dos llevaban trajes de pata de gallo. A Vince le pareció haberlos visto en el Beach Bottle Club la noche anterior.

Vince avanzó hacia el coche. Bobbie seguía asustada y empezó a mover la cabeza intentando avisarlo. Era una trampa. De los sótanos que tenía a sus espaldas salieron unos diez más. Armados hasta los dientes, con porras, botellas, navajas automáticas y cadenas. Iba a sacar la placa cuando sintió un golpe en la nuca. Se dio la vuelta encorvado y los vio delante de él, en formación, y entonces supo que estaba jodido, con placa o sin placa. Una porra salió disparada hacia su cabeza y Vince la esquivó. Luego siguió otra y le impactó en el omóplato. El golpe le hizo tambalearse. El golpe y el dolor que trajo consigo. Sabía que si caía al suelo nunca se levantaría.

Lo rodearon formando un círculo, tenían poco más de veinte años, algunos ni los habían cumplido. Y, al igual que los que se acercaron al coche, todos llevaban trajes de pata de gallo del mismo paño y cortados por el mismo sastre que el del chófer de Henry Pierce, el Araña. Estaban acostumbrados a cazar en manada y se movían al unísono, con los ojos abiertos y fuera de sí. Una sonrisa despiadada cubría cada una de aquellas caras expectantes. Estaban listos para la matanza.

Vince necesitaba algo más sólido que los puños desnudos. Metió la mano en el bolsillo y sacó... un bolígrafo. Era un Sheaffer de acero, muy fino. Vince sabía por propia experiencia que en las manos adecuadas una pluma puede ser tan poderosa como una espada; y en ese momento las manos de Vince eran las manos adecuadas. Las movía rápido, lanzando estocadas a diestro y a siniestro. Y funcionó, porque en la penumbra, los de pata de gallo debieron de pensar que era un cuchillo y le otorgaron a la improvisada arma un respeto que no merecía: daban un paso atrás, ampliaban el círculo, dejaban huecos por los que Vince podía escapar.

Igual que la noche anterior, Vince oyó el grito de Bobbie. Apretaba el claxon, incluso

intentó salir para ayudarlo, pero los dos sabuesos apostados en la puerta del coche no lo permitían.

Eran demasiados, y Vince supo que lo iban a rajar. Los perros ululaban y olían la sangre. Se habían dado cuenta de qué era lo que tenía Vince en la mano y lo cercaban, seis, siete contra él, quizá más. Habían encendido algunas luces en las casas vecinas, así que tenían que darse prisa. Aquí venían los cuchillos, Vince sintió uno cruzando el aire a su espalda. Una cadena se le enroscó en la pierna y le hizo perder el equilibrio. Entonces vio dos manos enormes que agarraban a uno de los perros de presa, lo levantaban por los hombros hasta alzarlo en el aire y lo estampaban contra el capó de un coche aparcado, donde quedó patas arriba, como un alerón listo para el desguace. Las manos y el lanzamiento eran de Long George.

El Largo sacó una cachiporra del bolsillo y empezó a dar porrazos en las cabezas como quien toca la batería. Vince se sumó a él. Le clavó a uno el bolígrafo en el cuello y lo vio caer al suelo entre toses y esputos. Justo en ese momento, Vince esquivó una cadena que venía girando hacia su cabeza y el impacto se lo llevó Long George en la espalda.

—¡La madre que...! ¡Mamón de mierda! —gritó el Largo mientras levantaba al agresor por los aires y lo arrojaba por un sótano.

Vince agarró a uno que llevaba una botella rota. Le lanzó dos directos rápidos a la cara, luego le retorció el brazo y el otro tuvo que soltar la botella. De un rodillazo en la cara, el otro perdió la nariz; luego le rompió los dientes con un segundo rodillazo, y después le levantó la cabeza sujetándolo por un mechón de pelo y lo dejó fuera de combate con un feroz gancho de derecha.

Vince giró la cabeza justo cuando otra botella se le venía encima como un molinete. La esquivó y la botella estalló contra la pared. Ya iba a darse la vuelta para agarrar al que la había lanzado, un joven de dientes de conejo con otra botella en la mano, cuando...

¡PUM! ¡PUM!

Vince, Long George y los que estaban de pie se quedaron petrificados en el sitio, paralizados como en una instantánea. Se palpaban el cuerpo buscando agujeros de bala. Y entonces todos a una vieron que los disparos provenían de la Beretta de Sammy Bellman, cuya figura imponente dominaba ahora la escena. Los disparos habían sido al aire, y sonaron como la pistola que da la salida en las carreras de atletismo. Pero a ver quién le iba a cuestionar la autenticidad del arma nada menos que a Sammy Bellman.

—¿Queréis más tiros? —preguntó con voz cavernosa.

Los perros se miraron, tomaron rápidamente la decisión y negaron con la cabeza.

—Gracias —dijo Vince, y señaló con la cabeza a Sammy B, enfundado en un esmoquin. Miró hacia el coche, vio que Bobbie seguía dentro y que los dos sabuesos que montaban guardia allí escapaban a la carrera hacia el paseo marítimo.

—¡Mi madre! ¡Lo que has tardado en salir! ¿Y dónde está el truño ese, Machin? ¡Por todos los santos, ese tío es policía! —soltó Long George.

—Con la borrachera que tiene encima, no serviría de mucho —dijo Sammy B.

Vince fue a esposar a uno de los que quedaban.

—Tranqui, poli —le detuvo el del esmoquin, apuntando con el arma a Vince. Sammy

miró a uno de ellos, un chico de piel oscura que podría ser el líder; una versión en joven del mismo Sammy—. ¿Sabes quién soy?

—El señor Sammy Bellman —dijo respetuosamente el chico de piel oscura.

—Entonces sabrás que si te vuelvo a ver por aquí saldrás peor parado que hoy, pero mucho peor. ¿Entendido?

Eso sí que era no dejar ningún cabo suelto, asegurarse de que todos asentían con la cabeza y murmuraban servilmente un «Sí, señor».

—Y ahora, ¡largo de aquí! —soltó como un ladrido Sammy, el rey de toda la jauría.

Ya se estaban yendo cuando Vince agarró al moreno por el hombro.

—Me vas a perdonar, Sammy, pero estos no se mueven de aquí —dijo.

—Pues cógelos tú solito —repuso Sammy B—. Porque yo no pienso ayudarte.

Vince miró la pistola; no lo apuntaba a él pero Sammy la cogía con fuerza y eso quería decir que iba en serio. Vince asintió con la cabeza sin apartar los ojos del pistolero, soltó al moreno y les hizo señas al resto para que se fueran de allí. Y se fueron: a toda mecha hacia el rompeolas, a lamerse las heridas.

Sammy B guardó la pistola.

—Te acabamos de hacer un favor. Y no soy de los que le hacen muchos favores a la pasma. Aquí Long George dice que eras buena gente, y por mí no hay nada más que decir. Pero no te pases, señor policía. Te acabamos de salvar las pelotas, y seguro que no te faltarán ocasiones de darnos las gracias.

Justo en ese instante, Bobbie se unió a ellos y se pegó al brazo de Vince.

Al verlo, Long George y Sammy B intercambiaron sendas miradas de preocupación.

Vince le sirvió a Bobbie un brandy doble. Estaba acurrucada en el sofá. Los labios de Mae West no parecían ya tan surrealistas como los había imaginado Salvador Dalí. Vince le acercó el brandy.

Bobbie se incorporó, cogió el vaso y le dio las gracias con voz todavía temblorosa.

Vince se sentó a su lado. La estancia le pareció más pequeña, menos espectacular que antes. Permanecieron sentados unos minutos en el silencio que se había creado, hasta que Vince lo rompió:

—¿Habías visto antes a esa panda?

Bobbie encogió los hombros con cierta indolencia, como si quisiera evadir la respuesta. Vince lo achacó al Valium que se había tomado la joven y no lo tuvo en cuenta.

—Pues yo sí —dijo Vince con firmeza, como si quisiera hacer más densa la atmósfera que los rodeaba, darle a la situación la merecida emergencia—. Vi a uno o dos de ellos anoche en ese club al que me llevaste. Tienen pinta de parar con el Araña, el chófer de Henry Pierce.

—Sé quién es —dijo ella. Hablaba con lentitud, arrastrando un poco las sílabas por efecto del sedante.

—¿No te dice nada eso, Bobbie? —Vince la miró fijamente, pero no esperaba una respuesta. No le hacía falta. Ella sabía que las reglas habían cambiado. Sin Jack para protegerla, su vida corría peligro.

Bobbie enderezó la espalda, tomó aire para despejar la cabeza, luego se levantó y dijo con voz firme y clara:

—Vuelvo enseguida. —Salió del salón y desapareció por el pasillo.

Vince se sirvió un agua mineral con un chorrito de lima. Volvió a instalarse en el sofá y sintió un pinchazo en el hombro, donde lo golpeó la porra; tenía además el chichón de la noche anterior. Meneó la cabeza y sonrió sin ganas, con ironía más bien. Lo mandaron a Brighton para que echara una mano en las investigaciones, pero ¿no había venido sobre todo a que le diera el aire del mar y a relajarse?

Bobbie volvió al salón con un álbum de fotos encuadernado en cuero azul. Tomó asiento al lado de Vince, con el álbum en el regazo. Estaba ajado por el tiempo, muy manoseado, y el lomo acanalado se despegaba de las tapas. Lo abrió y empezó a pasar las páginas. Había fotos de la casa de New Forest en la campiña. Fotos de su familia en el jardín, campos y árboles que se extendían más allá de las vallas de madera cubiertas por el verdor del musgo. Salía la madre, de rasgos amables y elegantes, dando de comer a dos niños pequeños en una mesa larga de madera. El padre, remangado, cavaba en el

jardín. Al fondo aparecían dos perros labradores husmeando el pasto. Otra foto de la niña jugando en el columpio con su hermanito. El salón, espacioso, lleno de libros, con muebles rústicos. El padre en su despacho, sentado a un escritorio labrado en madera noble, con dos cajoneras, absorto en sus papeles. La madre leyendo, sentada en su sillón favorito...

Y más instantes de felices vidas pasadas en un entorno feliz. Bobbie pasaba las páginas sin decir palabra, dejando que Vince fuera rellenando los huecos en la historia. Como había hecho ella tantas veces antes.

Por fin, Vince señaló una foto.

—¿Tus padres? Hacen buena pareja. ¿Cómo se llaman?

Bobbie no hizo caso, como si no lo hubiera oído, y siguió mirando las fotos en silencio.

Vince lo intentó otra vez y señaló una foto del niño y la niña endomingados, listos para ir a misa.

—¿Es tu hermano?

Una vez más, no hubo respuesta.

Vince dejó de mirar las fotos y desvió la atención hacia Bobbie. Estaba absorta en sus pensamientos, en trance casi, concentrada en lo que tenía delante. Pasaba las páginas muy despacio, como si lo viera todo por primera vez. Aquellas fotos la llevaban a alguna tierra misteriosa que parecía estar más allá del bien y del mal.

—Cuando a uno le enseñan fotos de familia, es costumbre ponerlo en situación —dijo Vince quitándole importancia. Pero ella seguía sin decir nada—. Bobbie, ¿no me vas a decir quiénes son?

—No sé quiénes son —respondió sin cambiar la expresión de la cara.

Cerró el álbum. El mundo que había en aquellas páginas desapareció. Y Bobbie tomó aliento para decirle quién era en realidad...

Era huérfana, criada en orfanatos hasta los siete años, cuando la adoptaron la primera vez. Pese a lo niña que era, ya sentía entonces una desconfianza hacia el mundo y tenía una visión trágica de la existencia. No sonreía, no sacaba la cabeza de los libros, y no hacía de niña cursi delante de las parejas que la visitaban con la intención de adoptarla. Sabía que había habido tres parejas de padres adoptivos en total, pero solo se acordaba de una con nitidez. Y no por el amor filial. Contaba solo con once años cuando el marido, su nuevo «padre», entró por primera vez en su cuarto para que no le diera miedo por la noche.

Tenía siempre la misma pesadilla, desde que era muy pequeña: la muerte subía por las escaleras. Oía los pasos, peldaño a peldaño, que subían hasta su habitación. La ve, la oye y la siente ahí mismo, los pasos fuertes a la puerta de su cuarto, el pomo de la puerta que gira. Pero siempre se despierta antes de que entre.

Leyó sobre los sueños, hasta la vieja historia del que cae desde una enorme altura y si llega al suelo ya nunca despertará. Lo que le pasaba a ella era parecido: si se abría la puerta y aquello entraba en su cuarto, nunca despertaría de la pesadilla.

Aquella noche el sueño empezó como siempre, con los pasos en la escalera, peldaño a

peldaño hasta su habitación; con la manilla que giraba y Bobbie que se despertaba gritando, sudando como un pollo. Quizá gritara esa noche, porque la puerta se abrió y el padre entró en la habitación. Se sentó en la cama, era todo amabilidad, ternura, todo buenas palabras. Luego se desnudó y se metió con ella en la cama. Roberta, como la llamaban entonces, ya no tuvo nunca más aquel sueño. Una nueva pesadilla había venido a reemplazarlo. En ella, la puerta se abría y aquello entraba. Pero ahora estaba despierta. Ahora estaba muerta. Una o dos veces por semana el padre la visitaba en su cuarto. ¿Lo sabía la madre? Quizá, pero nunca hablaban de ello. Aquello duró varios años, de los once a los catorce. El padre le decía que cerrara los ojos, pero no hacía falta que lo dijera. Ella los cerraba con todas sus fuerzas con la esperanza de que nada penetrara su cadavérico cuerpo.

Luego al padre le dio una embolia, y su hija adoptiva aprovechó la situación. A los quince, Roberta se escapó de casa. Pero antes fue ella la que le hizo una visita a él. El padre estaba en la cama, boca arriba y en silencio, acababa de tomarse el desayuno con una pajita. Sus ojos eran como los que pintan a veces en los retratos, esa mirada que te sigue aunque cambies de posición delante del cuadro. Él lo veía venir, y ella se aseguró de que así fuera: muy despacio retiró la sábana que le cubría medio cuerpo y le clavó unas tijeras en el escroto.

Huyó a Londres y cayó en los brazos del primer chico que mostró cierto interés en ella. Un joven de Clapham South que iba para matón de barrio, para borracho de feria y, una vez casados, para maltratador de mujeres.

La boda fue en el registro civil. En el convite que dieron en el pub, sirvieron sándwiches de paté. De luna de miel se fueron a un camping en Skegness. Roberta no sabía dónde quedaba aquello cuando lo propuso él. No sonaba muy exótico, pero sí lejano. ¿En Escocia, quizá? Muy lejos del cuartucho al que se habían mudado en Battersea. Pero Skegness no quedaba tan lejos, nada había que quedara lo suficientemente lejos de aquel cuartucho de Battersea.

Llovía todo el tiempo y él no paraba de hacer chistes con que eso era lo ideal. ¿Quién quiere salir de la habitación cuando está de luna de miel? Roberta hubiera querido, porque bebía durante el día en el bar con otros borrachos como él, y no le hacía el amor por la noche. Se sentía sola.

De vuelta al cuartucho de Battersea empezaron los golpes, auténticas palizas, con cada cogorza que se cogía. Ahogaba sus miedos y sus complejos en alcohol, y no cumplía con Roberta, ni en la cama ni en la cuenta corriente. Ella le venía grande y llegó a pensar que era homosexual. No estaba preparado para la vida, sobre todo para la vida de ladrón que había elegido. Era un pardillo, y quizá también un mariquita, y sin embargo quería a toda costa ser ladrón, un maleante. Era su ambición, pero no estaba llamado a ello. Una noche en el pub, un colega le dio una pistola para que se la guardara. En vez de esconderla, se paseaba por casa con ella metida en el cinturón, mirándose al espejo. Pensaba que le daba caché, incluso que le hacía más alto. A ella le daba miedo y le hizo esconderla hasta que su colega viniera a por ella. Pero nunca vino. Consiguió otra pistola y le entró la manía de que tenía que disparar a alguien con ella.

Una vez la banda fue a atracar un almacén y le tocó vigilar a él. No tenía lo que hacía falta para entrar en las casas o en las tiendas, ni la fuerza suficiente para robar. Solo valía para vigilar. No vio a los dos secretas que salían del pub en la acera de enfrente. Y lo delató la mirada furtiva, el estado de nervios en el que se encontraba, el tener toda la pinta de estar vigilando. Lo cazaron como a un conejo.

Roberta aprovechó para dejarlo. Un día fue a visitarlo al talego, y él le aconsejó que empezara una nueva vida. No le hizo falta el consejo: tenía las maletas en el coche a la puerta de la cárcel. El coche era de un apuesto piloto de carreras que había conocido en una discoteca. Pero resultó que su verdadera ocupación era similar a la del marido: esperar mientras otros daban el palo. Solo que este era el que conducía el coche, y lo cazaron cuando huían de un atraco a una fábrica en día de pago cerca de Leatherhead. Le cayeron seis años. A este tampoco lo iba a esperar.

Entonces vio un anuncio en el *Evening Standard* pidiendo «modelos» y se presentó. Acabó de camarera en el Raymond Revue Bar, el famoso local de estriptis, expuesta como un jarrón, totalmente en pelotas, salvo por un lacito en la cabeza. Si había corriente y se le erizaban los pezones, tenía que bajar del escenario. Pero allí conoció a gente interesante y encontró un piso compartido en Earls Court, con otras dos chicas que trabajaban en el Revue Bar y estudiaban en la escuela de actores de Webber Douglas. Para ellas el estriptis era un trabajo temporal, una experiencia más. Sobre todo, aprender a quedarse quietas, según decían entre risas, y una forma rápida de ganar dinero y sacarse el carné de actriz. Le cogieron cariño a la pequeña Roberta y la adoptaron bajo su protección. Ellas le sugirieron que se pusiera el nombre de Bobbie para salir a escena, porque en la vida una tenía que salir a escena cada día que se levantaba de la cama. También le dijeron que con su físico debería probar suerte en las tablas y echar una solicitud en la escuela de actores.

En los dos años que compartieron piso en Earls Court, Bobbie era la Pígalión perfecta, una estudiante dócil y flexible. Absorbió todo lo que le enseñaron las dos chicas de clase media, se empapó de sus amaneramientos, del acento perfecto de la BBC, de lo afectado de sus incontables aspiraciones. Lo tenían todo planeado: o triunfaban en Hollywood o reventarían en el intento. Estaban dispuestas a poner toda la carne en el asador. Pero lo que acabaron poniendo fue el palmito en los escenarios de medio país, compañías de repertorio, teatros vacíos, con la humillación que suponía compartir los vestuarios y la humedad de las pensiones. Si Hollywood no las llamaba en tres años, entonces la intención era casarse, y casarse bien. Bobbie leía lo que ellas leían: Shakespeare, Shaw, Chéjov, los griegos, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Ibsen, Tennessee Williams; y revistas, *Tatler*, *Vogue*, *Harper's Bazaar*, *Debretts*. La llevaban al teatro, y a ver el cine de autor que ellas veían. La Nouvelle Vague francesa: *Le Beau Serge* de Chabrol; *Los 400 golpes* de Truffaut; *À bout de souffle* de Goddard. El neorrealismo italiano: *Roma, ciudad abierta*, de Rossellini; *Los ladrones de bicicletas*, de De Sica. Pero con *La Dolce Vita* de Fellini, Bobbie tuvo su epifanía: ver a Anita Ekberg sin zapatos, con aquel vestido sin tirantes, divina por encima de todos los dioses, bailando en la Fontana de Trevi. En ese momento, ante aquella imagen en la pantalla, Bobbie vio

cómo todos sus sueños cristalizaban en uno, la dulce vida que ella siempre había soñado...

—¿Y el álbum de fotos? —preguntó Vince.

—Lo encontré en una tienda de segunda mano, en una caja vieja llena de trastos. Yo no tenía fotos de mi infancia, así que... Había cumplido doce años, justo cuando aquel cabrón empezó a... «arroparme», como decía él. Escondía el álbum debajo de la cama y, cuando él se iba, lo sacaba y me ponía a mirarlo. Luego empecé a mirarlo a todas horas. Hacía como que era mi familia. Me decía a mí misma que mis padres adoptivos estaban cuidando de mí solo unos días, que pronto vendrían mis padres verdaderos, los del álbum de fotos, para llevarme con ellos de vuelta a casa; y entonces aquella pesadilla acabaría de una vez. El álbum me ayudó a sobrellevar las visitas nocturnas durante aquellos años. Me sabía cada rincón del jardín, cómo era la casa, mi habitación. Me imaginaba las caballerizas, los nombres de los perros; el trabajo de mi padre, un médico rural; mi madre, la maestra; mi hermano...

Vince rompió el ensueño quitándole el álbum y poniéndolo sobre la mesa de café.

—¿No crees que ya va siendo hora de devolverlo a aquella caja en la que lo encontraste?

—Era lo único que me ayudaba a seguir. Lo único que evitaba que me quitara la vida.

—Pero es el pasado. Y no es real.

Se volvió de repente hacia él.

—Para mí sí que era real —dijo con tono desafiante.

Vince no discutió, además tampoco habría sabido cómo hacerlo. Había que adentrarse en un terreno del que él sabía más bien poco. Podía ayudarla con las cosas prácticas, eso sí. Se levantó y fue hasta el escritorio con incrustaciones de ébano y similar. Parecía pesar una tonelada y, aunque resultó no ser para tanto, al principio sí le costó moverlo. Pero al final cedió y lo empujó hasta que bloqueó con él la puerta de entrada.

—Pero ¿qué haces?

—Se acabó eso de no echar la llave cuando estás en casa —dijo ajustando el escritorio para que encajara del todo contra la madera de la puerta—. Dijiste que Pierce siempre fue caballeroso y amable contigo, ¿no?

Ella asintió.

—Pues ya no es así, y eso me dice que Jack ha desaparecido y que no volverá. Y que los privilegios que tenías antes se han esfumado con él. Y todo esto... —abarcó con la mano la estancia, colmada de arte y antigüedades—, se lo van a disputar al mejor postor. Así que es hora de hacer las maletas.

—¿Y adónde voy a ir?

—Venga ya, Bobbie, hemos hablado antes de esto. No eres la pobre palurda de New Forest. Hace ya mucho que perdiste el pelo de la dehesa.

A Bobbie se le escapó una risita. Se puso de pie y fue hacia él.

—Es la primera vez que me has llamado Bobbie.

—Porque es la primera vez que has sido sincera conmigo.

—La primera vez que he sido sincera con alguien en mucho tiempo.

—¿Ni siquiera con Jack?

—Él no sabe nada de esto que te he contado. Nadie lo sabe.

—¿Y por qué a mí?

Los separaban solo unos centímetros. Vince acercó las manos hacia ella. Bobbie las cogió con las suyas y sus dedos se entrelazaron. Vince olía el brandy en su aliento, su dulzor filtrado por el olor del carmín. Siempre le había gustado el olor del carmín.

—Pensaba que me ibas a dar un beso antes, cuando te di una bofetada en el hotel.

—¿Por eso me abofeteaste?

Ella asintió.

—Eso ya está muy visto, ¿no?

—Tú eres la que has visto demasiadas películas.

—Me muero de ganas de besarte desde que...

Él la cortó en el acto dándole un beso.

Estaban uno en brazos del otro, entre sábanas de seda, bajo el tapiz también de seda que cubría las cuatro columnas en dosel de una cama gigantesca. Era una pieza de museo francesa que podría haber ocupado alguno de los muchos aposentos del palacio de Versalles. Y conociendo los tejemanejes de Jack con el lado más turbio de los anticuarios, podían haberla sacado perfectamente de allí. Todo en aquel dormitorio remitía a Jack y a su gusto por lo grandioso, a lo ampuloso y napoleónico de su ego.

Vince estaba despierto y contemplaba a Bobbie. La joven tenía los ojos cerrados y una media sonrisa de felicidad en la cara; las lágrimas y los miedos parecían cosa del pasado. A pocas chicas con las que había estado Vince le caía mejor que a ella el apelativo de Belleza. Pero no le pertenecía por completo. ¿Cómo olvidar al ocupante anterior de aquella cama y aquel dormitorio, bajo el dosel de seda y las sábanas a juego? ¿Había destronado al rey? Todavía no podía saberlo.

Bobbie abrió los ojos al sentir su mirada.

—¿En qué piensas? —preguntó con voz de dormida.

—¿Por qué viniste a Brighton?

—Creo que mi madre era de aquí —dijo mientras pasaba la mano por el pecho de Vince, siguiendo el contorno de su musculatura.

—¿Vivía aquí?

—Eso creo. Pero me abandonó nada más nacer.

Vince se incorporó para ver mejor a aquella expósita, la primera que conocía que no había salido de las páginas de *Tom Jones*, la novela de Henry Fielding. Con el codo sobre la almohada y la cabeza apoyada en una mano, fue trazándole el perfil con la otra. Al llegar a la altura de la boca, ella le dio un pequeño mordisco en el dedo índice. Él soltó una exclamación de dolor fingido y preguntó:

—¿Dónde te dejó?

—A la entrada de una iglesia.

—¿En una canastilla?

Ella le besó el dedo a modo de cura, le llevó la mano a uno de sus pechos y dijo:

—No. Me arropó en un vestido suyo. O al menos eso supuse siempre, que el vestido era de mi madre.

—¿El turquesa?

Bobbie bostezó, luego repitió con pereza:

—Sí, el turquesa.

Aquel vestido gastado y descolorido, con un broche que tapaba el rasgón, cobró pleno sentido para Vince en ese preciso momento y comprendió el valor sentimental que tenía para ella.

—¿En qué iglesia? —preguntó.

—No lo sé. Me llevaron de un orfanato a otro y se perdieron los registros.

—¿Y cómo sabes que tu madre era de Brighton?

—En realidad no lo sé. Me tocó hacer de ti, de detective. El vestido me lo quedé y me acompañó de un sitio a otro, y en la etiqueta pone «Penelope de Brighton», así que en cuanto pude vine a buscarla. Puse algunos anuncios en la sección de desaparecidos del *Evening Argus*. Pero no hubo suerte. Sí averigüé que hubo una modista que tenía una tienda con ese nombre, Penelope de Brighton. Pero llevaba varios años muerta y la tienda ya no estaba. Era una pista que no conducía a ninguna parte.

—¿Así que dejaste de investigar?

Bobbie percibió cierto tono de reproche en su voz.

—Como tú. Tú también has dejado de investigar, ¿no?

—Pero yo no busco a mi madre.

—Se encargó de que no pudiera seguirle la pista. No busco darle caza. No me dedico a eso. Pienso en ella, y entonces se me aparece tal y como yo soy. Quizá hasta tuvo la misma mala suerte que tuve yo, al menos de pequeña. No debió de serle nada fácil abandonarme. No lo haría con mala intención. Era joven, tuvo un tropiezo, hizo lo que creyó que tenía que hacer. Quería lo mejor para mí, que viviera en una bonita casa en...

—¿Un pueblecito de New Forest, con dos perros labradores negros?

—No te rías de mí, Vincent.

—No me río. Has jugado con las cartas que te han tocado, ¿qué más puedes hacer? Tienes que seguir adelante. Toda esa fachada de ensueño, ponerse el nombre de una película... no parece que sea lo que más te conviene.

—¿Y tu historia cuál es?

—No es como la tuya, pero mi familia tampoco era feliz. Mi viejo nos dejó cuando yo todavía andaba a gatas, y mi madre se mató a trabajar para sacarnos adelante.

—Pero tu hermano y tú no sois lo que se dice como dos gotas de agua.

—No, es cierto. Aunque, como acabo de decir, esas fueron las cartas que me tocaron y yo lo acepté. ¿Por qué te quedaste en Brighton?

—No cambies de tema. ¿No te gusta hablar de tu familia?

—Solo me queda Vaughn, quizá por eso no me guste mucho hablar de ello, no. Y eres tú la que ha cambiado de tema. A mí el de antes, la historia de tu vida, me parece fascinante.

–Estoy cansada.

–Yo también. Pero voy a seguir preguntándolo hasta que me respondas.

–Porque eres policía.

–Y me tomo muy en serio mi trabajo.

Ella rio.

–¿Llega su autoridad hasta mi cama, detective Treadwell?

Él tiró de las sábanas hasta que los dos quedaron completamente ocultos debajo.

–Solo cuando trabajo como detective secreto –dijo.

Ella volvió a reír, luego retiró las sábanas.

–Eso también está muy visto.

–Entonces dime por qué te quedaste en Brighton.

–Por el mar.

–¿No fue por Jack?

Negó con la cabeza. Luego, con voz melódica cantó:

–«El mar, el mar, el mar...». –Se le cerraron los ojos y las palabras se desvanecieron en el aire de la habitación. El Valium que había tomado antes debió de hacerle efecto en ese momento, porque no volvió a abrir los ojos.

Él se tumbó de espaldas y la oyó respirar. Era el ritmo acompasado y plácido de un sueño profundo. A Vince todavía le dolía el hombro, pero pronto dejaría de dolerle, en cuanto se entregara a los brazos de Morfeo. Cerró los ojos.

La puerta estará abierta. Cerrada con llave nunca. Intrusos allí nunca. ¿Quién se iba a atrever? Los pies ajustados al suelo de mármol en forma de damero, reproducidos los pasos por la acústica impecable del hueco de la escalera. Sonaba todo allí, todo quedaba registrado, la más mínima mota de polvo, cualquier grano de arena. Un alfiler haría allí el ruido de un árbol al caer, pensó. En aquel suelo se podría bailar... Eso le recordó un número que vio una vez, dos palas que bailaban claqué mientras llenaban el escenario de arena, y el ruido que hacían, menudo estruendo, los muy cabrones... El hombre del saco... él era el hombre del saco. Deja atrás el ascensor que está averiado. Llega pasito a pasito hasta la escalera. Apoya la mano en la barandilla bañada en oro, se pone derecho, sátiros y querubines te sonríen desde cada cornisa, los muy cabrones. Respira despacio al subir para que no lo oiga. Pero hay tanto ruido dentro de su cabeza, y una acústica tan mala... Nada lo detiene, sube hasta el último piso. Pone la mano en el pomo de la puerta, lo gira despacio, sabe que no estará cerrada con llave, que nunca lo está, ¿quién se iba a atrever? ¿Quién coño se iba a atrever?

Ella gritó. Se sentó de golpe en la cama y quiso abrir los ojos, luchando con las telarañas del sueño que le habían pegado los párpados, la tenían atrapada y la querían encerrada para siempre entre las sombras de aquella pesadilla. De repente sintió que unas manos la tocaban. Abrió los ojos y vio que era Vince que la abrazaba.

–¿Qué pasa? –preguntó él.

Ella le respondió sin aliento, con la respiración entrecortada:

–La puerta... ¡hay un hombre en la puerta!

Él la abrazó más fuerte. Ella oponía resistencia, entre enormes sollozos, pero al final se dejó mecer y abrazar hasta que los sollozos cesaron.

—No hay nadie en la puerta —dijo Vince—. Solo es una pesadilla.

—Sentí... sentí que estaba aquí.

—¿Quién estaba aquí? —Ella no respondió—. ¿Tu padre? —Seguía sin responder—. ¿Jack?

Ella sabía perfectamente quién era, siempre era el mismo hombre. Pero se sentía ridícula. Había expuesto sus miedos, y sentía toda su persona expuesta. Las partes que no quería que nadie viera. Una cosa era contarle a alguien sus temores y sus puntos débiles; otra muy distinta dejar que vieran de primera mano todo lo que había contado. No estaba preparada para eso. Todavía no, y sobre todo no con él. Sentía que era demasiado vulnerable, como una niña en sus brazos. Y esa imagen no era una imagen feliz en su caso. Rompió el abrazo con el que la ceñía Vince.

—Estaba aquí —dijo en tono categórico.

Vince se zafó de las sábanas y decidió ir a comprobar si había sido solo un mal sueño. Cogió una toalla que había en una silla y se la ató alrededor de la cintura. Fue hasta el pasillo principal del piso, luego al salón. Y allí lo vio. El robusto escritorio de ébano y similar ya no estaba contra la puerta. Lo habían colocado, como un alarde, en el centro del salón. La puerta de entrada al piso estaba abierta de par en par.

Vince salió corriendo escaleras abajo, con la mano en la barandilla para no caerse. En unos segundos bajó los cuatro pisos y llegó al vestíbulo, sintió el frío del suelo de mármol bajo los pies. La puerta de la calle también estaba abierta. Salió fuera y miró a todas partes, buscando alguna señal de vida: el sonido de un pie sobre el asfalto o las luces de un coche que se aleja a toda velocidad. No vio nada, no oyó nada. Todo estaba en silencio, y era raro, como si alguien hubiera querido ilustrar con aquellas calles vacías y oscuras lo que era el silencio. Como si nada hubiera atravesado las aceras, nada hubiera cruzado el asfalto durante muchos años. Sintió que había entrado en la realidad, de la mano todavía del ensueño que le producía la pesadilla de Bobbie. Y fue allí, bajo la luz que irradiaban las farolas de la calle, donde comprendió que había sido solo eso, una pesadilla. Pero la realidad que tenía delante no alcanzaba a explicar quién había vuelto a poner el pesado escritorio en medio del salón.

Miró hacia el parterre en el centro de la glorieta, donde una mujer esperaba a que su perro hiciera sus necesidades. El perro era un terrier pequeño de color gris; la mujer, una morena corpulenta de mediana edad, miró a Vince, cogió al perro en brazos a toda prisa y se metió en su casa. Vince miró hacia abajo y vio que había perdido la toalla bajando las escaleras. Estaba desnudo.

El Sindicato Corso

Vince llegó a la comisaría de la calle Edward a las ocho y media de la mañana. A sus puertas, acicalados y con la síncopa en la voz, los periodistas hablaban delante de las cámaras micrófono en ristre. La energía que desprendían sus palabras y la sensación de emergencia que había en el aire le hicieron pensar a Vince que no estaban allí para cubrir el caso de los yonquis de Kemp Town, sino un suceso más reciente.

Se abrió camino hasta el centro de investigaciones. Le pareció que todos los ojos estaban fijos en él. Y pensó que aquellas miradas de los policías, hasta la de la mujer que hacía el té yendo de mesa en mesa cargada de tazas, le echaban en cara su comportamiento de la noche anterior. Que había puesto en peligro la operación al liarse con Bobbie.

—Buenos días, jefe —le saludó Ginge desde su mesa tras levantar un instante los ojos de los papeles que tenía delante—. Tiene dos llamadas. —Cogió una libreta—. Un tipo llamado Terence, que dijo que usted lo conocía. Y Ray Dryden telefoneó hará unos veinte minutos, y dijo que era urgente. Y el jefe lo ha estado buscando. Han aparecido dos cuerpos más.

—¿Heroína?

Ginge asintió con una expresión seria en la cara. Mentalmente, Vince dio gracias por aquella energía que emanaba del pelirrojo y su quehacer rutinario. Ayudó a disipar su paranoia. Recorrió la oficina con la mirada, esta vez con ojos nuevos: nadie lo estaba mirando. Cada uno iba a lo suyo, hacían llamadas, sacaban carpetas de los archivadores, clavaban retratos de criminales en los tabloneros de corcho.

Llamó a la puerta del despacho de Machin. Oyó una tos dentro, un carraspeo, y sonó como un escupitajo al caer a la papelera.

—Pasa —dijo una voz ronca.

Vince abrió la puerta y entró en el despacho. Machin estaba sentado a su mesa, con una pila de papeles delante y un vaso en el que todavía chispeaba el líquido efervescente de una pastilla contra la acidez. Tras tomárselo de un trago, con cara de haber pasado mala noche, todavía alcoholizado, Machin dirigió a Vince sus ojos enrojecidos y no del todo abiertos. Se saludaron con un tímido meneo de la cabeza, cada uno con su culpa a cuestas, un peso que no lograban quitarse de encima tras la última noche. Igual que la Guerra Fría, con su amenaza constante de destrucción mutua, aquello tuvo un efecto beneficioso para ambos. Ninguno increpó al otro desde una supuesta altura moral; siguieron los dos con su trabajo como si tal cosa.

—¿Te has enterado?

—Dos muertes más a causa de la heroína —confirmó Vince, cerrando la puerta.

—Ha sido en Terminus Road, cerca de la estación. Dos varones de edad parecida. Y el mismo cuadro. Del mismo alijo.

Mientras se dejaba caer en un sillón frente a la mesa de Machin, Vince pensó que el nombre de la calle le venía al caso como anillo al dedo.

Machin se echó hacia atrás en la silla.

—Intenté llamarte al hotel. ¿Dónde estabas?

Vince se llevó dos dedos a la frente y la masajeó como si estuviera resacoso. Tapaba con la mano la expresión de sus ojos, hurtándolos a la mirada escrutadora de Machin.

—Salí —contestó con un deje de cansancio en la voz.

—Me he enterado de que te asaltaron anoche —dijo Machin—. Long George dice que era una panda de chiquillos. ¿Es cierto eso? —Vince meneó la cabeza con hastío. Machin lo secundó con un cabeceo de indignación—. Qué cabrones. Esos niñatos no pararon ayer en todo el día. ¡Menudo puente nos han dado! Mods, rockers, son todos la misma mierda, ¡unos putos *hooligans*! Hemos pedido refuerzos a los condados vecinos para el resto del fin de semana. Aunque no solo la han liado aquí. No han dejado títere con cabeza en toda la costa: Clacton, Southend, Hastings.

Machin cogió un boli, dando a entender que tenía que trabajar, y fijó la mirada en los folios en blanco que tenía delante. Mordió a continuación el boli, luego lo dejó otra vez sobre la mesa.

—Oye, chaval... Anoche, lo que dije de tu hermano..., no estaba en mis cabales. Me tomo unas copas y se me dispara la lengua.

—Olvidalo, me habría enterado de todas formas, por ti o por cualquier otro —dijo Vince.

—Quizá tenía que haberte avisado antes...

—¡A nadie le gusta ir por ahí dando malas noticias! Y cuando se trata de Vaughn, solo hay malas noticias. —Feliz de poder cambiar de tema, Vince señaló la ventana—. Menuda manada de periodistas que hay ahí fuera. ¿Qué es lo que quieren, sangre?

Machin buscó en la pila de papeles y cogió el *Evening Argus* para pasárselo a Vince. El periódico estaba abierto por la página 4. Las peleas de mods y rockers, con el trasfondo moral de pánico generacional que tenían, lo habían desplazado de la portada. Pero allí estaba: «¡La policía atada de manos ante la plaga que sacude Brighton!».

Vince cogió el periódico.

—¿Te importa que me lo quede?

—Todo tuyo —dijo Machin sin levantar los ojos de la mesa.

Vince se levantó, fue hasta la puerta y entonces, cuando creyó que era el momento oportuno, soltó lo que parecía que acababa de pasársele por la cabeza aunque, en realidad, era el verdadero motivo de su visita a Machin:

—Ah, sí, otra cosa. Ya te lo pregunté anoche: ¿qué sabemos de un tipo llamado Max Vogel?

Machin cogió un cigarrillo del paquete que tenía encima de la mesa, alcanzó las cerillas y estuvo buscando una sin usar dentro de la caja. Le temblaban las manos, pero Vince le

concedió el beneficio de la duda y lo atribuyó al alcohol. Machin dio con una cerilla no usada y encendió el cigarrillo. Inhaló el humo, fijó la vista en la punta del cigarrillo y concentró allí la exhalación. La brasa se inflamó durante un par de segundos.

—¿Vogel? Es anticuario. Tiene una tienda en los Lanes. ¿Qué te interesa tanto de él?

Vince se encogió de hombros fingiendo que no tenía la mayor importancia.

—Bah, nada. Pero, como te dije anoche, lo vi con Pierce en el hipódromo.

—Hay mucha gente que va al hipódromo, chaval. ¿A quién más viste?

—A los de siempre. Oye, ¿y Murray el Cabeza sigue siendo el mejor ladrón de joyas del país?

—¿También estaba en el hipódromo?

Vince asintió.

—Y bien bronceado.

—Ya sabes cómo es Murray, le gusta ir de vacaciones a la Riviera, Montecarlo, allí donde haya mujeres ricas con su gatito y su *suite* en hoteles de lujo con poca vigilancia. Dicen que acaba de volver de hacer un trabajito en el sur de Francia. A la actriz esa, Zsa Zsa Gabor, le han birlado las joyas. Ha salido en todos los periódicos.

—Sí, lo leí. ¿Lo hizo el Cabeza?

Machin sonrió y se encogió de hombros.

—Eso dicen.

—A lo mejor solo quería un autógrafo.

Machin rio. Una risa demasiado fuerte para alguien que tenía resaca, y demasiado fuerte para el gusto de Vince. Pero Vince no lo iba a dejar escapar así como así.

—¿Usa el Cabeza a Vogel para colocar en el mercado de antigüedades de Brighton la mercancía que roba?

—Lo dudo —dijo Machin, pero había dejado de reír—. El Cabeza no da sus palos aquí, somos gente de poca monta para él. Pero sobre todo porque su madre vive en Brighton. Está muy mayor y para ella su hijo sigue siendo un niño judío de gran corazón.

—Lo de Vogel me llama la atención, que le hablase así a Pierce.

—Brighton es pequeño, chaval. La gente se encuentra por la calle y paran para echar una parrafadita. Nada que no sea legal.

—Pero estos no se encontraron por casualidad, Pierce fue a buscarlo. Y la parrafadita duró nada menos que veinte minutos. Vogel no paraba de hablar y Pierce lo escuchaba sin rechistar.

Machin lo miró desde su mesa y dijo sin ningún empacho:

—Si ponen patas arriba una casa en el campo, al primer sitio al que vienen a buscar lo robado es a Brighton. Y hacemos redadas habitualmente en todos los anticuarios de la ciudad. Vogel está limpio, pero le echaremos un ojo y te diré si sale algo.

—Gracias, aunque es probable que tengas razón y no sea nada —concluyó Vince en tono conciliador y se dispuso a salir.

Machin apagó el cigarro, cogió el boli y hundió la cabeza en el montón de papeles que tenía sobre la mesa. Vince recordó su imagen la noche anterior en el Brunswick Sporting Club: el entusiasmo con el que se entregaba al juego, cómo perdía siempre y acababa

alimentando el casino de Sammy Bellman, engordando los arcones de Jack. Pero eso no quería decir nada, posiblemente tuviera cuenta en uno de los burdeles del corso, para esas noches en las que se pasaba con las anfetaminas y no dormía con la gorda de su mujer. Estaba claro que el nombre de Vogel significaba algo para él. Y eso probaba que Machin estaba comprado. Protegía a Max Vogel, es decir, al banquero de Jack.

Vince sonrió y cerró la puerta al salir.

Vince cogió el auricular y marcó un número de teléfono. Estaba sentado en la mesa que le habían preparado en el sótano, mirando a la ventana pintada de verde. Detrás de ella la lluvia formaba un goteo constante contra una pared de ladrillo y una alcantarilla en la acera anegada de agua sucia. Una imagen que valía para resumir aquel caso, pensó.

—Ray Dryden —dijo una voz vigorosa al otro lado del teléfono.

—¿Qué te cuentas, Ray?

—¡Vicenzo! Aguanta un segundo. —Vince oyó que buscaba unos papeles—. Prepárate y ponte cómodo.

—¡Claro! Estoy rodeado de lujo por todas partes en este despacho que me han asignado.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre el Sindicato Corso?

—Sí, la mafia francesa. Tráfico de heroína.

—Vale, pues le he seguido la pista al caso de Jacques Rinieri. En 1961 la policía de Nueva York dio con un tal Antoine Rinieri, corso, salido de Marsella. Muy cercano a Paul Carbone, el jefe de la facción marsellesa del Sindicato Corso. Los de la Interpol en Francia llevaban dos meses siguiendo a Antoine Rinieri. Parece ser que últimamente viajaba mucho y eso los alertó. Iba sobre todo a Bangkok, Laos y Vietnam, allí hay muchas colonias francesas. El caso es que contactaron con el FBI por un par de viajes a Estados Unidos que hizo el tal Rinieri. El FBI lo encontró en Pleasant Avenue, al este de Harlem, la zona italiana de Nueva York. Cuando lo arrestaron llevaba encima doscientos sesenta mil dólares. En sus investigaciones, los yanquis averiguaron que era el pago por un cargamento de heroína. Pleasant Avenue es el distrito en el que la mafia pasa la droga. Interrogaron a Rinieri pero no le sacaron nada, ni una palabra. Los corsos son duros, no abren la boca, no aceptan tratos. Nunca admiten nada, sobre todo no admiten que sean del Sindicato Corso.

—¿Qué hicieron con él?

—Lo enchironaron seis meses, luego lo deportaron a Francia. Lo que cabreó a los yanquis es que no pudieron demostrar que había una relación entre los doscientos sesenta mil y el tráfico de drogas, así que el Tío Sam tuvo que devolverle el dinero al franchute, ¡más los intereses de seis meses!

—¿Crees que Jack y Antoine son familia?

—Los del Sindicato Corso son un clan, solo trabajan con sus parientes cercanos.

—¿Como la mafia?

—Muy parecido —dijo Dryden—. Pero con parentescos de primera línea. Es decir, hermanos, primos, vínculos de sangre. Investigué el asunto: Antoine Rinieri tenía cuatro hermanos. Uno sirvió con honores en la Resistencia francesa y se hizo maestro de

escuela; otro murió en un accidente de moto nada más acabar la guerra. Los otros dos hermanos han desaparecido del planeta, no tenemos ni los nombres. ¿Cuándo llegó tu Jack a Inglaterra?

—En los años veinte. Entonces no tendría más de quince, dieciséis años. —Vince casi oía pensar a Ray.

—Puede que tuviera que salir de Córcega —dijo tras lo que pareció una honda reflexión—. Durante siglos esa isla ha conocido invasiones, violaciones y saqueos. Hay dos cosas que los corsos hacen mejor que nadie. Guardar rencor es una de ellas.

—¿Y la otra?

—Cumplir su venganza. Lo llevan en la sangre. Tienen sangre sarracena en las venas, y eso implica que son una raza guerrera. Quizá Jack se metió en alguna disputa con alguien y vino a Inglaterra como podría haber ido a otra parte. Por lo que he leído acerca de Jack Regent, es un tío con recursos, se adaptaría bien a cualquier entorno: Córcega, Marsella, Nueva York, Londres, Brighton. Como decía, Vince, lo llevan en la sangre. ¡Y eso te persigue toda la vida!

Vince apuró la conversación y quedaron en llamarse si uno de ellos averiguaba algo más. Pensó de nuevo en el joven Jack, en la disputa sangrienta que quizá lo trajo a aquellas costas. Su periplo unía ambos paisajes, los montes resacos de Córcega y las húmedas colinas de Albión. No le costaba imaginarse la escena: alguien que suelta un insulto, riéndose del pie torcido; y la reacción violenta de Jack, típica de él. «Tu sangre te persigue toda la vida».

Sonó el teléfono. Era Ginge. Henry Pierce había acudido a la cita.

El Gran Jefe de todos los tarados

Vince fue directo a la sala de interrogatorios. Había recogido la ficha de Henry Pierce de camino y la iba leyendo. Era un fichero de anillas, voluminoso, y lleno a rebosar de todo tipo de crímenes y ataques, la mayor parte impunes.

Machin esperaba a Vince fuera de la sala de interrogatorios. Se paseaba de un lado para otro. Sostenía una colilla húmeda, apurada hasta las letras, entre los dedos manchados de nicotina. Parecía nervioso.

—¿Está ahí dentro? —preguntó Vince.

Machin apagó el cigarrillo en el cenicero de pie con forma cilíndrica.

—Ahí lo tienes esperándote. No ha hecho falta andarse con preámbulos tratándose de Henry Pierce. ¿Cómo lo vas a hacer, chaval?

Vince respondió con firmeza:

—Te lo pido por favor: no me llames chaval delante de él.

Machin asintió y entraron.

Pierce estaba sentado delante de la mesa, con las manos apoyadas en la punta nudosa de su bastón blanco. Las dimensiones reducidas de la sala lo hacían más corpulento. Vestido de negro como siempre, un tanto desvaído y bastante repugnante si se lo miraba de cerca, parecía que lo habían arrancado de su pedestal en el centro de una rotonda de Londres.

Sobre la mesa había una grabadora de carrete Grundig TK20 con su funda de cuero artificial color gris perla.

—Señor Pierce, a mi lado se encuentra...

—Sé quién está a tu lado. —Pierce olisqueó el aire—. El señor Fogaje.

Vince y Machin se miraron, luego tomaron asiento.

—Dado que no viene usted acompañado de su abogado, señor Pierce, nos parece que lo mejor será grabar esta conversación —anunció Vince.

Pierce consideró estas palabras mientras se pasaba la lengua por los labios de color morado.

—Esa es nueva, poli, y fíjate que llevo años viniendo a esta casa —dijo por fin—. Pero si te parece a ti que será lo mejor...

—Teniendo en cuenta que está usted ciego, y que no puede hacer una declaración por escrito, ni tampoco firmarla, se trata de una precaución que estaría bien que tomáramos.

—Vale, entonces, detective Treadwell, será mejor que ponga a tono la voz para mi debut en el mundo de las grabaciones. —Pierce carraspeó con un gesto muy teatral, luego empezó a cantar una canción, «El hombre del saco».

Vince conocía la canción. Pierce cantaba alto y claro, y la música se le metía dentro al joven detective. Vince sabía que, además de sueños, el protagonista de la canción también podía traer pesadillas, como la de la noche anterior.

—Te suena la canción, ¿eh? —dijo Pierce.

Vince alargó la mano hacia la grabadora y apretó el botón de grabar.

Pierce alargó la suya, dio con el botón de apagado y lo apretó.

Machin arqueó los labios en una risita insolente.

Vince parecía algo confuso. Volvió a apretar el botón de grabación.

Pierce, el de apagado.

Las risitas de Machin eran ahora audibles.

Vince iba a encender la grabadora otra vez, pero dejó el dedo parado encima del botón rojo.

Pierce frunció los labios, luego se relajó.

Vince posó la mano encima de la mesa. Le bastaba con lo que había visto.

—Quiero hablar con usted, detective Treadwell, a solas —ordenó Pierce.

Machin dejó de reírse, parecía preocupado. Luego soltó:

—Me temo que tiene que haber otro detective delante en un...

—Pues entonces arréstame y acúsame de algo —lo cortó Pierce—. Si no, me levanto y salgo por esa puerta, a no ser que hagáis lo que pido.

Vince analizó la situación. Allí estaba Pierce, con su historial de violencia, intimidación y locura. Pero tan capaz como nadie de enhebrar una frase bien hilada. Y con un fondo de astucia debajo. Vince miró a Machin, quien no apartaba los ojos de Pierce.

—Quizá podamos atender a los ruegos del señor Pierce —dijo Vince.

A Machin no le gustó aquello. Estaban en su comisaría, él ponía las reglas, y no pensaba variar un ápice su postura ni atender a los ruegos de nadie.

Pierce giró la cabeza hacia donde estaba Machin y fijó en él sus ojos ciegos.

Machin se lo tomó a risa.

—¡Ni que me traspasaras con la mirada, Henry! —Fingió temblar de los pies a la cabeza, como si estuviera aterrorizado. Nadie le rio la gracia, y Machin dejó sus chanzas. Pero por dentro estaba temblando—. Estaré fuera si me necesitas —le dijo a Vince al salir.

Pierce sonrió.

—Ah, por fin podemos respirar a gusto, ahora que ese hijo de la gran puta ha salido.

Vince estaba de acuerdo, pero se guardó de decirlo.

—Siento lo de su chico, el Araña —dijo—. No estuve muy fino con él.

Pierce no asintió con la cabeza, ni encogió los hombros, ni siquiera parpadeó. Las disculpas no iban con él. Aquel incidente violento no había significado nada para un hombre que se ganaba la vida provocando incidentes violentos.

—Entonces, dígame, detective, ¿qué tiene en la cabeza?

—Primero de todo, quiero saber dónde está Jack Regent y qué pasó con el cadáver de la playa.

Pierce dio varios golpes con el bastón en el suelo acompañados de un bramido:

—¡No, no, no, no y no! —Dejó quieto el bastón y repitió—: En su cabeza, lo que tiene en

su cabeza. No lo que quiere saber. Si no lo sabe ya, es que no lo tiene en la cabeza.

Vince no daba crédito a sus oídos: Pierce había vuelto a ser el Gran Jefe de todos los tarados. Le daba igual lo que Vince tuviera en la cabeza. Pierce era un artista circense, un sicópata ansioso de copar toda la atención sobre un escenario. Había hecho un arte de aquello: mostrarse airado y bailar su danza de guerra delante de los polis. Pues bien, que siga actuando, que siga hablando, pensó Vince. Que largue todo lo que quiera, quizá así suelte algo sin darse cuenta.

—Vale, Henry, siempre he sentido curiosidad por una cosa: ¿por qué el jefe es Jack y no tú?

Pierce no contestó. Tomó la pregunta como lo que era, una trampa.

—Eres duro, tienes iniciativa y la gente te teme, todas las cualidades para ser el jefe —siguió diciendo Vince.

Pierce volvió a sonreír con un leve movimiento de la cabeza y un carraspeo.

—Jack me vio luchar. Conocía mi reputación antes de conocerme en persona. Y, claro está, yo conocía a Jack, conocía su reputación también. Y sabía que había venido a vivir a Brighton con el viejo Sabini. Cuando me dieron el alta en el manicomio de Broadmore, Jack me ofreció trabajo. No dije ni que sí ni que no. Conservé todas las opciones abiertas. Porque tienes que saber que, antes de la guerra, Brighton era un sitio que ofrecía muchas oportunidades. Había unos cuantos que se buscaban la vida. Y el peor de todos era un escocés, pelirrojo, llamaba la atención con aquella mata de pelo. Del nombre no me acuerdo. Pero estaba encantado de haberse conocido... —Pierce ladeó la cabeza, como si volviera a vivir otra vez aquella historia.

Vince pensó en encender la grabadora, pero sabía que el Piel Roja se daría cuenta.

—Allí que estábamos jugando a las cartas en un club, uno de los garitos de Sammy B. El escocés no paraba de darse importancia. Llevaba toda la noche ganando. Todos pensábamos que era su noche de suerte. Y vaya si lo era. Hasta que llegó Jack y se sentó frente a él. El escocés lo miraba a los ojos, como si estuviera al mismo nivel, y para mí que ese fue el primer error. A Jack no le gusta nada de nada que lo miren. Estuvieron jugando un rato, y todo el mundo quería que al escocés le cambiara la suerte. Pero nada. Seguía ganando, quedándose con el dinero de Jack, aunque bien sabía yo lo que iba a pasar: estaba escrito en las cartas, como dijo el otro. A nadie le importaba un carajo ya el escocés; estaba acabado. Olía a muerto, y cada vez más. Entonces pasó lo que tenía que pasar, y fue todo muy rápido. Casi siempre te das cuenta de cuándo alguien se va a cargar a un tipo. Hay como señales de aviso, pequeños detalles; abren las aletas de la nariz, les tiembla un labio, tienen las orejas al rojo vivo, ya digo, pequeños detalles. Pero Jack no pestañeaba. No dio señales de nada. Se lo cargó y punto, como el que apaga la luz. Y la verdad es que nunca supe quién fue el que apagó la luz, pero cuando la encendieron otra vez, el garito estaba vacío. Solo quedaba el escocés, caído encima de la mesa, rodeado de un charco de sangre. Le habían cortado el cuello. Y esa noche decidí que trabajaría para Jack. Yo sabía cuál era mi puesto. ¿Sabes?, Jack tenía ese algo que no tenían los otros, una cualidad especial. Un algo que le sobraba, o que le faltaba. Jack era o no era.

Vince arrugó el entrecejo en un gesto de perplejidad, como si esperara que le explicaran algo. Pero no hubo explicación alguna. Así que repitió:

—¿Que Jack era...?

Un gesto parecido cubrió la frente de Pierce. En su caso, era la pregunta del joven detective lo que lo dejaba perplejo. Era obvio, no hacía falta más explicación. Pierce se inclinó para decir:

—... O no era.

—Era o no era ¿qué?

—Dios. O la inexistencia de Dios.

Vince respiró hondo y pensó en ello. Era como si Pierce, al igual que Pascal y su apuesta, se cubriera las espaldas apostando siempre por la existencia de Jack. Vince cambió de tema y tocó algo más mundano.

—Háblame de Max Vogel.

—Un anticuario que está muy gordo.

—¿Qué hacías con él ayer en el hipódromo?

Pierce respondió con un tono monótono, inmutable:

—Me he ido a vivir a una residencia de ancianos. Allí tengo una habitación pequeña y quiero vender todo lo que tenía en mi domicilio. Moviéndome con la gente que me he movido en tantos años, me he hecho con algunas baratijas. Y ahora que me jubilo y se abre ante mí el otoño de mi vida, me vendría de perlas el dinero.

Vince sopesó la respuesta de Pierce, sensata, madurada y bien lejos de lo que se podía esperar.

—Antes preguntaste que qué pensaba, Henry...

—Me muero de ganas por saberlo. Ahora que estamos los dos solitos... —Una sucia sonrisa se dibujó en su rostro—. Por fin juntos.

—Lo que pienso es que le tendiste una trampa a Jack. Pienso que Max Vogel es el que financia a Jack. Y pienso que tú y Max os traéis algo entre manos.

Pierce, todavía sin inmutarse, respondió:

—Eso sería cometer sacrilegio. Yo sé cuál es mi puesto. Soy el número dos. Solo el número dos. —Movía la cabeza como si lo hubieran decepcionado—. ¿Es que no estabas atento, muchacho? ¿No te dice nada la historia que te acabo de contar, la del escocés?

—Ese es el problema, que la historia me dice lo que tú quieres que me diga. Y no olvidemos lo que pasó en el ring. Entonces eras el número dos, y tenías que perder ante Leo el León. Y en vez de eso, vas y le cortas la cabellera. Quizá te cansaste de ser el segundón.

Pierce puso la mano izquierda encima de la mesa. Los dedos nudosos llenos de venas se extendieron como un pedazo de coral muerto.

—Eres igualito que tu padre.

Vince sabía que tenía que evitar a toda costa morder el anzuelo. Si dejaba a un hombre como Pierce que entre en tu cabeza, te destrozará por dentro.

—Sigamos hablando de Jack.

—Tu padre. Lenny.

—Jack.

—¿No quieres hablar de tu viejo? Un hombre tiene que saber de dónde viene, eso le dirá hacia dónde va.

—¿Mi padre? La verdad es que nunca tuve el gusto de conocerlo. Seguro que tú lo conocías mejor que yo. Me contaron que se juntó con malas compañías. Acabó debiéndole dinero a Jack y tuvo que huir de Brighton. Lo sabe todo el mundo, y tú también. Era un borracho de tres al cuarto, y un jugador.

—Tú mismo estabas ayer en el hipódromo. Y, según me dijeron, estuviste en el Brunswick. Te gusta jugar, ¿eh, muchacho? Juegos de azar, un dinero fácil, igual que papá, ¿eh?

—No bebo. No juego. Te estaba buscando a ti. Pierdes el tiempo, Pierce. Olvídalo. Ya no me afecta. Lenny Treadwell no es más que un nombre en una partida de nacimiento, no significa nada para mí.

Pierce sonrió satisfecho, como si le hubiera tomado la media al joven detective.

—Sigues estando encantado de haberte conocido, ¿eh, muchacho? Con fogaje en la sangre. —Entonces se quitó las gafas. El ojo bueno miraba fijamente a Vince. Pierce tenía una sonrisa en los labios viejos y resecos.

Vince hizo un esfuerzo por ajustar la vista a la nueva cara que había aparecido ante sus ojos.

Pierce se echó hacia delante y dijo con un siseo:

—¿Te la follaste?

Vince apretó el botón de grabación.

—No tengo nada que esconder, Pierce.

Pierce apagó la grabadora.

—A la moza. ¿Te la follaste?

Vince encendió la grabadora.

—Dame un nombre, Pierce.

Pierce la apagó.

—Bobbie Lalalala, como cojones se llame.

Vince encendió la grabadora.

—Que conste que el señor Pierce preguntó si yo, comillas, me follé, se cierran comillas, a la señorita Bobbie LaVita. Niego categóricamente haber hecho tal cosa. Para que conste.

Pierce la apagó.

—Te aconsejo que salgas de Brighton ahora, antes de que te la folles.

Vince encendió la grabadora.

—Ella me dijo que querías verla. Y, ya que te pones, los tres de la playa y la pandilla de pata de gallo, todos eran gente tuya, ¿no?

Pierce la apagó.

—No sabes dónde te estás metiendo, muchacho. Esto es más grande de lo que te imaginas. —Pierce señaló con el dedo hacia el techo—. Esto llega a lo más alto.

—¿Corrupción?

—¡Y no te imaginas cuánta!

Vince iba a encender la grabadora...

Sonó un fuerte golpe. El bastón había caído en vertical sobre la Grundig, atravesándola de parte a parte.

Pierce estaba de pie. Llevaba las gafas puestas.

Machin abrió la puerta de golpe y Pierce desapareció.

Vince estaba sentado en su despacho. Tomaba té cargado, intentaba poner en orden sus pensamientos. Tenía delante el trozo de cinta que había sacado de la máquina rota. «No tengo nada que esconder, Pierce... Que conste que el señor Pierce preguntó si yo, comillas, me follé, se cierran comillas, a la señorita Bobbie LaVita. Niego categóricamente haber hecho tal cosa. Para que conste».

No había mentido. Cuando Bobbie y él se metieron en la cama, la cama de Jack, la cosa no funcionó. El peso omnipresente de Jack aplastó toda la pasión. Ese momento llegaría, lo sabían, pero no esa noche.

Vince miró el periódico encima de su mesa: «Plaga mortal azota Brighton». Era un titular con tintes dramáticos, bíblicos, míticos. Cogió el auricular y marcó el número de su estudiante favorito.

El Holandés Gigante

Terence llevaba más de diez minutos esperando en la esquina de la calle Market, a la entrada de los famosos Lanes de Brighton, cuando apareció Vince. Terence, entusiasta como siempre, quería saber de qué se trataba y cómo podía ayudar. Vince le iba dando detalles mientras se abrían paso por los angostos Lanes, un laberinto adoquinado de pasadizos y callejas que se retorcían y cruzaban, jalonados de joyerías a pie de calle, platerías, tiendas de curiosidades, anticuarios y prestamistas. Por todas partes, tablones con el letrero «Ofrecemos los mejores precios del mercado» se mecían en la brisa de la primavera. Cualquier escena de *Oliver Twist* en la que Bill Sykes le vende el botín a Fagin no habría quedado fuera de sitio en aquella colonia de grajos, antiguo barrio de pescadores.

Allí tenía su tienda de antigüedades Max Vogel, y a la puerta había aparcado un Rolls-Royce de color morado. El conductor, ataviado con un elegante uniforme de color gris perla, con brocado de oro en la pechera y gorra de cuero, leía el periódico apoyado en el coche con cierto aire cohibido. Pese al color llamativo del coche, lo que realmente llamó la atención de Vince fue la matrícula: D E 1. Un número de matrícula privado. ¿Sería el de Dickie Eton?

El chófer tiró rápidamente el periódico en el asiento del copiloto y se puso derecho, listo para cumplir con su cometido. Y por la puerta de la tienda salió él.

—¡Ese es Dickie Eton! —proclamó un entusiasmado Terence, señalando la figura de dibujos animados que se abría paso por la acera delante de ellos.

—Ya lo veo —dijo Vince, sin apartar la vista del magnate del pop, tan diminuto como acicalado. Dickie Eton estaba a la altura de lo que se esperaba de él. Si el chófer servía de aperitivo, un adelanto para los paladares más exigentes, el hombre al que conducía de un lado para otro era sin duda el plato fuerte: un flambeado de la moda más actual y más recargada. Hasta llevaba una capa de terciopelo a juego con el color del vehículo. El chófer le abrió la puerta a su señor, y aquel Svengali con mala reputación paró su cuerpecillo frente a la abertura y entró en el coche. El Rolls se lo llevó de allí con un ronroneo y todo el sigilo de un gato.

Vince miró a Terence, allí parado como un pasmarote con sus ropas arrugadas de granjero.

—Espero que hayas tomado buena nota, Terence. Y ahora, quédate aquí —dijo Vince, con un pie ya en la tienda.

—¿No puedo entrar con usted?

—No, Terence, no puedes.

La expresión en la cara del estudiante pasó del entusiasmo de unos ojos abiertos de par en par al ceño fruncido del desengaño. Vince, que sabía que el joven reportero era del tipo de los que se ponían nerviosos enseguida y cambiaban con facilidad de semblante, no le prestó mucha atención y le dijo que lo esperara en el pub de enfrente.

La campanilla de la puerta avisó al dependiente de la presencia de Vince. Salió de detrás de una cortina de terciopelo marrón que separaba el espacio de exposición de lo que Vince supuso que sería la trastienda. Era un hombre de aspecto cansado que pasaba de los treinta, extremadamente delgado y con una cabellera rubia abundante y rizada. Llevaba quevedos de oro colgados del cuello con una gruesa cadena del mismo metal.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —La sonrisa del dependiente, atento y enérgico a la vez, dejó ver dos hileras de dientes pequeños y exactos.

Vince le devolvió la sonrisa.

—Espero que sí —dijo, paseando la mirada por toda la tienda. Había tres mostradores grandes atestados de piezas de oro, mientras que las vitrinas colgadas de las paredes albergaban varios candelabros de plata de brazos corintios, saleros y cálices. Estaba claro que Max Vogel, el Holandés Gigante, solo trabajaba con artículos de la más alta gama—. Busco algo muy específico.

Vince metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la libreta, arrancó una hoja de papel y se la dio al dependiente de aspecto fatigado. El hombre tomó los anteojos que colgaban de su magro pecho y los colocó en la punta de la nariz, larga y fina, antes de estudiar la cabeza de moro que Vince había dibujado.

—Mmm —murmuró el dependiente, en un tono que anunciaba claramente que no tenía nada parecido en la tienda, pero también con la suficiente astucia como para no perder un posible cliente—. ¿Podría tratarse de algún tipo de camafeo?

Iba a abrir uno de los cajones del mostrador para enseñarle a Vince los camafeos, cuando este dio más detalles:

—Es una cabeza de moro, de la bandera corsa. —Nada cambió en la expresión del dependiente, así que Vince sonrió y dijo en un tono coqueto y animado—: ¿Quizá el señor Vogel nos podría ayudar? Tengo entendido que es un experto en antigüedades corsas. Le estaría muy agradecido.

La novedad que aportaban aquellas palabras a la conversación no provocó ninguna reacción en las facciones del dependiente.

—Disculpe un momento, señor. —Desapareció tras la cortina de color marrón. Cinco minutos más tarde, asomó la delicada cabeza tras la cortina—. Sígame, si es tan amable.

Vince pasó tras el mostrador, luego tras la cortina y lo siguió hasta el santuario de Vogel. El hombre llamó a la puerta y una voz clara respondió:

—Pase.

El dependiente abrió la puerta y Vince entró.

Max Vogel estaba sentado delante de su escritorio, comiendo. Tenía todo dispuesto más o menos como en el hipódromo, aunque en proporciones menos pantagruélicas. En una fuente quedaban los restos de una docena de ostras, y al lado, en un plato blanco, los

de cuatro sándwiches de cangrejo. El aire estaba impregnado de un olor salino que se podía cortar, y toda la estancia apestaba a pescado.

El ballenato sonreía.

–Usted perdone, pero es que acabo de comer. Por favor, siéntese.

Vince tomó asiento en una silla Windsor antiquísima.

–Siento haberlo interrumpido, señor Vogel.

–No, no, ya había terminado –dijo con una sonrisa satisfecha.

Vince contempló el despacho: había estanterías con objetos de plata apilados en las baldas; una enorme caja fuerte, tan grande como un frigorífico, que ocupaba un rincón; y encima de ella, una báscula. Los estantes que Vogel tenía detrás de su escritorio estaban llenos de libros de consulta y guías de antigüedades.

Vogel hizo un ostentoso ademán con su mano regordeta y el dependiente retiró la fuente de moluscos. Hecho esto, salió.

–El marisco es mi debilidad. Sobre todo las ostras. Son del restaurante English's, las mejores del país.

–Conozco el sitio, pero no sabía que llevaran comida a casa.

–Verá usted, me gusta comer, seguramente se habrá dado cuenta de ello, y me aburre la etiqueta que hay que seguir en las comidas comunales. Así que como solo. De igual manera que me baño solo.

Vince asintió, intentando sacudir de su cabeza la imagen del gordo en sus abluciones.

–Y tampoco me gusta ver comer a otros. No en vano, y tal y como escribió Jonathan Swift, «el que se comió la primera ostra fue un valiente» –dijo Vogel con una risita–. Pero usted no ha venido aquí para hablar de mis hábitos alimenticios. –Levantó en alto el dibujo de la cabeza del moro y lo miró con atención–. ¿Y dice usted que es corso?

Vince asintió.

–Quienquiera que le haya dicho que soy experto en antigüedades corsas anda desencaminado. Aparte de algunas piezas napoleónicas, soy totalmente lego en la materia. Pero sí que tengo un contacto en Brighton que podría serle de utilidad, y por eso lo he hecho entrar, ¿señor...?

–Treadwell. –Vince metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y le enseñó la placa–. Detective Vincent Treadwell, de Scotland Yard. –Una sonrisa apenas perceptible se dibujó en sus labios, nunca se cansaba de recitar aquello de cabo a rabo.

Vogel echó el cuerpo hacia atrás en su sillón. Tenía la boca abierta y parecía haber comprendido.

–Ah, o sea que el artículo que busca ha sido robado y cree que ha acabado en Brighton. Bien, señor, tengo muy buena relación con la policía local, y le aseguro que tendré los ojos bien abiertos.

Vince contempló al ballenato y llegó a la conclusión de que no desentonaría en el callejón de una kasba, con un fez en la cabeza, bebiendo café negro y denso y fumándose un narguile. Imaginó que padecía de gota, y que tendría al menos una docena de pasaportes a buen recaudo en un cajón. El sello de oro macizo que llevaba en el meñique ostentaba un blasón con la imagen de algún tipo de pájaro. Vince se preguntaba

si tendría un significado, quizá el escudo familiar; o si lo había comprado en algún regateo como signo de simple afectación. Los anticuarios recorrían medio mundo buscando ese objeto de deseo que les haría inmensamente ricos. En su negocio los matices eran importantes, y las alcornicas también, la mayor parte de ellas de orígenes tan falsos como los objetos que compraban y vendían.

—Estoy en Brighton para investigar el caso del «cuerpo aparecido en la playa».

Vogel se repantingó en el sillón, cruzó las manos encima de la barriga y juntó los dedos en actitud de oración.

—Un asunto muy feo. Me recuerda el caso del «cuerpo en el maletero del coche», un crimen de hace unos años. El que lo perpetró vivía a dos portales de aquí, en los Lanes. Pero supongo que era usted muy niño, ¿no? —Vogel torció el gesto con aire divertido—. He de decirle, detective Treadwell, que tenerlo aquí, todo un honor por otra parte, me resulta divertido. Sí, señor. ¿Soy sospechoso de algo?

—No. El principal sospechoso es Jack Regent.

—Ah, llegamos al meollo de la cuestión. ¡El corso! De ahí viene lo de la cabeza de moro, el símbolo en la bandera de Córcega, ¿no?

—Imagino que conoce usted al señor Regent.

—Viene a mi tienda pertrechado con un dibujo de una cabeza sarracena, es decir, que se ha documentado usted. Muy inteligente por su parte, aunque lo encuentro demasiado melodramático.

—Bueno, cuando uno se da al melodrama, mejor no quedarse corto.

—Un fuera de serie, señor detective, ¡todo un fuera de serie! —Vogel soltó una risotada a pleno pulmón que acabó sofocada en una risita a dos carrillos—. Conozco al señor Regent, como tanta gente que lo conoce. No es un secreto para nadie que su presencia se hace notar de manera poderosa en esta ciudad. Un hombre con el que no conviene andar jugando.

—¿Hace usted muchos negocios con él?

—No.

—¿Puedo serle franco?

—Me da la sensación de que lo será, le dé yo mi permiso o no.

—No le creo.

Vogel entrecerró los ojillos hasta proporciones inverosímiles.

—Creer o no a alguien no es cosa de la ley. La ley necesita pruebas.

—¿Y qué me dice de la reunión que tuvo usted con Henry Pierce en el hipódromo?

Vogel arqueó las cejas, de vello fino y dorado, en un gesto de sorpresa.

—¿Quién, yo?

—Sí, usted.

Vogel asintió con calma; le vibraban los mofletes, y los pliegues de la papada (Vince contó tres, uno sobre otro encima del prominente bocio) subían y bajaban como el oleaje en aguas turbulentas. Cuando dejó de asentir, todavía se le movía la cara en reverberaciones involuntarias hasta que las facciones acabaron por aposentarse pasados unos momentos.

—Cuando Henry Pierce decide darte el don de su palabra o de su compañía, no quedan muchas alternativas —dijo al fin—. Para serle franco, señor, es como si lo secuestraran a uno, como si lo agarraran para esclavizarlo; uno está atado de pies y manos, y si me permite mayor franqueza todavía, ¡jodido y bien jodido!

Vince se echó a reír.

—Sí, es cierto lo que dice de Pierce, y en la mayor parte de los casos estoy de acuerdo en que tiene ese efecto sobre la gente. Pero me sorprendió que el que hablara fuera usted y que Pierce fuera el que escuchara atentamente.

—¿Ha estado usted...? ¿Cómo dicen ahora... siguiéndome la pista?

—A usted no, a él.

—¿Y qué deduce de esa conversación, una conversación que no puede usted haber oído y que es incluso dudoso que haya presenciado?

—Bueno, por lo que vi, deduzco que no me dice usted la verdad. Que es cierto que trabaja para Jack Regent. Que recibe las antigüedades y las joyas que algunos socios del señor Regent, por activa o por pasiva, le acaban confiando a usted.

Vogel abrió los ojos presa de la indignación.

—¡Que yo recibo por activa y por pasiva! —Escupió aquello como el que escupe una ostra en mal estado—. ¡Esas palabras no son propias de mi oficio! ¡En un negocio como este esas palabras son un insulto!

—Pues las tengo peores.

Vogel entrelazó las manos con fuerza, preparándose para lo peor; la presión en los nudillos los tornó blancos.

—No, señor, en mi despacho no pienso consentir que me hable así.

—Si quiere podemos ir a mi despacho. Pero eso es mucho peor, créame.

—Tengo abogados que lo asaetearán por esas calumnias sin fundamento.

Vince le sonrió con afabilidad.

—Bueno, señor Vogel, no creo que haga falta llegar a eso.

Vogel separó las manos hasta deshacer el gesto tenso y orante de los dedos férreamente entrelazados y metió la derecha debajo de la mesa.

—Me da la impresión de que es usted un joven inteligente. No me viene con esa jerga pedestre típica de los que trabajan para el Estado. Y es usted pertinaz también. Sí, señor, ¡muy pertinaz!

Vince seguía sonriendo.

—Soy como una lapa que se agarra a lo primero que encuentra. Seguro que le parece pertinente la analogía con el molusco.

—Dado que insiste, le diré que el señor Pierce se ha ido a vivir a una residencia de ciegos, y tiene artículos que le gustaría tasar para venderlos.

—Sí, eso me contó —dijo Vince, vigilando con un ojo la mano que Vogel había metido debajo de la mesa—. ¿No irá a ponerse usted melodramático y sacar una pistola de ahí, verdad?

Antes de que Vogel tuviera tiempo de responder, el dependiente de fatigoso aspecto, avisado por el timbre escondido bajo la mesa, llamó a la puerta y entró con sigilo y

elegancia.

—¡Tarta de queso! —pidió Vogel.

El dependiente asintió y salió del despacho, cerrando la puerta tras él.

—¿Tarta de queso? ¿Es alguna contraseña? —Vogel respondió a aquella pregunta con una mirada de irritación—. Lo pregunto porque últimamente he oído algunas muy divertidas.

—Le pediría que se quedara, pero como ya le he dicho, como solo. No es una experiencia agradable verme comer.

—Qué pena. Me gusta la tarta de queso casi tanto como el pez espada. —Vogel entrecerró los ojillos y lo escrutó con la mirada—. Un amante del marisco como usted, señor Vogel, seguro que aprecia la carne de ese pez. Sobre todo cuando lo han pescado en estas aguas.

—Ese tipo de pez no se da en estas costas.

—¿El pez gordo? No, supongo que emigra a aguas más cálidas, como las de Córcega o Marsella, cuando empieza a hacer calor de verdad aquí.

Vogel, que sabía que el joven detective no lo iba a dejar así como así, se mostró más colaborativo.

—Puede que se me haya visto por cierto club, en cierta plaza de Brighton, para jugar alguna que otra partida de póquer. Y también ha habido ocasiones en que he practicado el deporte de los reyes. Una debilidad, lo admito, pero no es ningún delito.

—Cuando las cacerías son en terreno vedado, sí que es delito.

Vogel adelantó las manos juntas a modo de rendición, como si invitara a Vince a ponerle las esposas.

—Haga lo que tenga que hacer, detective.

—Oh, no, no hace falta llegar a eso.

—Pues entonces, créame, es verdad lo que le digo. De ahí conozco a Henry Pierce. Y de ahí conozco a Jack Regent.

—Mi hipótesis es que por sus manos pasa algo más aparte de las fichas en el Brunswick Sporting Club. Mucho más que unas antiguallas. Es usted quien financia a Jack Regent, su inversor, el que le lleva la recaudación, como quiera llamarlo.

Vogel ni se inmutó al oír esto. Nada de reverberaciones de mofletes ni papadas vibrantes. Siguió sentado como si tal cosa.

—¿Qué le hace pensar eso?

Vince se inclinó hacia delante, puso los codos en la mesa, entrelazó las manos y dirigió a Vogel una mirada intimidatoria.

—Cuando lo vi hablando con Pierce, a él le faltó poco para ponerse de rodillas ante usted. Podríamos decir que vi cómo comía de su mano.

Sonó un único golpecito en la puerta y el dependiente de aspecto cansado entró con una caja blanca que contenía una tarta de tamaño grande. La dejó encima de la mesa delante de Vogel y salió. Vogel abrió la caja, metió la mano dentro, cogió un trozo de tarta y se lo llevó a la boca. Luego dirigió a Vince una mirada torva.

Vince le respondió sonriente, con cierto desenfado:

—Ya se lo he dicho, comía de su mano.

Vogel no hizo caso de aquello y siguió engullendo a puñados. Entre el atiborre de tarta de queso llegaron sus palabras:

–Se lo avisé... detective... Treadwell.

–Menos mal que no pidió sopa.

Vogel tragó y Vince pensó que el ruido se tuvo que oír en media ciudad.

–Bueno, señor, si no le gusta... –dijo el gordo.

Vince se puso en pie y fue hacia la puerta.

–Ah, una cosa más. He visto a Dickie Eton saliendo de su tienda. ¿Le puedo preguntar qué lo ha traído aquí?

Vogel suspiró con un gesto de hastío, lamió la tarta de queso que le quedaba en los dedos, hizo girar el sillón y tomó un libro de consulta de lomo fino que había en uno de los estantes. Lo dejó caer sobre la mesa.

–Página 47 –dijo.

Vince fue hacia la mesa, cogió el libro y pasó las páginas hasta dar con la indicada. Vogel, con el pulgar grasiento dentro de la boca, sonrió al ver que Vince había dado con la página correcta.

–Espeluznante, ¿no le parece?

Vince había visto cosas peores. Mucho peores. Cuando trabajabas en la brigada antivicio en el Soho, veías cosas mucho más espeluznantes. Pero nunca estampadas sobre aquellas joyas, cajas de rapé y cuadros. Era una guía de antigüedades de arte pornográfico y erótico.

–El señor Eton tiene gustos exóticos –siguió diciendo Vogel–. Algunas de estas piezas han aflorado al mercado, vienen de una colección privada, y el señor Eton quiere que la valore y autentifique para él.

Vince posó los ojos en una imagen en particular, un óleo sobre lienzo. Le llamó la atención porque le resultaba familiar: dos hombres negros violando a una joven blanca. No era una escena impresionista, sino representada a las claras, salvaje, doblemente pornográfica. Al mirarla, Vince sintió que volvía al Soho, a la sala de proyección: el foco de luz, la pantalla, la yonqui rubia que estaba en los huesos, el cuchillo apuntándole a la garganta. Vince puso el libro encima de la mesa.

–¿Este cuadro está en venta? –dijo, señalándolo.

Vogel miró la ilustración.

–Me parece que sí. Tiene usted un gusto excelente. Es la pieza más cara de la colección, y por la que el señor Eton está dispuesto a pujar el máximo. Es de Jacob Radlington, un artista de la Royal Academy que vivió entre 1747 y 1789.

Vogel se echó hacia atrás en su sillón, abrió las manos y las posó a ambos lados de su voluminoso vientre. Parecía relajado, tenía un aire reflexivo ahora que habían entrado en su esfera de conocimiento, toda vez que las hostilidades habían cesado.

–Es una historia trágica, Radlington acabó alcohólico, viviendo en la miseria en Deptford. Solo le quedaba ir pregonando sus cuadros por las tabernas que frecuentaba, intercambiándolos a veces por el precio de una jarra de cerveza. Y dígame, señor, ¿sabe mucho usted de arte?

Vince sonrió al recordar la conversación con Bobbie sobre el cuadro del soldado francés.

—Tengo un amigo que trabaja en Sotheby's, la casa de subastas, y que me cuenta lo suficiente para impresionar a las chicas, cuando surge la ocasión. Pero poco más.

Vogel respondió a la sincera confesión del joven detective con una risa cordial.

—Ya veo. Eso está muy bien. Sí, señor, pero que muy bien. En fin, como puede usted imaginar, la sutileza en los paisajes de Radlington, con el juego tan original entre luces y sombras, halló escaso público entre la clientela de los pubs. Así que se volcó en otro tipo de arte mucho más vil: y no hay mejor palabra para definirlo que «pornografía». Fíjese en los grilletes que lleva el hombre negro en los tobillos. Lo pintó en el apogeo de la trata de esclavos. Un comercio que era un auténtico baldón para la humanidad, cuando la degradación humana tocó fondo. Esta imagen de los hombres negros violando a una mujer blanca se cebaba en los instintos más rastreros del hombre blanco por aquel entonces, en sus temores también. Venía a decir que si eran liberados o rompían los grilletes que los esclavizaban, esto sería lo que acabaría pasando. ¿El opresor que se vuelve oprimido? El artista jugaba con los prejuicios de su clientela, con su angustia y su estupidez.

—Pues me temo que la cosa no ha cambiado mucho en doscientos años —dijo Vince, sin levantar los ojos de la página que reproducía aquel cuadro.

—No, señor, en absoluto. Fíjese en los labios de la chica: ese éxtasis ahí apuntado que hace las delicias de los más bajos instintos masculinos. Sugiere que la mujer lo está disfrutando; que todas lo disfrutan. Recuerde, siempre que miramos un cuadro, es difícil comportarse como un observador imparcial y objetivo. Lo que hacemos es situarnos dentro del cuadro. Y este cuadro, por muy desagradable que sea, hace lo que toda obra de arte: le da al espectador varias opciones. Fíjese que los grilletes en los tobillos no están rotos, es decir, que estos esclavos no se han escapado. No, señor, este cuadro solo podía haberlo pintado un hombre blanco; y no solo porque siga la estética común en Europa en aquella época, ni por la forma de aplicar el pincel, sino por lo perverso del motivo. El artista nos pone en el cuadro, ¿de acuerdo?, y nos pregunta quiénes somos. ¿Es usted uno de los negros que violan a la mujer? ¿O el amo de los negros, oculto en algún punto en el que no se le ve, pero que consiente la violación para así obtener su propia y perversa gratificación? Y eso es lo que lo convierte en pornografía de verdad, y por lo tanto de escaso valor para museos y galerías; solo para cierto tipo de coleccionistas.

Vogel tenía ahora en la cara una expresión melancólica, como si mirar aquella imagen lo entristeciera.

—Y el artista que pintó esta escena aberrante, ¡qué terrible existencia la suya! Tenía talento; como todos los grandes artistas, era un hombre tocado de verdad por la mano de Dios. Su pincelada y el uso de la luz que demuestran sus paisajes son exquisitos. Pero fíjese, acabó dedicándose a esto. A esto lo llevó su adicción y su desesperación.

—Las dos cosas vienen a ser lo mismo. —Vogel asintió en silencio y devolvió el libro a su sitio en la estantería—. Como decía antes, qué poco hemos cambiado en doscientos años.

—Imagino, detective Treadwell, que se refiere usted a esos tres jóvenes hallados

muertos en Kemp Town.

–En efecto, a eso me refiero.

Vince buscó en la cara de Vogel alguna pista, de culpa quizá, pero no encontró nada. Aquel rostro estaba solo impregnado por la huella imparcial de la tristeza, y una especie de desconcierto por la suerte que habían corrido los tres jóvenes muertos. Bien parecida a la que corrió Jacob Radlington, quien dilapidó su talento y arruinó su vida.

–Sí, un asunto espeluznante –dijo Vogel–. Pero tiene usted razón, detective, no hay nada nuevo sobre la faz de la Tierra, y bien poco se aprende dando tumbos a ciegas a lo largo de toda una vida.

Al oír aquella frase feliz, Vince decidió que era el momento de marcharse.

–Bueno, espero que le consiga usted un buen precio a su cliente, señor Vogel.

–Detective, ¿puedo cambiar las tornas y hacerle yo a usted una pregunta?

–Adelante.

–¿Sabe usted quién es? –preguntó Vogel.

Vince se puso tenso.

–¿Qué quiere decir con eso?

–¿Sabe usted quién es en ese cuadro? ¿Qué posición ocupa en esa escena, señor Treadwell?

–Detective Treadwell.

–Perdone, detective.

–Sí, lo sé. Yo estoy en la puerta. A punto de entrar ahí y romper en pedazos esa escena, y ponerle fin de una vez por todas.

Vince abrió la puerta y salió del despacho.

Allí estaba Terence, sin moverse de su puesto en el pub de enfrente cuando entró Vince.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Terence, con una pinta de sidra apurada hasta la mitad en una mano.

Vince se sentó a la mesa, pero su mente no estaba en la pregunta sino en el cuadro que Vogel acababa de enseñarle. En el trayecto de la tienda al pub, Vince sopesó la lección de historia del arte y comprendió que estaba de acuerdo con Vogel y su visión tanto del pintor como de la condición humana. Rompió el hechizo y planteó él mismo una pregunta, más para sí mismo que para Terence:

—Si Vogel es quien le lleva la pasta a Jack, y Jack ha huido, hay que asumir que va a necesitar al Holandés Gigante ahora más que nunca, ¿no?

—Bueno, sí, eso parece.

Al ponerse en pie, a Vince lo asaltaron dos pensamientos distintos. La biblioteca de Jack: ¿por qué esconderla si no contenía nada que ocultar a los ojos de nadie? El otro pensamiento era mejor dejarlo reposar por el momento: Murray el Cabeza.

—Terence, ¿sabes conducir?

—Sí. Y no.

Vince entornó los ojos.

—¿En qué quedamos?

—Sé conducir, pero no tengo carné.

—¿Pero sabes conducir?

—Pero no tengo carné.

Vince le dio un manotazo de complicidad en la espalda.

—Lo último no lo he oído, así que esto es lo que quiero que hagas. Quiero que te quedes aquí y vigiles a Vogel. —Vince sacó la libreta y garabateó el teléfono de Bobbie, arrancó la hoja y la puso encima de la mesa. Luego sacó las llaves del coche y las dejó encima de la nota—. Si sale, quiero que lo sigas.

—¿Seguirle la pista? —preguntó Terence lleno de entusiasmo.

—Eso es, le sigues la pista. Luego me llamas a este número y yo voy a buscarte, ¿vale?

—¿Adónde vas?

—Nos cambiamos los papeles. Tú haces el trabajo divertido. Yo voy a la biblioteca a empollarme unos cuantos libros.

Vince fue en taxi a Adelaide Crescent. La puerta de la calle estaba cerrada, algo lógico, pues le había dicho a Bobbie que llamara a un cerrajero para que la arreglara. Apretó el botón del interfono, Bobbie respondió y le abrió.

Salió a recibirlo a la puerta del piso; todavía llevaba puesto el albornoz blanco con las iniciales J. R. en el bolsillo del pecho. Había cierta incomodidad entre ellos: nada de

abrazos ni besos. Su relación ocupaba esa tierra ignota de la expectativa y la extrañeza. Vince la siguió a la cocina, y ella preparó café. Él se sentó a la mesa y le contó su visita a Vogel. Luego le preguntó si Jack andaba metido en asuntos de pornografía.

Ella miró para otro lado.

—Pensaba que ya habías acabado con el caso —contestó.

—Hay algo más. Siéntate.

Bobbie tomó asiento. Se dio cuenta de que algo le pasaba a Vince.

—Yo confié en ti. Tú puedes confiar en mí —dijo.

Vince le hizo caso. Respiró hondo y le contó lo del Soho, le habló de Duval, de Eddie Tobin, del cine privado, de lo que vio en la pantalla, del hombre que entró en la sala de proyección, del coma, aunque eso ya se lo había dicho, y de por qué lo mandaron a Brighton. Le contó todo sin dejarse nada en el tintero.

Cuando acabó, fue ella la que respiró hondo.

—Esas películas... Sé que Jack nunca se metería en algo así —dijo con aire pensativo.

—¿Cómo puedes estar tan segura, después de todo lo que sabes de él?

—Porque Jack no le haría daño a una mujer.

—No, claro, ya se lleva un tanto de todos los chulos y burdeles de Brighton. Que no le haría daño a una mujer... ¿Te das cuenta de la ingenuidad de lo que acabas de decir?

—Eso vale, pero lo que viste en el Soho es diferente, es... es pura maldad. Sé que él no lo haría.

Vince no tenía tiempo para intentar convencerla. Se levantó.

—Tengo que hacer una llamada, y después tengo que entrar en la biblioteca de Jack.

—¿Por qué?

—Para ver cuáles son sus gustos artísticos.

Ella suspiró, luego asintió.

Vince le sonrió agradecido, luego entró en el salón para llamar por teléfono.

—Ray, soy Vince.

—Vince, ¿cómo estás?

—¿Sabes algo?

—Les he mandado la foto de la ficha de Jack a los de la Interpol en Marsella. Es de hace mucho tiempo, pero teniendo en cuenta que lleva años sin pasar por casa, quizá todavía nos valga.

—Muy bien. Ray, voy a pedirte un favor. Quiero que me des la dirección de Eddie Tobin.

Siguió un silencio tenso mientras Ray se hacía la pregunta que por fin formuló en alto:

—¿Por qué?

—He dado con algo. Max Vogel, un anticuario de aquí, tiene algún tipo de conexión con Jack, puede que sea el que le lleva el dinero. Trata con arte pornográfico.

—No sé mucho de arte, pero sé lo que me gusta. —Ray se echó a reír.

—Esto no te gustaría. Vogel me enseñó un libro con una ilustración de un cuadro que está en venta. Un coleccionista privado, no quiso decirme quién. El artista se llama Jacob Radlington. Es un cuadro de dos esclavos negros violando a una chica blanca. Una chica

rubia. Se parece mucho a lo que vi en el club de Duval.

—¿Un cuadro?

Vince respondió con impaciencia:

—No, Ray, en la pantalla.

Ray captó el matiz de irritación en la voz de Vince.

—Vale, vale, te sigo. ¿De qué época es el cuadro?

—De la década de 1780.

Ray Dryden mantuvo un silencio lleno de escepticismo antes de decir:

—Me han contado que hubo una melé de mods y rockers en la playa de Brighton, ¿hay ahí también una conexión con el tapiz de la reina Matilde y la invasión normanda?

—No creo en las casualidades cuando se trata del trabajo policial, y tú tampoco.

—Vince, te dijeron que te alejaras de Tobin, de todo el caso. Por eso te mandaron ahí, lo sabes.

—¿Me vas a echar un cable o no?

—Mira, Vince, me contaste lo que viste y te creo. Pero tampoco hace falta que tires piedras sobre tu propio tejado. Si te limitas a encontrar a Jack Regent y podemos vincularlo con el Sindicato Corso y el tráfico de heroína, saldrás ganando, tú y tu carrera. ¡No pierdas las energías con el asunto del Soho!

—Ray, no pierdo las energías con nada. Como te he dicho, no creo en las casualidades. Creo que todo está conectado y que solo hay que averiguar cuál es la pieza que une todo el rompecabezas.

Otro prolongado silencio lleno de incertidumbre. Después una decisión muy rápida:

—Dalo por hecho. Pero si lo encuentras, ni una palabra sobre mí.

—La duda ofende, Ray.

—Y prométeme que no le harás nada a Tobin.

Vince percibió la preocupación en la voz de Ray y repitió:

—La duda ofende.

Incómodo con la situación, Vaughn Treadwell esperaba entre la gente en la estación de Brighton, con un ramo de narcisos marchitos envuelto en un periódico, mirándose los zapatos nuevos. Las flores estaban marchitas porque se las sacó baratas a un vendedor callejero. La incomodidad venía también porque los zapatos le estaban pequeños. Era el último par que quedaba en la tienda y la dependienta le aseguró que cederían. Vaughn quedó prendado de ellos en cuanto les echó la vista encima. Mocasines italianos, el tipo de zapato que llevaría Cary Grant, sin calcetines; o Frank Sinatra y sus muchachos cuando tocaban en el Sands de Las Vegas. Mocasines de ante, suaves como un guante, con borlas. Pura clase. Los compró con lo que ganó en el hipódromo. Eso hacía que les tuviera todavía más cariño.

Vaughn miró la pantalla que anunciaba salidas y llegadas. Hubo un cambio, y cuando las tablillas dejaron de rodar, vio que el tren que esperaba llegaba una hora tarde. Lo confirmó una voz por los altavoces. Vince miró las flores y vio que no aguantarían una hora. Conocía a un camello que vivía cerca y sabía que la droga que pasaba era buena.

Sabía que no era el veneno que circulaba por Brighton y que se estaba cargando a la gente. De eso estaba seguro. Vaughn había sido bueno, le prometió a la chica que no se pondría, al menos no sin ella. Habían firmado un pacto. Los dos juntos podían controlarse, cuidarse el uno al otro. Los acercaba más. Hacía que no perdieran el norte ni el cariño. Les hacía falta el calor que los invadía cuando estaban puestos; era como una fuente de consuelo para ellos. Miró el reloj de la estación. Tenía tiempo, pensó. Todo el tiempo del mundo.

Vince estaba de rodillas, en la biblioteca secreta, con montones de libros desparramados por el suelo. Los había ordenado por materias. Los cogió de uno en uno y pasó las hojas, esperando que algo le saltara en la cara. O mejor aún, que hubiera algo escrito en un pedazo de papel oculto entre las páginas. Miró antes los de arte que los de literatura; y los de geografía y viajes antes que los de historia, política y filosofía. Pensó que Jack tendría todo el asunto codificado en aquellos libros, desplegado en su biblioteca, comprendiendo todo tipo de materias. Un código indescifrable.

Cogió del suelo un libro de consulta sobre artistas británicos de la Royal Academy, dispuestos en orden alfabético y con una breve entrada dedicada a la vida y obra de cada uno de ellos. Halló la de Jacob Radlington. Elogiosa en lo referente a sus paisajes y retratos, no hacía mención de su obra menos legítima, sus escenas de violaciones, orgías, sodomías, pedofilia y otras lindezas. Sí incluía una referencia explícita a su muerte en la indigencia, debido a la adicción al opio. Era curioso que Vogel, que parecía tan leído en aquel artista, no mencionara que, como su contemporáneo De Quincey, Radlington había transitado la ruta del opio. ¿Era un detalle demasiado pegado al hueso para el refinado Vogel?

Bobbie le llevaba cumplidamente un té cada cuarto de hora. Lo dejaba en el suelo, luego se quedaba al lado de la puerta un momento, viendo cómo trabajaba, tomaba notas, contrastaba fuentes, buscaba un dato u otro. A Bobbie aquello le parecía el trabajo típico de un detective. Le gustaba verlo así, la calmaba y le daba confianza: veía a un hombre con un objetivo y toda su inteligencia puesta al servicio de él, diligente, metódico, atento a su deber. Estaba muy concentrado. Ya le había llevado seis té, pero tres de ellos se le quedaron fríos antes de que los probara siquiera, tan absorto estaba en su trabajo. Bobbie se estaba preguntando cuánto tiempo seguiría arrodillado allí cuando sonó el teléfono.

Fue al salón y cogió el aparato. Pero antes de que pudiera decir palabra, Vince le había quitado el auricular.

—¿Terence?

18

Un sindiós

El taxi dejó a Vince a la entrada del puerto de Shoreham, un pueblecito costero pegado a Brighton. Terence lo esperaba en el aparcamiento, apoyado en la carrocería del Triumph Herald. Lo primero que hizo Terence cuando lo vio fue pedirle perdón porque había abollado el parachoques delantero al desaprocar. Nada grave, ni por lo que preocuparse, sobre todo teniendo en cuenta que el coche no era de Vince.

—¿Dónde está Vogel? —preguntó.

—Entró en un almacén cerca del muelle tres.

Mientras iban caminando hacia el muelle, Terence le puso al corriente. Vogel cerró la tienda alrededor de las cuatro y media. Tenía prisa, fue andando hacia la calle East y subió a su coche, un Bentley de dos colores, marrón y beis; luego vino derecho al puerto.

Llegaron a la zona de los almacenes. Eran tres edificios, pegados uno a otro, cada uno tan grande como un hangar, con una puerta de metal corrugado pintada de verde. Los almacenes de los lados no tenían ventanas, pero en el del centro había una especie de ojo de buey en la parte superior de la fachada. Terence señaló aquel almacén: allí había entrado Vogel. El Bentley estaba aparcado fuera. En un cartel encima de la puerta, con pintura negra desconchada, se podía leer: «Guardamuebles Tártaro, S. A.».

—¿Y ahora qué? —preguntó Terence.

Vince se dio cuenta de que Terence pronunciaba con cierta dificultad. Olisqueó el aire y lo miró.

—¿Has bebido? —Terence puso cara de culpa, quizá no estuviera mamado pero sí tenía los ojos rojos. Vince sacudió la cabeza. La culpa era de él: No debí dejar a un escritor solo en un pub. —Luego desvió la mirada hacia el almacén y dijo: Ahora hacemos lo que hacen los buenos polis, eso en lo que ocupamos el noventa por ciento de nuestro trabajo: esperar.

Volvieron caminando al coche, entraron y esperaron. A lo lejos, un barco de carga arribaba a puerto. Terence, envalentonado por la bebida, quería que Vince le contara más cosas sobre el caso.

Vince pensó que se lo debía, y además ya empezaba a fiarse de él, así que le contó lo de Ray Dryden y la Interpol, y la posible conexión con el Sindicato Corso. Terence, enardecido por la revelación, no tardó mucho en hilar todo aquello con las muertes por heroína. Vince ni lo confirmó ni lo negó. Terence dijo también que a Jack tenía que resultarle muy fácil entrar y salir del país, no en vano era traficante, y señaló que el aeropuerto de Shoreham estaba a tiro de piedra de allí y que el tráfico de aviones privados era constante.

Terence quería tomar nota de todo ello en su libreta, pero Vince le dijo que en ese punto estaba todo en el aire, era todo discutible y, lo más importante, que no era nada oficial. Pero le prometió que si se acababa haciendo público, Terence sería el que lo sacaría. Duncan Webb, el periodista de *People*, daría un año de sueldo por una historia así.

Pasó una hora hasta que Vogel salió del almacén. Cuando lo hizo, fue andando hacia el área de descarga en el muelle, donde un barco estaba bajando su mercancía.

—Terence, espérame aquí —dijo Vince antes de salir del coche.

—¿Por qué no puedo ir con usted? —preguntó Terence contrariado.

Vince miró al cachorro de reportero. Era la primera vez que no se mostraba receptivo, entusiasmado o asustado. Terence, sin ocultar su enojo, siguió diciendo:

—Es que, como usted sabe, llevo ya mucho tiempo esperando..., sentado sin hacer nada. No me dejó entrar en el Brunswick Sporting Club, y yo fui el que le habló de su existencia. El que le dio la pista, como aquel que dice.

Vince lanzó una mirada de escrutinio al plumilla. ¿Era aquello algo parecido a un desafío incipiente, o solo el efecto de la bebida? Terence había arrugado el entrecejo y lucía una expresión de enfado bastante circense, más de petulancia que de pura ira. Vince le sonrió para darle ánimos.

—¿Qué dije antes? La espera es el noventa por ciento de este trabajo. Lo estás haciendo fenomenal, pero párate a pensarlo. Si me ven yendo de acá para allá con la prensa, nunca me contarán nada. Nadie sabe que estás aquí, Terence. Eres el que me cubre, así que no menosprecies ese papel.

Terence estuvo pensándolo unos segundos, luego asintió. Asumía su papel.

Vince lo acabó rematando:

—Eres mi arma secreta, Terence. Más agente secreto que poli.

—Vince, no soy un crío. Y tampoco un idiota.

Vince abrió la puerta y salió del coche.

Un equipo de estibadores aseguraba el contenedor más grande con cadenas para cargarlo en un camión y llevarlo al almacén, donde lo desembalarían. Toda la operación les llevaría alrededor de una hora... hasta que Vince decidió intervenir.

—¡Señor Vogel! —dijo en alto.

Vogel se dio la vuelta y lo vio acercarse. Su expresión no ocultaba la poca gracia que le hacía ver allí al joven detective.

—Imagino que no está aquí por casualidad.

Vince había llegado a la altura a la que se encontraba Max Vogel, junto a uno de los estibadores, un tipo de aspecto duro.

—No le voy a mentir. ¿Qué hay en ese contenedor?

—¿Y tú quién eres, tío? —rugió el estibador con fuerte acento de los barrios bajos de Glasgow. El lobo de mar llevaba un chaleco de redecilla que dejaba ver el torso tatuado y los brazos. Los músculos protuberantes del escocés sobresalían como una nudosa maroma. Su dieta rica en espinacas saltaba a la vista.

Vince metió la mano en el bolsillo y le mostró la placa.

Popeye miró la placa.

—¿Scotland Yard? Entonces no tienes autoridad aquí. Yo también tengo mi placa, tío. Y si quieres te la enseño ahora mismo.

Vogel lo interrumpió:

—El señor Charmers tiene razón, esto no es asunto suyo. Y usted no tiene autoridad aquí.

Vince se fijó con más detenimiento en el escocés, que lo miraba con cara de perro. Las facciones de Charmers eran angulosas y duras: la mandíbula prominente y la nariz ganchuda le daban el aspecto de un abrebotellas gigante. Tenía el cuerpo lleno de mujeres tatuadas, bailaoras de flamenco y chicas con guirnaldas polinesias que giraban de forma lasciva a la menor flexión de uno de sus pectorales o sus bíceps. Eran muy guapas, pero no llamaban tanto la atención como el gancho de aspecto atroz que llevaba colgado al cinto.

Consciente de que la cara de perro del estibador era demasiado para él, Vince le sonrió y centró su atención en Vogel.

—Es solo una pregunta: ¿qué hay en el contenedor?

—Gran parte de mi negocio se basa en la exportación a Estados Unidos, detective Treadwell —contestó Vogel—. A los estadounidenses les gustan los muebles de anticuario, y no se fijan mucho en la calidad.

—¿Le importa? —preguntó Vince, señalando el documento que tenía en la mano Charmers.

Con escaso entusiasmo, Vogel le hizo un gesto con la cabeza al escocés para que se lo diera a Vince. Charmers accedió, dejando claro que a él tampoco le hacía ninguna gracia enseñárselo.

Vince leyó el papel.

—Este cargamento viene de Francia. De Calais.

—Me quedará con las mejores piezas, y el resto acabará al otro lado del Atlántico.

—¿Mobiliario francés?

—Sí, de muy distinta calidad y procedencia —dijo Vogel intentando disimular sus palabras con una tosecilla de apuro.

—Abramos una caja. Me gustaría verlo.

—¿Quién se imagina que está escondido dentro, Jack Regent? —rezongó Vogel, señalando el contenedor que todavía aguardaba en el barco.

—No dejo nada en manos de la imaginación, señor Vogel. Descárguelo y ábralo, o le confisco toda la carga y doy aviso en comisaría para que vengan a desmontarlo pieza a pieza.

Vogel, furioso, sin poder articular palabra, le dio la orden a Charmers con la cabeza.

—¿Necesitan ayuda? —La voz sonaba entrecortada; su dueño se acercaba corriendo por detrás de ellos.

Vince le lanzó una mirada asesina al joven reportero y, apretando los dientes, respondió a la mirada interrogante de Vogel con tono de fastidio:

—Viene conmigo.

A Vogel le bastó una mirada a Terence para afirmar:

—No tiene pinta de policía.

Vince comprendió que no tenía ningún sentido discutirlo.

—No, no mucha.

La chica estaba triste. Pensó que Vaughn la esperaría en la estación. Él le prometió que volverían a casa en taxi. No llevaba mucho en la maleta, solo había estado fuera de casa una semana. Pero su madre, al verla tan delgada y ojerosa, se preocupó, le dijo que no comía bien e insistió en llenarle la maleta de comida. Traía tarros de mermelada, latas de carne en conserva y otras vituallas. Había tenido que cargar con todo el peso para subir y bajar del autobús, luego llevarlo arrastrando de camino a casa. Sintió una gran tristeza cuando llegó al sótano y vio toda la porquería que había entrado de la calle y se había ido acumulando. Ella lo barría cada mañana, intentaba tenerlo limpio, pero era una batalla perdida, aquel sótano parecía atraer la basura igual que un imán. Y ahora, al entrar en el piso húmedo y sombrío, sintió ganas de llorar. En ningún sitio como en casa, dice el proverbio, pero aquel chiscón no parecía una casa. Desde que vino a vivir con Vaughn, haría un mes, se había esmerado por adecentarlo, pero aquel esfuerzo no valió para nada en cuanto estuvo ausente apenas seis días. Todo estaba otra vez manga por hombro.

Iba a deshacer la maleta cuando oyó que llamaban a la puerta. Pensó en cómo debía reaccionar. Quizá fuera mejor no salir corriendo a abrazarlo como si se alegrara de verlo. No quería dar esa sensación, aunque sí tenía ganas. La verdad era que estaba muy a gusto con él, porque por primera vez en su vida se sentía en una relación de igual a igual. Cuando estaban solos nadie los estorbaba, podían fingir que eran felices. Y cuando estaban puestos, todavía mejor. Al principio ella no quería probarlo, se oían cosas tan terribles de aquello. Pero Vaughn le dijo que no pasaba nada por fumarlo. Y era verdad, le entró como un calorcito por dentro, le hizo sentir que era una persona distinta, la ayudó a olvidar. Decían cosas horribles de ello, pero ella sabía que no era una adicta. Sí que había estado un poco tensa con su madre, algo irascible, y se preguntaba si había querido volver antes a Brighton para fumar un poco más de aquello. Además, Vaughn y ella dejarían Brighton muy pronto. Querían empezar de cero los dos juntos, quizá formar una familia. Pero lo que tocaba ahora era pasárselo bien ese verano. La primera vez que se pusieron fue después de tomarse las pastillas que Vaughn pilló para estar bailando toda la noche. Era la primera vez que ella salía a bailar con chicos y chicas de su edad. Las pastillas le dieron energía, estaba fuera de sí, tenía de repente confianza en sí misma, se sentía normal. Bailó toda la noche. Era la primera vez en su vida que se desmelenaba, literalmente además. Ya de pequeña comprendió que era diferente por cómo la miraban en clase. Vaughn le había dado la felicidad, la magia. Salió corriendo hacia la puerta con ganas de caer en sus brazos. Además, quería sentir aquel calor otra vez por dentro. Quería más...

Abrió la puerta. Pero no era quien ella se esperaba. La figura de otra persona ocupaba por entero el vano, ocultando el escaso sol que se colaba dentro del sótano. En el punto en el que debía encontrarse con los ojillos de Vaughn y su mirada de súplica, había una mole negra. Un rubí rojo como la sangre brillaba en el pasador de la corbata, negra como todo lo demás. Siguió con la mirada la línea de la corbata y, echando la cabeza hacia atrás todo lo que le daba el cuello, se topó con la cara sonriente y llena de cicatrices de Henry Pierce.

—Hola, cariño.

—¡Te dije que esperaras en el coche! —gruñó Vince, clavándole el dedo en el pecho a Terence, con tanta fuerza que lo acabó empujando contra uno de los laterales. Acababan de entrar en el contenedor, tras esperar en silencio veinte minutos, lo que tardaron en descargarlo en el muelle. Terence intentó hablar con Vince, disculparse, pero Vince no quiso escucharlo y le mandó callar. El problema no era ya que hubiera desobedecido una orden, pues Terence no era policía. Además, Vince era él mismo un insubordinado, y muy capaz de perdonar ese defecto en otros. No, el problema era que, al meter la cabeza de lleno en aquel asunto, Terence había pasado a ocupar junto a Vince la línea de fuego.

La posición encubierta de Terence había quedado expuesta y con ello, en cierto sentido, también su utilidad, obligando a Vince a mentir para salvarlo. Palanca en mano, Vince empezó a abrir las cajas de madera para comprobar qué había dentro. Terence lo ayudaba, y trabajaban los dos en completo silencio.

Media hora más tarde, el suelo del contenedor estaba lleno de paja y papel de periódicos usados para embalar. Habían mirado en todas las cajas y lo único que hallaron fue lo que dijo Vogel: mobiliario francés. Eran muebles muy ostentosos; había espejos de marco dorado, sillones de madera blanca y tapicería a rayas, escritorios macizos lacados en negro y de aspecto oriental, cajoneras de curvas clásicas, librerías y biombo. Lo único que realmente tenía interés era que Vince reconoció algunos de los muebles que había visto en el apartamento de Bobbie. Una nueva conexión entre Vogel y Jack. Aunque fuera muy débil: Vogel era tratante de antigüedades, Jack le había comprado algunas piezas. Tampoco era nada de lo que escandalizarse. Vince había pasado revista a la estructura de cada mueble, mirado en todos los cajones de todos los escritorios y cajoneras, en cualquier rincón en el que se pudiera esconder heroína de contrabando, y no encontró nada de nada.

La última caja contenía figuritas de cerámica con el símbolo de las espadas cruzadas en la base, marca de la casa alemana Meissen. Había una docena de ellas y valían una pequeña fortuna, sobre todo si estaban llenas de heroína en estado puro. Vince pensó que tenían que ser falsificaciones de Vogel, porque si no lo eran, él tendría que responder por ellas, pero merecía la pena. Sacó toda la paja de embalar y volcó la caja sobre el suelo. Luego empezó a escarbar entre las figuritas rotas.

—Esto... ¿por qué ha hecho eso, Vince?

—Porque Vogel miente. Me contó que casi todas sus antigüedades eran falsas, «reproducciones» las llamó. Pero las vende como si fueran auténticas, y eso es ilegal. Hasta ahí estamos de acuerdo. —Vince se agachó para ver más de cerca el estropicio—.

Entonces ¿por qué contarle la verdad de tu negocio ilegal a un poli? –Terence meneó la cabeza: no lo sabía–. Para encubrir una mentira más gorda. Vogel nos está dando pistas falsas, tan falsas como... –Vince se llevó un dedo a la boca porque se había cortado con uno de los añicos de porcelana–. Como estas figuritas de aspecto inofensivo que te acaban cortando. –Se levantó, sin dejar de mirar los destrozos que había causado, mientras con la lengua intentaba detener el pequeño reguero de sangre que le salía del dedo.

–Pero ¿qué sindiós es este?

Cuando Vince y Terence levantaron la cabeza de las figuritas rotas vieron a Max Vogel de pie a la entrada del contenedor. Se metió los dedos en la boca hasta los nudillos y abrió los ojos todo lo que le daban de sí. Parecía que se iba a comer a sí mismo. Cuando se hincó de rodillas, el contenedor dio un vuelco, como si lo zarandeara un pequeño temblor de tierra.

Vince miró a Terence.

–Pues ¡menudo chasco! ¡Parece que eran de verdad! –dijo con un tono funesto.

Vince aparcó el coche al final de la calle Waterloo y fue caminando hasta el piso de Vaughn. Cuando Max Vogel se puso de pie en el contenedor, enjugó sus lágrimas y dejó de amenazar con embargar hasta el último penique de Scotland Yard, le dijo a Vince que Machin estaba al teléfono y quería hablar con él urgentemente.

Y allí estaba Vince, pasando por debajo del cordón policial, bajando las escaleras del sótano en el que vivía su hermano. Un sitio más siniestro y destartado que nunca, pues se había convertido ahora en la escena de un asesinato.

Y allí estaba. La chica. Tirada en el suelo. Muerta. Una jeringuilla vacía y retorcida le colgaba del brazo. Le salía sangre de la nariz, tenía espuma alrededor de la boca. Los ojos completamente abiertos, con una expresión de terror dibujada en ellos. Era el mismo modus operandi que en los casos de los otros yonquis aparecidos muertos. Y ya iban seis con ella. Lo único que la diferenciaba era la mancha que había intentado cubrir toda su vida de adulta con el peinado a lo Veronica Lake: la marca de nacimiento que tenía en la cara.

–Bienvenido a la calle de la Mierda, don Manos Limpias. –Machin salió de la cocina y entró en el salón. Ginge, como siempre, lo seguía unos pasos más atrás. La expresión en la cara de Machin era de pura malicia: ya no había caretas entre ellos. Era la guerra; la hostilidad abierta y sin disimulo, sin tregua.

Vince no reaccionó; esperaba un recibimiento así.

–Pensé que tenías que ver esto, chaval, antes de que te vayas por donde viniste de una puta vez.

–¿Es la novia de Vaughn? –preguntó Vince sin apartar los ojos de la chica.

–Me llamó Max Vogel. Dijo que lo acosabas. Que te pusiste a registrar su cargamento sin una orden judicial. ¿Quién cojones te crees que eres? ¿Así hacéis las cosas los de Londres? Claro, que a ti se te da bien eso de meter las narices donde no te llaman. ¿O es que estás actuando por tu cuenta y riesgo, Treadwell? ¿A ti qué te parece, Ginge, no

crees que va por libre?

—Jefe —respondió Ginge sin mucho entusiasmo.

—No has respondido mi pregunta —dijo Vince—. ¿Es la chica de Vaughn?

Machin miró a la chica en el suelo, como si no la hubiera visto antes.

—¿Quién sabe? Pobrecilla; si lo es, tiene sentido. Porque tampoco hay mucho que mirar, ¿no? Es fea de verdad.

Machin entró otra vez en la cocina y volvió con una bolsa de plástico. Vacío el contenido en una mesilla. La misma sustancia que mató a los otros. Envuelta en celofán, tenía el tamaño de un puño de tamaño grande. Un puño grande que asestaba puñetazos asesinos.

—Lo encontramos ahí detrás —dijo Machin señalando un viejo aparador de color marrón—. Un informador anónimo nos ha dado el soplo de que tu hermano es el camello; el que lo pasa por las calles. Es responsable de seis muertes.

Vince, con la mirada fija en la chica, asintió rápidamente. No es que estuviera de acuerdo con él; solo acusaba recibo de la información, el bien máspreciado. Aunque Machin lo había dado por sentado, Vince no lo creía. Todavía no, al menos. Y no porque Vaughn fuera su hermano. Solo porque un buen policía no hace eso. Por muy mala pinta que tuviera aquello, eran todo suposiciones, especulaciones, bien lejos todavía del perfil incontestable que acababan ofreciendo los hechos.

Vince se agachó para mirar más detenidamente el cadáver y empezó a hacer el verdadero trabajo de detective. La chica llevaba una chaqueta de punto y una falda a juego. Baratos, pero le daban un aspecto elegante. En el brazo del que colgaba la jeringuilla, la manga estaba cuidadosamente enrollada. Pero, mirándolo más cerca, no era lo que parecía. La habían subido de manera irregular, apresurada, a la fuerza. Había un pequeño rasgón en la costura que parecía provocado por aquella forma tan brusca de subir la manga. Miró los zapatos: baratos, de tacón plano, con hebilla, bastante formales, como la ropa. Eso no encajaba, el hecho de que estuviera tan endomingada. Parecía una secretaria de una compañía de seguros, o recién salida de la agencia de mecanógrafas. Si iba a meterse un pico, ¿por qué vestirse de manera tan formal? Se habría puesto ropa cómoda para el colocón que se iba a coger. Se habría quitado al menos los zapatos, aunque la alfombra estuviera hecha un asco. Y lo que era más importante, el brazo desnudo estaba limpio, tan suave como la piel de un niño. No había marcas, nada parecido a un largo historial de picotazos. La maleta en la habitación revelaba que acababa de volver de alguna parte, o que estaba a punto de salir rumbo a algún sitio. Lo que hubiera dentro serviría para confirmarlo: la ropa olería a usada en el primer caso; recién lavada en el segundo. Pero Vince no creía que le dejaran acercarse a la maleta.

En cualquier caso, era todo demasiado precipitado, no parecía creíble. La habían cazado sin que se diera cuenta.

Vince se puso en pie y probó suerte, sabiendo que no tenía ninguna posibilidad:

—Quiero ir con vosotros a la morgue, y que comprueben si hay señales en el cuerpo, marcas de golpes o de un forcejeo.

Machin se echó a reír como si no pudiera creérselo.

—¿Que quieres qué? —Miró a Ginge, exagerando la expresión de la cara: no podía creer lo que estaba oyendo.

Ginge, no queriendo participar en ningún numerito a dos bandas, o simplemente espoleado por su conciencia, no puso cara de incredulidad, se limitó a encogerse de hombros y mirar para otro lado.

Machin endureció la expresión. Dio un paso por encima de la chica y acercó su cara a escasos centímetros de la de Vince.

—¿Estás de coña, no, Treadwell? —dijo—. El caso no es tuyo, y esta ciudad tampoco lo es ya. Te mandaron aquí porque no te querían por allí arriba. Te mandaron a cazar fantasmas. Y por cómo está ese asunto, ahí también la has cagado. Ya nos ha llegado la factura de la loza rota. —Señaló a la chica—. Esto es de verdad, Treadwell. Aquí no estás en el Soho, con tus crímenes imaginarios. Volviendo loco a todo el mundo con tus putas manías. Acusando de encubrimiento a hombres decentes. Ahora ya estás fuera del coma, y esto que pisas es el puto mundo, real como la vida misma. Este cadáver es real, es un asesinato real, trabajo real para la policía. Y aquí no nos haces falta. Y si te acercas a tu hermano, si intentas avisarlo, sacarlo de la ciudad o ayudarlo de cualquier manera, de cualquier forma o con cualquier ardid, lo sabremos, y ¡te echaremos los perros, los polis y a toda la puta ciudad encima!

Vince sabía que Machin quería provocarlo para que le soltara un puñetazo, un golpe ganador de aquellos suyos. Eso pondría las cosas aún peor para él. Vinnie Manos Limpias, el que va por libre, el matón del Viejo Oeste. Y a Vince no le faltaban ganas. Pero cerró los ojos y dejó que se disipara todo aquel torrente que rugía en su interior. Y Machin siguió arrojándole una oleada tras otra de puro veneno. Vince sentía el aliento de Machin en plena cara: tabaco, alcohol pasado ya, alcohol reciente, sal y vinagre. Le daban ganas de vomitar.

—¡Su puta madre! —rugió Machin, echándose hacia atrás y pisando, al hacerlo, la mano de la chica. Uno de los dedos, bajo los efectos del rigor mortis, crujió como una ramita seca y el sonido fue repugnante, estremecedor.

—¡Cuidado, jefe! —dijo Ginge, abriendo la boca por primera vez, antes de ayudar a su superior a quitar el pie de encima de la mano de la chica.

—¡Estás como una puta cabra, Treadwell! —gritó Machin, y sacó un pañuelo blanco del bolsillo superior de la chaqueta para limpiarse la sangre de Vince que le había caído en los zapatos negros.

Vince se miró la mano. Estaba sangrando. Había metido la uña del dedo índice en el corte que se había hecho en el pulgar con las figuritas de porcelana rotas de Vogel. Dio la espalda bruscamente a los dos policías y se alejó de allí.

Machin gritó al verlo salir:

—¡Estás acabado, Treadwell! ¡Acabado de una puta vez!

19

Pobrecilla

Vince fue en coche a Adelaide Crescent. Era un trayecto breve, y mientras lo recorría intentaba pensar en su hermano. Buscó dentro de sí mismo alguna emoción de esas que tienes que sentir cuando a tu hermano lo acusan de ser el responsable de la muerte de seis personas; intentó sentir cabreo, tristeza, ira, pena. Pero no halló nada. Vaughn era su hermano, aunque todo lo que tuvieran en común fuera el apellido. De alguna extraña manera, Vaughn salió de su vida cuando Vince se fue de Brighton. El final de Vaughn ya estaba escrito, era la conclusión lógica a la vida que había llevado. Y las cartas llevaban años diciendo lo que acabaría pasando: que Vince tendría que enfrentarse a su hermano como el policía que era.

Aparcó a la puerta de la casa de Bobbie y apagó el motor. Luego cerró el puño y lo estampó contra el volante. Hubo algo que saltó, podía ser un hueso de su mano o una pieza de la dirección del coche, pero le traía sin cuidado que fuera tanto lo uno como lo otro. Lo asaltó un nuevo pensamiento: lo fácil que se lo había puesto a los que le habían tendido la trampa. Y cómo lo había echado todo a perder. Se sentía como un personaje pintado en un cuadro por una mano más grande, y no lograba ver cuál era su posición en ese cuadro. O como si se estuviera dando de cabezazos contra una pared de ladrillo; igual que ahora, a puñetazo limpio con el volante.

Miró por el espejo retrovisor y alcanzó a ver a Bobbie, que venía andando en su dirección. Se había arreglado, como la chica muerta, pero en su caso la ropa era de marca. Diseños entallados de Pierre Cardin, Yves Saint Laurent, lo mejor de lo mejor. Bobbie contrastaba de manera cruel con la chica muerta. Las separaba la línea divisoria entre dos mundos totalmente opuestos: las ganadoras y las perdedoras, las que lo tienen todo y las que no tienen dónde caerse muertas; las chicas que se yerguen con su pose felina y su glamur, y las pobrecillas que yacen en el suelo. Las vivas y las muertas.

Bobbie llevaba gafas de sol negras, tan grandes que le cubrían media cara igual que una máscara. Caminaba con brío y Vince la vio pasar, levantando el tacón con cada apresurado paso. Tenía prisa. Iba con la cabeza baja, distraída cuando pasó a su lado como una sombra, y ni se fijó en él dentro del coche. Vince salió y la llamó. Ella giró la cabeza y lo miró, con expresión seria en la cara, luego siguió caminando.

Vince la alcanzó dando grandes zancadas, pero ella ni siquiera lo miró cuando él empezó a caminar a su lado. Por la expresión que tenía en la cara dedujo que no se alegraba de verlo. Tenía la boca cerrada en un mohín y parecía enfadada.

La tomó del brazo y la detuvo.

—Cuéntame qué te pasa.

Ella apartó el brazo de Vince.

—Tu hermano, eso es lo que me pasa —dijo.

—¿Te has enterado?

—Me llamaron hará unos diez minutos. Tengo que ir a la morgue a identificar a Wendy.

A Vince no le decía nada aquel nombre, pero sabía que tenía que ser el de la chica muerta.

—Acabo de verla.

—Quieren que la identifique antes de que avisen a su madre.

—¿Y por qué tú?

—Encontraron mi número de teléfono en su agenda. Estaba subrayado —dijo Bobbie, con un filo de dolor todavía en la voz—. No tenía muchos amigos, y por lo que parece le daba a mi número una importancia especial. Yo le había dicho que me llamara si necesitaba ayuda, alguien con quien hablar.

—Lo siento, Bobbie.

—Yo también lo siento por ti. Tener un hermano así... —No acabó la frase. Sabía que era injusto volcar con tanta facilidad sobre Vince todo el odio que sentía por el hombre que había matado a la chica, cuando él solo era el hermano—. Al fin y al cabo, tu familia no la eliges tú, ¿no? —añadió más calmada—. Has salido perdiendo lo mires como lo mires, ¿no te parece?

Vince estaba de acuerdo, pero no dijo nada. Luego lo asaltó una idea.

—Necesito que me hagas un favor.

—¿El qué? —Bobbie no estaba de humor para hacerle un favor a ningún hombre.

—Quiero que compruebes si tiene golpes en los brazos o en alguna parte del cuerpo. —Bobbie no comprendía adónde quería ir a parar—. La tendrán tendida en una camilla, tapada con una sábana.

Ella lo miró como si no estuviera hablando en serio. Al ver que no era una broma, movió la cabeza con escepticismo.

—¿Y cómo quieres que lo haga? Seguro que tienen reglas para una situación así.

—Iría yo, pero por razones obvias me quieren bien lejos de este caso. Y de Brighton si por ellos fuera. Machin ha dejado muy claro que no me quiere ver por allí.

—¿Qué buscas exactamente?

—Alguna señal de que le metieron la droga a la fuerza.

—Si lo que intentas es que tu hermano se libre de esta, acabarás pudriéndote con él en el infierno.

Vince encajó aquellas palabras tan duras como el que recibe un puñetazo envenenado. Respiró hondo.

—Vaughn y yo no tenemos buena relación, nunca la tuvimos. Si te soy sincero, creo que me odia. Y creo que tiene todas las papeletas para que le metan una temporada larga en la cárcel. Le iba a caer tarde o temprano. Si es culpable, que pague. Espero que le den su merecido. Pero no creo que la chica se inyectara la heroína. De hecho, creo que nunca se había pinchado antes. Ni que fuera Vaughn el que lo hiciera. ¿Qué motivo iba a tener para ello? Si quieres que sea más directo, te diré que mi hermano nunca tuvo novia

antes, una novia de verdad, y no es muy lógico que matara a la única chica que ha podido encontrar.

Vince no le veía los ojos a Bobbie, pero sí que tenía adelantado el mentón, en un gesto tenso, desafiante, firme. Abrió un poco los labios y Vince volvió a sentir su voz como un golpe directo:

—Tendré que acompañar a su madre. Es una señora ya mayor y está viuda. Su hija era todo lo que tenía en el mundo. Todos están de acuerdo en que Wendy no era gran cosa, pero a mí me caía bien. Piensa en eso también, ya que te pones.

Vince, contra las cuerdas, se limitó a asentir. Solo podía responder con palabras manidas, y Bobbie merecía mucho más.

—Haré lo que me pides —dijo ella con un tono distante—. ¿Dices que tengo que buscar marcas en los brazos?

—Moratones en cualquier parte del cuerpo.

Bobbie asintió bruscamente con la cabeza y se alejó a buen paso.

—Te llamaré.

Ella siguió caminando.

—Bobbie, lo siento.

Bobbie dejó de caminar y se dio la vuelta.

—Se llamaba Wendy... Wendy Hamilton. Es un nombre muy bonito. ¿No te parece?

Sí que era un nombre bonito, pensó. Tenía dignidad. Una dignidad que le habían negado con aquella muerte.

—No se merecía esto, Vince.

—Casi ningún muerto se lo merece —dijo cuando la vio desaparecer por la esquina.

Vince estaba dentro de la cabina de teléfono que había en un extremo de Palmeira Square. Marcó el número de la operadora y pidió hablar con Ray Dryden. En el tiempo que tardó en establecerse la conferencia, pensó en su hermano Vaughn. Si fuera su deber, ¿mandaría a alguien de su propia sangre a la cárcel para el resto de su vida, o a un sitio peor? Quizá no fuera capaz de hacerlo, pero lo que estaba claro era que tenía que encontrarlo antes que Machin para averiguar la verdad. Aunque ¿y si la verdad no era lo que él quería escuchar?

—Le paso, señor.

Salvado por la campana. Sonó un clic al otro lado del teléfono y su dilema se disolvió en el aire.

—Al habla Ray Dryden.

—Ray, soy yo, Vince.

—Hola, Vinnie, muchacho, ¿cómo va todo?

—He conocido tiempos mejores.

—¿Qué pasa?

—Luego te cuento. ¿Sabes algo de lo de Eddie Tobin?

—Te llamé a la oficina, al número que me diste, me pusieron con un tal subcomisario Marks. Dijo que te habías vuelto a Londres.

Tenía sentido, dado que el subcomisario Marks era Ginge.

—Olvídate de eso. ¿Qué hay de Eddie Tobin?

—Lo tienes de vecino.

—¿De qué estás hablando?

—Su número me lo dio Mickey Brice. ¿Lo conoces?

—Brice el de Antivicio, como lo llama todo el mundo.

—El mismo. Brice y Tobin trabajaron juntos en el caso de los hermanos Messina. Conozco a su hijo, trabaja en administración, en la comisaría del West End. Él me puso en contacto con su padre. Le dije a Brice que un expolicía amigo mío quería llamarlo porque estaba organizando un fin de semana de golf entre los jubilados del Cuerpo... —

Un sonido repetitivo interrumpió la conversación. Luego sonó el golpeteo de las monedas cayendo dentro del aparato. Vince metió en la ranura la última que le quedaba, no podía cortarlo allí.

—Date prisa, Ray, no tengo más monedas.

—Vale. Brice me dijo que Tobin se había comprado un chalé en Bournemouth. Una monada, con piscina y todo; vamos, que no le falta de nada. No tenía la dirección, pero me dio el teléfono. Llamé y se puso su mujer al aparato. Una señora muy maja, muy habladora, demasiado para lo que es Tobin, seguro. Me explicó que este fin de semana Tobin no podía porque iba a ir a Brighton por negocios. Hasta me dijo en qué hotel se alojaría. El Grand Hotel.

—¿Te aclaró qué tipo de negocios?

—No, pero estaba muy cabreada porque no la dejaba ir con él. Seguro que tiene una gatita escondida por ahí abajo, o se lleva a una a pasar un fin de semana de esos guarros. ¿A ti qué te parece?

—Sí, aquí vienen muchos a pasar un fin de semana guarro. Y hay muchos encuentros casuales también.

—Suená bien, Vince. Así puedes hacerte el enconradizo con él, como el que no quiere la cosa, y no te metes en problemas.

—Sí, parece buen plan. —Vince sonrió, luego dijo con voz cargada de ironía—: Y quiera Dios que no me meta en más problemas.

—¿Qué está pasando por ahí abajo, Vince...? —El mismo sonido de antes lo interrumpió. Otra vez lo salvaba la campana.

—Me tengo que ir, Ray. Te llamaré.

Se cortó la comunicación. Vince puso el auricular en su sitio y salió de la cabina de teléfono. Tenía en la cara una sonrisa de oreja a oreja.

20

El Cabeza

El disco rojo del sol lanzaba sus últimos destellos en el cielo de la tarde, se desvanecía su luz por poniente, caía como una única gota de sangre en el mar. Vince abrió la guantera y sacó las gafas de sol. Luego buscó el sombrero en el asiento de atrás y se lo puso también, calándolo para que el ala le ocultara lo más posible la cara. De haber tenido a mano una barba postiza, no habría dudado en usarla. Lo cierto era que no quería toparse con Eddie Tobin en el vestíbulo. Salió del coche, cruzó la calle abriéndose paso entre el tráfico y ganó la puerta del hotel.

El Grand Hotel ocupaba un puesto prominente en el paseo marítimo de Brighton, entre los dos muelles, el Palace Pier y el West Pier, y constituía todo un lujo para lo que era aquella ciudad. La fachada blanca brillaba al sol y tenía vistas al canal de la Mancha, y quizá albergara el secreto deseo de estar al otro lado del canal, donde no habría quedado fuera de lugar: en cualquiera de las grandes ciudades costeras que ofrecían su lujo y su suntuosidad al visitante junto al mar Mediterráneo. Mientras se acercaba al hotel, Vince pensó que aquel habría sido un trabajo perfecto para Terence. Recordó la cara sin malicia del muchacho, sus trazas indescritibles, y cómo lo había echado todo a perder al cargarse de un plumazo lo máspreciado que tenía para aquella operación: su anonimato. Tras la debacle en el contenedor, Vince dejó a Terence en la parada del autobús sin decir palabra. Terence no dijo nada tampoco, algo muy juicioso por su parte, pero Vince juraría que lo vio soltar una lágrima cuando salía del coche.

Por fortuna, el hotel estaba muy concurrido y le fue fácil mezclarse con la gente que entraba y salía. Había mucho ajetreo en el vestíbulo. Lo atestaban los invitados de una boda, los de una ceremonia judía de iniciación, y los huéspedes que habían acudido a pasar el puente y podían permitirse el mejor hotel de la costa y el lujo de echarle caviar a las patatas fritas.

—Dígame, señor. —La chica de recepción se dirigió a él con una sonrisa impertérrita y capas y capas de maquillaje.

Vince habló con rapidez:

—Buenas tardes tenga usted. He venido a ver a un tal Edward Tobin, y me parece que se aloja en este hotel.

Miró en el libro de entradas.

—Todavía no ha llegado, señor.

—¿Ah, no? Vaya. —Vince miró su reloj con cara de preocupación—. Llega tarde. Espero que no falte a la cita. Sería una pena, sobre todo para él. Y dígame, ¿cuál es su número de habitación? Lo he olvidado.

—La *suite* del ático.

¿La *suite* del ático? Eso no era en absoluto del estilo de Tobin. Y con aquellos precios, tampoco estaba al alcance de un pensionista.

—Tenía que estar aquí hace una hora —dijo Vince dando muestras evidentes de nerviosismo mientras miraba otra vez el reloj.

—Cuando llegue, ¿le digo que vino usted a buscarlo, señor...? —preguntó la recepcionista.

—Sería un detalle por su parte. ¿Y dice que es la *suite* del ático?

—Sí, señor. ¿Tiene la amabilidad de decirme otra vez cómo se llama? —preguntó, y cogió un bolígrafo para escribirlo.

—Shamus Shallanfalander.

—¿Shal...? Disculpe, señor, no me he quedado con el nombre. —Levantó la cabeza y vio que Vince ya no estaba.

—Pez espada.

—¿Pez espada? —Fue la respuesta. Aunque eran solo cuatro sílabas, había cuatro pisos de por medio y le llegaba a través del interfono, Vince reconoció la voz del Largo. Justo en ese momento abrieron la puerta del Brunswick Sporting Club. Long George lo estaba esperando en lo alto de las escaleras. Quería hablar en privado con el gigantón y adoptó un aire preocupado.

—¡Mi niño!

—Long George, necesito que me hagas un favor.

Long George rodeó al joven detective con un brazo protector.

—¿A qué viene tanto jaleo? ¡Menuda la has liado con el Holandés Gigante!

—Eso es lo de menos. ¿Te has enterado de lo de Vaughn?

Una mezcla de tristeza y asco se formó en la expresión del Largo.

—Mal asunto, muy malo. ¡Ese mamón de mierda! De tu hermano no he dicho nunca nada por respeto a tu madre. Pero tiene todo lo que hay que tener para buscársela buena: es débil y bobo. Si está metido en eso, que le den su merecido. ¡Hala, ya he dicho lo que tenía que decir!

—Y yo estoy de acuerdo contigo. Pero hay mucha pasta en ello, Long George, y mi hermano no es el único que está metido. Hay muchos más.

Long George miró para otro lado:

—¡Qué sabré yo de todo eso!

—Yo sé que tú no, pero conoces a gente que está implicada. La mierda que mató a aquellos tres en Kemp Town y a los otros sigue en la calle, Long George. Y me da que hay para rato. —Long George movió la cabeza con un gesto de asco. Pero las palabras de Vince habían hecho mella en su conciencia. El joven detective sabía cómo hablarle—. Y los que mueren son los chavales. Tú tienes hijas, y nietos.

—Nunca se acercarán a esa mierda. —A Long George lo invadió una ira sorda solo de pensarlo—. Y si lo hicieran, les cortarían las manos.

—Hay mucha pasta ahí, Long George. Mucha más que traficando con cualquier otra

mierda, la que sea. ¿Tú crees que Jack Regent iba a dejar pasar una cosa así?

Long George no ignoraba la respuesta a aquella pregunta. Los ojos grandes bajo el grueso cristal de las gafas adoptaron una expresión triste y cansada. Se sentó en las escaleras con un suspiro de tedio, como si lo mareara un mundo que iba mucho más rápido que él. Vince se sentó a su lado, lo que despertó las sospechas de Long George y le hizo entrecerrar los ojos. De repente recordó que estaba hablando con un poli, y no con el chaval que le llevaba de un lado a otro las apuestas en el hipódromo. Miró a Vince y le preguntó:

—¿Adónde lleva todo esto? ¿Qué quieres de mí?

—A Murray el Cabeza.

Long George se giró y le puso ambas manazas a Vince en los hombros, como si quisiera sacudirlo para que recobrara el sentido común.

—¿Murray? ¡Estás como una puta cabra! ¡Él nunca se metería en algo así! ¡Es un ladrón bueno, honesto y respetable! —No había nada de ironía en aquellas palabras.

—Lo sé, lo sé —dijo Vince intentando calmarlo, a la vez que se zafaba de la férrea presión de sus manos—. Quiero pedirle un favor al Cabeza. Sin mala intención. No lo conozco, pero si me lo presentaras seguro que escucharía lo que tengo que decirle. Confía en mí, Long George.

Diez minutos más tarde, en el último piso del edificio, Vince estaba sentado a una mesa en el salón privado reservado a los peces gordos. Tenía delante a Murray el Cabeza, con un aspecto inmaculado: vestía un traje color azul eléctrico de doble solapa recién planchado; un pañuelo de seda blanca perfectamente doblado sobresalía dos centímetros del bolsillo de la pechera. Iba a juego con la camisa, y con la corbata de seda, de color azul, con un motivo de dados rojos bordado a mano. El Cabeza siempre vestía de un modo impecable. Vince se habría jugado la paga a que tenía las iniciales grabadas en todo, desde los calcetines hasta el pañuelo.

El Cabeza encendió un Pall Mall con un mechero de forma aflautada, un Ronson de oro. Luego empezó la conversación:

—Cualquiera que sea amigo de Long George, aunque no lo sea mío en el acto, será siempre acreedor cuando menos de unos minutos de mi tiempo.

Su voz era producto de una adaptación muy escrupulosa: la cambiaba a su antojo dependiendo de quién era su compañía, desde la buhardilla al sótano del edificio, y eso incluía a todas las clases sociales entre uno y otro extremo. Murray el Cabeza se dejaba mecer por la corriente de dinero que afluía a las casas de subastas de la calle Bond, las mansiones de Belgravia y las joyerías de Mayfair. La voz era una herramienta tan indispensable para él como lo podía ser el desatascador para un fontanero. La usaba para mimetizarse con su entorno, acotarlo bien, y luego desvalijarlo. Era tan ducho en los juegos de palabras, y de manos, como lo era para subir a un tejado o reventar una caja fuerte.

Vince se fijó en su cabeza calva, bronceada y brillante.

—Quería que me hiciera usted un favor —dijo.

—¿De qué se trata? —contestó Murray sin mostrar ningún apuro.

Hacía calor en aquel cuarto; alguien debía de haber encendido la calefacción, porque Vince estaba sudando. Sintió que algunas gotitas se le formaban sobre el labio superior. Cambió de posición en la silla con incomodidad.

—Es un trabajo para usted.

—¿Puede darme más detalles?

—Un cuadro.

—¿Es de su propiedad?

—Si así fuera, no estaría aquí sentado con usted.

El Cabeza permaneció en meditativo silencio algo más de medio minuto. No le gustaba ser el que llevaba las conversaciones, sobre todo si resultaban incriminatorias, y menos que nada con un poli. Echó la silla hacia atrás e hizo señas a Vince para que se levantara.

En cuanto Vince estuvo de pie, el Cabeza inclinó una rodilla y con sus manos perfectamente acicaladas cacheó al joven detective de pies a cabeza. Un trabajo muy profesional.

—Ahora vacíese los bolsillos.

Vince dejó sobre el tapete todo lo que llevaba encima: la cartera, el dinero, la otra cartera, en la que llevaba la placa de policía, y las llaves del coche. El Cabeza pasó revista a todo.

Vince, todavía con los brazos en cruz, no pudo evitar una sonrisa ante la novedad que suponía aquel cambio de roles.

—¿No soy yo el que tendría que hacerle esto a usted?

—Siga pidiéndole a la gente que agencie para usted la propiedad ajena, detective, y no tardará en acostumbrarse a que lo cacheen.

—¿Qué busca, un micrófono?

—Le sorprendería lo peligrosos que se están volviendo estos tiempos. Acaban de trincar a un presidente de Estados Unidos, y eso que jugaba en casa. Y luego que si la bomba de hidrógeno, que si Fidel Castro, la Guerra Fría... A unos amigos míos los acaban de meter en el trullo, treinta años por barba. Así que me perdonará si me muestro un poco paranoico cuando hablo con un policía que me propone llevar a cabo un robo.

Vince sabía que los amigos a los que se refería eran los ladrones del tren, pero mejor no empezar a sacar nombres.

—¿Le he contado alguna vez lo que pasó con un ruso que me abordó a la entrada de Los Pilares de Hércules, un establecimiento de bebidas, y me pidió que le procurara cierta información tremendamente delicada sobre la seguridad nacional de este país?

No era una pregunta porque los dos sabían cuál era la respuesta, y además nunca se habían visto antes. Pero Vince le siguió el rollo sin querer quebrar el espíritu de cordialidad que se había creado, pues no conocía a nadie curtido en las lides del hampa que no tuviera una buena historia que contar.

—No, Murray, nunca me lo ha contado.

—A cierto político conservador lo cogieron con los pantalones bajados en compañía de una putita. Nada raro hasta ahí. Lo raro era que lo había grabado con una cámara. Para la posteridad, imagino, no se me ocurre otra razón. Pero la putita también se lo hacía con el ruso este, un diplomático que echaba horas extras para la KGB. Conocía la existencia de aquella grabación y quería hacerse con ella. Y estaba dispuesto a pagar rublos contantes y sonantes. El russki grabó la conversación que tuvo conmigo mediante un aparatito que llevaba escondido en la típica caja de cerillas de la marca Swan. Parece mentira lo que avanzan los tiempos. ¿Qué será lo próximo?, se pregunta uno.

Vince sabía que hablaba del caso Profumo, pero evitó otra vez sacar ningún nombre.

Satisfecho al ver que Vince no era un James Bond de pacotilla, el Cabeza tomó asiento de nuevo como si nada hubiera pasado. Luego se llevó la mano al bolsillo superior de la chaqueta y, con un florido ademán, sacó el pañuelo blanco de seda. Se lo ofreció a Vince seguido de estas palabras:

—Está sudando usted como un arenque ahumado.

Vince miró el pañuelo dando a entender que era demasiado delicado para empaparlo de sudor. El Cabeza le dedicó una leve sonrisa, luego asintió animándolo a cogerlo. Vince lo cogió y enjugó el sudor que le cubría la cara.

—La verdad es que hace bastante calor aquí.

—A mí me gusta el calor.

—Yo pensaba que estaría bordado —dijo Vince, mirando con atención el pañuelo antes de devolvérselo al Cabeza.

—¿Y para qué iba yo a dejar mi nombre por ahí? —Se metió el pañuelo de vuelta en el bolsillo de la chaqueta—. Lo dicho, si es amigo de Long George se merece usted unos minutos de mi tiempo. Así que cuénteme.

Entonces Vince expuso su plan. Describió el cuadro y también dónde creía que estaba escondido. Pero le ocultó algunas cosas, como los nombres, y también por qué quería un policía robar un cuadro o qué iba a hacer con él. Y había que alabar la profesionalidad del Cabeza, porque en ningún momento quiso saber más detalles. Se limitaba a escuchar, sopesando aquello que le proponían.

—Mmm. No parece un trabajo tan difícil. Quizá la cerradura podría ofrecer cierta resistencia, pero nada que no esté al alcance de su mano. ¿Por qué no lo hace usted mismo?

Vince, apelando al celo profesional del otro, respondió:

—Yo no soy un profesional y prefiero no arriesgarme. Si el cuadro está en esa habitación, lo quiero en mis manos. Y sé que usted es la persona más indicada para hacer ese trasvase.

—Eso es una verdad como la copa de un pino —dijo el Cabeza con una amplia sonrisa—. No debería ser un problema. La seguridad, las cerraduras, ya digo, pan comido. Además, estoy muy familiarizado con el plano de las *suites* en el Grand Hotel.

—No me cabe la menor duda.

El Cabeza puso una mano bronceada sobre el tapete verde de la mesa. Se miró las

uñas, con evidente admiración. Parecía que le tuviera más aprecio a la manicura que a los dos pedruscos que llevaba en los meñiques; y las uñas brillaban casi tanto como los diamantes.

—Muy bien, mi joven amigo, ya sé qué voy a robar. Sé cómo voy a robarlo. Solo queda por saber por qué voy a robarlo.

—Necesito ese cuadro porque...

—No, no, no. —El Cabeza levantó una mano como dando el alto—. Para qué necesite usted el cuadro no me concierne. A mí lo que me concierne es por qué lo voy a robar para usted y no para cualquier otro.

Vince asintió haciéndose eco de lo que le concernía al ladrón que tenía delante.

—¿Le suena el nombre de Zsa Zsa Gabor?

—Es una actriz; y no muy buena. Pero está de muy bien ver, eso es cierto.

—Sí, y le falta una tira de diamantes, se la robaron en un hotel de la Riviera. Y usted luce un bronceado muy sospechoso, Murray.

El Cabeza sonrió, ¡así que iban a jugar al gato y al ratón!

—Puede que me topara con un juego de diamantes cuando estuve en la Riviera, no podría asegurarlo al cien por cien. Pero, si me permite, usted tampoco podría.

—Tengo un amigo que trabaja para la Interpol, se llama Dryden. Ray Dryden. Puedo hacer que borren su nombre del caso de la Gabor.

—Mi nombre no aparece en el caso de la Gabor.

Vince sonrió en silencio. No hacía falta decir nada. Los dos sabían que una simple llamada de teléfono podía hacer que el nombre del Cabeza figurara en el caso.

—Pero no todo son malas noticias, Murray. Si su nombre saliera otra vez por cualquier otro caso, yo me aseguraría, siempre y cuando nadie sufriera ningún daño y el seguro lo cubriera todo, de hacerlo desaparecer. Pero es que, además, se podría quedar usted con todo el dinero que sacase del cuadro.

—¿Cuánto?

—El hombre que quiere comprarlo está dispuesto a pagar el máximo. Usted podría decidir cuánto.

El Cabeza sopesó esto último.

—Así que, en resumidas cuentas, me da el soplo sobre un cuadro que me puedo quedar después de que usted haya hecho con él lo que tenga que hacer.

—Correcto.

—¿Y usted no lo quiere?

—Correcto.

—¿Ni tampoco el beneficio que yo pueda sacar de él?

—Correcto.

—Y, lo que es más importante, tendré a alguien en la Interpol que me guarde las espaldas si se diera la ocasión.

—Correcto.

—Entonces, si se diera la circunstancia y me arrestaran por alguno de mis trabajos, estamos hablando hipotéticamente, por supuesto, porque los dos sabemos que no va a

pasar, ¿me dejarían libre?

—Correcto.

—Mmm, menudo chollo —dijo canturreando. Luego entrecerró los ojos y los fijó otra vez en Vince—. ¿Usted qué saca de todo esto?

Una sonrisa de complicidad apareció en la boca de Vince.

—Me da la sensación de que si fuera al revés, usted no respondería a esa pregunta, ¿es así, Murray?

—Correcto.

Vince y Murray el Cabeza esperaban dentro del coche de Vince a la puerta del Grand Hotel. Eddie Tobin llevaba ya veinte minutos en el hotel. Vince había llegado a la conclusión de que necesitaban un señuelo. El Cabeza estaba de acuerdo y pensó en uno. Se trataba de la pelirroja escultural que Vince había visto a su lado en el hipódromo: Valerie, la Mujer Volcán. La reputación que tenía, y los juegos de palabras que inspiraba, eran obvios: era como un volcán; cuando entraba en erupción, todo el mundo se daba cuenta. Sin tacones medía casi uno ochenta de estatura, tenía el pelo rojo y llameante, y deslumbraba a todo el que se cruzaba con ella gracias a su sexualidad a flor de piel. Nadie podía con ella, estaba demasiado buena. Era de origen escocés, pero nació en pleno West End londinense, bajo el influjo del famoso campanario de Bow y los silbidos de admiración de todos los hombres, a los que traía por la calle de la amargura. Ardorosa y pendenciera, tenía los labios carnosos, las pestañas largas y los pómulos inabarcables. Ancha de hombros y de caderas, su sinuosa figura semejaba un reloj de arena, y te pasarías las horas muertas mirándolo. Dotada de un busto de proporciones bíblicas que subía y bajaba con cada suspiro y arrullo, la Mujer Volcán rezumaba ardor y sexo. Pero nadie podía subirse a este Vesubio, porque era exclusiva propiedad de Murray el Cabeza.

El Cabeza fue quien la domó, le enseñó el oficio y plantó sobre su glorioso cuerpo diamantes, visones y un amor desmedido por la buena vida. Ella era su musa, y el fiel de la balanza en el que pesaba el buen gusto del que presumía, ya que no robaba nada que la Mujer Volcán no pudiera llevar puesto. Y vaya si lo llevaba encima, escondido en el elevado moño con el que recogía su cabellera, en las profundidades del pronunciado escote, o en partes de su cuerpo íntimas y sudorosas que daría apuro mencionar. Como un agente doble, así paseaba ella su botín y su palmito por aeropuertos, aduanas y pasos fronterizos.

Diez minutos después de que Eddie Tobin llegara al Grand Hotel, la Mujer Volcán salió del coche y tomó posiciones en el bar del hotel. El Cabeza y Vince contaban con que Tobin, al que le gustaba empinar el codo y muy posiblemente no corriera con los gastos de su estancia, daría una vuelta por el bar antes de la cena. Allí estaría esperándolo la Mujer Volcán, la Venus atrapamoscas, para engatusarlo con su conversación y numerosos encantos. Así lo tendría embelesado el tiempo necesario para que el Cabeza entrara en su habitación, buscara el cuadro y se hiciera con él. Abajo en el bar, Tobin, pensando que estaba de suerte y lo esperaba una noche de éxtasis y erupciones volcánicas, recibiría una bofetada en pleno rostro acompañada de las palabras: «¿Por qué clase de mujer me toma

usted?»). Una frase que todavía seguiría retumbando en sus oídos con un eco de indignación cuando la neumática figura ya hubiera salido del bar para caer en los brazos del Cabeza mientras abandonaba el hotel con el cuadro escondido en algún rincón de su persona.

El Cabeza miró la hora en su Cartier de platino.

—Espéreme en el Brunswick a medianoche —dijo sin apartar los ojos del reloj.

Vince miró su reloj, que no era de platino ni un Cartier, pero tampoco robado. Eran solo las ocho y media de la tarde.

—¿Tanto tiempo le va a llevar?

—Puede que sí, puede que no. Pero el caso es que la medianoche suena bien. Mejor que las diez y cuarto, por ejemplo.

Vince lo vio dirigirse con paso elegante hacia el Grand Hotel y luego desapareció tras la puerta giratoria.

Vaughn era feliz, al menos todo lo feliz que podía ser con unos zapatos que no eran de su número. Tenía los pies embutidos en aquel flamante par de mocasines de ante con borlas, y la cabeza en la nube de buenas sensaciones que le había dejado la heroína que acababa de fumar. Sabía que había dejado plantada a Wendy en la estación, pero todavía le quedaban unas cuantas libras en el bolsillo, así que las empleó en una causa noble. En vez de ir caminando a casa con los pies hinchados o coger el autobús, se subió a un taxi y le dio la dirección en la calle Waterloo.

Por el camino, lo primero que hizo fue pensar en sus zapatos nuevos. Esa misma noche los rellenaría de papel de periódico mojado y así darían de sí y dejarían de dolerle. Luego buscó algo que contarle a su chica, algo que ella pudiera tragarse, para explicar por qué no estaba esperándola en la estación. Fácil de llevar, como era ella, ingenua y confiada, creería cualquier cosa que se inventara él. Así que volvió enseguida a pensar en los zapatos.

Cuando el taxi entró en la calle Waterloo se percató de que había un grupo de gente a la puerta del piso, así que le pidió al taxista que fuera más despacio. Al pasar frente al sótano vio a dos policías de plantón en la entrada, y un furgón negro aparcado justo a la puerta. Lo había visto antes: la parte de atrás, negra y ominosa, daba cabida justa a un pasajero extendido de pies a cabeza con un destino al que nadie quiere que lo lleven: la morgue.

Vaughn se quedó helado en el asiento de atrás, él mismo tieso como un cadáver, pues acaba de comprender lo que había pasado en aquel sótano, y una espantosa sensación le recorría todo el cuerpo igual que el rigor mortis. Cuando el taxista le preguntó dónde quería bajarse, Vaughn, con la mente acelerada y a la vez en blanco, le dijo que siguiera hasta donde alcanzara el dinero que le quedaba en el bolsillo.

Una chica desnuda y una pistola

Vince sacó la copia de la llave del apartamento de Bobbie que ella le había dado y la metió en la cerradura, pero al hacerla girar vio que la puerta estaba abierta. Entró en el vestíbulo, comprobó que habían cambiado la cerradura como él había sugerido, pero que no tenía echado el pestillo. Creyendo que había pasado algo, subió a la carrera hasta el último piso. Frente al apartamento de Bobbie, cogió aire para recuperar el aliento, y cuando giró la manilla vio que la puerta estaba cerrada con llave. La abrió y entró sigilosamente. La estancia estaba en la más completa oscuridad, con las cortinas echadas.

Vince cerró la puerta detrás de él intentando no hacer ruido, palpó buscando el interruptor y dio la luz. Fue derecho al salón, una vez allí se paró en seco y le dio un vuelco el corazón. Bobbie estaba en medio de la pieza, con una pistola entre las manos, completamente desnuda.

La primera reacción de Vince fue levantar los brazos, dado que la pistola lo apuntaba directamente a él. Bobbie tenía las piernas un poco separadas para guardar el equilibrio, como si estuviera a punto de disparar. Era una pistola muy grande, y todavía lo parecía más en sus delicadas manos.

—¿Bobbie...? —la llamó Vince en voz muy baja.

No hubo respuesta. Bobbie parecía transfigurada, no se movió.

La miró a los ojos: estaban completamente abiertos, fijos en él. Vince dio un paso a un lado. Los ojos seguían fijos, pero no en él, sino en el punto que había ocupado antes. Vince siguió desplazándose lateralmente, en silencio, como un cangrejo sobre la arena húmeda, hasta que estuvo a la altura de ella, a algo más de un metro de distancia. Bobbie seguía inmóvil, con los ojos abiertos, tan abiertos que la forma almendrada que tenían se había desfigurado hasta tomar la apariencia de dos discos impertérritos. El cuerpo no se movía un ápice, atrapado en una especie de trance, testigo de un espectro que se le había aparecido. Al acercarse más a ella, Vince comprendió que era presa de una horrible pesadilla.

Lo primero que pensó fue que no tenía que despertarla, pues había oído que los sonámbulos podían morir del susto si se les sacaba de su sueño. También había oído que si sueñas que te caes de un edificio muy alto y llegas al suelo, ya nunca te despiertas. Difícil de creer; parecía más bien una tontería nocturna que había soñado algún imbécil, pues ¿quién había vivido para contarle? Fuera como fuese, no tenía ninguna intención de ponerse a comprobarlo.

Pensó luego en arrebatarle el arma. Las pistolas disparaban unas cosas mortíferas llamadas balas, eso era un hecho. Dos pasos más y ya estaba al lado de ella. Sintió su

aliento en la mejilla, ligeras ráfagas de un vaho cálido. Le rodeó suavemente la cintura. Olía bien, casi le mareó aquel olor a...

—¡Ahhh! —Bobbie soltó un grito que le traspasó el tímpano, pues tenía la oreja casi pegada a la boca de ella. Le cogió ambas manos y las sacudió para que cayera el arma, luego la abrazó, sin apartar la mirada del punto en el que caía la pistola, alejándose con Bobbie en brazos de la trayectoria del cañón. Cayó donde él quería, en un puf que había a un lado de ella. La pistola rebotó, dio un pequeño giro en el aire y por fin cayó con un golpe seco en la gruesa alfombra persa. Fue un aterrizaje en toda regla, no hubo sacudidas inesperadas ni se disparó ninguna bala.

Vince abrazó fuerte a Bobbie. Ella tenía los ojos cerrados y la cara congestionada, haciendo un esfuerzo para no tener que abrirlos. Su cuerpo estaba sometido a una enorme tensión interior, pero Vince no iba a permitir que saliera a la superficie. La acercó más a sí, embargado por un tremendo deseo de protegerla. Le susurró al oído:

—Ya ha pasado, ya ha pasado, cariño, ya ha pasado, soy yo, cariño, soy yo...

No sabía si aquellas palabras la calmarían o si tendrían el efecto opuesto, por cómo habían quedado las cosas entre ellos esa misma tarde. Pero no había de qué preocuparse, porque Bobbie se colgó con tanta fuerza de él que apenas si rozaba el suelo con los pies descalzos. Vince la llevó así al sofá rojo de morritos de Mae West. Estaba atada a él y no cejaba en su férreo abrazo. Y él estaba encantado de tenerla así. Tenía el pelo húmedo, y una fina capa de sudor hacía que le brillara el cuerpo; como si acabara de salir de la ducha. Pero no olía a limpio, sino a algo dulce y a la vez maduro, un olor denso y mareante. Vince supo que nunca olvidaría ese olor, que lo evocaría una y otra vez en su memoria. En los brazos, y alrededor del cuerpo, tenía marcas rojas como las franjas de un tigre del forcejeo entre las sábanas cuando la pesadilla estaba en su punto álgido. Imaginó las sábanas de seda abrazadas a su cuerpo igual que cuerdas, amarres a la cama de cuatro postes hasta que por fin consiguió liberarse...

Y la pistola. Eso, ¿y la pistola?

Ya en el sofá, bajo el peso del cuerpo de Vince, ella lo abrazó muy fuerte, parecía que la habían soldado a él. La agarró del pelo, le echó hacia atrás la cabeza, separándola de su pecho, y le lamió los labios. Seguía con los ojos cerrados pero le sonrió, aunque en la boca tenía una expresión crispada, fingida, arrogante. Vince supo que aquello iba a pasar desde que la vio encender un cigarrillo en el Blue Orchid. Sus manos se rozaron entonces y hubo un estremecimiento, una descarga que sintieron ambos, aviso de lo inevitable. Y allí estaban por fin, desnudos, ella abrazada a él.

Él la agarró del pelo. Ella le mordió los labios. Él apartó la boca para así poder verle la cara con detenimiento mientras iban los dos acompasando un ritmo. Quería mirarla. Fijamente. Empaparse de ella en cada segundo de aquel encuentro. Tenerlo grabado en la memoria igual que un cuadro, ir más allá de la sensación física que le atravesaba el cuerpo: la cara de ella, sus pechos, sus caderas, aquel vientre suave y húmedo, el monte de su vagina apretándose contra su escroto. Había algo brutal en la forma en la que la tenía sujeta y la estaba poseyendo pero ella se mostraba cómplice, cerraba los ojos como si siguiera dormida, aunque estaba despierta, y más viva que nunca entre en sus brazos.

Vince también cerró los ojos, volvió a poner la boca sobre la de Bobbie hasta sentir en los suyos el roce de sus dientes, y así, fundido en uno con ella, se corrió.

Vince estaba desnudo en el salón. Tenía la pistola en la mano. Era una Smith & Wesson, una negra y grande que pesaba mucho. Estaba encasquillada, oxidada, no la habían disparado en mucho tiempo, así que era imposible saber si estaba cargada. No le gustaban las armas de fuego. No le gustaba su tacto, ni el efecto que tenían. La llevó al enorme escritorio de color negro, abrió un cajón y la metió dentro.

Volvió de puntillas al dormitorio y se metió bajo las sábanas al lado de Bobbie. Estaba completamente despierta. Tenía los brazos estirados sobre la cabeza y aferraba los puntales del cabecero; una sonrisa satisfecha le cubría toda la cara. La pesadilla se había desvanecido, quedaba solo el recuerdo de lo que acababan de hacer.

—La pistola, ¿es la que le dieron a tu marido para que la guardara?

Ella no lo miró, solo dijo lánguidamente:

—No digas eso.

—Que no diga el qué.

—La palabra «marido».

—Bueno, todavía estáis casados.

—¿Y hasta cuándo dura eso?

—Para siempre, o te mueres o te divorcias.

Bobbie sonrió.

—Me informaré sobre eso último —dijo.

—Pero si sigues jugando con armas de fuego acabarás sabiendo más de lo otro. ¿Está cargada?

—No la he usado nunca.

—Ni lo intentes. Si está cargada te explotará en la cara. ¿Me lo quieres contar?

—¿Lo de la pistola? No sé nada de...

—El sueño.

—Ah, la pesadilla.

—La pesadilla.

—Era la de siempre. —Suspiró y cerró los ojos. Se había acostumbrado a la pesadilla y acabó aburriéndola. A aquellas alturas, sabía perfectamente lo que pasaba en ella y ya no le daba miedo, solo sentía cansancio, un cansancio infinito. O al menos eso se decía a sí misma, de forma muy poco convincente, siempre que despertaba de la pesadilla. Si le quitaba importancia, también le quitaría fuerza.

—¿Quién subía por la escalera esta vez, Jack o tu padre?

Abrió los ojos, sin bajarlos todavía del estampado a rayas del dosel, y dijo de manera escueta:

—Padrastro.

—Perdona, padrastro. ¿Cuál de ellos...?

Bobbie lo pensó un instante, luego se volvió hacia él:

—Tú.

—¿Yo?

—¿No fuiste tú acaso el que entró por la puerta?

—¿Soy tu pesadilla?

—No, eres mi bombón.

Bobbie se inclinó hacia delante y le mordió la nariz, luego le dio varios besos en el mismo punto como si quisiera curárselo. Se sentó en la cama, extendió la mano hacia la mesilla y cogió un cigarrillo del paquete que había en un cenicero de cristal macizo que también contenía un mechero. Las cortinas estaban abiertas y la luz de la luna le permitió a Vince examinar su cuerpo: esbelta, perfecta, con la piel tersa, los pezones como dos balas, sin pliegues ni bultos que afearan aquella extraordinaria visión. Entonces ella giró la cabeza y lo sorprendió mirándola. Sonrió, confiada en su desnudez, bien consciente de su belleza, de que no hacía falta tirar de las sábanas para taparse. Encendió el cigarrillo, tomó el cenicero de cristal macizo y lo dejó sobre el pecho de Vince. Le dio una calada larga al cigarrillo, se reclinó en el respaldo de la cama y echó el humo con parsimonia, proyectando una gris nubecilla contra el dosel de la cama. Luego dijo con un aire pensativo:

—Si te soy sincera, no sé quién subía por la escalera, porque me desperté antes de que entrara; siempre me despierto.

—¿Te levantas de la cama siempre que sueñas?

—A veces. —Bobbie arrugó el entrecejo, sorprendida por sus propias acciones—. Pero es la primera vez que me despierto con una pistola en la mano. Ni siquiera me acordaba de que la tenía. Jack no lo sabía, seguro que no le habría gustado nada. No tenía pistolas en casa por si la registraban. —Dio otra calada larga y echó tres oes de humo que subieron en perfecta formación hacia la nubecilla de lo alto.

Vince vio cómo flotaban y sonrió. No había visto a ninguna chica hacer eso antes; solía ser algo que hacían los hombres. El humo quedó suspendido en el aire estanco de la habitación, formando pequeños remolinos, envolviéndolos en ellos. Le daba a la cama, al dormitorio y al momento un efecto etéreo.

Con la vista fija en aquellas nubes de humo, Bobbie dijo:

—Dicen que si sueñas que estás cayendo desde muy alto, por ejemplo, desde los acantilados en Beachy Head, y en el sueño llegas al suelo, nunca despertarás. Aunque, ¿cómo narices van a saberlo?

Vince sonrió. Pensó en aquel dicho sobre las grandes mentes que pensaban al unísono.

—Es más, dicen que si disparas a la gente que entra por la puerta, te cuelgan por ello.

—Pero yo estaba dormida.

—En teoría sí, pero para cuando la policía llegara al lugar del crimen, seguro que ya te habrías despertado.

—Ser sonámbulo, la mejor coartada que hay. Lo tendré en cuenta. —Lo besó—. A ti no te dispararía. No podría, con lo bello que eres.

Apagó el cigarrillo, cogió el cenicero de cristal, lo puso de nuevo en la mesilla y se tumbó a su lado. Con los dedos, Bobbie le repasaba los perfiles del pecho, el contorno de los hombros, los bíceps bien marcados. Sentía que él se tensaba bajo el peso de su mano, reaccionaba como todos los hombres cuando los tocaba: sacaban pecho y metían

abdomen. Sonrió ante lo predecible de la vanidad masculina y apoyó la cabeza en aquel pecho corpulento.

—¿Viste a la chica, a Wendy? —preguntó Vince poniéndose serio.

Bobbie soltó un suspiro prolongado y triste.

—Sí, la vi. Y tu amigo Machin estaba allí. Dejó caer algún comentario sarcástico sobre ti, me da la sensación de que sabe lo nuestro.

—Lo sabe —dijo Vince, sin mostrar sorpresa—. Seguro que ha mandado que me sigan desde que llegué. Pero háblame de lo de Wendy.

—Fue horrible. Machin no me dejaba tocarla y, si te digo la verdad, casi me alegro. No creo que hubiera podido, perdóname.

—No pasa nada.

—¿Sabes por qué lo pasé tan mal?

—La vi tendida en el suelo, Bobbie, me hago cargo.

—No, no te lo haces. Era obvio que la habían lavado, le habían cepillado el pelo, intentaron... imagino que intentaron adecentarla un poco. Lo que más me dolió fue ver que parecía que llevara toda la vida allí, que aquel era su sitio. Estaba como en paz, como si hubiera nacido para estar muerta.

Vince retiró el brazo que tenía alrededor de los hombros de Bobbie. La esfera luminosa de su reloj marcaba las doce y diez de la noche.

—¡Mierda! —Apartó las sábanas y salió de la cama de un salto.

—¿Adónde vas?

Vince corría ya hacia el salón, donde había dejado la ropa tirada por el suelo. Bobbie se sentó en la cama y lo llamó:

—¡Vincent!

—He quedado con el Cabeza —dijo mientras se ponía los pantalones.

—¿El Cabeza?

—Sí, ¿sabes quién es?

—¡Pues claro! También conozco a su novia.

—La Mujer Volcán.

Vince ya estaba casi vestido cuando Bobbie entró en el salón. Tomó asiento en un brazo del sofá y vio cómo él metía los anchos hombros en la chaqueta.

—Valerie, todo un personaje —dijo.

Vince la miró y vio que llevaba el albornoz de Jack con las iniciales bordadas. Eso lo irritó. ¿Por qué se empeñaba en ponérselo? ¿Guardaría todavía el olor de Regent? ¿Se lo ponía porque le recordaba a Jack, porque así lo sentía más cerca?

—¿Para qué has quedado con Murray? —preguntó Bobbie.

Vince fue hacia la puerta de entrada.

—Te lo contaré al volver, no tardaré mucho. —Se volvió para mirarla, sin poder ocultar la irritación—. Ese albornoz que llevas, es un horror.

Ella frunció el ceño, luego miró las iniciales en el bolsillo del pecho, J. R., como si no las hubiera visto antes. Sin darse cuenta lo había cogido de detrás de la puerta del dormitorio. Pero comprendía que lo irritara; ella en su lugar habría sentido lo mismo.

La Mujer Volcán

–Pez espada.

–¡Mi madre! ¡Ya está bien de pez espada! Hemos cambiado la contraseña –dijo por el interfono Long George con voz metálica.

Vince maldijo entre dientes y gruñó con impaciencia:

–No tengo tiempo para estas cosas, Long George, déjame entrar.

–Te daré una pista. Sigue siendo pescado, pero nos hemos puesto *kosher*.

–Esto... ¿Rallador de pescado? ¿Arenques en salazón? ¿Salmón ahumado?

Sonó un crujido al otro lado del interfono, era la risa de Long George.

–¡Buñuelos de bacalao, tontaina! La nueva receta es Buñuelos...

–¡Buñuelos de bacalao!

Vince subió hasta el último piso y encontró a Murray el Cabeza sentado a una mesa de póquer. Hasta ahí todo normal. Lo que ya no era tan normal era lo que estaba haciendo. Tenía la mano derecha extendida sobre el tapete verde, y en la izquierda, un pequeño pincel con el que se pintaba las uñas. Ponía en ello toda su atención. Sobre la mesa había un frasquito de esmalte, una lima de uñas y una pequeña pila de uñas postizas.

–Llega tarde –dijo el Cabeza sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

La madre que lo parió, pensó Vince viendo al Cabeza concentrado en su tarea.

–Perdone, Murray, pero ¿qué color es ese?

–Ninguno, es transparente –respondió el otro levantando la cabeza para lanzarle a Vince una mirada de reproche–. ¿Por quién me toma? –Vince se quedó tan sorprendido que no supo qué responder. El Cabeza siguió con lo que se traía entre manos–. Es solo para darles un poco de brillo. Se aprende mucho de un hombre por las manos que tiene, detective.

–Sí, lo sé. Y también se ve que usted no ha trabajado en su vida. Y hablando de trabajo y de pintura, ¿lo ha conseguido?

–De lo contrario no estaría aquí sentado.

Vince paseó la vista por la sala, pero no vio nada que se pareciera a un cuadro birlado.

–¿Dónde está?

–Siéntese, ¿a qué viene tanta prisa?

Vince se sentó a la mesa, de espaldas a la puerta. No era su posición favorita dadas las circunstancias, pero no había otra silla disponible.

El Cabeza miró con deleite el trabajo de manicura que acababa de hacerse. Luego, con refinamiento, devolvió el tapón con pincel al botecito de esmalte y lo enroscó hasta que

hizo tope y quedó cerrado. Sopló sobre el tapete para despejarlo del acrílico en polvo que habían dejado las uñas artificiales, levantó las manos abiertas hasta ponérselas delante de la cara, frunció los labios y se las secó con un chorro incesante de su propio aliento.

—¿Fue todo bien?

—De ensueño. El propio, su Tobin, fue al bar. Valerie se le acercó como si tal cosa, hizo uso de sus artes de engatusamiento y lo tuvo entretenido durante una hora. Esa mujer hace que fluya la poesía; lo tenía comiendo de su mano con propuestas de matrimonio, viajes al extranjero, desayuno con diamantes. El pobre estaba fuera de sí, ya no sabía cómo impresionarla, y aseguró tener un contacto de importancia en el Soho, alguien con amigos en el mundo de la farándula. Un tal Duval, ¿lo conoce?

—Sabe que sí, Murray.

—No me dijo que Tobin era policía.

—No me lo preguntó. Pero me sorprende que le diera esa información.

—Cuando la Mujer Volcán se trabaja a un hombre, vaya si hablan; le cuentan toda su vida en verso. Le dan datos que ni siquiera sabían que poseían. Lo hacen con tal de oler el aire que ella respira, por perderse en esos ojos que tiene, por soñar con rozar esos labios y no dejar de mirarle las tetas.

—Le creo. No hace falta que enumere lo que he visto con mis propios ojos.

—A lo que le voy: no quiero llevarme mal con la pasma. Quiero llevarme bien con ellos. Y por eso hice lo que hice, detective Treadwell.

—Eddie Tobin está jubilado. Y a lo que se dedica ahora es a hacerle el trabajo sucio a Duval. Le queda a usted tan lejos como la Tierra del Sol. En cambio, yo sigo teniendo un puesto al servicio de Su Graciosa Majestad.

—Sí, pero según he oído no lo tienen a usted en demasiada consideración.

—¿Y qué ha oído?

—Que lo mandaron a Brighton por ciertas discrepancias acerca de algo que quizá pasó y quizá no.

Vince se preguntaba cuánto sabría el Cabeza, hasta que comprendió lo más importante: que la verdad no podía saberla. Entonces, totalmente relajado, dijo casi desafiante:

—Para eso quiero el cuadro, para que me tengan otra vez en buena consideración en el Cuerpo. ¿Lo tiene en su poder sí o no?

El Cabeza contempló al joven detective. Y fuera lo que fuese lo que viera en él debió de convencerlo, pues dijo en voz alta:

—¡Valerie!

Vince oyó que se abría la puerta, y cuando miró la Mujer Volcán ocupaba el vano, como un tapón curvilíneo superpuesto en un rectángulo.

—¿Qué tal, cariño?

—Estupendamente, Valerie —dijo Vince, reaccionando como ella quería, como su mera presencia y su figura pedían a gritos: repasándola con la mirada, y no una sino dos veces.

No llevaba la misma ropa con la que la había visto aquella tarde. Estaba más recatada que en su cita con Tobin, para la que se puso un traje que rayaba lo obsceno, negro y muy ceñido, con un motivo de hojas de parra bordado en puntos estratégicos, en tres de

ellos si la memoria no le fallaba a Vince. Ahora, en comparación, iba vestida con sobriedad: un vestido de noche de color verde que iba a juego con sus ojos y resaltaba su cabellera ardiente. El escote descendía, descendía, luego descendía unos centímetros, y cuando ya parecía que no iba a descender más, en el punto más bajo de su caída, volvía a descender. Si llevaba el lienzo escondido en su persona, Vince no se atrevía a pensar en dónde. Aunque sí se atrevió a preguntar:

–Bueno... ¿y dónde lo tienes escondido?

–Cachéame y lo encontrarás.

Vince lanzó al Cabeza una mirada interrogativa.

El Cabeza miró a la Mujer Volcán y le hizo un gesto. Antes de que Vince pudiera girarse, tenía alrededor de los hombros un brazo desnudo y pecoso en cuya muñeca lucía un brazalete de diamantes, esmeraldas y rubíes. La mano ostentaba algunos pedruscos de consideración que no habrían parecido fuera de lugar en una estrella de cine... ¿una Zsa Zsa Gabor? Puso encima de la mesa un lienzo enrollado, luego se inclinó sobre Vince y acercó la nariz a su cuello. Él detectó en el aliento de la Mujer Volcán los restos de algún cóctel, y ella detectó también algo en él, pues seguía husmeándolo detrás de las orejas como una gata en celo. Vince miraba al Cabeza, y este le devolvía una sonrisa no de victoria sino de complicidad, dejando ver las hileras perfectas y relucientes de sus dientes de fumador.

–Mmm... Chanel número 5 –dijo la Mujer Volcán con un ronroneo–. Yo te hacía más de Guerlain. Aunque me recuerda a cierta señorita que conozco. Una tal Bobbie LaVita.

Vince seguía sin apartar los ojos del Cabeza, quien no dejaba a su vez de mirarlo con la dentadura en ristre.

–Bobbie manda recuerdos –dijo Vince.

La Mujer Volcán dio la vuelta y se sentó en la mesa, tapándole a Vince la visión del cuerpo del Cabeza.

–A ella también le tengo mucho cariño. Me pone a cien, pero Bobbie no se lo hace con chicas. Y Murray es un anticuado para esas cosas, ¿verdad, mi amor?

Sonó la voz incorpórea del Cabeza:

–A mí no me importa que te lo montes con chicas, cosita, siempre y cuando yo esté presente para verlo. –Asomó la cabeza por un lado del muro de carne que lo separaba de Vince y anunció–: Usted le gusta, Vince. ¿Se imagina un *ménage à trois* con Valerie, la Mujer Volcán, y Bobbie La Vita? Eso sí que merecería la pena pintarlo, no la mierda esa que le he levantado al otro madero.

La Mujer Volcán, sin apartar los ojos de Vince, quien a su vez no los apartaba de su escote, no por nada, sino porque lo tenía justo delante, se pasó la lengua por los labios color rojo-cereza y dijo:

–Eso podemos arreglarlo, Murray. ¿Y tú, bomboncito, tú podrías?

Vince echó el cuerpo hacia atrás en la silla todo lo que pudo sin ánimo de ofender. No asintió con la cabeza porque habría sido como caer literalmente en la trampa de la Venus atrapamoscas; y nunca saldría de allí.

–¿Es esta esa sociedad tolerante de la que tanto se habla? –preguntó.

La risotada de la Mujer Volcán hizo vibrar sus grandes pechos.

—Me gusta este chico, Murray —dijo, y metió los dedos entre los negros cabellos de Vincent—. Se parece a Tony Curtis. —Dedos que después pasaron a recorrerle el perfil, la pulida frente, la nariz, hasta pellizcarle el labio inferior y trazar pequeños círculos alrededor del hoyito que adornaba la barbilla del joven detective—. ¿O se parece más a Kirk Douglas?

A Vince le costaba guardar la compostura ante los encantos de la Mujer Volcán y empezó a excitarse. Carraspeó nervioso.

—Sea quien sea, lo que parece claro es que salgo en *Espartaco* —dijo.

Vince oyó un cachete, el sonido que hace una mano abierta contra una superficie de satén. Valerie dio un respingo, se sentó con la espalda erguida, giró la cabeza para mirar fijamente a quien la había azotado en el trasero (de proporciones considerables y aun así muy apetecible) y soltó un «¡Murray!». El Cabeza había puesto la mano sobre una parte de aquella anatomía explosiva y de su propiedad que se derramaba por el lado de la mesa en el que estaba sentado él.

—Estás poniendo en un apuro al chico, cosita.

La Mujer Volcán lo tomó como lo que era: una señal para que se bajara de la mesa. Vince lo tomó también por lo que era: la indicación de que se acabaron los juegos y tocaba hablar de negocios. El Cabeza ya no sonreía, fijaba los ojos en Vince con una mirada firme aunque llena de benevolencia.

—Estás jugando con fuego, amiguito.

—Tobin no será un problema, Murray. Déjame a mí.

—No me refiero a Tobin. Me refiero a Jack. Le gusta esa chica, le gusta mucho.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí, en el piso de abajo, hace cinco minutos.

A Vince le dio un vuelco el corazón. La sonrisa del Cabeza se borró de su cara.

—Murray, no le gastes esas bromas al chico.

—A mí el chico me cae bien, cosita. Lo que le hago es un favor. Le estoy dando información.

Con el corazón otra vez en su sitio, Vince dijo:

—Gracias por preocuparte, Murray. Me estaba aplicando el dicho aquel de «Ojos que no ven, corazón que no siente».

El Cabeza chasqueó los labios:

—Pero eso solo es un dicho. Espero que te funcione. Si no, es tu problema. Nuestro negocio, el que nos traíamos entre manos, yo lo doy por concluido. He cumplido con mi parte, pero tengo que asegurarme de que tú cumplirás con la tuya. —El Cabeza metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, sacó una caja de cerillas de la marca Swan y la puso con sumo cuidado encima de la mesa.

Vince frunció el ceño. Luego su cara se iluminó con una amplia sonrisa, sin un atisbo de alegría, llena solo de incredulidad, y acompañó aquella expresión con una pregunta:

—No me jodas, ¿me estás tomando el pelo?

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo Murray, abriendo la caja amarilla. Dentro solo había

cerillas; aunque, mirando de cerca se veía que en realidad era una foto de unas cerillas.

Vince se inclinó sobre la mesa para verlo mejor.

El Cabeza metió en la cajita una uña recién pintada y sonó un ruido metálico, poniendo en marcha el mecanismo...

—«A cierto político conservador lo cogieron con los pantalones bajados en compañía de una putita. Nada raro hasta ahí, lo raro era que lo había grabado con una cámara. Para la posteridad, imagino, no se me ocurre otra razón. Pero la putita también se lo hacía con el ruso este, un diplomático que echaba horas extras para la KGB. Conocía la existencia de aquella grabación y quería hacerse con ella. Y estaba dispuesto a pagar rublos contantes y sonantes. El *rusски* grabó la conversación que tuvo conmigo mediante un aparatito que llevaba escondido en la típica caja de cerillas de la marca Swan...».

Vince no necesitaba oír más, y el Cabeza lo apagó.

—Lo tengo acorralado, diría, si fuera persona de inclinaciones delictivas. Y lo soy. ¿A lo mejor es que olvidé mencionar que le robé al ruso la cajita del bolsillo cuando nos levantamos de la mesa? Bueno, pero es que no iba a dejarlo ir por ahí con mi voz encerrada en una caja de cerillas, ¿no? Nunca se sabe en manos de quién puede caer. Según están los tiempos, ¡como para confiar en la gente! Y por si te pica la curiosidad, no robé la grabación para el *rusски*. Antes me pego un tiro que empezar a hacerles el trabajo sucio a los rojos. Soy un patriota del mercado libre de los pies a la cabeza.

—Es bueno saberlo, Murray —dijo Vince distraído, más preocupado por su propia y comprometida situación que por la política internacional—. ¿No te fiabas de mí?

—No te ofendas. Es que no me fío de nadie.

—Pero yo sí me fie de ti.

—Y ese es el problema, muchacho. Te fías de todo el mundo. Me tenías que haber cacheado.

Vince adelantó una mano para coger la caja de cerillas. No fue un ademán muy brusco, pero sí lo suficiente como para que un objeto frío y metálico se alojara de repente contra su nuca. Comprendió que la Mujer Volcán estaba detrás de él y que empuñaba un arma.

—El Cabeza pintándose las uñas y la Mujer Volcán con una pistola —dijo Vince—. ¡Cómo me pone esto!

—Nos gusta hacer las cosas de manera diferente por aquí abajo.

—Es la segunda vez en el día que una mujer me apunta con un arma. La primera estaba desnuda.

—Eso podemos arreglarlo, cariño.

—¿Qué quieres, Murray?

El Cabeza lo pensó un momento. Luego respondió con cierta indiferencia:

—Pues lo que todos queremos en la vida: paz y tranquilidad. Por eso pongo mis cartas sobre la mesa y te muestro esta póliza de seguros que me he sacado, y que me dará esa paz y esa tranquilidad. Por si algún día a ti te da un ataque de incorruptibilidad y te olvidas de este trabajito que hicimos a medias.

—No lo olvidaré. Te doy mi palabra.

La Mujer Volcán le pasó un dedo juguetón por el pelo.

–Yo le creo, amor –dijo.

El Cabeza entrecerró los ojos como si estuviera valorando algo, luego emitió un rápido veredicto:

–Yo también, bomboncito mío. –Y guardó la caja de cerillas.

–¿Se acabó? –preguntó Vince.

–Lo que se daba.

Vince sintió que retiraban el cañón de su nuca. Recogió el lienzo enrollado de encima de la mesa y dijo:

–Como acordamos, cuando haya acabado con esto, Murray, podrás quedarte con el cuadro. Se lo dejaré a Long George.

–Olvidalo. No me gusta ese cuadro. Más importante todavía, a la Mujer Volcán no le gusta, dice que es sórdido. Y es una mujer de mente abierta.

–Mucho.

Vince se levantó y fue hacia la salida. La Mujer Volcán ya estaba en la puerta y la abrió para él.

–Cuídate, cariño, y dale recuerdos a Bobbie LaVita.

Antes de que Vince pudiera responder, la Mujer Volcán frunció los rojos y carnosos labios y le plantó un besazo en plena boca.

Servicio de habitaciones

Vince había aparcado a la puerta del Grand Hotel. En cuanto estuvo en el coche, desenrolló el lienzo para poder ver con detenimiento el cuadro. Quería verlo de cerca, a tamaño natural y en persona, por así decirlo. La opinión que tenía al respecto no distaba mucho de la de Max Vogel: su mera contemplación le ponía la carne de gallina. Aunque la repugnancia no la provocaba un análisis crítico objetivo y frío, sino que era más bien debida a la procedencia constatada del cuadro y, sobre todo, a las manos a las que habría ido a parar. Y también por lo que aquella escena había inspirado. Vince la había visto hecha carne, gritando delante de él desde una pantalla, suplicando la compasión ajena, una mano samaritana, la suya. Y él no había podido tendérsela. Pensándolo mejor, eso era lo que más lo repugnaba, el que también él fuera un voyeur; tan solo un hombre más de aquellos que veían el triste final al que la chica había sido condenada.

Volvió a enrollarlo bruscamente, sin preocuparse del daño que pudiera hacer al lienzo, y lo guardó debajo del asiento. Estaba a punto de salir del coche cuando llegó un taxi del que salió Tobin con una mujer. Comprendió que su excompañero no había descubierto todavía que le habían robado el cuadro.

Nada más dejarlo la Mujer Volcán, Tobin debió de salir a procurarse una sustituta. Era una puta, obviamente, y además barata. La Mujer Volcán había despertado en Tobin algún tipo de instinto, algo que necesitaba saciar. Incapaz de hacérselo con la pelirroja de verdad, había optado por un ejemplar más asequible, una mala copia que además tenía pinta de darle a la botella, como Tobin. Llevaba el pelo sujeto en un moño alto sobre la cabeza, pero desaliñado, más parecido a un nido de avispas; y las sucesivas capas de maquillaje parecían aplicadas a paladas durante un apagón eléctrico. Y por si la pobre mujer no tuviera suficiente con todo eso, el que la llevaba del brazo era un tipo de la calaña de Tobin, quien la ayudó a salir del coche, la empujó escaleras arriba y cruzó con ella a toda prisa el vestíbulo del hotel. No vio a Vince sentado en el coche porque el joven detective agachó la cabeza, por si las moscas. Pero no habría hecho falta. Tobin escondía la cara con el sombrero calado hasta las orejas y el cuello de la chaqueta levantado. No estaba muy orgulloso de su acompañante y quería llevársela a su habitación sin que lo viera nadie.

Vince llegó al vestíbulo justo a tiempo de ver a Tobin meter a la prostituta en el ascensor de un empujón. Ni una copa en el bar se merecía la pobre. Vince esbozó una sonrisa maliciosa y, dando grandes zancadas, volvió deprisa al coche para coger la cámara que llevaba en la guantera.

Cinco minutos más tarde estaba delante de la habitación de Tobin con la Leica M2 a

punto. Pegó la oreja a la puerta y oyó voces. La de la prostituta sonaba aguda y quejillosa, y con ella desplegaba el menú habitual de sus servicios: lo que estaba dispuesta a hacer, lo que no dejaría que le hicieran y lo que se podría negociar si el precio era el adecuado. Todo en realidad parecía negociable, también lo que dijo que no haría por nada del mundo, si la cantidad estaba a la altura. No habían pasado a mayores, pues.

Asegurándose de que los pillaría en ropa interior, Vince tocó un par de veces en la puerta y se sacó de la chistera una voz improvisada y perversa; no muy diferente de la suya de siempre, solo un par de octavas más alta y dotada de un tono servil:

–Servicio de habitaciones, cortesía del señor Eton.

Vince oyó los juramentos de Tobin, pronunciados a media voz, pero en ningún momento le pareció que renunciara a la gentileza que le mandaba su anfitrión. Y si había alguna duda sobre el negocio que se traían entre manos, aquello la despejaba por completo.

–Pero ¿a estas horas? –preguntó Tobin.

–No se preocupe, caballero, estamos a su disposición a cualquier hora, y el señor Eton dejó claro que debíamos cuidar de usted en todo momento, y que quizá a usted y a su esposa les apetecería tomar algo antes de irse a dormir.

La puta soltó una carcajada.

–¡Pues no nos apetece! –respondió Tobin.

–Corre a cuenta de la casa, señor. La botella de champán es gratis –dijo Vince, metiéndose en el papel y en su nueva voz, que sonaba por momentos con un aire extranjero, exótico, muy a lo Peter Lorre. La chica protestaba, ella sí quería champán. Vince pensó que quizá lo necesitara. Todavía pegado a la puerta, oyó que Tobin soltaba otro juramento entre dientes.

Se abrió la puerta, y el marco que ofrecía era perfecto. Cecil Beaton no habría logrado una composición mejor para alguna de sus escenas. Primer plano: Tobin recortado contra el marco de la puerta, frizando los sesenta, con una musculatura que había conocido mejores tiempos y ahora colgaba flácida; el abultado estómago, sobresalía protuberante por encima de la toalla con el logo del hotel. Fondo de la escena: la puta despatarrada en el lecho todavía intacto pero a punto de ser aporreado, con un sujetador rojo y liguero, dándole una calada al cigarro y apestando a agua de colonia.

Vince dio un paso atrás, dijo «Pa-ta-ta» y sacó la foto.

Tobin cerró la puerta de golpe. Vince oyó que la prostituta preguntaba si pasaba algo, a lo que Tobin respondió con un «¡Calla la puta boca!».

–Eddie, tenemos que hablar –dijo Vince subiendo la voz.

Una de las voces llegaba amortiguada, la de la puta. No costaba imaginar que Tobin le habría tapado la boca con una mano. Veinte segundos más tarde se oyó la propia voz de Tobin, con tono de enojo:

–Te lo advierto, Treadwell, vete de aquí o llamaré a Tony Machin. Tengo amigos en Brighton, más que tú, ¡so capullo!

–No me cabe la menor duda, Eddie. A todo el mundo le caes bien. Eres muy simpático y comprensivo. Así, ¡cómo no vas a hacer amigos! Adelante, llama a Machin, ¡y fuera

caretas! Piénsalo, Eddie. ¿Te crees que saqué la foto para poner tu jeta en la pared al lado de Brigitte Bardot? ¿Qué pensaría la verdadera señora Tobin si se enterara de que te lo has estado montando con putas de tres al cuarto?

—Puto chantaj... —dijo una voz aguda en tono de protesta, pronto silenciada.

Tobin lo amenazó:

—Tengo una pistola, Treadwell. ¿Qué quieres?

—Tranquilo, Eddie. No me interesa tu vida amorosa. Lo que quiero es el cuadro. Que, por cierto, está en mi poder.

Vince oyó que Tobin revolvía toda la habitación presa del pánico, mirando hasta debajo de la cama, seguro. Luego llegó un «¡Que te calles, hostia!», dirigido a la tristemente desaprovechada puta. Después, una ristra de improperios seguido por el mantra pronunciado a voz en grito: «¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!».

—Retírate de la puerta, Treadwell.

Vince obedeció pensando que Tobin iba a hacer algo tan tonto como disparar. Se abrió la puerta y la puta salió de un empujón con la ropa bajo el brazo.

—¿Qué coño pasa?

Vince le mostró la placa sin decir palabra.

—Soy buena persona, vaya si lo soy. Solo intento ganarme la vida.

Vince guardó la placa.

—No te va a pasar nada —dijo.

—Nunca me habían tratado así.

—Permíteme que lo dude. ¿Te ha pagado?

Ella asintió.

—Entonces no te quejes. Venga, date el piro.

Enfiló el pasillo y desapareció tras una esquina, al parecer con la intención de vestirse en el ascensor, que no era el sitio más privado precisamente.

—Vale, Treadwell, ¿qué quieres?

—Solo quiero hablar contigo. Y luego te devuelvo el cuadro.

Silencio.

Vince llamó a la puerta.

—¿Eddie?

—Espérame abajo en el bar.

—Sería mejor en privado.

—En el bar, Treadwell.

—Vale, con luz y taquígrafos. ¿Qué bebes ahora, Eddie? ¿Sigues dándole de lo lindo?

—No aceptaría una copa de ti, ¡marica de mierda!

Vince esperaba en un rincón del bar. Delante de él, una botella vacía de agua con gas reposaba en un posavasos sobre el cristal de la mesa. La estancia estaba iluminada por tres candelabros de cristal gigantescos. Demasiada luz para el gusto de Vince. No habría más de veinte personas diseminadas alrededor de la barra, todas convenientemente lejos del rincón que ocupaba Vince. Vio que la mayor parte eran parejas, y pensó que el sitio era ideal para una cita amorosa.

La suya entró en el bar. Tobin llevaba un traje recién sacado de la maleta y la misma cara de perro de siempre. Localizó a Vince pero no fue derecho a su encuentro. Seguía siendo un policía y recorrió todo el bar con la mirada, comprobando la seguridad que ofrecía cada ángulo del local antes de ponerse en situación, la que fuera. Pasando revista al bar hasta hallar una salida por si había problemas. Cuando comprobó que todos los rincones estaban bajo control, fue hacia la mesa del fondo y tomó asiento frente a Vince.

Tenía la cara roja y tensa; la presión sanguínea, acelerada. Las manos descansaban en su regazo, listas para transformarse en sendos puños. O para sacar la pistola si tenía que hacerlo, y Vince sabía que la llevaba en la cartuchera de la cintura. Cada gesto que hizo al sentarse tenía algo de defensivo, pero también preparado para pasar al ataque en cualquier momento.

—Eso es nuevo —dijo Vince.

—¿El qué es nuevo?

—La pistola que llevas. Yo pensaba que en esta ciudad solo las mujeres iban armadas.

Tobin movió la cabeza con parsimonia, midiendo bien el gesto.

—Siempre el piquito de oro, ¿eh, Treadwell?

—¿Te dio tiempo a llamar?

—¿Llamar a quién?

—Has tardado un rato, ¿estuviste hablando con el que te paga, Lionel Duval?

El expolicía no reaccionó.

—¿Seguro que no quieres una copa, Eddie? Dicen que hacen bien los cócteles aquí. Me lo contó una pelirroja que conozco.

Tobin entrecerró aún más los ojillos estrechos. Se puso todavía más rojo. Vince vio que la humillación lo calaba por dentro hasta colmarlo. Tobin cerró los puños y escupió la pregunta:

—¿Quién era la zorra esa, tu novia?

—¿Mi novia? ¿Y qué pinto yo con novia, Eddie? Yo pensaba que para ti todo el que va a la universidad es marica.

—Y lo es —rugió Eddie.

—Cálmate, Eddie.

La presión arterial de Tobin estaba ya en punto de ebullición. Tenía la cara de color morado, una cara de borrachín iluminada por una encendida red de capilares a punto de reventar.

—¡Como vuelva a verla algún día la machaco!

—A ti nunca te confundirían con David Niven, ¿no, Eddie? —La cara de Tobin rayaba ya en el púrpura, y Vince pensó que sería bueno aliviarle de algo de la humillación causada por la Mujer Volcán—. Hablemos de negocios. Del cuadro.

Tobin asintió y respiró hondo unas cuantas veces. Eso lo calmó. La cara fue adquiriendo un color más acorde con la normalidad de las funciones cardiovasculares, granate quizá. Atemperó la ira, y cierta confianza en sí mismo le fue dibujando en la cara una mueca de satisfacción.

—Te crees que las tienes todas contigo, ¿eh, Treadwell?

—No, solo un cuadro que pertenece, y eso lo sé a ciencia cierta, a Lionel Duval. Y que reproduce una escena muy parecida a la que vi proyectada en una sala privada en su club. La sala de proyecciones que incluí en mi informe, la que tú dijiste que no existía. Déjame que te refresque la memoria; la película no era precisamente una comedia romántica.

—Leí tu informe, Treadwell. Dos negratas violando a una rubia yonqui, dándole lo suyo, creo recordar.

—Eso es. Parece que el gusto de Duval en cuestiones estéticas se rige por un motivo común, ¿no te parece, Eddie?

Pero Tobin no escuchaba. Había desviado la mirada y la tenía fija en algo por encima del hombro de Vince. Este se volvió y vio la figura de un hombre alto y delgado, de unos veinticinco años. Vestía americana azul cruzada con botones dorados, y una camisa abierta con un pañuelo de lunares alrededor del largo cuello. Los pantalones eran de un blanco resplandeciente, y llevaba náuticos de loneta de color azul sin calcetines. Parecía recién salido de un yate del Mediterráneo. Lucía un bronceado intenso y tenía el pelo corto y rizado, lleno de gomina, listo para pasar revista. Fue derecho a la mesa que ocupaban con un andar ágil y elegante, sonrió con una boca de anuncio que irradiaba cordialidad y le dijo a Tobin:

—El señor Eton lo recibirá ahora.

Tobin respondió con un movimiento brusco de cabeza.

Vince reconoció al chico apuesto, solo que la última vez que lo vio llevaba botas, una gorra de cuero y el uniforme gris perla con brocado de oro en la pechera. Era el chófer de Dickie Eton. Vince lo miró, pero el joven no le devolvió la mirada. Eddie Tobin se puso en pie.

—¿Adónde vas, Eddie?

—Tú quieres saber la verdad, y Dickie Eton quiere su cuadro, así que es hora de ponernos en marcha.

Tobin se desabrochó la chaqueta y quedó al descubierto la pistola que llevaba al cinto. Vince no sabía si el chófer iba armado; solo que él no lo estaba, y que lo llevaban a dar un paseo.

Fueron sigilosamente en el Rolls-Royce hasta la mansión de Dickie Eton. El coche rodaba atravesando la ciudad rumbo a Dyke Road, largo tiempo tenida por la Beverly Hills de Brighton. El lujo de las casas iba en aumento conforme las calles de la zona residencial trepaban colina arriba. Había mansiones que emulaban las de la época Tudor, con grandes puertas de acceso y caminos de grava que atravesaban el jardín; enormes construcciones que imitaban los *châteaux* franceses, ocultos tras la tupida red de arbustos podados para dar forma a elaboradas siluetas de animales; imitaciones de Palladio en estilo neoclásico; casas art déco de los años treinta con flamencos de plástico de tamaño natural que hundían sus cabezas en el impoluto césped; y achatados búnkeres de acero y cristal, un toque de modernidad al lado de los castillos en miniatura con su foso y todo.

Eddie Tobin iba en el asiento del copiloto, junto al chófer, quien se había presentado a Vince como Nick Soroya. Era un joven de modales exquisitos, encantado de dar conversación, a diferencia de Eddie, sentado allí como un estúpido con su cara de perro. Nick Soroya contó que llevaba tres años trabajando para Dickie Eton. Había hecho sus pinitos en el mundo de la canción melódica y fue fichado por Dickie Eton para su sello, Dominate Records. Pero nunca acabó de despuntar (y aquí dejó caer cierto desliz que salió a la luz y que el tipo de audiencia al que se dirigía su música no perdonaba), así que Dickie le ofreció ser su chófer. Nick Soroya le contó a Vince todo orgulloso que Dickie Eton le costeaba los cursos de secretariado, y que una vez los acabara estaría capacitado para ser el asistente personal del señor Eton.

A Nick Soroya se le llenaba la boca de elogios entusiastas, igual que antes se le había llenado de melodías pop para adolescentes. Dijo que Dickie cuidaba mucho de sus artistas, también de los que no daban la talla y se quedaban por el camino rumbo a las vertiginosas alturas del mundo veleidoso que constituían las listas de éxitos. Vince comprendió que hacía de relaciones públicas, allanándole el camino al diminuto magnate de la música.

Vince intervino entonces y dijo que no todos los «artistas» de Dickie Eton tenían el mismo trato de favor. Por ejemplo, Chas Starlight, el músico de *skiffle*, muerto en un tugurio por culpa de la heroína. Ante aquella desagradable revelación, Eddie Tobin dejó escapar un gruñido de plantígrado. Nick Soroya, por su parte, fue elegante y no se dio por aludido, limitándose a maniobrar al volante para encarar la entrada a la casa de Eton. Cuando detuvo el coche, el chófer bajó el cristal de la ventanilla y pulsó un código en el poste que flanqueaba la entrada. Las puertas se abrieron y el coche entró en la propiedad.

La contribución de Dickie Eton a aquella mezcla ecléctica de bodrios con los que los nuevos ricos habían ocupado Dyke Road era todo un ejercicio de audacia. La mejor manera de describirlo era imaginarse un edificio gótico y barroco a la vez, muy al estilo hollywoodiense, con un aire pompeyano antes de la erupción. Era el doble de grande que la casa del vecino, o rival, más próximo. En el césped de entrada había un ingenio acuático que ocupaba el mismísimo centro: una imitación de la Fontana de Trevi a la altura de la original, al menos en tamaño. De repente, Vince pensó en Bobbie.

Habría unos quince coches de lujo aparcados a lo largo del camino de grava, con un estilo y ordenación muy similares a los de las casas levantadas a lo largo de Dyke Road. Nick Soroya abría la comitiva, seguido de Vince, y Tobin la cerraba, haciendo ostentación de sus hostilidades con una mano en la culata de la pistola que llevaba al cinto. Dejaron a un lado el gran arco de la puerta principal y entraron por la de servicio. Atravesaron la gran cocina, llena de ollas y sartenes de cobre que relucían colgadas en las paredes, y un pasillo largo cubierto de moqueta roja. Las paredes estaban llenas de pinturas al óleo, pero eran solo de adorno, para llenar el hueco, no tenían nada que ver con la colección privada; saltaba a la vista que eran copias. Pero había un hilo conductor en los temas representados: cuerpos desnudos en escenas de la Antigüedad clásica, batallas sangrientas, todo escorado hacia el tipo de arte predilecto del dueño de la casa, el sexo y la violencia.

Se dirigían hacia uno de los salones en el que una fiesta estaba en todo su apogeo. Oyeron risas que sonaban a la vez estridentes y furtivas. La música era extraña, sitares, sintetizadores; sonidos turbulentos, distorsionados. Llenaba el aire el tufillo sustancioso que acompaña al humo del cannabis. Vince miró por una rendija que quedaba en una puerta entreabierta al final del pasillo y vio cuerpos desnudos, montones de ellos.

—Me parece que vengo un poco abrigado para la ocasión —dijo.

Nick Soroya le tapó el resto de la vista y señaló unas escaleras que subían desde el pasillo:

—Por aquí —indicó con su cordialidad habitual, pero Vince ya había aprendido a leer bajo esa capa de simpatía motivaciones más oscuras. Miró a Eddie Tobin, que seguía con la mano apoyada en la culata de la pistola.

Subieron por las escaleras y atravesaron un pasillo a oscuras que los llevó ante una puerta de aspecto antiguo, formada por paneles de roble de color oscuro. En aquella parte de la casa predominaban los motivos medievales, potenciados por dos armaduras de aspecto imponente que hacían guardia a ambos lados de la arqueada puerta. Eran de tamaño similar, pero una estaba en peor estado y parecía pedir a gritos una buena mano de lustre. Nick Soroya llamó a la puerta, y una aflautada voz al otro lado dijo que entrarán.

Dickie Eton estaba sentado ante un gigantesco escritorio de caoba. Vestía pijama de seda púrpura con ribetes de oro y llevaba un par de zapatillas de terciopelo negro con hebilla (tenía los pies encima de la mesa). Desde allí daba instrucciones por teléfono con tono intimidatorio. Era una llamada de negocios, negocios del mundo de la música.

—... Mira, Mardell, si a ella no le apetece ensayar, entonces a mí no me apetece que

grave en mi estudio... ¡Que le den! No tiene talento, solo un buen par de tetas, nada más, Mardell. Las hay mil veces mejores por ahí... –Vince advirtió que la voz que Dickie Eton ponía en su faceta de productor tenía un registro a mitad de camino entre el acento de Brighton y el de Brooklyn.

Nick Soroya sonrió a Vince y le indicó que se sentara en un sillón de respaldo alto situado frente al escritorio. Eddie Tobin tomó asiento a un lado, junto a la ventana.

–Prepárales algo de beber a nuestros invitados, Nick –dijo Eton entre una cascada de «Sí, sí, sí, que sí» dirigida a Mardell, su subordinado al otro lado de la línea.

–Tomaré una Coca-Cola –pidió Vince mirando a Nick Soroya, quien asintió con un cortés gesto de cabeza.

Eddie Tobin soltó un juramento entre dientes al oír lo que iba a tomar el joven detective.

–Pues yo me tomaré un whisky –dijo mirando a Vince y meneando la cabeza con cara de asco–. Sin hielo, ni agua, a palo seco. –Vince sonrió a Tobin y le guiñó un ojo. Eddie Tobin, haciendo un esfuerzo evidente por contenerse, hizo sonar los nudillos.

La habitación estaba cubierta de paneles de madera, tipo despacho, más parecido a un club de caballeros, y podía sorprender este estilo trasnochado teniendo en cuenta quién era el dueño de la casa. Lo único que evocaba el *rock and roll* eran varios discos de platino con marcos de oro colgados en las paredes, junto a algunas fotos enmarcadas de manera similar que mostraban a Dickie saludando a prácticamente todo el que fuera alguien en el mundo del espectáculo. Un bar perfectamente aprovisionado ocupaba un rincón, y había una máquina de discos Wurlitzer en otro. Nick Soroya preparó las bebidas y se las llevó a Vince y a Tobin con aquella sonrisa suya cortés y franca, luego volvió como flotando al bar, donde tomó asiento en un taburete mientras se tomaba un combinado en un vaso largo.

Dickie Eton colgó el teléfono:

–¡Joder, qué gente más pesada! –dijo sin ocultar el tono de queja, bajando los pies de la mesa con un movimiento circular–. Perdónenme, pero me llaman siempre en los momentos más inoportunos. Casi siempre los estadounidenses, nunca se enteran de qué hora es aquí. Creen que su horario es válido para todo el planeta. ¡Claro, como tienen la bomba! –Tomó el vaso helado de cristal macizo en el que tenía el whisky. Parecía enorme en sus manos. De hecho, tras mirarlo con más detenimiento, Vince vio que todo parecía venirle grande a aquel hombre: el sillón en el que estaba sentado, el escritorio, el teléfono que acababa de colgar. Aquel efecto de hallarse uno ante un niño pequeño en un mundo de adultos solo se habría evitado haciéndole todo a medida en una escala menor.

Pero mientras Vince estudiaba a Dickie Eton, aquel productor con pinta de diablillo hacía lo propio con él.

–Ah, detective Treadwell, por fin nos conocemos –dijo con un suspiro de satisfacción que sonó fatalista–. Me dijeron que quizá vendría a visitarme por lo de... –Hizo sonar los dedos para ayudarse a recordar–. Por lo de Chas Stardust...

–Starlight, creo que se hacía llamar Starlight –lo corrigió Vince.

–Lo que sea. ¿Cree usted que estaba haciendo un juego de palabras entre uno y otro,

Starlight y Stardust, la verdadera luz de las estrellas y el simple embeleso? Porque la verdad es que no me acuerdo de él, y le puedo asegurar que sé cuándo estoy ante una estrella en cuanto me la presentan. –Eton hizo un ademán desdeñoso con su manita, cargada de anillos de oro macizo–. Nunca debí firmar un contrato con ese grupo, ni siquiera quería follarme a ninguno de ellos. Y no soy nada especial para esas cosas, o sea que si yo no me lo quiero follar, imagínese el resto. No, detective, cometí un error, y ya es raro, porque no cometo muchos de ese tipo. Como era de esperar, fue un puto fracaso. El *skiffle* ya estaba muerto hace años, y ahora sí que no tiene vuelta de hoja. –Eton sonrió y alzó otra vez su vaso–. En fin, brindemos por su memoria. Salud, detective.

Vince dio un sorbo largo a la Coca-Cola y dejó el vaso encima del escritorio.

–Creo que los dos sabemos por qué estoy aquí. Supongo que lo llamó Lionel Duval, después de que este machaca suyo, el de la pistola, lo llamara a él.

–Piquito de oro –soltó Tobin con desprecio, pero sin gruñir ya, diríase que cómodo en aquella situación, satisfecho de sí mismo, divirtiéndose casi.

–Dios, ese hombre. Nunca es fácil hacer negocios con Lionel, siempre está lleno de intrigas –dijo Eton–. Por ejemplo, ese cuadro que yo quería comprarle, no hay nada más sencillo entre dos amigos que dar una cosa a cambio de otra, una obra de arte por un poco de dinero. Y sin embargo, ya ve, ha tenido usted que venir hasta aquí.

–¿Ha dicho usted «dos amigos»?

–¿No lo sabía? Bueno, Lionel y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Desde los tiempos de la calle Denmark, en el Soho, cuando estábamos los dos abriéndonos camino en el mundillo. Lionel contrataba algunos de mis grupos para tocar en sus clubs; para los clubs legales, claro está.

–¿Antes de que se pasara a las pelis guarras?

Hubo un rápido intercambio de miradas entre Tobin y Eton. A este último se le iluminó la cara al responder:

–Bueno, para qué negarlo. Es cierto, detective, lo que usted vio aquella noche no era ni más ni menos que eso.

Dickie Eton miró de frente a Vince, pero Vince no pestañeó. Ni siquiera se molestó en mirar a Tobin gritando: «¡Lo sabía!». Siempre lo había sabido, no tenía nada de victorioso confirmarlo ahora. Había, si acaso, algo triste en ello, una especie de pérdida. Porque una parte de él quería, sinceramente, habérselo inventado todo, la pobre rubia raquítica seguiría todavía viva de haber sido así. Si Eton había buscado una reacción violenta por parte de Vince, no logró ninguna. Así que el magnate enano de la música estudió cuidadosamente sus anillos y continuó hablando:

–Y por lo que respecta a eso de «guarras», detective, es solo cuestión de gusto. Pasa como con la música, que muchas veces requiere un saber adquirido, ¿no le parece?

–No, no me lo parece.

Los finos labios de Dickie Eton, femeninos casi, tomaron la forma de una sonrisa fría y burlona.

–Lo imaginaba, detective. Pero Lionel y yo tenemos algunos gustos en común. El

asunto del cine es un proyecto privado y muy modesto que hemos montado para los amigos de inclinaciones similares. Le sorprendería saber lo variopinta que es esa gente. Algún colega del mundo del espectáculo, políticos, aunque no de primera fila, influyentes, eso sí. Un abogado, también un grupito de la nobleza rural, y de la Casa de los Lores, un dentista de la *jet set*, y hasta un médico privado muy prestigioso. Psiquiatra, de hecho. Y podría seguir.

Vince digirió toda aquella información con una ostensible mueca, luego volvió a mirar a Tobin. Tenía los ojillos fijos en él, lo estaba fulminando con la mirada, pero no había probado la copa, y Eddie Tobin era una verdadera esponja. Aquel hombre que había sido compañero suyo en la brigada antivicio ya no era tan divertido. Y la pistola al cinto no era ya una defensa para llevar a cabo su labor policial; era algo real, lleno de balas, y estaba lista para disparar. Peor aún, Tobin parecía morirse de ganas de apretar el gatillo.

Para ver a Soroya, Vince tenía que girar más el cuello, pero supuso que seguiría en el bar, detrás de él, en la penumbra del rincón. Lo incomodaba no poder ver al chófer. Sus credenciales, el hecho de que fuera un cantante fracasado y que luego se matriculara en una escuela de secretariado, no metían mucho miedo, pero bajo esa fachada de chico bueno se escondía alguien frío, calculador y peligroso. Lo sabía por esos ojos que miraban siempre por su cuenta, como si una capa gélida los separara de la cálida sonrisa que lucía a todas horas.

Vince llevaba un rato considerando a ambos hombres porque, aunque sentía que acabaran de presentárselos, estaba convencido de que uno de ellos iba a matarlo.

—Ah —siguió diciendo Eton—, y otra persona que no he mencionado y que está interesada en nuestro pequeño negocio es su viejo amigo, según creo, Henry Pierce. Se ocupa de todo lo relativo a la seguridad, de que todo el mundo haga lo que se le dice y nadie hable más de la cuenta.

Vince se quedó helado al oír esto. Quizá su asesino no estaba entre aquellas cuatro paredes, por el momento. Con tono relajado preguntó:

—¿Dónde está Pierce entonces, en la fiesta de abajo?

Dickie Eton dejó escapar un bufido de burla que acabó convertido en carcajada.

—Eso es lo más divertido que he oído en mucho tiempo. Henry no aprobaría ninguna de mis fiestas, a no ser que sacara dinero de ellas. No, detective Treadwell, no se invita a un tipo como Henry Pierce a una orgía. ¡Nadie lograría que se le levantara! No, no, detective, Henry no nos hace ninguna falta aquí. Al menos, no por ahora.

El «no por ahora» dejó preocupado a Vince, pero intentó concentrarse en lo que estaban hablando.

—¿Qué les pasa a las chicas en esas películas?

Dickie Eton sonrió.

—¿Usted qué cree que les pasa?

—No lo sé, porque me perdí justo el final. Me dieron un golpe en la cabeza. Supongo que el que me golpeó era la persona encargada del proyector. —Vince miró a Eddie Tobin buscando confirmación.

Tobin sonrió y asintió levemente varias veces como indicando que Vince suponía bien.

—Si le dijera que esas chicas vuelven a casa, quizá no felices pero sí bien pagadas, ¿me creería usted?

—Eso no es lo que yo vi: había un cuchillo.

—¿Parte del atrezo?

Vince rio sin ganas, dejando claro que aquello no era convincente.

—Lo que yo vi no era una película de Fellini, era real, algo sucio y degenerado de verdad, y el cuchillo no era parte del atrezo. —Vince volvió a mirar a Tobin—. Todo lo que he dicho hasta ahora es cierto, ¿eh, Eddie?

Tobin hizo una mueca.

—Cierto, campeón, eres todo un lumbreras; y fíjate dónde has acabado. —Tobin hizo sonar los nudillos y miró a Dickie Eton—. Venga, sigamos con la faena.

—Sé paciente, Eddie, sé paciente —dijo Eton pronunciando con deleitación las palabras, saboreando el papel que le había tocado desempeñar en todo aquello.

Detrás de él, Vince oyó el sonido de la pajita al succionar los restos del combinado. Aunque sabía la respuesta, preguntó de todas formas:

—¿Con qué faena?

—Bueno, el señor Tobin quiere decir unas palabras antes de...

Vince miró fijamente a Dickie Eton mientras el final de su frase quedaba en el aire, pero ya sabía cómo continuaba. Eton disfrutaba a las claras de todo aquello. Le gustaba tener de su parte a Tobin armado. No le bastaban el dinero y el éxito, ansiaba también el peligro, sentir cómo late la vida en toda su vulnerabilidad, vivir la intriga que acompañaba a los gánsteres y a los expolicías corruptos. Dejó colgando el enorme vaso de una mano mientras se miraba los anillos en los dedos.

Vince hizo un cálculo de probabilidades. Tenía a Tobin sentado a un par de metros de distancia. A juzgar por la postura, estaba relajado, feliz consigo mismo, seguro que pensaba que tenía la situación bajo control. Nunca fue muy rápido con la pistola, y Vince calculaba que se la podría quitar antes de que supiera qué le había caído encima. Además estaba Nick Soroya sentado en el bar detrás de él. Vince no podía verlo y eso acrecentaba sus temores. Buscó algo contundente encima del escritorio, un abrecartas, unas tijeras, un pisapapeles, pero no vio nada. Solo el teléfono y unos cuantos papeles, demasiado ordenada para ser una mesa de trabajo. Quizá Tobin advirtiera a Dickie Eton cuando lo llamó. Lo único parecido a un arma era el vaso de cristal macizo que el productor musical encanijado sostenía fláccidamente en una mano.

—Recuerde usted una cosa —dijo Vince, intentando que su voz sonara lo menos afectada por la situación que le fue posible—. Su cuadro todavía está en mi poder.

—¡No tienes nada! —soltó Tobin.

Vince miró de nuevo fijamente a Eton.

—Es un cuadro que indica claramente que Duval y usted son unos pervertidos. Eso podría implicarlos.

La respuesta de Dickie Eton quitó importancia a la posesión del cuadro, como era de esperar de alguien que se pasea por su palacio en zapatillas y pijama.

—Me temo que estoy de acuerdo con el señor Eddie. No tiene usted nada. Y esta

conversación no va a ninguna parte. Me siento igual que un gato jugando con un pobre pajarito medio muerto que ha metido dentro de casa. Porque, verá usted, amigo mío, puede que tenga mi cuadro..., pero solo tiene la mitad del cuadro.

Dickie Eton pareció satisfecho del resumen que acababa de hacer de la situación en tan pocas palabras, y Vince lo creyó.

—Y en este punto, detective, es donde lo dejo solo. Tengo invitados de los que ocuparme. —Tras decir esto, Dickie Eton apuró el vaso y se puso en pie. Si se podía decir así, porque para bajar del sillón tuvo que saltar. Vince no apartaba los ojos del vaso de cristal. ¿Podía ser aquello un arma? Dickie Eton lo dejó sobre el escritorio con un golpe seco y se dirigió a pasito corto hacia la puerta.

Tobin empezó a levantarse...

Vince dio un salto con la intención de coger el vaso, tirárselo a Tobin a la cabeza, darle en plena sien, quitarle la pipa que el expolicía llevaba al cinto, y así escapar de allí. Ese era el plan. Y, efectivamente, llegó a ponerse en pie para llevarlo a la práctica.

Pero en vez de eso, lo que pasó fue que se vio de rodillas en el suelo.

Nada más levantarse, le fallaron las piernas. La cabeza le daba vueltas y los ojos giraban sin parar sobre las órbitas. Sintió que se derretía y que la alfombra era un tremedal de arenas movedizas; los brazos y las piernas no le respondían y le era imposible levantarse del suelo. Oyó risas a su alrededor, una lluvia de risas. Dos manos lo agarraron por debajo de lo que solían ser sus brazos, lo levantaron del suelo y lo arrojaron de nuevo en el sillón. Se sintió como un bebé en una sillita, todo cabeza, con un cuerpo inoperante. Levantó los ojos y alcanzó a ver a Dickie Eton, entre risas, desapareciendo de su vista, seguido de cerca por Nick Soroya, con una sonrisa lánguida.

Vince miró el brebaje que tenía delante, sobre el escritorio, el vaso de Coca-Cola con el que lo habían drogado. El miedo que sintió al saberse acorralado había ocultado en cierta medida los efectos de la bebida adulterada cuando empezó a paralizarlo. Sentía que la cabeza todavía le funcionaba, pero que el cuerpo había sucumbido. De hecho, lo sentía muerto. Y Vince imaginó que, una vez Dickie Eton había salido de la habitación, la cabeza seguiría el mismo camino que el cuerpo en cuestión de minutos.

Tobin estaba ahora sentado en una esquina de la mesa, con una sonrisa malvada en la cara. Parecía que a él no le importaba hacer el papel del gato que juega con el pajarillo.

—Eres un chico listo, Treadwell. Me fijé en que, desde que el enanito empezó a hablar, tú pensaste: «¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Por qué se incrimina a sí mismo de esta manera?». En efecto, Treadwell, un chico listo como tú bien sabe la respuesta: porque los muertos no hablan.

—Por eso nunca te quisieron en la brigada de homicidios, Eddie. Los muertos sí que hablan. Te cuentan todo tipo de cosas, solo tienes que mirarlos muy de cerca.

—Yo fui el que no quiso ir a la brigada de homicidios, porque no había dinero de por medio. Y eso era una pérdida de tiempo, según lo veo yo.

—Sí, claro, los sobres.

—Ya no, ahora tengo mi parte en este trabajito.

—¿Estás subiendo como la espuma, Eddie, o enfangándote en la mierda?

–Vamos a matarte, Treadwell. Y no vamos a ir a la cárcel por ello. Te lo voy a contar.

Vince no podía moverse, sentía que lo rodeaba un armazón de plomo. El cerebro todavía le funcionaba y la boca seguía hablando, aunque sentía los labios, y hasta los párpados, dormidos, como si le hubieran inyectado en vena una sobredosis de anestésico local.

–¿Qué había en la bebida?

–Lo mismo que usamos para drogar a las chicas –dijo Tobin con una sonrisa–. Lo ven venir, pero no pueden hacer nada para impedirlo. Todo está en los ojos, ¿sabes? El director siempre busca primeros planos de las chicas justo antes de que se las carguen. Es lo que más les pone a los perversos, ver el miedo en los ojos de las mujeres.

Tobin se puso en pie con arrogancia, dio la vuelta al escritorio y se sentó en el sillón que Dickie Eton había dejado vacante. Desde un punto de vista físico, encajaba mejor allí sentado que el dueño de la casa. Pero había algo que le venía grande. La cara de currito todavía lo delataba como lo que era, el matón que se sienta en la silla del jefe.

–Treadwell Piquito de Oro, puto sabelotodo de los cojones.

–Por lo que ha dicho el Ratón Supersónico, he dado en el clavo en casi todo –respondió Vince.

–¡Bah! ¡Tú no sabes nada!

–Me lo dicen mucho últimamente. Venga, Eddie, ilústrame.

Eddie Tobin se puso cómodo en el sillón.

–Tú te acuerdas de Tommy el Trizas allí muerto en el suelo, ¿vale?

Vince asintió, o al menos lo intentó, porque su cuerpo no le respondía.

–Te dijeron que fueras a buscar al de la puerta, ¿no?

A Vince lo rallaba ver a Tobin saboreando aquel momento y decidió aguarle la fiesta acelerando la secuencia de acontecimientos:

–Fui a la puerta del club, allí no estaba. Oí un ruido arriba, una puerta al cerrarse. Así que subí a echar un vistazo. Estaba oscuro. Oí el grito de una chica detrás de una puerta, en el último piso. La puerta estaba cerrada con llave. La abrí de una patada y entré. Estanterías, latas de películas apiladas. Una mesa en medio de la habitación, un proyector sobre la mesa, una película en curso. Un cine privado. Alrededor de veinte fulanos sentados, viendo una peli porno. Nada del otro mundo, las ponen por todas partes en el Soho. Pero aquello era diferente...

Eddie Tobin sonrió con malicia cuando vio el asco reflejado en la cara de Vince.

–Sí, esa ya la he visto –dijo Tobin–. Dos negratos vestidos de zulus que violan y dan una paliza a una yonqui rubia.

–Oí algo, me di la vuelta, vi a un hombre en el vano de la puerta –siguió Vince–. Un tipo alto que no era el portero. Imagino que era el que manejaba el proyector. Cuando desperté estaba en el hospital y me dolía la cabeza, y tenía tu informe delante, y en él decías que me lo había inventado todo. Luego acabé aquí y, bingo, me entero de que estaba en lo cierto.

–¿No recuerdas nada más?

Vince se encogió de hombros, o al menos lo intentó, porque no estaba seguro de tener

ya hombros.

—El hombre en aquel cuarto, sí, era el del proyector —dijo Tobin, echándose hacia delante y apoyando los codos en el escritorio, como si quisiera examinar algo con una lupa—. Tú lo mataste, Treadwell.

Vince no se cayó al suelo de la risa no por culpa de la bebida emponzoñada, sino al ver la cara que ponía Tobin. Había algo en ella que iba más allá de los rasgos psicológicos que apuntan en la expresión facial a un policía corrupto, esa falta de honestidad que aprieta los labios y entrecierra los ojos. Y si era todo una broma, le salía de maravilla.

—Sigue —dijo Vince.

Tobin volvió a echar el cuerpo hacia atrás en el sillón de Dickie Eton, pero ahora no había nada de triunfal en su postura. Aquello iba más allá de su victoria sobre Vince.

—Duval y yo fuimos a buscarte al ver que no venías. Subimos las escaleras, vimos la puerta del cuarto del proyector abierta. Sangre en el suelo, muchísima sangre. El que manejaba el proyector estaba tirado de espaldas, y tú, de rodillas encima de él, destrozándole la cara a puñetazos. Lo hiciste papilla. Yo grité, te dije que pararas. Lo estabas matando. ¡Matándolo! Te giraste y nos viste allí. Luego seguiste a hostia limpia. No había forma de que pararas. Duval tenía en la mano la cachiporra que guarda debajo del mostrador de la entrada. Se la quité porque él no podía moverse del *shock*. Y te di con ella en lo alto de la cabeza, con tanta fuerza como para noquear a un elefante. Pero tú seguiste golpeándolo.

Tobin hizo un pequeño ruido con la boca, como si le diera dentera recordarlo todo. Luego siguió:

—Sabías muy bien lo que hacías, Treadwell: puñetazos en la cabeza, directos a la sien. Tenía la cara amoratada y hecha trizas, los sesos machacados, hasta que lo mataste. Tú lo mataste, Treadwell. Tú lo asesinaste salvajemente. Duval echó la pota. Yo seguí allí parado, igual que un conejo delante de los faros de un coche. No había visto nunca nada igual. Entonces te levantaste y te diste la vuelta. Duval estaba fuera, gritando como una puta cría con los ojos llenos de lágrimas. Y ha vivido lo bastante como para ver ciertas cosas. Yo también. Pero nada como aquello. Era tu cara, Treadwell... sonreías. Luego te caíste al suelo. Los golpes que te di acabaron haciendo mella en ese cráneo de caballo que tienes. Una reacción tardía. Tenías en la cara una expresión de... No he visto nunca nada igual. Era algo perverso. Maldad en estado puro.

Vince se levantó de golpe. Luego volvió a caer, de golpe también. La información, el *shock* que provocó en todo su cuerpo, era lo que lo había levantado. Una reacción, un espasmo. Pero una vez de pie, su cuerpo no pudo sostenerle y cayó al suelo. Entrecerró los ojos, y cuando los abrió vio que los zapatos de Tobin estaban a escasos centímetros de su cara. Eran marrones, de ribetes perforados, se había pasado con el betún y estaban llenos de grietas, con manchas en las viras que olían a mierda de perro seca. Los zapatos desaparecieron de su vista. Vince sintió que Tobin lo agarraba de las solapas hasta alzarlo del suelo, y luego lo devolvía hecho una madeja a la silla que había ocupado antes. El esfuerzo dejó al expolicía sin respiración, y se apoyó en una esquina del escritorio.

—Ya puestos, te lo voy a contar todo, Treadwell. A ti te gusta el cine, ¿no? Bueno, pues

ya puedes decir que sales en una película. El título podría ser *Cámara oculta*. Todo quedó grabado porque Duval tenía escondida una cámara en el cuarto del proyector. Por seguridad, para que no le robaran ninguna de esas películas. Tiene cámaras por todo el local, es un maniaco de la seguridad, y un voyeur. Pero eso ya lo sabías, ¿no? Seguro que has oído hablar de las fiestas que da en su mansión. Él y Dickie, ¡sí, sí, el pequeñín es igual! –Tobin se echó hacia delante, levantó el dedo índice como si fuera a enganchar a Vince con él–. Entre tú y yo, Treadwell, el enanito y Lionel son dos perversos de marca mayor. Les gusta mirar cómo se lo montan sus invitados, todos hasta el culo de alcohol, pastillas y droga dura. Hombres con mujeres, mujeres con mujeres, mariquitas vestidos de tía. Duval tiene cámaras por toda la casa, y Dickie también, no me extrañaría. ¿Qué te crees que está pasando ahora mismo en el piso de abajo? Pues ¿qué va a ser? ¡Están en plena orgía, como los romanos!

La perorata de Tobin había llegado a su punto álgido. Tenía la cara muy roja, no porque ansiara unirse a los juegos de la fiesta de abajo, sino por el poder que tenía sobre el joven detective.

–Verás, por mucho que al enanito se le llene la boca de sexo, en realidad no le gusta follar. Le gusta mirar a otros haciendo el trabajo sucio, como suele decir él. Y Lionel lo mismo: jamás engañaría a su mujer, pero le gusta mirar. Tendrías que ver la de gente que ha grabado Lionel, haciendo cosas que no debían con gente con la que no debían. ¿Por qué te crees si no que está comprando medio Soho sin que los buenazos del ayuntamiento muevan un dedo para impedirselo? Porque tiene grabaciones guarras de la gente que corta el bacalao. Hasta te tiene a ti, Treadwell.

Tobin dejó la esquina del escritorio y dio la vuelta para sentarse en el sillón. Unió las manos y se inclinó hacia delante, como un presentador del telediario a punto de dar una grave noticia.

–¿Ni siquiera quieres saber qué pasó con el fulano que mataste?

Vince no respondió, no quería darle crédito a aquella historia. Todavía no estaba preparado para admitir que era verdad. Quería que siguiera siendo todo mentira. Pero Tobin se moría de ganas de contárselo de todas formas, y las palabras brotaron de su boca de finos labios como una baba insidiosa y persistente:

–El tipo del proyector era un cero a la izquierda. No tenía mujer, ni familia. Nadie sabía que trabajaba para Duval, ni qué era lo que hacía. Nadie lo echaría de menos, un desecho humano de los muchos que acaban recalando en el Soho. A veces echaba un trago con los tramoyistas en el pub, pero nadie sabía nada de él. Era un don nadie.

Solo estaban ellos dos en la estancia, pero Tobin seguía haciendo como que miraba hacia la puerta por si alguien oía lo que decía.

–Leí el informe que hizo aquel psiquiatra sobre ti, Treadwell. Uno de los mejores en su oficio. Había escrito un libro sobre ello...

–El doctor Hans Boehm –le apuntó Vince.

–Sí, ese. Ese informe que a ti no te dejaron leer. ¿Lo sabes, no? Scotland Yard ha abierto un expediente sobre tu caso. No te quitan el ojo de encima. El doctor Boehm dijo que eras muy dado a tener visiones. A inventarte cosas. Dijo que eras un *naricista*.

—Narcisista, pedazo de imbécil.

Tobin ni se inmutó por el insulto.

—Pues eso, lo que yo he dicho, un *naricista*. Que es como ser un mariquita, lo que siempre creí que eras, con esos trajes fardones que me llevas y esa pinta de ligón de playa que tienes.

El somnífero que le echaron en la Coca-Cola debía de estar perdiendo efecto, porque Vince empezaba a sentir que el cuerpo le respondía. Y también empezaba a sentir el vómito subiéndole desde el estómago. No era toda la mierda que Tobin estaba echando por la boca lo que le hacía sentir náuseas. Era su misma boca. Tobin mismo. Al hablar se le había formado espuma en las comisuras de los finos labios. Aunque tenía la sartén por el mango, y hacía gala de ello, el expolicía no podía ocultar la rabia del resentimiento, la fealdad del odio. Vince desvió la mirada de esa boca espumeante y la paseó por la habitación.

—Te estás excitando, Eddie. Límpiame la boca. Hasta aquí llega ese olor de puta barata que tienes en el aliento.

Tobin se limpió la saliva con la manga de la chaqueta. Enderezó los hombros, recompuso la figura y siguió hablando:

—Vale, te lo diré sin anestesia. El doctor Boehm piensa que te ves siempre en el centro de todo, de todo lo que no existe. Propenso al orgullo desmedido y a la egolatría, eso escribió. Casi todos los sicópatas y los criminales son naricistas.

Tobin no tenía razón, pensó Vince, porque sí que estaba en el mismísimo centro de todo aquello, y todo aquello existía y giraba a su alrededor. Quería volver a hacer pie, volver a hacer su trabajo de policía. ¿Trabajo de policía? Aquello tampoco sonaba bien. Tal y como estaban las cosas, eran dos expolicías frente a frente. Uno retirado, y el otro a punto de que lo retiraran para siempre.

—Pongamos fin a esto de una vez, Eddie, o ve a lavarte los dientes.

—Sin prisas, Treadwell. No te aceleres. No vas a ir a ninguna parte —dijo Tobin, haciendo sonar los nudillos y flexionando los dedos—. No fue difícil limpiarlo todo. Vaciamos de arriba abajo el cuarto del proyector, que volvió a ser un almacén, llevamos el cine a otro local. Eso ya te lo habías imaginado, ¿no?

—En efecto.

—Aquí viene lo que te interesa. La parte que jamás te imaginarías, y la que más me gusta a mí. Lionel lo llamó ironías del destino. ¡Para mí es solo un puntazo de la hostia! Lionel llamó a Dickie Eton. Dickie llamó a Henry Pierce. A Pierce se le daba bien hacer desaparecer a la gente, llevaba años haciéndolo para Jack Regent.

Vince sentía que el cuerpo le respondía cada vez más, como si llevara todo el fin de semana de fiesta en fiesta. Gotas de sudor le surcaban la espalda, le latía la cabeza y se le tensó el pecho.

—Pierce recogió el fiambre dos días después. No se le ocurrió otra cosa que meterlo en una furgoneta de reparto de helados. Todo un detalle por su parte, porque aquello ya empezaba a oler a perro muerto y no había quien parara en aquel cuarto; el camión frigorífico vino que ni pintado. Y lo trajo a Brighton.

Vince empezó a ver el lado cómico de todo aquello: el marrón se lo iba a comer él. Y aunque no lo disfrutaba tanto como Tobin, tenía que admitir que la encerrona, la idea del plan y su misma ejecución eran perfectas. ¡Menuda trampa le habían preparado!

—Pierce hizo lo que sabe hacer, le cortó la cabeza y las manos al fiambre para que no pudiera ser identificado por si pasaba algo. Lo malo fue que, en efecto, algo pasó. Pierce la cagó y el cuerpo acabó varado en la playa. Y el resto ya lo sabes, detective Treadwell. Estás investigando un asesinato que tú mismo cometiste. Un asesinato que hasta está grabado y todo.

Vince empezó a pensar de forma vertiginosa, intentó recordar lo que pasó en el cuarto del proyector aquella noche. Pero no recordó nada. Le venía a la cabeza lo mismo de siempre: el hombre alto que entraba en el cuarto y luego que perdía el conocimiento. Recordó lo que le había dicho el doctor Boehm, lo de que la mente nos hacía trucos constantemente. Hace lo que tenga que hacer para protegerse: cancela los malos recuerdos, los borra, los compartimenta y los bloquea. Pero por mucho que lo intentara, Vince no conseguía bloquear la presencia de Eddie Tobin ante él.

—Empezamos a preocuparnos cuando nos enteramos de que Markham te había mandado aquí, por lo listo que eres, y lo buen policía. Pero como dijo Duval, ahí estaba la ironía, la justicia poética. Nos reímos. El chiste no era para menos. Porque lo único que averiguarías, Treadwell, sería que tú mismo eras el asesino.

Vince se echó a reír, una risa que podría haberse vuelto histérica, pero en ese momento abrieron la puerta y Nick Soroya entró en escena con una mano detrás de la espalda. ¿Una pistola? ¿Un cuchillo? Vince dejó de reír e intentó levantarse. Sentía que le volvía a correr sangre por las venas, y hasta logró incorporarse en la silla de respaldo alto. Tobin ya se había puesto en pie y daba la vuelta rápidamente al escritorio.

Nick Soroya descubrió el arma que escondía: un pico. Llevaba en la mano una jeringuilla. Estaba llena todo lo que el émbolo daba de sí de una sustancia marrón de aspecto sospechoso, igual que la mierda que había matado ya a varias personas en la ciudad.

Eddie Tobin había llegado a la altura de donde estaba Vince y lo devolvió, pese a los gruñidos y a la resistencia que opuso este, a la silla. Le sujetó el brazo con fuerza y tiró hacia arriba de la manga. Nick Soroya hizo como los médicos y levantó la jeringuilla para inspeccionarla de cerca. Luego le dio tres golpecitos con la uña. Satisfecho con la inyección letal que había preparado, pinchó con la aguja la vena de Vince.

Vince no tuvo tiempo de decir nada. El tiempo empezó a pasar más lento, como sucede siempre que está a punto de detenerse para siempre. Y lo último que pensó, cuando la aguja le escoció en la sangre, fue solo eso, en el pinchazo mismo. Fue todo rápido, profesional. No había malicia ni enemistad. Era como una ejecución.

Nick Soroya, el cara guapa, sacó por fin a relucir su verdadero ser bajo la sonrisa de buen chico, y Vince comprendió qué oscuro objeto se escondía tras aquellos ojos, justo cuando el otro le metía la muerte en vena.

Un César de paja

Vaughn estaba sentado en un pub de mala muerte a las afueras de Brighton, en Portslade, una barriada que no le iba a la zaga al pub. Hasta ahí llegó con el taxi. Era un pub situado en una calle lateral, donde no había estado nunca antes y donde nadie lo reconocería. Llevaba horas sentado en un rincón, capeando el temporal con pintas de cerveza y chupitos de whisky, apurando los vasos hasta el fondo; y con ellos, los bolsillos. No conseguía emborracharse, pero sí quedarse poco a poco sin blanca, con lo que se adentraba cada vez más en un callejón sin salida. Porque el pub de Portslade no quedaba lo bastante lejos. Oía las conversaciones en la barra. Los hombres hablaban despreocupadamente, se filtraban palabras sobre la «plaga» que seguía azotando la ciudad, con un hilo de agujas que dibujaba en las calles la ruta de la desesperación. Una chica joven había sido la última en caer.

Al levantar el vaso para darle el trago final a su última pinta, a Vaughn le parecía que los posos del fondo eran organismos vistos a través del microscopio y que su vida pasaba por aquel cristal vertiginosamente. Como si el espacio de la ebriedad se abriera para acoger en su interior una claridad sorprendente, propia solo del estado sobrio. Y vio que no tenía nada. Ni novia, ni dinero, ni esperanza. No soportaba pensar en ella. Era ya cosa del pasado. Un pasado que no le pertenecía a Vaughn. Un pasado que cayó sobre él sin que se diera cuenta..., aunque eso no tenía mucho sentido.

Así que empezó a pensar en cómo salir de la mierda que lo rodeaba por todas partes y amenazaba con engullirlo. No se le ocurría nada, aparte de lo que siempre había hecho, comerse los marrones de otros. Pero esta vez no caería tan bajo. Porque los que se enmarronan, los que ponen la jeta, los pringados, los pardillos, los capullos, todos esos ni se enteran. Esta vez sería él mismo el que se quitaría de en medio. Matarse para seguir el camino de Wendy, ese era el plan. Unirse a ella en el colocón más grande que te podías coger, aquel del que no despertabas nunca. Parecía el mejor camino a seguir, el paso definitivo hacia delante. Hasta era lo más decente.

Los escasos momentos en el pub que dedicó a Wendy lo hizo solo para recriminarse lo poco que había pensado en ella, sintiéndose culpable por haber pensado única y exclusivamente en sí mismo. Había tenido algún que otro remordimiento, pero enseguida quedaron aplacados por un sentimiento más profundo: un miedo que lo devoraba por dentro alojándose en lo más hondo de sí mismo. Ahora que estaba pensando en quitarse de en medio, podía hacerlo con un poco de dignidad, hacerlo para estar con ella. Y hacerlo también por ella.

Fue al baño y se encerró en un cubículo, para ahorcarse con el cinturón. Pero cayó en

la cuenta de que llevaba tirantes. Se había puesto su mejor traje, con los calcetines rojos para que resaltaran bajo los mocasines nuevos; igual que sus héroes, el grupo de actores y músicos que formaban The Rat Pack, Frank Sinatra, Dean Martin, Sammy Davies Jr. y Peter Lawford. Pero en el meadero de un pub en Portslade, hasta Vaughn, bien alejado de la realidad en su hiperactivo mundo de fantasía, era capaz de ver lo incongruente de ese detalle. Se dejó caer sobre el mugriento asiento del váter, hundió la cabeza entre las manos y empezó a llorar. Lloraba por Wendy y por los otros que habían muerto. Pero lloraba sobre todo por él mismo. Hasta que se meó de miedo. Porque la muerte, estaba seguro de ello, tenía que doler muchísimo.

Debían de ser unos cuarenta. Destrozaron las hamacas y usaron los travesaños a modo de bates y porras, o bien los arrojaban como si fueran lanzas. «¡Somos los mods! ¡Somos los mods!», cantaban. El reducido grupo de rockers no tenía ninguna posibilidad. Saltaron la barandilla del paseo marítimo para evitar que los patearan, esquivando las hamacas que empezaron a volar sobre sus cabezas. Era un salto de más de un metro sobre la arena de la playa. Tuvieron suerte porque los barandales cedieron en un punto, y los usaron como rampa para escabullirse por ahí y huir. Las cámaras de la BBC y de la Movietone en su rama británica lo captaron todo. Era el caos, la vorágine, la anarquía, ¡y unas imágenes de calidad excelente! Todo el mundo estaba indignado ante la invasión de los mods, aquellos «Césares de paja» (en alusión a las huestes fascistas de Mussolini) que parecían haberse adueñado de toda la ciudad. Los más cínicos decían que la grabación era un montaje; y los disturbios, orquestados desde arriba. La mayor parte de los sociólogos comentaron que el hooliganismo unido al consumo abusivo de alcohol no era nada nuevo, y ponían como ejemplo los grabados de Hogarth, el pintor satírico inglés del siglo XVIII.

—¡Somos los mods! ¡Somos los mods!

Habían quedado a la entrada del Palace Pier. Aquel muelle era el sitio ideal: un epicentro, un foco en el que empezar la revuelta y, lo que era más importante, ser retratado para la posteridad. La policía montada intentó dispersarlos, pero los astutos mods, envalentonados por las cámaras y ebrios de publicidad, opusieron feroz resistencia. Hubo protestas. Sentadas. Los más politizados esgrimieron la bandera de los derechos civiles contra la policía, a la que acusaban de querer pisotear su libertad de reunión y palabra. Los que no habían leído tanto, por lo general con una borrachera más gorda, esgrimieron piedras. Fue todo un espectáculo.

—¡Somos los mods! ¡Somos los mods!

Más abajo, a la altura de la piscina para niños que hay en el paseo marítimo, arreciaban los porrazos en la cabeza, las esposas se cerraban sobre las muñecas y había furgones llenos de detenidos. Los chicos de azul habían acordonado a unos doscientos mods en la playa. Tiraban a la policía piedras, botellas de cerveza y hamacas, hasta que por fin cargaron contra las fuerzas del orden.

—¡Somos los mods! ¡Somos los mods!

Lejos del paseo marítimo y de las cámaras de televisión, hubo destrozos en escaparates

y pubs, y prendieron fuego a muchas motocicletas. Los rockers se habían ido ya a casa y los mods peleaban entre sí, divididos por barrios, por equipos de fútbol, acompañando los golpes con aquel coro perenne del «¿Qué coño miras?».

—¡Somos los mods! ¡Somos los mods!

Le habían dado un nombre al movimiento, «los mods», y todos los que habían bajado a Brighton a pasar el puente buscando un poco de bronca se alistaron bajo esa bandera. Era un nombre abreviado, con gancho, y quedaba a años luz del brío y la elegancia originales del movimiento Modernista que había hecho furor entre la subcultura de los cafés y los clubs de jazz en el Soho, cuando en el bolsillo de atrás del pantalón no faltaba nunca un libro de Jean-Paul Sartre leído miles de veces, cuando Jean Paul Belmondo era venerado en la pantalla; cuando el que más y el que menos lucía ropa de corte italiano sacada de las revistas de moda y le daba la espalda a la cultura-chicle estadounidense para mirar con nuevos ojos, ebrios de esteticismo, a Europa.

—¡Somos los mods! ¡Somos los mods!

Vaughn no era mod. Aunque llevara un traje de fibra sintética de la cadena Montague Burton de tres botones y una sola abertura, un sombrerito de ala corta y los mocasines de ante con ribetes, y aunque consumiera pastillas con regularidad, como si tuviera miedo a que se acabaran, él no diría de sí mismo que era un mod. Ese era el problema con los mods, pensaba Vaughn; que cualquiera con un mínimo de gusto en el vestir pasaba inmediatamente por ser un mod. Él sabía que no lo era y no daba el brazo a torcer en ese pequeño detalle. Y en un día como aquel, lo que quería era matarlos. Cuando salió arrastrando los pies del pub en Portslade pensó en robar una farmacia (y si eso no era de mods, entonces nada lo era, aunque Vaughn no fuera uno de ellos). Era la ocasión perfecta para un robo, un día de puente. Pero las sirenas de la policía (cuando pasaban en moto, de dos en dos en coches patrulla, o en los nutridos grupos que atestaban los furgones negros) infestaban el aire, precisamente por culpa de los mods. Y aunque la poli no daba abasto y el caos en el centro de la ciudad propiciaba un golpe en una farmacia a las afueras, Vaughn sentía que aquel no era su día de suerte. Y si lo cogían, eso sería la puntilla para él. Además, quería hacer las cosas bien. ¡Qué va, Vaughn odiaba a los mods!

Últimamente evitaba la Third Avenue, era una forma de no toparse con Henry Pierce. Ahora le daba igual, y además, seguro que Henry Pierce tampoco querría encontrárselo por la calle, con tanto madero siguiéndole el rastro a Vaughn.

Apretó el botón, dio su nombre y abrieron la puerta desde el interfono en el acto. En lo alto de las escaleras lo recibió un afroantillano que conocía y al que llamaban Marcus Tres. Había siete afroantillanos en Brighton que se llamaban Marcus, y aquel era el número tres. Que Vaughn supiera, no eran familia, sin embargo todos tenían el mismo nombre. De hecho, la mayor parte de los afroantillanos que Vaughn conocía se llamaban Marcus, y no sabía por qué. Marcus Tres hizo un ruido seco con la boca, olisqueó el aire, luego hizo el mismo ruido otra vez y dijo, con un fuerte acento antillano:

—Apesta a meado, ¡bragazas!

—¿Tienes algo para pasarme?

–Yo no paso esa mierda que buscas, nenito.

–¿Pirulas? ¿Tienes pirulas? Te pillo unas pirulas. Por favor..., lo que tengas. –Y decía bien, quería cualquier cosa que tuviera, y la cantidad que hiciera falta para matarse.

Marcus Tres asintió, y Vaughn entró en el apartamento. Estaba completamente a oscuras, no veía nada. Lo rodeó una vaharada densa formada por nubes de humo de marihuana que flotaban en la habitación cerrada a cal y canto. No supo exactamente con qué lo golpearon, pero fue con algo contundente.

Cuando volvió en sí, estaba sentado en una silla de plástico. Lo habían atado con una cuerda muy fina alrededor de la cintura. Los pies también, era un trabajo muy profesional. Demasiado para alguien tan inofensivo como él, pensó. La oscuridad se debía a que las ventanas estaban pintadas de color negro mate. Y había un mural en la pared que ya le resultaba conocido y representaba a unos caribeños de cadera grácil bailando libres, sin ninguna preocupación.

Estaba todavía en la Third Avenue, debajo del piso de Marcus Tres, en el sótano del BBC, o lo que era lo mismo, el Beach Bottle Club. Una llama temblaba suavemente detrás de él dando una luz tenue. Cuando fue recobrando la compostura, recordó que justo a sus espaldas había varias mesas con botellas de Jack Daniel's haciendo de candelabros, semiocultas bajo capas y capas de cera que habían formado estalactitas. Había pasado muchas horas sentado a una de aquellas mesas, con un pedo de la hostia, quitando con la uña tiras de cera de las botellas, sintiendo que se deshacía entre sus dedos. Oyó un ruido detrás, alguien arrastraba una silla por el suelo. Giró la cabeza hacia la luz y vio una mole gigantesca: Henry Pierce.

–¿Henry?

Pierce cambió despacio de posición, alejándose de la luz, adentrándose en la parte de la habitación que quedaba a oscuras.

–Henry, ¿qué haces?

Hubo una estudiada pausa, como en el teatro; luego Pierce dijo, con toda la intención:

–Pues quedarme aquí agazapado entre las sombras, ¿no lo ves?

Pierce caminó hacia la improvisada barra abriéndose paso con el bastón blanco. Localizó por el tacto un taburete y se sentó, derecho como una vela, ¡y los pies todavía le llegaban al suelo! Dejó el bastón blanco encima de la barra e hizo sonar los nudillos, luego se cruzó de brazos. Listo para empezar la función, suspiró dejando ver su disconformidad.

–Así que estas tenemos –dijo.

Vaughn analizó su situación y preguntó lo que no tenía que preguntar:

–¿Quién me ha traído aquí abajo?

Silencio.

Vaughn movió la cabeza con resignación, ¿qué más le daba quién?

–El caballo que me diste, Henry, es veneno puro.

–Eso parece. Pero el que lo pasaba eras tú; tú pusiste esa mierda en circulación.

–¡Tú me la diste! ¡Dijiste que era buena!

–Y lo era. Solo que demasiado buena.

—No me pienso comer este marrón, Henry. El caballo me lo diste tú.

—¿Y por qué te lo di? —Vaughn permaneció en silencio—. Pues eso, chico. Y ahora ¿qué vas a hacer? ¿Vas a ir a la pasma, vas a decirles que no fue culpa tuya? Te preguntarán que de dónde lo sacaste. Les dirás la verdad, que yo te lo di. Vendrán a preguntarme, que por qué te lo di. Les diré la verdad, que te di la heroína en pago a tus servicios prestados, a un trabajo hecho como Dios manda.

—¡Tú me obligaste a hacerlo!

Apenas un pestañeo, y Pierce se puso en pie. El bastón ya no estaba en la barra, lo tenía en la mano. Lo levantó, dio dos pasos hacia Vaughn y se lo estampó sobre las rodillas.

Vaughn soltó un grito que le salió del alma y cerró los ojos hasta que el dolor agónico inicial remitió un poco. Cuando los abrió, Henry Pierce otra vez estaba sentado en el taburete y el bastón reposaba encima de la barra, como si nada hubiese pasado.

—Pero no fue un buen trabajo, ¿verdad, muchacho? —siguió Pierce.

—No —alcanzó a decir Vaughn, gimiendo de dolor.

—Y todo porque el cuerpo acabó varado en la playa. El cuerpo del delito acabó en medio de la playa para que allí cualquier malnacido pudiera encontrárselo.

Vaughn se defendió, entre ruegos y lágrimas:

—Hice lo que tú me dijiste, Henry. Lo juro por Dios. ¡Tú lo viste! ¡Le corté la cabeza!

La cara de Vaughn se retorció devorada por el sufrimiento. Pero la causa no era el dolor que le quemaba los muslos, era el recuerdo. El recuerdo de aquella noche. La cochera convertida en osario en el que Vaughn, siguiendo indicaciones de Pierce, había llevado a cabo tan sórdida tarea. Era el paso definitivo de Vaughn para convertirse en malo de verdad y dejar de ser un conductor de medio pelo. Pero aquella noche Vaughn había descubierto algo importante sobre sí mismo: que no estaba hecho para ser un malo de verdad. Se le partía el alma, o le faltaban cojones, pero sobre todo no tenía estómago para hacer aquello. Vomitó sin parar todo lo que duró el suplicio.

Pierce puso su tono más científico en la voz:

—Te lo dije, muchacho, que tenías que rajarle el pecho, pincharle los pulmones, sacarle todo el aire de las ruedas, ¡hostia!

Vaughn estaba histérico ya, y de haber podido, habría pateado el suelo con todas sus fuerzas, pero nada podía impedir que gritara fuera de sí:

—¡Eso no me lo dijiste! ¡No me lo dijiste! ¡No me lo dijiste, no me lo dijiste eso no me lo dijiste eso no me lo dijiste...!

Pierce, de pie otra vez, cogió el bastón con las manos y lo alzó, y Vaughn, como perro de Pavlov, fue obediente, dejó de gimotear y cerró los ojos. Pero como no podía taparse también los oídos, tuvo que oírlo, oír cómo cortaba el aire y caía otra vez con fuerza sobre sus rodillas. No hubo gritos de dolor esta segunda vez. Se le habían dormido las piernas y le dolía la garganta. Solo alcanzó a mearse encima; las escuchimizadas piernas le ardieron al contacto con su propio orín. Pensaba que ya lo había meado todo, pero estaba muy equivocado. Meó como un caballo tras una carrera. Echó tanto, y con tantas ganas, que formó un pequeño charco en la silla de plástico. Al abrir los ojos, lo mismo de

antes: Pierce en el taburete; el bastón, en la barra. Como si allí no hubiera pasado nada.

Vaughn comprendió que Pierce se podía pasar así toda la noche. Y que él no podría. Llegó a pensar por un momento que su plan inicial había funcionado: Marcus Tres le pasó las pirulas, él tomó una sobredosis y ahora estaba muerto. Pero en vez de ascender a los Campos Elíseos escoltado por emisarios seráficos que lo llevaban a reunirse con su Wendy, había bajado al mismísimo Infierno. Y la eternidad iba a ser eso para él. Una divina comedia hecha a su medida.

—¿Te has hecho pipí, muchacho? —dijo Pierce poniendo una mueca y chasqueando con desaprobación los labios.

Pero estaba fingiendo, porque no esperaba menos de Vaughn. Cualquier otra reacción lo habría decepcionado. Los nervios de Vaughn, que siempre se le bajaban a la vejiga, eran objeto de sorna entre los entendidos de Brighton cuando se juntaban en el pub, en el club o en torno a los tapetes. Había salido a su padre en eso.

—Decir la verdad no es lo más aconsejable en un caso como este. Y fíjate que dejo fuera de todo esto a Jack, que no tiene por qué saberlo —siguió Pierce.

Vaughn torció los labios, y ellos solos formaron algo que de lejos podría tomarse por una sonrisa. Se le acababa de ocurrir algo.

—Tú mismo lo dijiste, Henry, querías que yo hiciera el trabajo, que me deshiciera del cuerpo. Yo seguía órdenes tuyas. Tú la cagaste tanto como yo. Y si Jack viene a por mí, también irá a por ti. Piénsalo, quizá deberías desatarme, Henry, y así quedábamos los dos en paz, ¿eh?

Apenas lo dijo, Vaughn comprendió que había sido un error hablar así, y cerró los ojos a la espera de recibir el bastonazo. Pero no hubo tal. Al abrirlos de nuevo, vio que Henry Pierce seguía sentado en el taburete, inmóvil y, al parecer, sin expresión alguna en el rostro.

—Sin duda Jack se mostrará airado conmigo —dijo Pierce—, pero me tiene en consideración y aprecio desde hace años. Alguien tiene que pagar por ello, ¿y quién va a ser? ¿Tú o yo? ¿Por quién apuestas?

Vaughn, pese a estar atado y bien atado a la silla de plástico, logró hundirse un poco más en el asiento. Pierce, con la cabeza en alto como si declamara ante una audiencia sentada en sus butacas, siguió en un tono que parecía bien ensayado, como si lo hubiera repasado al menos mil veces: su historia, su coartada.

—Yo tengo años de servicio a mis espaldas. He desempeñado mi labor con diligencia y mi jefe nunca tuvo queja. ¿Y tú qué? Tú no vales ni el pis que te cala los pantalones.

Pierce cogió el bastón de encima de la barra, se levantó y fue dando un lento rodeo hacia su presa, haciendo girar el bastón en sus manazas. El movimiento imitaba una hélice al ponerse en marcha trabajosamente, y para Vaughn, que se echaba hacia atrás todo lo que podía en la silla, era igual de letal.

—Y sin embargo, hoy me pillas dadivoso. Quiero ayudarte, muchacho.

Vaughn lo miró a través de las cuchillas de la hélice.

—¿De verdad? —preguntó.

—¿Y por qué no?

Vaughn no tenía ni idea.

—Ahora que has matado a la chica —dijo Pierce.

Presa de nuevo del pánico, Vaughn gritó:

—¡Te juro por Dios, Henry, que no fui yo! El que le pasó la droga tuvo que ser otro. Cuando oí que la gente se moría, tiré por el váter lo que me quedaba.

—Entonces ¿quién se la pasó?

—No lo sé.

—A lo mejor te quitó algo, antes de que lo tiraras.

—No haría una cosa así.

—¡Tú me dirás, si no! Mientras dormías, seguro que te quitó un poco para ponerse.

—No.

—Hay que tener cuidado con las mozas. Le arrancarían los dientes de oro a su abuela para conseguir lo que quieren. Y tú lo sabes, muchacho.

Vaughn sabía que Wendy no era así, pero asintió de todas formas, sin atreverse a discrepar. No quería sentir el ardor del palo otra vez en las rodillas. Y llevarle la contraria a Pierce no era buena idea. Eso lo alivió de la escasa sensación de culpa que todavía tenía. Había sido culpa de ella, no suya. Culparla a ella lo absolvía a él, y no estaba en condiciones de renunciar a cualquier forma de absolución, por mínima que fuera.

—No nos engañemos, muchacho, la chica ya no está entre nosotros, que Dios se apiade de su alma; salvarla no está en nuestras manos, ha pasado a mejor vida. No le des más vueltas.

A Vaughn le temblaba el labio inferior y un dolor nuevo lo invadía por dentro cuando dijo:

—La... la quería.

—Conmovedor. Pero hay que pasar página.

—¿Pasar página? ¡Pero si acaba de morir!

—Precisamente el tiempo es lo que cuenta en un caso como este. Cuando Marcus Tres me llamó para decirme que estabas aquí, mi primera reacción fue: avisa a la pasma, ¡que lo ahorquen! Pero lo pensé mejor: hay que hacer justicia, me dije. —Pierce había dejado de dar vueltas y se paró delante de él. Sostenía el bastón con la mano izquierda y tenía la derecha alrededor de la empuñadura nudosa; poco a poco la fue desenroscando del resto del bastón.

Vaughn sabía lo que venía a continuación, porque había visto el mango desenroscado y la cuchilla que salía de dentro del bastón como una pequeña espada japonesa. «Hay que hacer justicia». Cerró los ojos y murmuró una plegaria para dejar en paz este mundo y arreglar sus cuentas con Dios, algo que le abriera, esperaba, las puertas de su reino.

Sonó un leve crujido en el aire y la hoja de aproximadamente medio metro de largo cortó la cuerda que ataba a Vaughn a la silla de plástico. Vaughn, y los que conocían a Pierce, siempre pensaron que su forma de proceder respondía tanto a la ceremonia como a la rutina. Cada una de sus acciones era una parte indivisible de todo el espectáculo, ya fuera el piel roja subido a un escenario o el maleante vestido de negro de pies a cabeza que anda suelto por las calles. Y si había alguna duda acerca de la visión perfecta que

Pierce conservaba en el ojo sano, quedaba reducida a cenizas con aquel golpe maestro ejecutado a través de la escasa abertura de apenas medio centímetro que quedaba entre el brazo de Vaughn y la silla. Lo justo para que pasara la hoja y cortara la cuerda.

Vaughn abrió los ojos y alcanzó a ver a Pierce cortando la otra cuerda con la que le habían atado las piernas. Justo en ese momento quedó libre. Se frotó las muñecas y levantó la vista para mirar con ojos sorprendidos a su salvador. Iba quedando claro, hasta para alguien como Vaughn, que Henry Pierce tenía planes para él.

—Para empezar nos ocuparemos de Bobbie, Bobbie LaVita. ¿Qué sabes de ella? —dijo Pierce en un tono pragmático.

—Nada.

—¿Ni siquiera lo que te haya contado tu hermano?

—No tenemos mucha relación. Él es un poli.

Pierce arqueó los labios en una significativa sonrisa.

—Entonces esto te va a encantar. Tu hermanito, cómo decirlo, ha sacado los pies del tiesto. Se ha saltado el estricto código de Scotland Yard. —La sorpresa de Vaughn no era fingida. Pierce meneó la cabeza, como si le costara creer a él también lo que iba a decir, y entonces lo soltó—: Se la ha follado, le ha echado un polvo, ha jodido con ella. Se la ha tirado. Se la ha metido hasta...

—Vale, vale. Me hago una idea, Henry. Pero ¿estás seguro?

—Lo han pillado. Le han seguido y está grabado.

Pese a ser alguien que llegaba siempre tarde a todo, cogido a cada paso por la vida en un traspiés, a Vaughn no pareció sorprenderle la noticia. Tampoco lo escandalizó. Bobbie y su hermano hacían buena pareja. Hasta Vaughn se daba cuenta de que en la trágica trama que discurría delante de sus mismas narices, Bobbie y Vince eran los personajes principales, la pareja estelar. Y estaba encantado de que ellos coparan todo el protagonismo siempre que él lograra salir vivo de aquello.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Hay que liquidar a la chica.

—¿Bobbie LaVita?

Pierce asintió con gesto serio.

—Se ha portado mal, Henry, los dos se han portado mal, pero... pero ¿merece morir por ello? —Vaughn sintió en el pecho una tristeza infinita, eco de su propia pérdida—. Quizá... quizá se amen.

—Como tú y tu chica, esa... ¿cómo se llama?

—Se llamaba Wendy... ¡Wendy! —gritó, y acabó por hundirse más en la silla de plástico, chapoteando en el tibio charco que tenía debajo.

—El vuestro era un amor puro y decente —dijo Pierce, dando la vuelta hasta colocarse detrás de Vaughn. Puso sus manos asesinas sobre los hombros de él, huesudos y encogidos—. Pero el suyo... Su amor es sucio. Muy sucio.

Vaughn se echó a llorar. De manera incontrolable, con un llanto que le sacudía el pecho entre desgarradores sollozos.

—Yo... yo... yo no... yo no... no quiero hacer daño a nadie.

–Nadie quiere –dijo Pierce, transformado ahora en una figura paternal, el viejo tío Henry.

–Tú... tú... ¡Tú sí!

–Ahí llevas razón. Y ahora, venga, vamos a quitarte esa ropa mojada.

Un fin de semana guarro

Un golpe.

Nada.

Otro golpe.

Nada.

¡Un golpe más fuerte!

Este sí funcionó, y Vince abrió los ojos. Bobbie estaba inclinada sobre él, con la palma de la mano lista para golpearle en la mejilla una vez más. Vince sentía pinchazos en la cara, no lograba enfocar, pero sí alcanzó a vislumbrar lo suficiente para darse cuenta de que estaba en su habitación del Seaview Hotel.

Bobbie lo agarró de las solapas con ambas manos y lo sentó. La cabeza de Vince no se sostenía. Bobbie lo abrazó por la cintura y lo levantó de la cama hasta ponerlo de pie, pero volvió a caer como un peso muerto sobre las sábanas. Ella no se rendía, lo intentaba una vez más y él volvía a caer en la cama. Y así estuvieron como unos veinte minutos, pero ella seguía sin rendirse. Le dio más golpes, le tiró del pelo, le echó agua fría a la cara, y así logró tenerlo despierto. Preparó una taza tras otra de café fuerte y se lo hizo tragar. A veces lo vomitaba, y eso era bueno; otras veces lo retenía en el estómago, y eso era aún mejor. Al final logró que aguantara en pie. Colocó los brazos de Vince alrededor de sus hombros, y así, cargando con él, lo paseó de un lado a otro de la habitación. Bobbie acabó sin fuerzas, llena de moratones, porque Vince sucumbía de repente y caía encima de ella; o se golpeaba contra los muebles al sujetarlo en una de esas caídas. Pero aguantó y aguantó, y al final él pudo derrotar lo que fuera que tuviera en las venas y el cuerpo empezó a funcionarle otra vez, muy débilmente, por su propio pie.

—Gracias. —Fue la primera palabra coherente que salió de su boca. Estaba dentro de una bañera llena de agua caliente; y ella, sentada en el borde. Ya no tenía nublada la vista, y vio que Bobbie llevaba unos vaqueros de pitillo enrollados por debajo de las rodillas, manolequinas negras y un jersey bretón a rayas azules y blancas muy ajustado. Aunque estaba cansada y no llevaba el maquillaje de siempre, aquel contraste entre el tono pálido que se ponía en la cara y el negro del rímel con el que resaltaba el contorno de sus ojos la hacía más joven que nunca. Tenía la piel tersa y de un tono tostado que no dejó de sorprenderlo.

—¿Qué pasó? —preguntó Bobbie.

Vince lo estuvo pensando.

—Fui a una fiesta —dijo tras unos minutos.

—Una fiesta ¿en casa de quién?

—De Dickie Eton.

Bobbie abrió los ojos. Parecía asustada.

—¿De qué hablas, Vince?

—¿Has oído hablar de las fiestas de Dickie Eton?

—He estado en una —dijo Bobbie—. Me fui cuando empezaron a quitarse la ropa. ¿Y tú qué demonios hacías allí? ¿Y qué demonios te dieron?

Vince meneó la cabeza y entrecerró los ojos para intentar concentrarse, hasta que le llegó un recuerdo.

—Me echaron algo en la bebida.

Bobbie preguntó, sin comprender muy bien:

—¿Te emborrachaste?

—No bebo alcohol. —Cogió el cigarrillo que ella estaba fumando y le dio una calada larga. Se tragó el humo y lo aguantó en el pecho, hasta que sintió el ardor que le laceraba los pulmones. Luego lo echó entre toses y un ligero babeo.

—Y queda claro que tampoco fumas —dijo ella, quitándole el cigarrillo de la mano.

Vince miró a Bobbie e intentó esbozar una sonrisa. Con la voz todavía pastosa por la droga, masculló:

—Estás preciosa..., ¿sabes? Eres una chica guapísima. La chica más... la más guapa que he visto... la más gua...

—¡Vincent! —gritó ella, dejándole con la palabra en la boca. No sonreía ante sus cumplidos, porque no era su voz la que los pronunciaba; era otra, como a cámara lenta, sonaba hueca. No era la voz rápida, ingeniosa y profunda del joven detective del que, para su sorpresa, se estaba enamorando.

Él percibió su disgusto y metió la cabeza debajo del agua.

—Tienes muy mal aspecto —dijo ella cuando asomó la cabeza otra vez—. Intenta recordar qué pasó.

—Me echaron algo en la bebida. Luego... luego acabé aquí...

—Y entonces, ¿cómo explicas esto? —Metió la mano en el agua y retiró la espuma que le cubría el cuerpo. Vince vio los moratones que tenía en el pecho y en los brazos, un corte a la altura de las costillas, las rodillas destrozadas, y marcas en el cuerpo que parecían de latigazos. La herida que más le llamó la atención, de la que no podía apartar los ojos, era la más pequeña e imperceptible de todas. En el pliegue del brazo derecho tenía un pinchazo...

Y entonces el recuerdo de la pasada noche rebobinó en su cabeza, y Vince revivió hacia atrás la secuencia de los hechos...

La piscina, boca abajo, desnudo, muerto... Cuerpos que se le echaban encima... encaramados sobre él... chicos y chicas... sirenas drogadas que lo atraían al agua... Vince que se pone de rodillas, las tiene ensangrentadas... un sitio tan malo para morir como otro cualquiera, le parecía... Dickie Eton, como Nerón o Calígula, en su trono al lado de la piscina... Le grita a Tobin que pare... Eddie Tobin no puede contenerse, le da más patadas a Vince en el estómago... Le estampa el pie en la cara... a Vince lo ahoga el olor a mierda seca de perro... El mármol frío y blanco tiene un tacto cálido que no esperaba...

El golpe en el estómago. Vince que cae al suelo, doblado en dos... Parece una escena de una película... Cecil B. DeMille... *Sodoma y Gomorra*..., columnas de mármol blanco, fuentes, una cascada en el rincón... Los chicos y las chicas desnudos, follando, una orgía... Toman pastillas, esnifan coca, fuman hierba, se inyectan heroína y aquella música de locos zumbando alrededor de su cabeza... Vince tirado en el suelo... La risa sube de tono, es ronca, repelente, la música lo desorienta todavía más... Lo arrastran por otro pasillo, largo, con las paredes llenas de cuadros cada vez más explícitos, cada vez más guarros. El sexo y la muerte, el sexo y la muerte... Lo ponen de pie, lo levantan de la silla, lo sacan del despacho de paneles de madera justo antes de que el gran subidón del caballo lo tumbe... Tobin a un lado, su cara de perro, la boca llena de saliva que no para de reír y hacerle burla... Al otro lado, el joven de la cara guapa y sonriente con un único y oscuro objeto en todo lo que hace...

... Su cuerpo está contaminado, tiene la sangre envenenada, corrupta ya para siempre. Y lo tumba... Esa dosis letal de aquella mierda oscura entra en contacto con su sangre... El pico punza la vena, le inyectan la heroína dentro, igual que en una ejecución. Son solo negocios... Se abre la puerta, entra Nick Soroya con las manos a la espalda. ¿Esconde una pistola? ¿Un cuchillo? No... Vince está en la silla, se le va la cabeza, no siente el cuerpo, se le han dormido los brazos y las piernas. La Coca-Cola adulterada, el vaso con hielo... Eddie Tobin sentado ante el escritorio, la risa que sale de aquellos labios finos. ¡Ah, la ironía!... Tobin contándole lo cómico de la situación como el que anuncia la muerte... «Tú lo mataste, Treadwell. Tú lo asesinaste salvajemente...».

Vince se sentó de golpe en la bañera, levantando las capas de espuma que lo cubrían; Bobbie dio un salto al ver todo el agua que vertió por un lado de la bañera.

—¡Vincent! —El grito de Bobbie lo sacó de aquella visión—. ¿Qué pasa?

Vince miró a Bobbie y preguntó:

—¿Cómo llegué aquí?

—Al ver que no volvías a mi apartamento llamé al hotel. Me dijeron que dos hombres te habían traído inconsciente; dijeron que habías bebido más de la cuenta y te subieron a la habitación. Por eso supe que algo iba mal, porque tú no bebes, ¿no?

Vince negó con la cabeza; todo empezaba a encajar.

—Cuéntame qué pasó, Vincent.

Volvió a echarse en la bañera y con las manos fue formando otra vez un manto de espuma para taparse.

—Si te cuento lo que pasó, ya no me querrás —dijo, sin saber si lo decía en serio o en broma. Creía que era lo primero, pero al decirlo parecía lo segundo. Cogió aire de golpe y metió la cabeza otra vez debajo del agua.

—Si no me lo cuentas, no puedo quererte —insistió Bobbie cuando Vince volvió a salir a la superficie.

—Entonces tendré que arriesgarme, supongo.

Y lo hizo. Le contó todo lo que le había pasado en las últimas semanas. Toda la historia de cabo a rabo (saltándose solo lo que ella ya sabía). Del Soho a Brighton. Desde el momento en el que entró en el club Cucú con Tobin, hasta que salió del Grand Hotel

también con Tobin. Hasta que Nick Soroya los llevó en coche a la fiesta de Dickie Eton, quien estaba implicado con Lionel Duval en las pelis porno. Hasta lo de Eddie Tobin contándole que mató al hombre del proyector y que lo habían filmado cometiendo aquel asesinato, y luego cómo lo habían mandado a él, el detective Vincent Treadwell, a Brighton a investigar el crimen..., el crimen que él mismo había cometido.

En ese punto, Bobbie lo interrumpió. Lo había escuchado con total atención, pacientemente. Se le daba bien escuchar, y la capacidad que había tenido para reinventarse su propio pasado daba buena fe de ello. Sabía que el demonio estaba en los pequeños detalles, pero no creía a Vince capaz de matar a nadie. Según lo veía ella, estaba claro que le habían tendido una trampa. Con o sin grabación, le aseguró, era todo una encerrona de dimensiones colosales. Y juntos lo demostrarían. Estaba tan convencida de ello que Vince la creyó. El agua se había enfriado cuando Vince salió del baño; tenía la piel rugosa como el coral. Bobbie lo envolvió en una toalla y lo secó bien.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

Vince se encogió de hombros con un gesto de cansancio.

—Estupendo. Vamos a comer algo.

Las gaviotas sobrevolaban la ciudad con vuelo bajo igual que marionetas en manos de un titiritero indolente, despertando a un nuevo día de hambre renovada, rebuscando comida en la basura, haciendo todo lo posible por sobrevivir con sus chillidos de alarma, en un coro imparable y desasosegante. Bobbie estaba agotada, le dolía todo el cuerpo tras el esfuerzo físico y la desesperación de verlo pasar de la consciencia a la inconsciencia y sentir que lo perdía para siempre. Pero cuando echaron a andar por el paseo marítimo nada más salir del Seaview Hotel, la presencia alucinatoria del astro rey con sus primeros rayos imprimió a todas las cosas un renovado brillo, una nueva vida.

Con un brazo, Vince rodeaba la cintura de Bobbie, la atraía hacia sí, sentía que ahora le tocaba a él hacer de apoyo. Le sorprendía que, pese al bombardeo de información que tenía sobre él mismo y sobre el caso de asesinato que estaba investigando, se mostrara tan relajado. Era como si hubiera llegado al final de algo, y ese algo ya no estuviera en su mano. Se sabía impotente, y eso le daba nueva libertad. Fuera lo que fuese lo que Nick Soroya inyectó en su sangre, todavía sentía los efectos. Quizá había echado también esa sustancia en la bebida. Pero con todo lo que le habían contado, parecía mentira que tuviera la conciencia tan tranquila y estuviera tan sereno. No creía que hubiera matado a nadie, eso seguro, y le quedaba todavía bastante del policía que llevaba dentro como para saber que uno era inocente hasta que se demostrara lo contrario. Y aunque sobranan motivos para haber cometido aquel crimen, y la sed de justicia en su fuero interno le podría haber dado fuerzas más que suficientes para llevarlo a cabo, necesitaba pruebas, un montón de pruebas delante de sus narices antes de condenarse a sí mismo.

Eran visibles los destrozos que había causado en el entramado de la ciudad la violencia del fin de semana. Hamacas hechas añicos desperdigadas por la playa, escaparates rotos en la calle principal y retenes de policía en algunos puntos. Los periódicos se hacían amplio eco del caos, aireaban la indignación moral que sentía la ciudad, totalmente

tomada por sorpresa. Planteaban preguntas que trasladar al Parlamento, y cundía el ejemplo de los políticos enviados a Brighton para ver de primera mano los daños en el «campo de batalla».

No había ningún café abierto todavía en el paseo marítimo, y Bobbie y Vince bajaron a la playa y se sentaron, acomodándose como pudieron entre los guijarros. Aquí y allá había sacos de dormir, cada uno con su ocupante dentro, parecían morsas varadas en la playa. Vince y Bobbie se pusieron a mirar al mar. Surgió la pregunta inevitable.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó ella.

—Ya te dije que tenía algo de dinero guardado, y que me debían lo de mis vacaciones, si es que sigo siendo policía para cuando acabe la semana. Quizá me vaya fuera y haga ese viaje en coche por Europa. ¿Te vendrías conmigo?

—No me refería a eso, sino a la... la situación.

Vince cerró los ojos y se echó sobre las piedras.

—Anoche Tobin dijo que me iban a matar y que no irían a la cárcel por ello. Y si está en lo cierto, también lograrían salir indemnes. Quizá quieran dejarme tirado en la playa con una sobredosis. Para que parezca que me la había inyectado yo mismo, como la pobre Wendy.

—Pero tú eres policía, Vincent, y te conocen. Tus compañeros te conocen, tu amigo Ray, como se llame, el de la Interpol, él te conoce...

Vince levantó una mano como dándole el alto y se incorporó.

—Eso no cuenta: ninguno creyó lo que vi en aquel cuarto de proyección, cuando empezó todo esto. Hasta Ray piensa que estoy obsesionado con el caso. Hay un informe que ha escrito un médico privado, una eminencia de la calle Harley, el psiquiatra que me trató, y ahí pone que soy un sicópata. Y, al parecer, también hay una grabación en la que se me ve matar a un hombre con mis propias manos. Pensarán que me he vuelto loco y no le darán más vueltas.

Ella negó vehementemente.

—Es todo mentira —dijo con firmeza—. Te dicen eso para que tú te lo creas. Pero no es cierto, nada de ello lo es. ¿Dónde está esa grabación en la que se te ve matando a alguien? La prueba que te incrimina, ¿dónde está?

Vince sonrió, le partía el corazón la confianza ciega que ella tenía en él. Volvió a tumbarse sobre los guijarros.

—Bobbie, si todo es cierto, lo de anoche fue solo para demostrar que me tienen bien cogido y no me van a soltar. Podrían haberme matado, me podían haber metido un pico de heroína pura, algo letal de verdad. Pero parece que para ellos valgo más vivo que muerto. —Pasó el pulgar por la piel suave que perforó la aguja—. Un policía corrupto vale su peso en oro. —Lanzó un suspiro lento y profundo, cerró los ojos y dejó que el sol de la mañana le calentara la cara y el cuerpo magullado.

Bobbie lo miró con atención. Parecía casi satisfecho, resignado a que pasara lo que tenía que pasar. Pero ella no lo estaba. Era como si toda la ira que sintió Vince la sintiera ahora ella, y la devoraba el resentimiento contra Lionel Duval, Dickie Eton, Eddie Tobin y todos los que lo querían tirado en la arena, apaleado y con los ojos cerrados. Se

levantó, sacudió los guijarros húmedos que se le habían pegado al culo y dijo con toda la intención:

—Levántate, Vincent. Tengo hambre.

Ahora estaban sentados en un café. Había ocho mesas cubiertas con hules de cuadros azules y blancos, puertas que se abrían a la explanada frente al mar, paneles giratorios llenos de gafas de sol, flotadores, colchonetas hinchables, cubos y palas de playa, chanclas, postales de Brighton y otras con motivos pícaros que se vendían en todas las playas británicas; había también sombreros de paja, y los típicos de fieltro negro omnipresentes en todas las ciudades costeras del reino, desde Brighton a Blackpool, con aquella leyenda bordada, inspirada en una letra de Elvis, que tentaba al viandante: «Bésame ya, achúchame más tarde».

Tenían un desayuno completo delante. El más grande que había en la carta, El Reventón Gigante de Brighton. Tres salchichas, tres tiras de beicon, tres huevos fritos con la yema en su punto, tres rodajas de morcilla negras como la sangre seca, tres tomates enlatados, una pila de patatas fritas y otra de tostadas. Vince no tenía hambre; fue Bobbie la que pidió tanta comida. Sabía que Vince llevaba horas con el estómago vacío, había que reponer energías en aquel cuerpo, darle combustible a la mente. Lo vio mojar un pedazo de pan frito con mucho cuidado en la yema de un huevo, jugando con la comida en vez de comérsela.

Bobbie no quería que dejaran de hablar del caso.

—¿Todavía crees que Jack tiene algo que ver con todo esto? —tanteó—. Las pelis porno..., las chicas.

Vince ni siquiera se molestó en contestar. Tenía la mente perdida en la yema de huevo que había extendido por todo el plato. Parecía prestarle más atención a la pregunta, tan vieja como el mundo, de qué fue antes, si el huevo o la gallina, que a las actividades de Jack Regent.

—¿Y bien? —inquirió ella.

Respondió sin ganas, mascullando entre dientes:

—¿Quién sabe?

—Pues el detective eres tú.

Se encogió de hombros y siguió mirando fijamente la comida, sin probarla.

Con un golpe seco Bobbie dejó el tenedor y el cuchillo en el plato, como hace alguien cuando exige atención.

No había nadie más en el café, así que solo las camareras detrás de la barra vieron que la mujer de aquella pareja perfecta le daba una bofetada al hombre. La rubia abofeteaba al moreno. Fue un golpe rápido y contundente, pero lo que más les sorprendió fue ver que él se quedaba con la bofetada; era más, parecía casi dar las gracias por haberla recibido.

Vince se llevó una mano a la cara, pasó la punta de los dedos sobre la parte que tenía entumecida y ardiente. Lo hizo más para sentir que la mejilla seguía allí, y no tanto para calmar el dolor. Miró a Bobbie. Ella tenía la espalda tiesa; la cabeza, girada, mirándolo

con una especie de desafío que normalmente no veía en aquellas facciones delicadas. Le había dado tantas bofetadas la noche anterior que Vince parecía más resignado que molesto. Entonces lo hacía para que no se durmiera, para que no perdiera el conocimiento y cayera en el gran vacío que propiciaba el globo de heroína, en el gran cuelgue sin retorno. Ahora le había pegado para que no cayera en otra cosa, para que no huyera de sí mismo y anulara con ello su identidad de policía. Quizá fuera eso lo que más amaba en él; quizá no, pero no iba a andar corriendo riesgos.

Sabía que Bobbie quería de vuelta al detective Vincent Treadwell porque era fuerte, listo, tenía recursos y por tanto podía cuidar de ella ahora que Jack no estaba. Y porque, en efecto, era todo eso y más, podía con todo eso y con más, y porque la deseaba más de lo que nunca había deseado a ninguna otra mujer antes, hizo lo que tenía que hacer.

Cogió dos tostadas, dos salchichas, dos tiras de beicon, una rodaja de morcilla, un puñado de patatas fritas, un pegote de ketchup, otro de salsa barbacoa y se hizo un sándwich capaz de reventarle el estómago. Abrió la boca todo lo que le daban de sí las mandíbulas y le dio un tremendo mordisco. Puso a maniobrar sus maxilares durante lo que pareció una eternidad y tragó, pero antes lo regó todo con varios sorbos de café solo. Retiró el plato, cogió un palillo y se lo llevó a la boca, luego cruzó los brazos encima de la mesa. Y por fin la miró, dispuesto a todo por ella.

—¿Que si Jack conoce la existencia de esas películas? —Una pregunta retórica, pero Bobbie asintió de todas formas—. Lo primero que sobra en esa pregunta es lo de «porno». Porque son más que porno. Son algo degenerado, ¿vale?

Bobbie asintió.

Vince movía el palillo con la lengua por toda la boca, y volvió a pensar como el policía que era.

—¿Alguna vez oíste a Jack hablar de retirarse? —preguntó—. ¿De dejarlo todo?

—Jack es una persona muy cautelosa. No iba con él de charleta como cuando sales con chicos.

—¿Con chicos?

Bobbie dejó escapar un suspiro, como si la hubieran pillado in fraganti.

—Sí, ya sabes, Jack era un hombre mayor. Era más como un... —Lo dejó ahí.

—¿Como un padre? —Vince acabó la frase por ella.

Bobbie se giró para no mirarlo, y empezó, distraída, a presionar con la uña del dedo gordo en el hule de la mesa, dejando una hilera de huellas con forma de media luna. Siguió ensañándose con el hule hasta que Vince tosió con actitud conminativa.

—Vale, Henry Pierce está al frente de las operaciones junto con Duval y Eton. Él se encarga de la seguridad —dijo Vince—. Es una forma de referirse al trabajo sucio; y cuando el trabajo es tan sucio como el que hace esta gente, hace falta mucha, mucha seguridad.

—¿Y tu compañero, Eddie Tobin?

—Olvídate de Tobin. —Vince hizo un movimiento brusco con la cabeza quitándole importancia al trabajo que hacía el expolicía—. Por muy importante que se crea, no es más que el mensajero. Un expoli con aires de trepa al que nunca van a hacer socio suyo.

Yo creo que la clave está en Henry Pierce. Y que Jack no conocía la existencia de esas películas.

—¡Eso creía yo también!

Él sonrió.

—Lo llaman trabajo en equipo. El equipo hace el trabajo y los que están en lo alto de la jerarquía se llevan los honores. ¡Trabajo en equipo!

Ella sonrió.

—Puedo estar de acuerdo contigo en que Jack no tenía ni idea de lo de las películas —continuó Vince—. O si lo sabía, no le hacía mucha gracia. Incluso hasta puede que ese sea el problema. Él ha hecho mucho dinero, le apetece tener una vida más tranquila, entonces se enamora y quiere crear una familia.

Sus ojos se encontraron, entablaron un férreo duelo de miradas. Ganó ella y Vince tuvo que bajar la suya.

—O quizá solo quiera tener una vida más tranquila —admitió Vince—. Pero cuando te mueves con este tipo de gente no hay vida tranquila que valga. Son como los tiburones: si dejan de moverse, están muertos.

—¿Crees que mataron a Jack?

Vince sopesó la pregunta.

—Lo dudo... Pero puede que se lo quitaran de en medio para poder trabajar sin obstáculos. —Vince respiró hondo, luego exhaló un suspiro que tenía algo de melancólico. No le convencía el análisis que acababa de hacer—. Jack es listo, ¿por qué no iba a dejar que Pierce tuviera sus propios negocios sucios? ¿Qué le costaba tenerlo contento? Y siendo Jack quien es, ¿por qué oponerse a algo que le haría ganar dinero?

Vince vio que Bobbie le daba vueltas a lo último que acababa de decir. Le alcanzó un palillo. Ella también se lo llevó a la boca y lo paseó de un lado a otro con la lengua, con los brazos cruzados encima de la mesa. Sentados frente a frente, los dos absortos en sus pensamientos, eran como una imagen en el espejo uno del otro.

—Y por eso mismo —dijo Vince—, Jack no querría tener nada que ver con las películas. No quería que eso se interpusiera en su camino ahora que una nueva perspectiva de negocio se abría ante él, un campo en el que hay mucho dinero en juego. Algo que lo reconciliaría con su tierra y el Sindicato Corso. ¡La heroína!

Bobbie sonrió: Vince volvía a estar en forma.

—Entonces, ¿Henry Pierce le tendió una trampa a Jack con el...?

—Con el cadáver del tipo que yo maté.

Ella negó con la cabeza.

—¡Eso no es cierto! —soltó mientras le apuntaba con un dedo al pecho—. Eso no lo sabemos.

Vince la miró con una sonrisa. Bobbie ya no se limitaba a defender a Jack y su reputación: estaba al cien por cien del lado de Vince. Empezaba a creerse toda aquella horterada sobre el amor de una mujer de verdad.

—¿Hablas en plural mayestático? ¿Eres mi nueva socia en la agencia, detective LaVita?

—Drinkwater. Detective Drinkwater. Suena mejor..., y además nunca creí que llegaría a

admitirlo.

—Vale. Entonces Pierce cogió un cuchillo que Jack había usado para asesinar a alguien en el pasado. Tuvo que serle fácil porque se dedicaba a eso: Pierce era el que limpiaba el escenario del crimen después de que Jack liquidara a la gente. Así que tenía guardado un cuchillo con huellas de Jack en la empuñadura, y lo usó para cortarle la cabeza y las manos al cuerpo de la víctima y que no pudiera ser identificado.

Bobbie miró al plato, había dejado el tenedor clavado en un trozo de morcilla y en otro de beicon, todo regado de ketchup.

Vince vio que le mudaba la expresión y, cuando ella retiró el plato de su vista, le dijo con una malévola sonrisa:

—¿Verdad que ya no es tan divertido? Son los entresijos de un asesinato.

Ella le devolvió la mirada desafiante.

—Puedo con ello. ¿Sabe Pierce que tú...?

—¿Que maté al hombre del proyector?

—Eso no lo sabemos.

Vince se encogió de hombros de manera casi imperceptible.

—No tengo ni idea.

—¿No se lo preguntaste a Tobin?

Vince sonrió con ironía.

—No te olvides, compañera, de que me echaron algo en la bebida. Estaba grogui, no era dueño de mis facultades. Pero imagino que Duval mantendrá la boca cerrada. Tener un policía bajo la manga es un lujo, pueden echar mano de él en cualquier momento, y es algo que no querrán compartir con Pierce, un lunático que solo hace el trabajo de recogida de desperdicios, y que por tanto no tiene por qué saber cómo murió el tipo del proyector. —Vince dejó escapar un pequeño suspiro de amargura—. Menudo pringado.

—¿Quién?

—El del proyector. Le sacaron partido al asunto, de eso no hay duda. Duval lo usa para tenderme una trampa a mí. Luego Pierce lo usa para tendérsela a Jack.

En todo este tiempo la sonrisa irónica no había desaparecido del rostro de Vince, se le quedó pegada allí como un revestimiento. Pero Bobbie vio que detrás de ella había un poso de angustia. Le cogió las manos con las suyas y las apretó.

—Quedémonos con lo que sabemos, Vincent. Y yo sé que Henry Pierce no tiene dos dedos de frente como para tenderle una emboscada a Jack.

—Quizá él no, pero Max Vogel sí, y me pareció que Pierce recibía órdenes directamente del anticuario.

Bobbie frunció el ceño.

—No me lo creo. Henry Pierce adoraba a Jack. Y esa es la palabra. Haría lo que fuera por él. Yo no le caía bien, pero no porque le hubiera hecho nada, solo porque estaba cerca de Jack. Puede que más cerca de lo que había estado nunca ninguna mujer. Eran puros celos, y una vez hasta se lo dije a Jack. Se echó a reír, pero reconoció que era verdad. No digo que Henry fuese gay ni que le gustase Jack, pero lo amaba.

Vince asintió meditabundo al recordar el espectáculo que montó Pierce en la sala de

interrogatorios, aquello de que Jack era Dios o la inexistencia de Dios, y comprendió que ambos extremos de la polaridad ejercían la misma fascinación sobre Henry Pierce.

—Traicionar a Jack... Mmm, no sé, tampoco me convence —dijo Vince—. Así que dale la vuelta. Si eso es lo que parece, quizá es porque ellos quieren que lo veamos así. Jack quiere que creamos que está acabado. Quiere que creamos que ha salido del país, que se ha retirado, a Córcega o donde sea.

Bobbie sintió un frío gélido en la espalda.

—¿Crees que todavía sigue aquí?

Vince sintió un temblor parecido recorriendo su espina dorsal.

Iban del brazo al encuentro del mar. O al menos, tan adentro en el mar como los llevara el muelle de Palace Pier. Pasaron la caseta de la echadora de cartas, el puesto del algodón de azúcar, la tienda de anzuelos, el tren fantasma, el encargado de recoger las hamacas. Bobbie reconoció al vigilante de seguridad que abría las puertas del salón de juegos para los más madrugadores. Le sonrió a modo de saludo, pero él le devolvió una mirada de reproche y le dio la espalda cuando la vio del brazo de Vince.

—Y ese ¿quién es? —preguntó Vince.

—Se llama Albert. Trabaja para Jack.

Vince se dio la vuelta para mirar al hombre que entraba ya en el salón, jalonado de máquinas tragaperras, de pinballs, tómbolas y todo tipo de ingenios para perder dinero en ellos. En unas horas el salón estaría lleno de turistas probando suerte en las máquinas de Jack. Y su dinero iría a parar a los bolsillos de Jack. Nadie salía de Brighton sin rendirle tributo a Jack.

—Vete acostumbrando —dijo él.

—¿A qué?

—A que la gente te dé la espalda.

—No me preocupa.

Vince se dio cuenta de que sí le preocupaba. Y sobre todo después de que él dejara caer que tal vez Jack no hubiera salido de Brighton.

—De todas formas no tengo ninguna necesidad de aguantar esos desplantes —dijo ella.

—¿Y eso?

Bobbie dejó de caminar y volvió la cara hacia él.

—Porque, una vez haya quedado claro que tú no tienes nada que ver en todo esto, te irás de aquí, y yo me iré contigo.

—Parece que has tomado ya una decisión.

—Así es.

—¿Y yo no tengo nada que decir al respecto? —preguntó Vince.

—Pues la verdad es que no. Está todo ya acordado, firmado, sellado y echado al buzón.

—Lo rodeó con sus brazos y lo besó.

—¿Siempre consigues lo que quieres?

—Últimamente, casi siempre. Así que ándate con ojo, porque 1964 es año bisiesto. A lo mejor te pido que te cases conmigo.

–Pues elige bien el momento y el lugar, porque es posible que estemos fuera de aquí la semana que viene a más tardar.

Siguieron caminando hasta llegar al final del muelle. Una vez allí, se apoyaron en la barandilla y hundieron la mirada en el negro mar que rompía contra las vigas de hierro llenas de percebes, en la espuma que saltaba con ímpetu varios metros más arriba, hacia donde estaban ellos dos.

–Dice la leyenda que hay un monstruo ahí abajo, una morena de más de cien metros –dijo Vince con la vista fija en el negro oleaje. Se puso a pensar en aquella exageración que solo tenía sentido cuando uno era niño, luego acumuló saliva en la boca y dejó caer un lento escupitajo en el mar.

–¡Vincent! –Ella le clavó un codo en el brazo.

Él la miró con cara de pillo.

–Todo el mundo lo hace.

–Sí, pero cuando tienes diez años.

Bobbie sacó la cabeza por encima de la barandilla y escupió también. Estuvieron un rato escupiendo al mar, viendo las olas tragarse aquellos pequeños copos de saliva, hasta que las nubes que se habían estado formando desde que entraron en el muelle, cada vez más negras, abrieron sus fauces con un estruendo y los dioses empezaron a escupirles a ellos.

Entonces echaron a correr en busca de un sitio donde guarecerse.

Muelles, maricones y maleantes

Vince estaba de pie ante un armario negro de estilo oriental que ocupaba casi media habitación. Tenía incrustaciones de plata y madreperla que representaban pájaros exóticos e insectos. Era de primera calidad, no las piezas en serie con las que Vogel comerciaba en su negocio de importación. Dentro había una selección de los trajes de Jack Regent, sus camisas y corbatas. Y al igual que el armario que la contenía, la ropa era de primera calidad.

—Coge lo que más te guste, tenéis una talla parecida —dijo Bobbie detrás de él.

El traje de Vince estaba hecho unos zorros, arrugado hasta lo irreconocible, empapado del sudor y el ajetreo de una noche muy larga.

—Voy a arreglarme —dijo ella, dejando solo a Vince para que eligiera.

Vince echó un vistazo a los trajes en perfecta alineación. Pasó el dorso de la mano por las mangas; parecían teclas de piano según iba deslizándose los dedos. Había estantes llenos de camisas planchadas y almidonadas, expuestas como bandejas de dulces en una tienda de golosinas; las había de todos los colores concebibles, a rayas, de cuadros, con varias combinaciones de cuello y puños; todas hechas a mano en algodón egipcio por sastrerías de la calle Jermyn. Los trajes eran a medida, encargados a un sastre de Hong Kong: cachemira, lana virgen, trajes de verano de lino y seda mezclados. Azul marino, príncipe de Gales, a rayas, de diplomático, de rayón con un fino brillo perlado. Pensara Vince lo que pensase sobre Jack, no dudaba de que su gusto era impecable. Y todo le valía.

Una hora más tarde Bobbie estaba lista. Había tomado un baño caliente, se había cambiado de ropa, se había maquillado y llevaba las uñas pintadas.

Vince escogió un traje azul marino, una camisa de color azul claro y una corbata negra muy fina a rayas plateadas. La camisa estaba bordada con las iniciales de Jack Regent, y también el pañuelo que sobresalía del bolsillo. En ese momento se acordó de Murray el Cabeza, el ladrón que no quería ir por ahí dejando su nombre grabado en todas partes. Pero Jack era distinto, ponía la marca en todas sus posesiones. Al principio le pareció raro que no hubiera zapatos por ninguna parte en la habitación, luego recordó la deformidad que aquejaba a Jack: tenía un pie torcido. Pero aunque le hubieran valido, y pese a que no le daba empacho llevar la ropa de Jack, había algo en eso de caminar por ahí con los zapatos de otro que no parecía lo más indicado.

—Estás guapísimo.

Vince se dio la vuelta y vio que Bobbie llevaba aquel vestido de seda turquesa, el de su madre, con el broche del ave mitológica. Le sorprendió que lo hubiera elegido en lugar de

cualquier otro de los conjuntos que tenía en su vestidor. Seguro que el vestido compartía armario con otros mucho más caros.

—Y tú también.

Tres horas más tarde estaban sentados en una hamburguesería comiendo Knickerbocker Glories, aquellos helados de varias capas que no habían podido tomar la noche que se conocieron. Cumplían la promesa al fin, una cita que tenían pendiente. De punta en blanco como estaban, Vince habría querido llevarla a algún sitio de postín como el Wheeler's, el Prompt Corner o el Metropole, pero Bobbie ya había estado en todos ellos con Jack, siempre en las mejores mesas, incluso aunque estuvieran ocupadas cuando llegaban, con los camareros encima de ellos todo el rato, haciendo genuflexiones, dorándoles la píldora con un servilismo que dejaba a Bobbie sorprendida y le hacía sentir fuera de sitio. Esa noche fue ella la que eligió la hamburguesería, con las luces resplandecientes, los asientos de escay y las mesas de formica; y las hamburguesas contundentes que sirven en Estados Unidos, seguidas de postres de varios pisos, servidos en cestitas de galleta con forma de abanico y coronados de jarabe de chocolate y fresa, batidos helados en vaso alto y un chiste verde que te esperaba cuando llegabas al fondo: pues allí estaba grabada la palabra «Duralex», y eso sonaba a marca de preservativos.

A la hora de elegir la película, Vince quería ver *Desde Rusia con amor*, pero se habían agotado las entradas. Bobbie prefería *Ayer, hoy y mañana*, con Sofia Loren, y subtitulada, pero Vince protestó diciendo que para leer, ya tenía la biblioteca. También echaban *El nuevo caso del inspector Clouseau*, con Peter Sellers, sobre un detective tartamudo, aunque a Vince no le apetecía ver esa; y *Zulú*, con Stanley Baker y un actor joven poco conocido. Bobbie tuvo ocasión de hablar en persona con Stanley Baker el año anterior en el Astor Club de Londres, donde les invitó a ella y a Jack a una botella de champán. Allí les habló de aquel joven rubio que iba a ser uno de los grandes; pero ella ya no recordaba su nombre. Todo aquello le quitó las ganas a Vince de verla. A Bobbie, Laurence Harvey le parecía un bombón, y quería ver *Cautivo del deseo*, donde tenía un papelón haciendo de un hombre con el pie torcido, pero eso sí que era innegociable. Se decantaron por *La caída del Imperio romano*, que parecía rodada en tiempo real; porque cuando por fin cayó Roma, Vince se había quedado dormido.

Así que salieron antes de que acabara la película y fueron a un pub que le gustaba a Bobbie, junto al Teatro Real, sabiendo que allí no se encontrarían con la gente de Jack. En la barra del piso de arriba, menos expuesta, casi toda la clientela estaba formada por maricas, bolleras y gente de la farándula. Una *drag queen* con las mejores piernas que Vince había visto en su vida cantaba por Eartha Kitt. La «chica» invitó a Bobbie a subir al escenario, y juntas cantaron un dueto. Luego entablaron conversación con una pareja de actores, Hugh y Dennis, quienes dijeron que Bobbie y Vince parecían estrellas de cine. Insistieron tanto que Vince tuvo que decir la verdad y confesar que era policía. Hugh y Dennis lo tomaron con total normalidad, y dijeron que Brighton estaba lleno de las tres emes, «muelles, maricones y maleantes», tras lo cual Vince les invitó a una copa.

Bobbie metió la llave en la cerradura y, apenas habían entrado en el apartamento, empezó a sonar el teléfono. Se miraron y ninguno hizo por cogerlo, dejando que siguiera sonando. Se acababa de romper el hechizo de su primera cita, durante la cual no hablaron de toda la intriga, el engaño y la incertidumbre que los rodeaba y se cernía sobre ellos totalmente fuera de control. Hablaron de todo lo demás, de las cosas de las que habla una pareja de jóvenes en su primera cita. Pese a que habían pasado mucho juntos, y habían tenido que exponerse el uno al otro de manera muy comprometida, aquella noche tocaba ponerse al día en cosas cotidianas. Las frivolidades de siempre. Libros favoritos, películas y música; a quién le dieron el primer beso, cuál era la anécdota más divertida que recordaban. En cierto modo, había algo teatral en todo ello, en esperar con otras parejas en la cola del cine; en pasear del brazo por la calle; en escuchar aquellos cumplidos en boca de Hugh y Dennis; en estar sentados en el escaño de escay de una hamburguesería. Como casi todos los enamorados, tenían algo de creídos. Sabían que hacían buena pareja. Un cuerpo se ajustaba como un guante al otro cuerpo, igual que las piezas de un puzle acaban acoplándose para demostrar al mundo la increíble imagen que forman una vez juntas. Vistos desde fuera, parecía que nada en el mundo pudiera preocuparlos.

Y si le preguntaran al hombre al volante de un coche negro que los siguió de un lado a otro hasta que regresaron a Adelaide Crescent, también diría lo mismo: que nada en el mundo parecía preocuparlos...

El teléfono siguió sonando y, tras unos minutos, parecía que sonaba cada vez más alto. Aquel aparato estaba pidiendo a gritos que lo cogieran, no admitía un no por respuesta. Los dos sabían que en cuanto lo descolgaran, habría acabado la cita romántica.

Bobbie lo cogió, pero solo para que dejara de sonar, y lo dejó en el aire suspendido unos instantes. Miró a Vince en busca de consejo. Él asintió y ella se llevó el auricular al oído.

—¿Dígame...?

Quien llamaba no dio su nombre, pero Bobbie lo reconoció. Y Vince también, por la mueca de desprecio que se dibujó en el rostro de ella. Dio un salto hacia el aparato y le quitó a Bobbie el auricular de la mano.

—¡Vaughn!

La gallinita ciega

Vince fue en coche al punto en el que debía encontrarse con Vaughn, a más de media hora de Brighton por la carretera de la costa. Siguió las indicaciones de su hermano, pero perdió un tiempo precioso intentando encontrar, sin farolas ni señales, el desvío que llevaba al camino rural al final del cual estaba la casa. No era un camino privado, no había que franquear ninguna puerta, pero la casa era la única edificación en varias millas a la redonda. Lleno de baches y afiladas piedras que saltaban al paso del coche, no había ningún tipo de iluminación y sí muchas posibilidades de sufrir un pinchazo. El camino de grava conducía hasta una explanada de hierba. Y allí estaba la casa, casi al borde del acantilado.

Era un *bungalow* pequeño, un chalecito más bien, y a primera vista parecía una pequeña granja con fachada de madera. Como no había nada que creciera allí y no tenía mucho sentido poner una granja al lado de un precipicio, Vince pensó que sería una segunda vivienda o picadero de fin de semana. No había coches aparcados fuera, ni luces que indicaran la presencia de alguien en su interior.

Vince paró el motor y salió del coche. Oyó las olas rompiendo contra el acantilado, luego el murmullo que hacían al retirarse, aquel ruido repetido una y otra vez igual que un lejano redoble. Antes de llamar a la puerta rodeó la casa y vio unas puertas correderas de cristal en la parte de atrás. De día, las vistas sobre el mar debían de ser espectaculares. Pero era un lugar tan apartado que a Vince le pareció sospechoso, provocó en él un efecto opuesto al deseado. ¡Quién iba a elegir un sitio así para esconderse! Solo faltaba un letrero gigante de neón que indicara: «¡Escondrijo!». Las puertas de cristal estaban cerradas y no se veía a nadie dentro, así que dio la vuelta hasta la entrada y dio dos pequeños golpes sobre la puerta.

—¿Vince? —Era la voz de Vaughn que le llegaba como un susurro desde dentro de la casa.

—Sí, soy yo. Abre.

La puerta se abrió y allí estaba su hermano. Vaughn guio a Vince a través del salón, y el joven detective pudo comprobar que la casa llevaba un tiempo sin estar habitada. Vaughn encendió un par de velas, no para crear ambiente sino porque las bombillas estaban fundidas. Por lo demás, la estancia parecía más acogedora de lo que podría pensarse desde el exterior. Había un sillón y un sofá pequeño; una mecedora de madera en un rincón, un aparato de televisión en otro, un aparador que alojaba un viejo teléfono negro de los años cuarenta, y una mesita de café de madera. Encima de ella había varias revistas: dos números del *Reader's Digest*, uno de *Titbits* con una foto de una chica ligera de ropa, y otro de *National Geographic*. El tipo de lecturas que te encuentras en la sala de espera cuando vas al dentista. Y eso era justamente lo que parecía: un recinto en el que sentarse a esperar que pasara algo especialmente desagradable.

—Siéntate —dijo Vaughn señalando el sofá.

Vince se sentó. Vaughn hizo lo propio en la mecedora del rincón, lo que le permitía ver todo el salón, la puerta de entrada y las ventanas que la flanqueaban. Y así se quedó,

muy quieto, con las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Me ha costado encontrarlo —dijo Vince.

—¿Es que no eran buenas las indicaciones?

—Sí lo eran. Pero siempre es difícil llegar a un sitio como este.

Vaughn asintió, parecía satisfecho.

—¿Cómo diste con ello, Vaughn?

—Es de un colega.

—¿De un colega? —repitió Vince paseando la mirada por la estancia, poco convencido.

No había mucho que ver, pero lo poco que había no era lo que uno esperaría encontrar en casa de un amigo de Vaughn. Las revistas, el reloj de madera encima de la repisa de la chimenea, la colcha de punto que cubría el sofá, la mecedora, el felpudo con las palabras «Hogar, dulce hogar» encima de un suelo de tarima impecablemente barrido, el sillón con un cojín bordado—. ¿Qué amigo?

—No lo conoces.

Vince señaló con la cabeza el cojín que había en el sillón.

—A él no, pero veo que es un artista del hilo y la aguja —dijo.

—Es de su madre.

—Vale, ¿me lo quieres contar todo?

—¿Qué te voy a contar? La pasma anda detrás de mí.

—La heroína, ¿de dónde la sacaste?

—¡De ninguna parte! ¡No es mía! —gritó Vaughn, y la mecedora empezó a moverse.

—Vi la droga, Vaughn; y vi a tu chica, Wendy.

Al oír su nombre, Vaughn bajó la mirada. Vince vio que de verdad sufría por su pérdida.

—Lo siento mucho, Vaughn. Pero es lo que pasa cuando juegas con esa mierda.

Vaughn levantó los ojos del suelo.

—¡No tuve nada que ver con eso, lo juro por Dios! Me había deshecho de... —Calló al darse cuenta de que se había delatado.

—¿Te deshiciste de la heroína?

Vaughn comprendió que se había ido de la lengua y asintió con cautela.

—¿Y qué hacía entonces aquel alijo de heroína en tu piso?

—¿Qué alijo?

Vince vio que su hermano no fingía la sorpresa al oír aquello.

—Machin encontró parte de esa mierda en un paquete detrás del armario de la cocina.

Es la droga asesina que pasan por ahí y que ya ha matado a unos cuantos.

—¡No es verdad!

—¿Por qué iba a mentirte? —preguntó Vince, que ya estaba perdiendo la paciencia y los nervios—. He venido a ayudarte, imbécil.

En ese momento Vaughn sacó la pistola. No era una reliquia como la que guardaba Bobbie, sino un arma alemana de aspecto letal y elegante, una Parabellum 9 mm, ideal para un trabajo a corta distancia.

—Tranquilo, Vaughn, no te pongas nervioso.

—No te pongas nervioso tú, ¡madero!

Vince asintió tres veces con la cabeza ante el nuevo cariz que habían tomado los acontecimientos.

—¿Y ahora? ¿Quién es el imbécil, eh? —se burló Vaughn.

—Supongo que yo —dijo Vince poniendo cara seria—. ¿Sabías que la droga era así de mortífera cuando empezaste a pasarla?

—¿Por quién me tomas? —Vince no respondió—. No lo supe hasta que no salió en los periódicos. Sabía que no venía cortada, pero no pensé que fuera tan chungu.

—Y si te deshiciste de ella, Vaughn, ¿cómo es que Wendy tenía aquello en su poder?

—¡Porque me mintió, la muy puta! —exclamó Vaughn, meneando la cabeza como un martillo—. Debí de robármelo antes de que lo pasara. Le estuvo bien empleado.

—¿De veras te crees eso que dices?

—¡Claro que sí! —soltó, intentando dar a sus palabras una credibilidad que los temblores en la voz le estaban negando—. ¡No es culpa mía! ¡Me mintió! ¡No te puedes fiar de los yonquis!

—¿Y quién la convirtió en una yonqui?

—Ella sabía lo que hacía... Mintió, me robó el jaco, le estuvo bien empleado.

—Esa es la versión oficial, ¿no?

—¿Qué versión?

Vince suspiró, había olvidado que resultaba inútil hablar con su hermano.

—La de esa gente con la que vas, Vaughn. Machin encontró en tu piso casi un cuarto de heroína. Yo lo vi. No sé cuánto pasaste, pero te habrías enterado si te hubiera quitado tanto, ¿no?

Vaughn dio a entender que, en efecto, se habría enterado, pero no dijo nada. Vince se sentó al borde del asiento para estar más cerca de las velas, poder ver bien a su hermano y dejárselo todo bien claro.

—Te han tendido una trampa, Vaughn. La pequeña Wendy no te robó nada. Tampoco se puso ese pico. La obligaron, le inyectaron una dosis mortal. La heroína estaba detrás de un armario, uno de los sitios donde primero mira la poli. Y si seguían un soplo, eso quiere decir que la persona que lo guardó allí fue también la que le inyectó la droga a Wendy. ¿Tienes alguna idea de quién pudo ser? —Sin darle tiempo a Vaughn a responder, siguió—: Pues déjame que te lo diga: fue el mismo que te ha metido en esto, hasta llegar a apuntarme a mí con una pistola y querer quitarme de en medio.

Vaughn negó con la cabeza.

—¡Eso no es cierto!

Vince frunció el ceño con desdén.

—Sabes que sí lo es, porque duele, porque demuestra lo bajo que has caído. En el fondo, sabes de sobra que la pobre Wendy no robó la heroína. Nunca habría hecho algo así. Ella no era de esas. Era buena persona, más que eso, era una persona decente. Una chica a la que le tocó la china, vivir toda la vida con esa mancha de nacimiento en la cara. Pero estaba hecha de buena pasta. Mejor de la que estás hecho tú. —Vaughn tenía la pistola, pero el que disparaba era Vince—. Y tú te vas con el rabo entre las piernas.

Reescribes la historia de la pobre Wendy para que encaje con tus propios intereses. Quieres creer que la robó porque eres demasiado débil para darle lo que se merece al que la mató.

Vaughn negó vigorosamente con la cabeza, pero parecía más bien que la sacudía para no oír la verdad.

—¿Qué te han ofrecido para escapar, Vaughn? ¿Qué trato has hecho con ellos? ¿Matarme a cambio de que te dejen ir en paz?

—Y si así fuera, ¿qué te debo yo a ti?

—No me debes nada, pero sí se lo debes a la chica. Se lo debes a Wendy, y yo también se lo debo. Porque la mataron solo para llegar a mí. Porque salía contigo. Te están usando, Vaughn, ¡y esto huele a encerrona que no veas! Apesta a Henry Pierce. ¿Qué te ha ofrecido a cambio?

La piel de Vaughn, pálida y picada de viruelas, empezó a cubrirse de manchas rojas; le afloraban lágrimas a los ojos.

—¡Más de lo que tú podrías ofrecer jamás, madero de mierda! —gritó.

Vaughn tiró del percutor.

¿Morir a manos de su propio hermano? Algo no encajaba.

—No, Vaughn, tú no.

Vince sabía que tenía que adelantarse a los acontecimientos antes de que un coche, el Cadillac negro de Henry Pierce, apareciera por el polvoriento camino de grava y aparcara a la puerta de la casa. Porque entonces ya sería demasiado tarde...

El Blue Orchid

Vince había llevado en coche a Bobbie al Blue Orchid. La joven no quería ir, no se atrevía a salir del piso. Una parte de ella se negaba a admitirlo, a aceptar que por culpa de Jack le pudiera pasar algo malo. Vince comprendía de sobra que el tipo de protección que brindaba una persona tan poderosa como Jack podía ser algo adictivo, difícil de dejar atrás. Pero también sabía que el viento cambiaba a menudo de dirección en los bajos fondos, y las cunetas estaban llenas de los restos de aquellos que se engañaron a sí mismos pensando que soplaría siempre en la misma dirección. Vince intentó convencer a Bobbie para que fuera a algún sitio público, a un cine de sesión doble. Pero ella no quiso, insistió en ir al club, dijo que allí al menos estaría con gente conocida. La dejó al final de Oriental Place y le prometió que, en cuanto acabara con Vaughn, volvería a recogerla. Como mucho estaría fuera un par de horas.

La primera señal de que algo no marchaba bien era la señal misma. El letrero de neón que había encima de la entrada con el nombre del club, The Blue Orchid, estaba apagado. Y la puerta, cerrada con llave. Llamó al timbre; no hubo respuesta. Gino, el gerente, tendría que haber llegado ya para abrir. Había sido muy clara en sus instrucciones: todo seguiría igual en el local hasta nuevo aviso. Buscó las llaves en el bolso, metió la que abría la cerradura y la puerta se abrió. Dentro, estaba todo a oscuras y en completo silencio. Dio las luces y vio que el club estaba vacío. Fue a la oficina que había tras el escenario y descubrió que la caja fuerte estaba abierta. No faltaba nada; dinero no tenía, solo papeles. También habían andado en los cajones. Le entró miedo y volvió a casa.

Una vez en el piso, fue a llamar a Gino para averiguar qué había pasado. La agenda de teléfonos era de lo más moderno: de baquelita roja con incrustaciones de plata en cada una de las letras. Puso el dedo sobre la G de Gino... y todo quedó a oscuras. El apagón había afectado también al resto del edificio. Empezó a bajar las escaleras para echar un vistazo, pero oyó que alguien subía y salió corriendo a refugiarse en su piso. Cerró con doble llave la puerta. Intentó llamar a la policía, pero nada más llevarse el auricular al oído se dio cuenta de que no había línea. Por las ventanas entraba la luz de la luna en cuarto creciente y la de las farolas de la calle, y Bobbie acostumbró enseguida los ojos a la oscuridad que reinaba en el piso. Fue entonces cuando vio con toda claridad, y lo oyó también, que accionaban con rapidez la manilla de la puerta.

Hubo una pausa. Alguien dio un paso hacia atrás al otro lado. Pero no para alejarse, sino para tomar impulso. Sonó algo contundente contra la puerta, un empujón con el hombro. Un segundo intento dejó claro que el intruso se afanaba con todas sus ganas por

tirar la puerta abajo. En el impacto crujió toda la pared, hubo un quejido de viguetas y la pintura se levantó en varios puntos. La puerta era blindada; la cerradura, recién instalada y muy segura, pero Bobbie empezó a dudar de que aguantaran. Hasta vio cómo la puerta se combaba bajo aquella fuerza sobrehumana. Tanto era así, que Bobbie tuvo la imagen de un rinoceronte cargando contra ella.

Fue hacia el escritorio lacado en negro, el que Vince había arrimado a la puerta cuando todavía no habían mandado instalar la cerradura. Intentó moverlo pero pesaba mucho, su aspecto macizo no engañaba. Lo empujó con todas sus fuerzas, que no eran muchas, intentando llevarlo hacia la puerta para que hiciera las veces de barricada. El siguiente golpe hizo que saltaran astillas de las jambas. Bobbie seguía empujando pero el escritorio solo se movía sobre el parqué centímetro a centímetro, y la sensación de que su fin estaba próximo se apoderó de ella y la dejó sin fuerzas. La siguiente embestida del rinoceronte reventó el cerrojo. Todavía quedaba medio metro entre la puerta y el escritorio, y Bobbie dejó a un lado el plan de la barricada, corrió a la cocina, abrió un cajón y sacó un cuchillo de dimensiones considerables. Se acordó entonces de la pistola que Vince había guardado en el escritorio. Recordó también lo que dijo, que no la disparase jamás, y aquel no era momento de andar con artilugios que le podían estallar en la cara. Si iba a empuñar un arma, por lo menos que funcionara. En el armario bajo el fregadero había una linterna muy grande, y la cogió con la mano que no blandía el cuchillo.

Así, doblemente armada, volvió al salón. Al respirar hondo, una bocanada de aire gélido le golpeó el cielo de la boca. La puerta estaba abierta de par en par, ¡y el rinoceronte estaba dentro! Encendió la linterna con mano temblorosa y enfocó con ella en todas direcciones. La luz lanzaba dentelladas contra la habitación en sombras, hasta que se centró en un rincón sobre algo que le resultaba familiar: un ojo cerrado, rodeado de intrincadas cicatrices, algo parecido a un plato pequeño de espagueti. El ojo se abrió. Era lechoso, como de mármol blanco, y ciego. Allí estaba Henry Pierce, intentando pasar desapercibido en la oscuridad. No esperaba que la linterna fuera a fijar su foco en él, rodeado como estaba de muebles y sombras negras; su plan inicial, localizar primero a su presa y abalanzarse sobre ella después, había quedado inservible. Pero daba igual.

—Hola, cariño.

Siempre llamaba a Bobbie cariño, y oír aquella palabra de sus labios a ella le ponía la piel de gallina. Le recordaba a ese tío benévolo que se transforma en un perverso en cuanto los padres salen de casa y él apaga las luces. Y apagadas estaban. Y la perversión estaba a punto de empezar.

—¿Qué tienes en la mano? —preguntó Pierce.

—¿Qué quieres? —Una pregunta absurda. Pierce ni siquiera contestó.

—Yo también tengo uno. Bien afilado y puntiagudo.

—¿Un qué?

—Uno de estos —dijo, y dejó que la cuchilla anunciara en el aire su propia presencia.

Pierce tenía en la mano la pequeña espada japonesa que había sacado del bastón de madera. Aquel bastón que escondía un propósito mucho más turbio y mortífero.

Bobbie dio un paso atrás, con la esperanza de poder escapar de aquella pesadilla y correr escaleras abajo hasta ponerse a salvo.

—Quédate donde estás... Ahí, donde yo pueda verte.

Aquello la paralizó, no esperaba oír palabras semejantes saliendo de la boca de Henry Pierce. Entonces cayó en la cuenta de que no llevaba las gafas negras. Bobbie dio un paso a su izquierda, luego otro a su derecha, pero el ojo bueno de Pierce, como uno de esos insidiosos retratos colgados en la pared, la seguía a cada movimiento. El ojo malo daba todavía más miedo.

—Entonces, ¿no estás ciego... del todo?

—Los ciegos son los que no quieren ver.

Pierce salió del rincón y ganó en un par de zancadas la posición junto al escritorio lacado. Con una sola mano lo empujó contra la puerta, como si fuera de cartón piedra, el decorado de una película, hecho de aglomerado.

Y Bobbie supo que la noche sería larga y dolorosa.

Vaughn estaba repantingado en la mecedora, apuntando a su hermano con la pistola.

—¿Y ahora qué? —preguntó Vince.

—Esperamos.

—Mientras esperamos, ¿te importa que repase algunas cosas contigo? Solo por curiosidad.

—¿Como cuáles?

—Como, por ejemplo, quién te dio la heroína.

Vaughn sonrió con una expresión agria en la cara.

—Adivínalo —dijo.

—La droga la manda Jack Regent, la introduce en el país a través de Max Vogel. Hasta ahí llego. Pero tú no andarías en trapicheos con ninguno de esos dos. No te lo tomes a mal, Vaughn, pero estás muy abajo en el escalafón.

La sonrisa torcida de Vaughn se tensó hasta desaparecer de su cara.

—Y eso quiere decir que solo nos queda Henry Pierce. Pero ¿por qué se la iba a dar a alguien como tú?

—Le he hecho algún que otro trabajo.

—¿De chófer?

—Y de más cosas. —Vaughn parecía con ganas de impresionar a su hermano—. ¿Quieres saber de qué?

—Soy todo oídos.

—El cuerpo que apareció en la playa, ese fue uno de los trabajos que hice para él.

Vince no movió un músculo de la cara, ni mecánica ni voluntariamente. Era como si la época de las grandes sorpresas hubiera pasado ya para él. Había llegado el tiempo de las ironías del destino. Vaughn recuperó la sonrisita, orgulloso de su trabajo:

—Le corté la cabeza y las manos y lo tiré al mar.

—Ahora me explico por qué parecía una chapuza.

—Seguí las instrucciones de Henry, al pie de la letra.

—Un ciego guiando a otro ciego.

—Henry no está ciego. Lo finge solo para quitarse a la poli de encima. ¿Quién se va a meter con un pobre invidente?

Todo lo que Vince había intuido era verdad. El intruso en el piso de Bobbie solo podía ser Pierce. No era el trabajo de un ciego, de alguien que tuviera que abrirse camino en la más absoluta oscuridad.

—Querían que el cuerpo saliera a flote, estaba claro, el trabajo tenía que ser una chapuza. Eso sí tiene sentido. Si buscaban a alguien que les hiciera una chapuza, tú eres el hombre ideal. De hecho, lo que me sorprende es que no hicieras una chapuza de la chapuza que te mandaron hacer. ¡Imagínate que el cuerpo no hubiera salido a flote!

A Vaughn le costó un poco comprender que era un insulto. Cuando se dio cuenta soltó:

—¡Calla la boca!

—¿Sabes quién mató al hombre que tiraste al mar?

Vaughn asintió, estaba saboreando sus momentos estelares como gánster.

—Gente de las altas esferas, de Londres. Recogimos el fiambre en el Soho.

Vince fingió estar impresionado.

—¿Amigos tuyos?

Vaughn sacó un cigarrillo del bolsillo del abrigo, lo encendió con una de las velas que había sobre la mesa, luego dio una calada larga y placentera, y dejó que el ruido seco de la inhalación flotara en el aire a modo de respuesta.

Vince se respondió a sí mismo, pero no lo hizo en alto porque a su hermano no le gustaría oírlo. Vince sabía que Vaughn era el que se quedaba siempre esperando en el coche, no un hombre de acción. Era impensable que hubiera tenido algún contacto con Duval y Tobin. No se habrían rebajado a tanto. Vaughn era el típico choricillo de tres al cuarto que un tipo listo de la talla de Duval no querría ver ni en pintura. Solo trataría con Pierce.

Así que Duval y Tobin no sabían que Vaughn era hermano de Vince.

Pero no se molestó en contarle nada de eso a Vaughn.

—El fiambre lo recogisteis en la calle Wardour, en un club llamado Cucú. Tú conducías la furgoneta de helados con la que Pierce trajo el cuerpo a Brighton —soltó de un tirón.

Vaughn se echó a temblar recordándolo todo. En la furgoneta ponía «Mister Whippy» en letras grandes. Henry Pierce le hizo ponerse uniforme blanco y un gorro de cartón, por si los paraban. La sangre en el abrigo se podría confundir fácilmente con salsa de frambuesa.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó Vaughn.

—Me da que no te presentaron a los que entregaron el cadáver. Uno con el pelo gris y de modales impecables responde al nombre de Lionel Duval. Es el dueño de ese club, el Cucú. Y de medio Soho, en realidad. El otro, más bajito y corpulento, de más edad, con la cara roja y que tiene pinta de exboxeador, se llama Eddie Tobin. Era mi compañero de patrulla en la policía.

Vaughn encajó los datos con un movimiento de cabeza tan imperceptible como involuntario.

—¿Tú sí sabes quién mató al fiambre? —preguntó Vaughn allí sentado, abriendo la boca como un pasmarote.

Vince no pudo reprimir que una sonrisa maligna se dibujase en su cara.

—Fui yo. Yo lo maté.

Vaughn dio un respingo que puso en marcha el vaivén de la mecedora en la que estaba sentado. La paró rápidamente con los pies, temeroso de que Vince aprovechara la ocasión para saltar sobre él y arrebatarse el arma. Vaughn sabía de qué lado se decantarían los acontecimientos si su hermano se abalanzaba sobre él: acabaría teniendo la sartén por el mango; y la pistola, por la culata. Y entonces Vince sería el que estaría apuntándolo a él. Se frotó rápidamente el ojo con un puño cerrado, como si no creyera lo que acababa de oír.

—¿Tú...?

Vince asintió con parsimonia.

—Eso me han contado, pero, claro, yo no recuerdo nada. Y estoy convencido de que no lo hice, pero dicen que tienen una grabación que lo prueba. Así que me han jodido bien jodido, como a ti. O más, si cabe. Seamos sinceros, Vaughn, nadie esperaba nada de ti, así que no has decepcionado a nadie. Pero ¿yo? Yo no puedo ir por mal camino, en mi caso la caída sería mucho más dura. Una cosa nos une, Vaughn, la encerrona nos la han tendido a los dos. Así que será mejor que espabiles, dejes de apuntarme con esa pistola y me ayudes a pensar cómo podemos salir de esta. Nunca hicimos nada juntos, como dos buenos hermanos, y esta puede ser la ocasión.

Vaughn solo percibió el sarcasmo que había en las palabras de su hermano, no la preocupación, y quiso pagarle con la misma moneda.

—¡Jódete, madero! Yo sí sé cómo salir de esta.

—¿Henry Pierce?

Vaughn respondió con un rápido meneo de cabeza que no pareció muy convencido.

Vince rio.

—Tú te deshaces del fiambre, y Pierce te paga con jaco malo, quizá hasta esperaba que la probaras y te fueras para el otro barrio. —Vince comprendió que a Vaughn no se le habría ocurrido ese razonamiento.

Una de las velas empezó a chisporrotear igual que una atracción de feria y prendió después con más intensidad, lanzando su luz inmisericorde sobre la cara de Vaughn. No tenía donde esconderse. Ni siquiera detrás de una pistola.

Vince intentó rematarlo, sabía que tenía que hacer algo rápido.

—Y tú vas y te fías de él. ¡Menudo pringado!

—¡No soy ningún pringado! ¡Tengo a Pierce bien agarrado por los huevos! —aulló Vaughn, haciendo que la mecedora se moviera otra vez.

—Eres prescindible, Vaughn, siempre lo has sido. Y ahora baja la pistola...

—¡Cállate, cabrón! —gritó Vaughn poniéndose de pie. Sostenía el arma con manos temblorosas, entrelazaba los dedos buscando una firmeza que le faltaba en el pulso, y puso dos de ellos, de apariencia frágil, encima del gatillo. La ira le hacía enrojecer, le deformaba los rasgos de la cara.

Vince había intentado ponerlo nervioso para que perdiera el aplomo, pero no quería recibir una bala a cambio. Levantó poco a poco los brazos en señal de rendición.

—Baja la pistola. Sé que no vas a dispararme.

—No estés tan seguro, madero.

Vince saltó de la silla y agarró la pistola con una mano, llevando la otra a la garganta de Vaughn. Con el ímpetu del salto, empujó a su hermano contra la pared y luego lo tiró al suelo, y cayó con tanta fuerza que parecía deslizarse por la madera pulida.

Vaughn alzó la cabeza, aturdido, los ojos como platos, pero todavía con el arma en la mano. Levantó ambos brazos para apuntar. Vince se echó al suelo, apagando la vela con la mano al caer. Vaughn apretó el gatillo. ¡Pum!

Vince sintió con toda nitidez el aire helado que dejó la bala al pasar. Se llevó la mano con un gesto mecánico al lado derecho de la cabeza y palpó sangre. Solo era una rozadura en la oreja. Pero había faltado poco, y Vince no pudo reprimir un juramento para sus adentros. Supo también qué tocaba hacer a continuación.

Vaughn lo llamó por su nombre:

—¡Vince! ¿Estás bien?

Vince no respondió, siguió tumbado, detrás de la mesa de café, haciéndose el muerto, fingiendo que tenía una bala en la cabeza. Vio que Vaughn se incorporaba y ponía una rodilla en el suelo, pero no veía dónde tenía el arma. Oyó entonces que su hermano la amartillaba una vez más. El sonido tiraba por tierra cualquier asomo de amor fraternal que hubiera podido haber en la pregunta de Vaughn. Vince comprendió que su hermano solo quería saber si ya era cadáver, y estaba a punto de meterle otra bala en el cuerpo para cerciorarse.

Vince se incorporó con sumo cuidado asegurándose de que la mesa de café seguía ocultándolo. En cuanto vio levantarse a Vaughn, se abalanzó sobre él. Con la cabeza agachada, sintió que su cráneo impactaba con la barbilla de su hermano y que los dientes de Vaughn le saltaban dentro de la boca, luego oyó su grito de sorpresa y de dolor. Se había lanzado contra él con tanta fuerza que casi le hizo atravesar la pared. El bungalow, construido con madera prefabricada, tembló de pies a cabeza. Con una mano todavía en la garganta de su hermano, Vince le golpeó la cabeza con el rodapié al tirarlo al suelo. La pared estaba manchada de la sangre que manaba de la cabeza de Vaughn; tenía la boca llena de dientes rotos, y algunos se le habían clavado en la lengua.

Vince extendió la otra mano intentando averiguar si Vaughn tenía todavía en su poder la pistola. Mientras lo hacía, no aflojaba la mano con la que le sujetaba el cuello, para evitar que hablara. Sucedió un silencio atroz, y oyó las gárgaras de sangre que salían de la garganta de Vaughn. Pero no aflojó la mano, no quería oír ninguna súplica.

A ras de suelo se veía todavía menos, pero eran perceptibles los globos oculares de Vaughn, dilatados como en una caricatura, haciendo que sus facciones de malo de medio pelo alcanzaran las dimensiones terroríficas de una calabaza vaciada para Halloween. Vince apartó los ojos de aquella horrible visión, sintió que su hermano se retorció a sus pies. Las huesudas piernecillas daban patadas al aire, bailaban el baile de la muerte, el último baile: el de tobillos y rodillas cuando cuelgas de una soga. Vince quería asegurarse

de que tenía el arma en su poder antes de que Vaughn exhalara el último suspiro.

Y por fin la encontró: la tenía pegada al pecho y sentía la frialdad del metal. La culata o el cañón, no sabría decir exactamente por qué lado.

Hasta que el disparo lo sacó de dudas.

Los labios de Mae West

Bobbie estaba sentada en el sofá rojo en forma de boca. Henry Pierce, frente a ella, en un sillón alto de respaldo, con patas y brazos labrados, tapizado en terciopelo rojo. Demasiado recargado para el gusto de Pierce. Además, ese sillón pertenecía a Jack, era su trono. Lo había visto sentado allí muchas veces. Recordó cómo lo miraba con admiración desde el sofá rojo en el que aguardaba instrucciones, un asiento más femenino y a su altura, muy por debajo de la del jefe. Con el tiempo llegó a aborrecer esa posición; no la de los puestos en la escala de mando, pues la autoridad de Jack nunca admitió cuestionamiento alguno, sino la parafernalia de los asientos. Allí se sentaba Jack, en su trono bruñido, ungido de poder por encima de su súbdito, y Henry Pierce, con el culo pegado a unos labios de tía, ¡había que joderse! No era forma de hacer negocios, pensaba Pierce; quedaba poco digno. ¿Jack Regent? ¡Casi era mejor decir Jack Regina! ¡Y mira que era autoritario, a veces! Pero ahora habían cambiado las tornas y él estaba en el trono. Él estaba al mando.

Pierce se había servido una copa de coñac, un Vieille reserva, la bebida preferida de Jack. Seguía con la espadita japonesa en una mano, haciéndola girar hasta que la punta hizo un pequeño agujero en la tupida alfombra de color azul. Pierce saboreaba el licor, y también el momento. Había ido todo sobre ruedas, conforme a su plan. Aunque no había ningún plan. Pero estaba satisfecho porque, de haberlo habido, jamás habría logrado ejecutarlo con tanta precisión.

Miró a Bobbie. Ella tenía la vista fija en el agujero de la alfombra. Pierce pensó por un momento en el cuchillo de cocina con el que lo recibió la chica. Sí que era verdad que los dos estaban armados, pero había que estar ciego para imaginar siquiera que aquello era un duelo de navajeros. Le habría dado igual llevar un cuchillo o una de las limas de uñas de Murray el Cabeza. Bobbie miró el cuchillo que todavía tenía en una mano; tuvo el presentimiento de que muy pronto se quedaría sin él.

—¿Qué crees que hará Treadwell cuando vuelva y te vea con ese cuchillo clavado en la cabeza? —preguntó Pierce.

Bobbie tragó saliva pero no dijo nada.

—Ese noviete que te has echado tiene dos opciones. Una: llamar a la pasma y denunciar tu asesinato, y entonces Machin abrirá una investigación. Llegará a sus manos cierta grabación en la que se ve a Treadwell matando a un hombre a hostia limpia. Machin atará cabos, porque para eso es policía, y llegará a una conclusión bastante verosímil: crimen pasional. Poli se enamora y luego asesina a la *inamorata* de un gánster. El mismo gánster al que seguía la pista en Brighton. O bien, una segunda opción, que es más

probable aunque no salga en los papeles: te cortará la cabeza, las manos, te clavará el cuchillo en el pecho para pinchar los pulmones y sacarte todo el aire, y luego te arrojará el mar. Después volverá a Londres como si no hubiera pasado nada y seguirá ejerciendo en el Cuerpo de Policía de Londres con una hoja de servicio modélica. —Pierce sonrió satisfecho al llegar a esta conclusión.

Bobbie se mordió el labio de abajo, como si quisiera que el dolor le impidiera pensar en este último desenlace. Luego negó con la cabeza.

—Eso son suposiciones tuyas, Vince no haría eso. No es un asesino.

—Yo pensaba lo mismo... —Pierce metió la mano en el bolsillo de su abrigo Crombie, del que sacó un cilindro de cartón—, hasta que vi esto. Con tal de no verlas, darías cualquier cosa por estar ciega.

Pierce chasqueó los labios y le tiró el cilindro a Bobbie. Rebotó en la protuberancia del labio de abajo del sofá y cayó a sus pies. Ella lo miró caer y luego fijó de nuevo la vista en su guardián. Pierce dejó la cuchilla apoyada con mimo en uno de los brazos del sillón, luego alzó las manos, en un gesto de rendición fingida, sabedor de que le podría arrebatarse el cuchillo en cualquier momento, como el que se lo quita a un niño pequeño.

Sin apartar los ojos de él, Bobbie se agachó para recoger el cilindro del suelo, apuntando en todo momento con el cuchillo a Pierce, como si fuera una varita mágica que mantuviera los malos espíritus a raya. Quitó con una mano la tapa blanca de plástico, igual que las que tapaban los tubos de Lacasitos, y metió un dedo dentro. Pero en vez de golosinas, lo que encontró fueron dos fotografías en blanco y negro, tamaño Din-A 4, enrolladas una dentro de otra. Las sacó del cilindro y las puso encima de la mesa de café. No tardó ni cinco segundos en dejar caer el cuchillo de su mano temblorosa. Luego el temblor se extendió por todo el cuerpo y le arrancó lágrimas de los ojos. Hundió la cabeza entre las manos.

Cuando Pierce se puso en pie, ya tenía el cuchillo en una mano...

Vince colgó el teléfono, acababa de llamar a una ambulancia. Vaughn estaba tendido en el suelo con una almohada bajo la cabeza y la chaqueta atada al cuerpo por las mangas para restañar la sangre. La bala le dio en el lado derecho, justo debajo de las costillas. En ese punto no había ningún órgano, pero el agujero era tan grande que podía morir desangrado. Aparte de la boca ensangrentada, los dientes hechos papilla y el cráneo roto, tenía los ojos completamente abiertos. Un reguero de lágrimas le recorría las mejillas picadas de viruela, señal de que Vaughn no aceptaba estoicamente las consecuencias de sus actos. Vince llegó a creer que tendría que noquearlo para que dejara de retorcerse y sollozar, y así poder atarle algo más fuerte que parara la hemorragia. Las apuestas estaban cincuenta a cincuenta sobre quién se llevaría el disparo, pero Vince sabía que si alguien tuviera que apostar considerando encuentros pasados, no lo haría a favor de Vaughn. Vince cogió la pistola del suelo, sacó las balas que quedaban y la tiró encima del sofá.

—No quería ser yo quien te entregara, Vaughn, pero iba a tener que hacerlo tarde o temprano, y quizá sea mejor así.

—A mí me lo vas a decir, madero.

—No tiene nada que ver con que sea policía. Sea lo que sea lo que pienses de mí, sigo siendo tu hermano, y no quiero verte muerto. Y Pierce y los otros te matarán, y no será una chapuza, lo harán de forma que tu cuerpo no aparezca nunca. No tienes escapatoria, Vaughn.

—Estaba dispuesto a matarte, así que ¿a ti qué te importa lo que me pase a mí?

—Sí, lo habrías hecho, pero no lo hiciste. En cuanto a lo que dices de si me importa lo que te pase o no, Vaughn, creo que ya no me importa. Pero nacimos los dos de la misma madre, o sea que...

Si a Vaughn le quedaba algo de tipo duro, desapareció del todo.

—¿Qué... qué van a hacer conmigo, Vince? ¿Me van a colgar?

Vince caminó hacia la puerta.

—Vince... por favor, ¿lo harán?

—La ambulancia estará aquí enseguida. Intenta no moverte. No llegarías muy lejos.

Vince abrió la puerta y salió sin mirar a su hermano. Miró a la luna, rodeada de un crespón de nubes negras que iban poco a poco ocultándola. Parecía enfadada.

—¡Vince!... ¡Vince! Por favor, no dejes que me ahorquen. ¡Por favor...!

Vince fue caminando hasta el coche, las súplicas de su hermano caían en saco roto. Entró en el vehículo y se alejó de allí.

La mitad de todo

—Son fotogramas, como los llama la gente del cine —dijo Henry Pierce mirando el brillo mate de las fotos—. Cuando quieren anunciar una película, sacan fotos de los momentos estelares y los cuelgan en la entrada. Fotogramas. —Lo pronunció con un aire de persona cultivada que aprende una palabra nueva cada día.

Bobbie seguía con la cabeza entre las manos, todavía partida en dos por dentro, incapaz de mirar las fotos. Así que Pierce la ayudó a hacerlo. Se inclinó sobre ella, la agarró del pelo, tiró hacia atrás, cogió una de las fotos y se la plantó delante de la cara.

—¿Has visto lo fotogénico que es tu noviete?

Bobbie se soltó de él, le quitó la foto y la hizo pedazos.

Pierce chasqueó los labios.

—¿Por qué has hecho eso? Quería que la joven estrella del cine me la firmara. Pero no te preocupes, sé de dónde sacar más. Hay copias para toda una vida. La suya, al menos. Verás, no quieren matar a Vincent porque es poli y, pese a que a mí me encantaría hacerlo, no se puede matar a un poli. Eso no se hace. Además, no está bien cargarse la gallina de los huevos de oro. Y se dicen buenas cosas del chico, que está destinado a llegar a lo más alto. Pero claro, hay que cuidar de él, tratarlo con mimo. Tiene tendencias violentas, aunque nadie es perfecto. Yo pasé una temporadita en el manicomio de Broadmore, ¿te lo puedes creer? Cuando salí, empezaron a llamarme Henry el Loco, ya sabes que a esta gentuza le gustan los motes con gancho, pero lo corte de raíz. Todo el mundo tiene sus locuras en este oficio del demonio.

Pierce levantó en vilo a Bobbie por el pelo. La joven ya no tocaba el suelo cuando él deslizó el siguiente comentario:

—Menuda mata de pelo, cariño. Tengo pocas con este lustre. Es que colecciono cabelleras, ¿sabes? ¿Quizá Jack te habló de ello? ¿O quizá ese noviete tuyo de ahora?

Ella le escupió en la cara.

La tiró como un peso muerto encima de los labios rojos que hacían de sofá, y ella deseó que aquella boca se la tragara. Hay que tener esperanza, la caballería siempre llega en el último minuto, pensó una desesperada Bobbie; y si Vince entrara en ese mismo instante por la puerta para salvarla... Incluso Jack, dado lo dramático de la situación, sería bienvenido; aunque no auguraba un final feliz en ese caso.

Pierce empezó a cercar a su presa.

¡Bobbie tenía que ganar tiempo y demorar el ataque!

Se olvidó de la caballería. Estaba sola ante el peligro. Sabía que tenía que hablarle, engatusarle con la conversación, prolongar como fuera lo que le quedara de vida.

—Siempre me odiaste, Henry, en cuanto me pusiste la vista encima. Pero ¿qué te hice yo? Por favor, respóndeme al menos a eso.

—Uno de los dos tiene que caer. Y, como dice el dicho, más vale poli corrupto en mano que putón verbenero por ahí volando.

¡Ganar tiempo y demorar el ataque!

—¿El broche? La primera vez que nos vimos, Henry, quisiste examinar de cerca mi broche. ¿Por qué hiciste eso? ¡Dímelo!

Pierce cambió la forma de agarrar el mango del cuchillo de cocina; iba a entrar a matar.

—¿Fue por el vestido? —Aunque el miedo y la desesperación se habían apoderado de ella, no le temblaba la voz al decirlo—. ¿Qué viste, Henry...? ¡Por favor, dímelo!

Pierce la observó allí sentada. Ya no se encogía asustada, y lo miraba a los ojos. Por lo general nadie miraba a Henry Pierce al ojo bueno. Les infundía demasiado respeto; y el ojo malo, lo que infundía era miedo. Pero Bobbie miró directamente aquella pupila y halló algo. Un brillo, un pequeño tesoro escondido. ¡Era su cante! Henry Pierce escondía un secreto, y en ese momento Bobbie comprendió que lo tenía atrapado. Porque ella conocía muy bien la naturaleza de los secretos; sabía que las cosas que de verdad merecen ese nombre no se pueden guardar. Un buen secreto encierra siempre una historia todavía mejor, algo que espera con las alas plegadas, a punto de salir volando a escena. Las historias hay que contarlas, y Pierce se moría de ganas de largar.

¿Y quién mejor para largárselo que una condenada a muerte?

—Hay algo que quieres decirme, ¿a que sí? Sé que hay algo. —Le sonrió, abriendo los ojos como los de una niña. Le dijo suavemente, con complicidad—: A mí me lo puedes contar, Henry. Sea lo que sea.

Pierce no pestañeaba ni se movía del sitio, como si estuviera bajo los efectos del rigor mortis, absorto en sus pensamientos. Su cerebro malvado le decía que una oportunidad se abría ante él. Y al darse cuenta de ello, en su boca brilló una enigmática sonrisa. Metió el pulgar de la mano izquierda en el bolsillo del chaleco del que salía una cadena gruesa enganchada con una anilla al agujero de la solapa, sacó un reloj de bolsillo de oro y le echó un vistazo. Tenía tiempo; no le llevaría mucho contarle. Y sintió que aquello haría la ocasión todavía más memorable, que los escasos minutos que emplease en ello no serían una pérdida de tiempo. Volvió a sentarse en el trono bruñido.

—¿Lo que sea? —repitió, como un eco de las palabras de Bobbie.

—Lo que sea, Henry.

—Hay algo, sí. Algo de lo que me quiero deshacer contándolo. Y a quién mejor que a...

Pierce parecía realmente agradecido por tener aquella oportunidad. No se había parado a pensarlo, ¡y era tan obvio! ¿Cómo iba a matar a Bobbie sin contárselo? No, no podía hacer eso. Nunca se lo perdonaría a sí mismo.

Pierce tosió para aclararse la gomosa garganta y empezó:

—Fue en 1939, y lo recuerdo como si fuera ayer. Era Nochebuena, había nevado, las luces de las calles estaban encendidas, había motivos navideños por todas partes, puestos de castañas asadas por las esquinas. Imagínate la escena. Una época maravillosa del año, si te va ese rollo. A mí no me dice gran cosa, pero hay gente para todo. Jack estaba

recién salido del talego, había cumplido sentencia por ensañarse con alguien. Lo soltaron antes porque le salvó la vida a un guardia en un motín. Todo era un montaje. Montaron el motín solo para que Jack pudiera salvarle la vida al tipo. En fin, que lo soltaron antes de cumplir toda la condena, así que allá que fui a buscarlo a la puerta de la cárcel. Le sugerí que fuéramos a celebrarlo por todo lo alto, una cena del copón, bebidas, un club, unas putas... si te va ese rollo. A mí no me dice gran cosa, pero hay gente para todo. Jack no, oh, no, él es un hombre de negocios. Lo primero los negocios. Ocuparse de los negocios. Y quería ver a alguien, alguien que se había tomado demasiadas libertades y había manchado su reputación. Había que meter a alguien en vereda, ocuparse de ello...

... 1939. Un Rover 8 negro con tapicería de cuero rojo para en St. Michael's Place. La puerta del número 27 lucía una corona roja y verde atada al llamador de bronce macizo. No estaba cerrada con llave y los dos hombres entraron a un pasillo en penumbra. Jack empezó a subir las escaleras sin dar la luz. Allí era donde más se notaba el alza, porque en cada escalón nivelaba el peso con el pie bueno y luego dejaba caer el otro con un golpeteo muy característico.

Cuatro pisos más y ya estaban en el descansillo al que dirigían sus pasos. Jack se detuvo ante la puerta que estaba a punto de franquear y escuchó atentamente, pero solo le llegaba el sonido de su propia respiración, acompasada y tranquila. La subida no había hecho mella en él, ni le ponía nervioso pensar en lo que había ido a hacer allí. Retrocedió un par de pasos, levantó el pie torcido y lo estampó con todas sus fuerzas contra la puerta haciendo que la cerradura saltara por los aires.

Dentro se oyeron los gritos asustados de un hombre y una mujer sacados sin contemplaciones del sueño. Encendieron la luz en un dormitorio y la fina lámina que salía por debajo de la puerta iluminó débilmente el salón donde ya estaban Jack y Pierce.

Jack paseó la vista por la estancia, ajada y deprimente. A la moqueta se le veían los hilos, el papel de la pared tenía manchas de humedad y estaba descascarillado; los muebles eran repintados y baratos. En un intento de estar a la altura de las fiestas, habían puesto en un rincón un arbolito adornado con guirnaldas que cubría de agujas de pino el envoltorio de los pocos regalos a sus pies. Sobre la repisa de la chimenea había postales navideñas.

—¡Qué demonios es...! —Sonó la voz de la mujer que, temerosa, se levantaba en ese momento de la cama y echaba mano de una bata.

El pomo de la puerta giró. Jack entró en la habitación y la puerta se cerró tras él.

—¡No, por favor... Dios... No! —La voz, distorsionada por el pánico, subió como una crepitación hasta alcanzar el techo, pero no pasó de allí.

Jack la agarró del pelo y la arrastró hacia sí. Los mechones de la mujer eran de color castaño con un brillo rojizo, y envolvieron la mano de su captor como hebras de seda cuando la obligó a ponerse de rodillas. Tiró hacia atrás de su cabeza y el cuello largo y blanco quedó expuesto; los ojos verdes, abiertos y llenos de vida. Con la otra mano Jack empuñaba el mango de marfil de un cuchillo de hoja larga y fina. Los gritos de la mujer se transformaron pronto en gárgaras de sangre espumeante allí

donde la hoja rebanaba sin demora ni piedad hasta cortar la espina dorsal. El cuerpo sin vida, partido casi en dos, cayó al suelo.

Jack desvió la atención hacia un rincón del dormitorio. Y allí lo halló agachado, hecho un ovillo en el suelo. Con los huevos al aire y la espalda todo lo pegada que podía contra la pared del rincón. En la piel tenía el sudor reciente tras sus retozos con la mujer. Seguro que era un gallito, un engreído que se creía dueño de la situación en el momento oportuno. Aunque no era aquel el momento oportuno. Miró desde el suelo a Jack. La situación era inevitable, y eso en parte lo alivió de su miedo. Sabía lo que iba a pasar porque sabía quién era Jack Regent.

Jack le sostuvo la mirada mientras se acercaba a él, luego bajó despacio el cuchillo hasta situarlo a la altura de su cara. Con pulso firme colocó la punta de la hoja sobre la negra pupila del ojo castaño. La pupila se dilató y se contrajo, como una señal de emergencia que se enciende y se apaga. La punta perforó despacio la membrana que cubría el cristalino, pero el hombre seguía con los ojos abiertos; ni siquiera pestañeó. No podía apartar la vista de Jack. De rodillas en el suelo, el tiempo comenzó a pararse para él. Aunque no vio pasar su vida en unos segundos, porque lo que tenía delante era mucho más absorbente que nada que hubiera ocurrido antes: un asiento en primera fila para su propia ejecución.

Jack le dedicó una leve sonrisa, casi un adieu. Y con un movimiento rápido y eficaz le metió el cuchillo en el ojo, atravesando la materia gris y blanda hasta que llegó al hueso en la zona posterior del cráneo. El hombre sacudía el cuerpo y temblaba mientras Jack giraba la hoja clavada en su cabeza y la retorció; ensartándole el cerebro, poniendo fin a todos los temores, los pensamientos y los recuerdos, hasta que se le fue la vida igual que una señal luminosa que desaparece en la distancia... del todo y para siempre.

Jack salió del dormitorio y apagó la luz. Henry Pierce lo miró embelesado. Costaba hallar una gota de sangre en el abrigo de pelo de camello, largo, hecho a medida. Pierce ya sabía lo que venía a continuación. Aunque no era lo que se dice rutina, así lo habían hecho otras veces. Jack salía y le dejaba trabajar: limpiarlo todo y deshacerse de los cuerpos. Tenía las herramientas en el coche. Había que cortarlos en trozos y arrojarlos al mar. Pierce hizo sonar los nudillos enfundados en los guantes de cuero negro, lo que quería decir que estaba preparado para la tarea.

Pero Jack no salió para dejar que Pierce hiciera su trabajo, sino que sostuvo en alto el cuchillo y lanzó a Pierce una mirada desafiante. En un acto reflejo, este agarró el arma que le tendía. Aquel gesto inesperado de Jack lo desconcertó, y arrugó confundido la pronunciada frente. No sabía qué tenía que hacer, así que le miró esperando instrucciones.

Jack no dijo nada. Sacó la pitillera de plata, cogió otro de sus cigarrillos franceses, se lo llevó a los labios y lo encendió con el mechero de oro grabado. La llama iluminó el pasillo en sombra. Jack inhaló el humo denso del tabaco, luego lo expulsó como una orden hacia la puerta.

Pierce salió de su estado de confusión; había captado el mensaje. Tenía gotitas de

sudor en el labio de arriba. Se limpió rápidamente con el dorso de la mano enguantada. Sabía que Jack podía tomárselo como una debilidad, algo parecido a una insubordinación, como si cuestionara su buen juicio. Asintió tres veces con la cabeza, poniéndose serio, dando a entender que era lo correcto. Lo inevitable. Cuando iba por la tercera vez, se preguntó por qué no lo había pensado él. Pero así era Jack, siempre un paso por delante. Aquello los ataría con lazos de sangre, como una operación conjunta que los acompañaría a los dos a la tumba. Pierce paladeó esa idea morbosa. Agarró con más fuerza el cuchillo; la mano aún le temblaba. Pensó que hasta Jack le perdonaría aquella debilidad sin importancia, teniendo en cuenta la tarea que tenía por delante...

Jack salió del piso. Pierce oyó los pasos desiguales alejándose, escaleras abajo. Luego fue hacia la puerta del dormitorio y pegó el oído. Solo escuchó el sonido entrecortado de su propia respiración. Volvió a abrir la puerta. Dentro estaba todo oscuro, como si no hubiera ventanas. No entraba luz de las farolas de la calle, ni de la luna en cuarto creciente. Pero la oscuridad, y lo que sea que habite en ella, nunca fue un problema para Henry Pierce. Vestido todo de negro, como siempre, hasta sentía cierta afinidad con las sombras.

El cuchillo ya no le temblaba en la mano cuando cruzó el umbral y cerró la puerta tras él...

Bobbie exhaló un suspiro en el que se fundían el desánimo y el asco. Luego preguntó, temerosa:

—Por favor, necesito saberlo... ¿Quiénes eran?

Pierce se llevó con parsimonia un dedo nudoso a los labios y luego, como quien reprende a un niño impaciente, dijo:

—Lo primero es lo primero, cariño. Hay mucho que contar, mucho más.

Bajó la mano y prosiguió...

... Un muro negro. Permanece allí, inmóvil, esperando a que los ojos se acostumbren a la oscuridad y el muro desaparezca. Hay ropa de mujer por toda la habitación. Todos los muebles están cubiertos de vestidos y otras prendas, colgando de tendederos de alambre, dispersos por todas partes. Del riel de las cortinas cuelgan batas y abrigos de piel, tapando las luces de la calle abajo, y la de la luna en cuarto creciente que está en lo alto.

Entonces oye un ruido, un llanto y algo parecido a un maullido. Un bebé que se acaba de despertar. Pierce está al lado de una cuna, pero no se atreve a mirar. Sostiene en alto el cuchillo, lo acerca a la cuna. El bebé llora más alto, busca que le presten atención. Pierce no mira, pero sabe que está allí. Una muerte rápida, por Dios, tiene que darle al bebé una muerte rápida. Agarra un vestido de noche que cuelga de la puerta abierta de un armario, lleno a reventar de ropa, y tira el vestido turquesa sobre aquello que maulla en la cuna. Mira dentro por fin, y apunta al montoncito que se

mueve bajo la tela. Sujeta el cuchillo con la mano en la posición de ataque. Le tiembla el brazo y tiene que apretar con fuerza la empuñadura de marfil. Cierra los ojos..., murmura: «Dios, perdóname»... y da la puñalada.

–¡Basta! –gritó Bobbie.

Pierce salió de pronto de la ensoñación que había creado con la historia.

–¿No mataste al bebé?

–Sí, y fíjate que lo lamento desde entonces –dijo Pierce, bajando la cabeza avergonzado, lleno de remordimientos. Destrozado por la culpa, nunca pudo perdonarse a sí mismo lo que hizo aquella noche. Y ahora se enfrentaba a las consecuencias.

Bobbie intentaba no pensar en el horror infinito que le provocaba aquella historia herodiana. Su mente buscaba un resquicio de esperanza al que aferrarse, y lo halló en las palabras de Pierce: «lo lamento desde entonces». ¿Había una grieta en su locura, quizá? ¿Un mínimo de humanidad que se colaba dentro de aquella cabeza asesina... y un pequeño destello de esperanza que brillaba para ella?

Pierce levantó la cabeza y bajó el entrecejo, de manera que sus facciones tomaron la forma de una satánica V.

–Sí, no maté al bebé –dijo.

Bobbie no lo comprendió al principio. Luego recordó aquella vieja canción que cantaban en la guerra: «¡Sí, no tenemos bananas! ¡Sí, no tenemos bananas para hoy!». La doble negación de la frase explotó en su memoria, desapareció la esperanza, vio como volvía la locura.

–Y lamento no haber matado al bebé desde entonces –gruñó Pierce, meneando la cabeza como si le diera asco.

Luego siguió contando la historia...

... Pierce, con los ojos cerrados, levanta el cuchillo de la cuna. Abre los ojos y ve que no hay sangre en la hoja. Mira dentro de la cuna y ve que el vestido color turquesa se mueve, todavía con vida...

–Fallé.

–¿Que fallaste?

–Sí, fallé.

A Bobbie se le entumeció todo el cuerpo. No quería saber más, pero tenía que escucharlo, tenía que hacer que Pierce hablara para seguir con vida.

–¿Qué pasó? –preguntó casi con un susurro.

Pierce encogió los hombros, como si sintiera encima un peso tremendo.

–¿Locura? ¿Debilidad? Sobre todo, superstición. De hecho, se podría decir que la superstición fue mi debilidad y mi locura. Toda mi vida he sido supersticioso. Me viene de mis años en el *ring*. Casi todos los artistas, y los deportistas, son supersticiosos. Y seguro que no ayudó la sangre de piel roja que llevo en las venas, ¡menuda raza de

supersticiosos! No me pidas que pase por debajo de una escalera o que deje un sombrero encima de la cama; y, por Dios, que no se me cruce un gato negro, en fin, ese tipo de cosas. Así que, verás, pedirme que volviera a darle una puñalada a aquel mico era como hacerme pasar por debajo de una escalera o poner un sombrero encima de la cama. Y me dije a mí mismo, me dije: «Henry, si todavía está vivo, será que no tiene que morir».

Bobbie se abrazó con fuerza, como si un frío ártico hubiera entrado de repente en la habitación. Empezó a mecerse despacio sobre el labio del sofá mientras intentaba encajar las piezas, ver por dónde tiraría la historia. Se miró el vestido de seda, el vestido turquesa. El vestido de su madre. Pierce echó el cuerpo hacia delante y puso la mano sobre uno de sus pechos, justo encima del broche. Bobbie no se inmutó.

—Quítate el broche, cariño.

—No —dijo ella, con la mente llena de imágenes y recuerdos, ensartando uno tras otro los momentos que pasó con Jack. Cuando él le preguntaba por su pasado, su madre, su padre... La madre y el padre que nunca conoció... La madre y el padre que él había matado.

—¡Que te lo quites!

Bobbie, todavía en trance, le dio la vuelta al broche y desenganchó el largo alfiler del cierre, luego tiró del alfiler hasta quitarse el broche. Quedó al descubierto en la tela la hendidura cosida por donde había entrado el cuchillo. Apenas medía un par de centímetros, pero allí estaba.

Pierce sonrió al reconocer el vestido ensartado; a él también lo asaltaban los recuerdos.

—En cuanto vi ese vestido supe que eras tú. Me acuerdo de tu madre. Nunca olvido una cara, y ella era toda una belleza. Y tú, cariño mío, eres igualita a ella. La misma cara, la viva imagen de tu madre. Tienes algo de tu padre también, pero eres calcada a tu madre. Menuda belleza. —Una sonrisa sarcástica y astuta le cubrió la cara—. Se ve bien claro por qué le gustaste a Jack.

Aunque apretaba los ojos, a Bobbie le fue imposible contener las lágrimas, que caían sobre el vestido formando grandes manchas que empapaban la seda. Sus padres, aquella pareja joven, tomaron vida para Bobbie mientras su imaginación iba uniendo los puntos. Se preguntaba qué habría pasado para que Jack sacara toda su ira contra ellos. Quizá su padre le debiera dinero y no pudiera pagarlo, pero ¿habría sido capaz Jack de matar por eso? No lo sabía, porque para ella Jack ahora era alguien misterioso y oscuro. Quizá su padre dijera algo fuera de tono, algo que ofendió a Jack. Abandonó inmediatamente esa idea mientras la invadía una ola de repulsión. ¿Es que acaso estaba creando excusas para no incriminar a Jack, su amante? Si Pierce estaba en lo cierto, Jack había matado a una familia entera: el padre y la madre, y dio la orden para acabar con la niña recién nacida. Aunque era difícil concebir tanta maldad, y aunque Pierce sin duda estaba loco, Bobbie lo creyó a pies juntillas. En el fondo, sabía que era verdad. Sabía que Jack Regent, el hombre con el que compartió lecho, había asesinado salvajemente a sus padres...

—¿Quieres saber qué pasó después? —preguntó Pierce, sacándola de sus pensamientos.

Bobbie no quería saberlo, pero sí quería vivir. Así que asintió.

—Te envolví en ese vestido y te saqué de Brighton esa misma noche. Estaba

alboreando cuando encontré una iglesia y te dejé en los escalones de la entrada. –Pierce sofocó una risita que le reverberó en la garganta–. Era el día de Navidad, quizá tenía que haberte dejado en un pajar para cumplir con la tradición del belén. Así que se podría decir, cariño, que te salvé la vida.

Bobbie todavía tenía los ojos cerrados, los sollozos habían dado paso a una respiración entrecortada y en la mano sostenía el broche.

–Tenías que haberme matado.

Pierce asintió con lentitud, con armonía casi: estaba de acuerdo. Luego agarró ambos brazos del trono, cogió impulso y se puso en pie. Una vez erguido todo lo corpulento que era, soltó un suspiro que resonó en toda la habitación y que marcaba el fin de la conversación, de su confesión también, y el comienzo de lo que iba a ser un baño de sangre. Se acercó despacio a Bobbie, cuchillo en mano.

Las palabras de Pierce resonaban en la mente de Bobbie: «si todavía está vivo, será que no tiene que morir». Ella quería vivir.

–¡Cabrón! –gritó Bobbie–. Jack Regent mató a mi madre y a mi padre y tú... ¿tú quieres que te dé las gracias?

Al oír aquello, Henry Pierce se detuvo a medio camino y permaneció completamente inmóvil. Torció la boca, una media sonrisa fue formándose en los labios viejos y secos, hasta que se transformó en una mueca sarcástica de oreja a oreja. Y entonces empezó a reírse. En alto, con todas sus ganas, fuera de sí en su alborozo. Por fin, cuando se había hartado de reír, recuperó la calma, y la respiración, en la que todavía resollaba un resto de la risa. Pierce sabía que la ocasión exigía silencio, porque sobre él caía todo el peso de la responsabilidad ante lo que iba a hacer. Se sentía bien, como si fuera Dios, no solo al tener la vida de la chica en sus manos, su futuro; sino también su pasado. Iba a arrancárselo todo y a dejarla sin nada. Henry Pierce había matado antes..., pero nunca de aquella manera. No había matado desde lo más hondo de sí. Este momento solemne necesitaba tiempo, más del que él tenía, pero aun así...

Dio un paso más hacia ella.

Bobbie, con la cabeza gacha, sujetó el broche con una mano, apretándolo con todas sus fuerzas. La punta del grueso alfiler que servía de cierre se le había clavado en la base del pulgar, atravesando la carne, el tendón, el músculo, rozándole casi el hueso. Sintió la sangre cálida como un reguero entre los dedos y la reconfortó tocarla. Quería tocar más sangre.

Pierce se inclinó para mirar a la chica, estirando el cuello como una jirafa pastando en la hierba, una posición muy poco natural y bastante peligrosa. Pero aquel era el momento de la verdad que tanto había estado esperando: podía examinar escrupulosamente con la lupa a la pobre criatura que había cazado, y además podía hacer explotar la historia, provocar la destrucción final que tenía guardada para ella.

Y entonces podría matarla por fin. Darle a todo la vuelta.

–Cariño mío, no sabes ni la mitad de todo. Ni la mitad...

–¡La mitad de todo!

A Henry Pierce, el que todo lo veía y todo lo sabía, el que lo podía todo, le acababan

de parar los pies, la voluntad y hasta la vista. Tenía el alfiler del broche clavado en un ojo. En el ojo bueno. El que veía.

Bobbie ya había escuchado bastante de boca de Pierce, y lo que le había contado no se le olvidaría en la vida. Y esperó su momento. Agazapada en el sofá con forma de boca, aguardó la ocasión y dio un salto. Y como aviso no dijo más que esas palabras: «¡La mitad de todo!».

Al oírlas, Pierce dio un paso hacia atrás. Acababa de ver algo en los ojos de Bobbie, algo que no estaba allí antes, algo nuevo. Una expresión que le hizo temblar de arriba abajo todo lo grande que era. Y fue al dar ese paso atrás, en una décima de segundo, cuando ella aprovechó para saltar sobre él y abrazarse a su cuerpo con brazos y piernas. Con el brazo izquierdo lo sujetó por la parte de atrás de la cabeza, cogió un mechón de pelo corto y negro. En la mano derecha, toda ensangrentada, tenía apretado el broche dentro del puño, y el alfiler le salía entre el dedo anular y el corazón, una protuberancia mortífera como el aguijón de un alacrán. Y con las piernas rodeándolo por la cintura, le clavó el alfiler en el ojo, dándole vueltas con el puño cerrado una y otra vez, hasta lo más hondo, haciendo trizas el cristalino.

Pierce gritó, un grito agudo y chirriante que no parecía salir de aquel cuerpo gigantesco. Pero el grito dio paso al forcejeo con el que intentó liberarse de aquella lapa lacerante que se le había pegado al cuerpo con inusitada rapidez y que hacía todo lo que estaba en su mano por destrozarle el ojo que le quedaba. El ojo menos favorecido, el que palidecía en comparación con el que más miedo metía. Ese ojo, por el que nunca había demostrado mucho interés, cobró nueva estima para él ahora que comprendía que lo estaba perdiendo.

Pero ya era tarde. Lo había perdido del todo.

Movió los brazos desesperadamente de un lado para otro, como un viejo albatros de aspecto horripilante que intentara remontar el vuelo, mientras ella se aferraba a él con uñas y dientes. Daban tumbos por la habitación, abrazados en un baile macabro, golpeándose contra los muebles, destrozando figuritas, rompiendo el cristal de los espejos de marcos dorados y arrancando cuadros de las paredes. Pero Pierce había hecho de ciego durante tanto tiempo que tenía muy ensayado el papel, y eso le bastó para orientarse en la habitación a oscuras. Sentía de algún modo que todavía tenía el ojo bueno y, echando mano de la vista que le quedaba en la memoria, logró encaminarse hacia la salida. Se puso derecho y cargó contra la puerta.

Bobbie, con los ojos cerrados todavía, colgada de él, apretando el puño para meterle todo el broche en la cuenca del ojo, sintió un golpe tremendo en la espalda al chocar contra el escritorio negro que bloqueaba la salida. Soltó un grito agudo de dolor.

Pierce, avisado del punto exacto en el que estaba la puerta por el grito de Bobbie, que escuchó como si le clavarán un cuchillo en el oído, empezó a resoplar lleno de dolor y de ira. No quería que la chica atacara ningún otro de sus sentidos, y sabía que le haría falta sobre todo el del oído. Al darse cuenta de que estaba frente al escritorio, dio un paso hacia atrás y volvió a cargar de frente. Hubo otro grito, y sonó un crujido justo delante de él, no sabía si de hueso o de madera.

Luego quedó libre, ella ya no lo atenazaba más. Se la había quitado de encima.

Bobbie estaba ahora en el suelo, alejándose de él a cuatro patas. Pierce tenía la cara llena de sangre, pero no quería dejar a medias el trabajo que había ido a hacer. Cogió el escritorio negro, cogió impulso y, con un gemido que le recorrió todo el espinazo, lo levantó en alto por encima de su cabeza. Henry Piel Roja Pierce, como su abuelo antes que él, aquel guerrero sioux de la leyenda, puso en práctica sus dotes de rastreador. Aguzó el oído. Olisqueó el aire en torno a él con la esperanza de encontrar el rastro: Chanel número 5. Ahora hacía todo lo que fingía hacer cuando se hizo pasar por ciego. Era capaz de percibir lo irónico de la situación, pero no tenía ni puta gracia.

Inclinó la cabeza. El ojo malo, y el ojo peor que se le acababa de poner, apuntaban sin mirar hacia donde Bobbie permanecía agazapada en el suelo. Ella levantó la vista y, comprendiendo que estaba a punto de morir aplastada por lo que le pareció un monolito, con sumo cuidado, sin hacer ruido, se quitó un zapato y lo tiró como a un metro de distancia. Al oír el ruido, Pierce cambió de objetivo y, con un gruñido descomunal, arrojó el mueble sobre el punto en el que había caído el zapato. El escritorio, de madera ya vieja y quebradiza, reventó contra el suelo de parqué. Entonces Pierce permaneció en silencio, esperando oír los últimos vagidos de la chica, aplastada y agonizante.

Y lo que oyó fue... nada.

Pierce dirigió los ojos ciegos hacia el nuevo pozo de negrura que se abría ante él, la más completa oscuridad que rodea al invidente. ¿Allí acababa todo?, se preguntó a sí mismo. Dejó caer los hombros con un gesto de impotencia; todo había salido mal. Esto no le habría pasado jamás a Jack. De haber sido él el encargado de hacer el trabajo, la chica ya llevaría muerta un buen rato. ¿Y si se echaba a llorar? No, no era momento para andar haciendo experimentos. Pierce seguía allí de pie, preguntándose si había algo más después de la ceguera. Preguntándose si no sería todo un mal sueño y luego vendría alguien y daría de nuevo las luces y él volvería a ver. No sabía qué tenía que hacer.

Pero comprendió que todo había acabado. Nadie iba a dar la luz, y todo sería así ya siempre. La ropa negra que llevó durante tanto tiempo, hasta cuando no era lo más apropiado en un día soleado, no se separaría nunca ya de él. No había ningún respiro en aquella densa oscuridad que un día lo había definido. Había acabado el ensayo general en el que el viejo artista hacía de ciego; la noche inaugural se abría para él durante el resto de su vida. Era uno ya con su papel. Y con voz tenue, triste y casi involuntaria, le dijo adiós a la chica.

Bien sujeto al pasamanos labrado de la barandilla, dejándose guiar por caídas, tropiezos, torceduras de tobillos y otras lindezas que le deparaba la ley de la gravedad, bajó todos los escalones de mármol, que no tuvieron piedad de él. Con los brazos extendidos por delante, como el viejo y triste monstruo de Frankenstein, salió dando tumbos a la calle, tanteando el camino en medio de la noche, en mitad de la calzada. Levantó la cara hacia el cielo y dejó que la lluvia le cayera encima, le lavara la sangre y le limpiara el ojo ciego recién estrenado. La joya de fantasía que llevaba incrustada brilló con el agua de lluvia y la luz de la luna. Pugnaba el astro nocturno con la luminosidad de las farolas por arrancarle los brillos más insospechados a la plata engarzada de vidrio

tallado. Tenía el broche firmemente implantado en el ojo. El ojo ciego de strass era una parte ya de él, como podía serlo el ojo ciego de mármol. Ninguno era bonito, pero los dos le venían que ni al pelo.

—¡ARAÑA!

Al Araña le había dado instrucciones de que aparcara al otro lado de la glorieta, y allí estaba, en el coche de Pierce, un Cadillac negro del 59, un sedán modelo Deville con tapicería en rojo. Al Araña le gustaba darse un garbeo con el carro de Pierce (y era típico de Pierce tener un cochazo yanqui). A tomar por culo alerones, a tomar por culo motores V8 y a tomar mucho por culo neumáticos de llantas blancas. Bonito y vistoso, la gente se rompía el cuello mirándolo, y era el único Cadillac que había en Brighton por aquellos tiempos. Un vendedor de coches llegó a tener uno, de otro color, con el interior blanco. Pierce hizo que se lo robaran y que lo redujeran a chatarra en el desguace. A ese otro Cadillac que hubo en Brighton lo dejaron del tamaño de un televisor y lo tiraron un día delante de la casa del vendedor de coches; junto con una nota en la que le decían al muy hijo de puta que dejara de fardar. Brighton era demasiado pequeño para albergar a dos de ellos: dos Cadillacs, claro está, no dos hijos de puta. Había mucho fardón hijo de puta en Brighton. Y el Araña era uno de ellos.

El Araña sabía que Pierce tenía planeado matar a Bobbie porque el mismo Pierce le había dado algún detalle. No todos los detalles, nada de lo que había sucedido hacía veinticinco años, eso era un asunto privado entre él y Bobbie. Pierce le contó que la orden venía de arriba, y el Araña estaba encantado de que Pierce formara parte de una organización con altura de miras, que no actuara solo por su propia iniciativa de sicópata. Y estaba encantado, sobre todo porque eso le hacía a él, el Araña, formar parte de una organización así. Además, era un asesinato. Eso sí que era un trabajo delicado; y un trabajo que solo hacían los malos malísimos. Que Pierce tardara lo suyo en llevar a cabo el trabajo no le preocupó demasiado al Araña. Sabía que un sádico de los pies a la cabeza como él se deleitaría en el trabajo cebándose en lo más depravado de su oficio. Así que, en cuanto Pierce entró por el portal, el Araña encendió un porro y puso la radio. Quizá por ello no oyera que su jefe, Henry Pierce, lo llamaba a gritos en mitad de la noche.

—¡ARAÑA!

El Cadillac Deville negro del 59 tapizado en rojo se acercó hasta donde estaba Pierce. La puerta de atrás se abrió con total deferencia. Pierce, que se tapaba con una mano el ojo de pedrería que acababan de hacerle a medida, fue guiado hacia el asiento trasero. Pero parecía que había alguien sentado a su lado. Ligeramente confundido, le dio una voz al chófer:

—¡Araña!

El Araña no contestó. Era el que estaba sentado a su lado. Muerto.

Un pie cayó con todo su peso sobre el acelerador y el coche se perdió en la noche a velocidad de vértigo.

La puerta de la calle estaba abierta. Dentro, todo completamente a oscuras. Vince pulsó el interruptor pero la luz no se encendía. Caminó hacia las escaleras y sintió algo pegadizo bajo los pies. Al mirar hacia abajo, vio una sustancia oscura y espesa sobre el suelo de mármol. Aunque era negra, comprendió enseguida que se trataba de sangre coagulada. No dudó un minuto más y subió a toda velocidad las escaleras.

La puerta del apartamento estaba cerrada, pero había quedado prácticamente fuera de los goznes. Para entrar, tuvo que levantar la puerta y sacarla del todo del quicio. Pulsó el interruptor, pero la luz seguía sin encenderse. A su izquierda vio una pequeña pila de escombros en el suelo que resultó ser el escritorio negro hecho astillas. Llamó a Bobbie en voz alta. No obtuvo respuesta.

Al adentrarse por uno de los pasillos vio una luz muy tenue que se colaba debajo de una de las puertas. Pegó la oreja y oyó la voz de una chica. Cantaba una nana, en voz muy baja, interrumpida por frecuentes sollozos. Abrió la puerta. Era un amplio cuarto de baño con baldosines blancos en las paredes; Bobbie estaba en la bañera. Iluminaba la estancia una única vela. El objeto máspreciado para ella, su álbum de fotos, estaba tirado en el suelo.

No pareció percatarse de la presencia de Vince. Tenía la mirada perdida en los dedos de los pies; los enganchaba de forma juguetona entre los grifos. El agua de la bañera estaba teñida de sangre. Él buscó con la mirada alguna herida en su cuerpo, pero no vio ninguna.

—¿Qué pasó, Bobbie?

Ella siguió mirándose los dedos de los pies y cantando la nana.

Vince se preparó para lo peor, pero conservó la calma.

—Fui al Blue Orchid, pero allí no había nadie... —Ella seguía con su canción de cuna—. Bobbie...

—El hombre malo —dijo, poniendo una mueca exagerada de terror, como haría un niño—. El hombre malo vestido de negro vino a verme.

Vince se agachó y la cogió por debajo de los brazos hasta levantarla del agua tibia y hacer que se pusiera en pie. No pesaba nada, parecía una muñeca de trapo, sin vida, como si ese espíritu que nos habita y nos ata a la Tierra se hubiera evaporado. No dijo nada ni opuso resistencia cuando él la sacó a pulso de la bañera. Parecía drogada, pero Vince comprendió que no había tomado nada. Entonces le vio los moratones, la gama de colores que deja el dolor: negro, azul, marrón y amarillo. Le llegaba desde los omóplatos hasta la base de la columna vertebral, como un moteado manto. La abrazó fuerte y el

cuerpo flácido de ella se meció entre sus brazos.

—Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento... —susurró Vince con los ojos cerrados.

Cogió una toalla blanca del toallero y la envolvió con ella. Luego la cogió en brazos y la llevó por el pasillo hasta el salón, y allí la dejó suavemente sobre el sofá de labios rojos.

—¿Y mis fotos...? —preguntó con voz muy queda.

Vince fue al baño y volvió con el álbum. Ella se lo llevó al pecho y lo rodeó con los brazos.

—Las luces, Bobbie, ¿sabes dónde está la caja de los fusibles?

—Vincent, siéntate conmigo, solo un momento —dijo con voz de niña, y abrió el álbum de fotos.

Vince intentó dominar su impaciencia.

—Venga, Bobbie, por favor, dime dónde está. ¿Lo sabes? ¿Está en la planta baja?

—A la entrada, debajo de la mesa —respondió con calma sin levantar la vista del álbum, como si no hubiera pasado nada.

Vince bajó las escaleras y halló la caja de los fusibles. Estaban todos en perfecto estado, solo los habían apagado. Apretó el botón y el *hall* de entrada se iluminó.

De vuelta en el piso de Bobbie, la encontró sentada en el sofá mirando el álbum. Sonreía al pasar las páginas y hablaba, pero no consigo misma, sino con la gente que salía en las fotos. Les hacía preguntas, les daba instrucciones, los reprendía cariñosamente y se reía. Aquellas imágenes habían vuelto a la vida y ella estaba absorta en el mundo que el álbum abría ante ella, todos sus recuerdos le vinieron otra vez a la memoria. Prestados, robados, fingidos, pero recuerdos al fin y al cabo; formados en su imaginación, forjados con las sombras y pesadillas de su niñez. Le pertenecían a ella y, en aquel momento, eran algo mucho mejor que el recuerdo que le había dejado Pierce.

Vince examinó el destrozo en el salón. Vio el escritorio hecho una pila de leña, listo para encender una hoguera, las figuritas rotas, los espejos reducidos a añicos, los muebles patas arriba, el reloj de esfera de cristal destrozado sobre el parqué. Y la sangre, espesa y oscura como la pez, o como tabaco de mascar escupido al suelo. Volvió al sofá y se quedó de pie junto a ella.

—¿Bobbie?

No respondió, seguía concentrada en el álbum de fotos. Con el dedo índice bajo la barbilla de la joven, Vince le levantó ligeramente la cara hasta que sus ojos se encontraron; o los de él buscaron los de Bobbie, más bien. A aquellos ojos castaños que antes parecían siempre llenos de vida, alertas, ahora los cubría un brillo apagado, y tenía la mirada vacía y perdida. Se preguntó si era una forma de evitar enfrentarse a las preguntas que Vince tenía que hacerle. ¿Recursos de actriz para huir de la realidad?

—Bobbie, la sangre, ¿qué pasó?

—«Los ciegos son los que no quieren ver» —recitó, y le guiñó un ojo—. Una frase muy típica de él, ¿no? —Sonreía al decirlo, porque era una broma, pero lo decía también con una frialdad pasmosa que apagaba la luz de sus ojos. Volvió a concentrarse en el álbum de fotos.

Vince buscó por toda la habitación algo que pudiera delatar el fin que había corrido

Pierce, y descubrió el cuchillo de cocina en el suelo. Se inclinó para cogerlo y vio que no había restos de sangre en la hoja. Luego vio la cuchilla que escondía el mango de su falso bastón de ciego, estaba debajo del sillón en forma de trono. Tampoco en esa hoja había sangre. Pierce no era un luchador que jugara limpio, y la mayor parte de las mujeres no sabían nada de lucha libre, así que daba igual. «Los ciegos son los que no...».

—Siéntate conmigo, Vincent. Podemos mirar mis fotos —dijo Bobbie con voz de pajarillo y cadencia infantil, exagerando el gesto de echarse a un lado para hacerle sitio en el sofá.

Demasiado tarde. Vince ya había encontrado sus propias fotos. Se agachó y recogió del suelo los pedazos de las copias que Pierce le había enseñado a Bobbie. Al darse cuenta de lo que eran, las puso sobre la mesa de café y volvió a juntar las piezas. Ahora tenía la prueba irrefutable ante sus ojos. Cayó de rodillas, no solo para verlas más de cerca, también porque no lo sostenían las piernas. Era como si le hubieran arrancado la vida y la viera ahora hecha trizas encima de la mesa. Respiró hondo, con un poso sombrío en cada inhalación, y miró la prueba que tenía delante, retratado para la posteridad en blanco y negro. Barajó la posibilidad de que estuvieran trucadas. Con el equipo adecuado, era fácil hacerlo. Cuando trabajaba en antivicio vio en alguna revista porno fotos de estrellas del cine en posturas obscenas y con una sonrisa beatífica en la cara, como si las hubieran sacado de una película de la perrita Lassie. Pero aquellas fotos tuyas no eran un montaje. Se miraba en ellas y hacía todo lo posible por no verse. Aunque era él, tal y como había dicho Eddie Tobin. Vince estaba de rodillas en el suelo, justo encima del hombre, con el brazo derecho levantado y el puño cerrado a punto de caer sobre la cara inmóvil del proyccionista. La de Vince se contraía en una expresión vengativa, permanecía así durante aquel instante congelado en el tiempo. Era solo un fotograma. Pero ¿qué pasó después? Eso no lo podía ver.

Su mente se disparó, escribió para él su propio guion, sentado en el banquillo de los acusados, y preparó su defensa. No era un asesino, se dijo a sí mismo. ¡No se sentía como un asesino! Pero ¿cómo se siente un asesino? Vince había presenciado interrogatorios a auténticos sicópatas y la experiencia lo había dejado siempre frío. El patrón moral por el que se regían estaba a años luz del resto del mundo. Hablaban de los asesinatos que habían cometido como si fuera algo normal y corriente; formulaban sus atrocidades en un lenguaje monótono y funcional, como el que lee la lista de la compra. Y luego estaban los esquizofrénicos, que no recuerdan nada. Se lavan la sangre de las manos y despiertan sin noción del asesinato cometido, hacen tabula rasa.

Vince miró los destrozos en la habitación; luego a la chica sentada en los labios rojos que no apartaba la vista del álbum de fotos. Todo tenía el aspecto surrealista de una escena en un manicomio. Pensó en el bueno del doctor Boehm, que le diagnosticó a Vince no solo esquizofrenia, sino también narcisismo. Imaginaba que no había nada mejor para un narcisista que sentarse a ver fotos en las que salía retratado; y, sin embargo, había algo de él en aquellas fotos que ojalá no existiera. Bobbie, por su parte, estaba mirando fotos que jamás habían existido. Una escena surrealista propia de un manicomio.

Vince se levantó, intentó poner los pies de nuevo en la tierra, sacudirse la sensación de irrealidad que lo embargaba. Dio una vuelta a la mesa de café sobre la que estaban desplegadas las fotos y le dieron ganas de liarse a patadas con ella, pero no quiso incrementar el caos que reinaba en el salón, ni la locura. Haría todo lo posible por no dejarse arrastrar por aquella deriva de destrucción e insania. En el fondo de su alma sabía que, de alguna manera, nada de todo aquello era cierto. Se trataba de un montaje. Solo tenía ante sus ojos la mitad de la historia. ¿Qué pasaba con la chica de la pantalla? ¿Dónde estaban sus fotos en aquella colección? Si estaba viva, podría encontrarla y descubrir la verdad. Ella le contaría a todo el mundo que Vince había hecho lo indecible por salvarla. Y por lo que se refería al proyccionista, ¿quizá su muerte estaba justificada? ¿Quizá Vince actuara en defensa propia? Y si había matado a un sicópata que proyectaba sobre la pantalla todas aquellas vilezas y obscenidades, ¿entonces qué? Quizá estuviera justificado...

El sonido del teléfono interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—No lo cojas —dijo Bobbie con firmeza y la mirada de repente despierta. Dejó el álbum de fotos encima de la mesa y se puso de pie con la intención de cortarle el paso.

Vince le sonrió.

—Tranquila, no pasa nada. —Se dirigió hacia el teléfono.

—Por favor... —insistió ella, y le siguió, abrazándose a él y hundiendo la cara en el pecho de Vince—. Vámonos. Vámonos ahora mismo, vámonos ahora...

Ella le rodeaba el cuello con sus brazos y Vince se los retiró, y con mucho cuidado descolgó el aparato como si fuera un cartucho de dinamita a punto de estallar. No dijo nada, solo escuchó con atención. Oyó un jadeo, más propio de un perro que de una persona. Quienquiera que fuese respiraba de forma irregular, aunque intentaba controlarse y que le salieran las palabras:

—¿Oiga... oiga... oiga? —dijo la voz al otro lado del teléfono.

Había interferencias en la línea, un ruido constante que dificultaba la comunicación.

—¿Hay... hay alguien ahí?

La voz delataba una esmerada educación, eso era indudable, pese a las interferencias que la distorsionaban.

—¿Terence? —preguntó Vince.

—Sí...

Vince le dio un golpe al auricular contra el pulpejo de la mano, intentando así eliminar los ruidos parásitos. Luego volvió a llevárselo al oído.

—¿Terence? ¿Me oyes?

—Ahora sí te oigo.

—¿Dónde estás?

—En el puerto.

La voz de Terence sonaba tan débil y remota que Vince pensó por un momento en decir, con la voz engolada de los locutores de la BBC: «Adelante, Hong Kong, le recibo». Pero, en vez de eso, gritó por el auricular:

—¡Hostia puta! ¡Terence, habla más alto, que no te oigo!

–Estoy en el puerto de Shoreh...

–Eso ya lo has dicho. ¡Ahora dime qué haces ahí, Terence! –lo interrumpió Vince sin ocultar su irritación.

–¡Está en Brighton!

–¿Quién está en Brighton?

–Jack.

Vince agarró con todas sus fuerzas el cartucho de dinamita que acababa de explotarle en la oreja. Luego intentó conservar la calma para que Bobbie no se enterara de lo que acababa de oír. Pero tenía que asegurarse de que había oído bien.

–¿Cómo dices?

–Jack Regent, lo he visto... Te llamé al hotel pero no estabas, así que llamé a este número que me diste. No he metido la pata, ¿verdad, Vince?

–No, Terence, has hecho muy bien en llamar aquí. Ahora dime qué viste exactamente.

–Estaba como a unos treinta metros, escondido entre los palés; tenía vigilado el almacén.

En circunstancias normales, Vince habría esbozado una sonrisa al oír a Terence hablar de «tener vigilado», un término que había leído, seguro, en *The Black Mask*, la revista de *pulp fiction* en la que leía todas aquellas historias de detectives. Pero aquellas no eran lo que se dice circunstancias normales, ni era el tiempo de andarse con heroicidades literarias.

–Un coche aparcó delante del almacén. Un coche estadounidense. No salió nadie. Esperaron como un minuto o así, entonces abrieron las puertas del almacén y el coche se metió dentro.

–Vale, estás a cuarenta metros...

–A treinta.

–Eso, treinta. Es de noche. ¿Cómo puedes estar seguro de que era...? –Vince, que sabía que Bobbie estaba escuchando, ni siquiera quería pronunciar la palabra «él», pues eso indicaría en el acto de quién se trataba. Porque solo había un «él» en aquella historia.

–Me acerqué por el lado del muelle y vi al conductor. Llevaba sombrero, pero cuando encendió un cigarrillo le vi la cara. Era Jack Regent.

Vince empezó a preocuparse.

–¿Te vio él a ti?

Hubo una pausa.

–No, no, no. Ya tuve yo cuidado.

–Terence, ¿llevas puestos esos zapatos con refuerzos metálicos en las suelas?

–No, ya pensé en eso, Vince. Estoy de vigilancia, por eso me puse unos con suela de goma.

–¡Hostia puta! Terence..., ¡sal de ahí ahora mismo!

–Pero era él, Vince. Era...

–¡Sal de ahí ahora mismo! ¡Es una orden!

Sonaron las monedas al caer. Se acababa el tiempo.

–Vince, te llamo...

—Dame el número de la cabina —lo apremió Vince.

La línea se cortó.

Vince daba vueltas por la habitación, esperaba que Terence volviera a llamar. Bobbie lo seguía en su deambular.

—No pienso dejarlo.

—¿Dejar el qué, Vince?

—Dejar de ser yo mismo.

Nada más colgar Vince, Bobbie dijo: «Jack está en Brighton, ¿verdad?». Lo había observado mientras hablaba por teléfono de espaldas a ella, sin apresurar las palabras, intentando que la voz no lo delatara. Vio que estiraba la espalda y se le tensaban los músculos de los hombros. Antes de que Vince gritara «¡Sal de ahí!», la presencia de Jack en la ciudad era algo obvio para ella.

Exigió saber la verdad, y al final él le dijo que sí. Él vio su expresión de pánico y oyó su voz quebrarse por la ira. Las emociones se mezclaban en ella como en un alambique, y el resultado era puro odio destilado. Intentó calmarla, insistió en que iba a arrestar a Jack y a meterlo en la cárcel de por vida para que no tuviera que verlo nunca más. Pero eso no le quitó el miedo, no le alivió el odio visceral que sentía. Vince no comprendía de dónde venía este odio nuevo, pero lo aceptó. Se iba acostumbrando a no hacer preguntas.

—Vine aquí encargado de un caso, Bobbie. Sigo siendo detective de policía hasta que no me digan lo contrario.

—¿Aun a riesgo de acabar comprado por aquellos a los que supuestamente persigues? Te tienen atrapado, Vincent. Tu vida ya no es tuya.

Vince la miró y se fijó en sus ojos, de repente alertas, lúcidos otra vez.

—No voy a vivir el resto de mi vida con miedo. Ni siquiera sé qué he hecho.

Ella señaló las pruebas encima de la mesa, las fotos hechas pedazos.

—Eso solo son fotogramas —dijo—. Pierce dijo que tienen la grabación completa...

—Ya sé lo que dicen, Bobbie —la interrumpió.

—El trabajo ya lo has hecho, Vincent. Has terminado el trabajo que viniste a hacer a Brighton. Ibas en busca de un asesino y lo has encontrado. El asesino eres tú.

Vince bajó la cabeza, incapaz de aguantarle la mirada.

Ella dio un paso hacia él y cogió su cara entre las manos.

—Perdóname, perdóname, perdóname. Eso no es cierto, Vincent. Eres un hombre bueno... —dijo en voz baja, llenándole la cara de besos. Se sentía culpable, sabía que Vince le había revelado todos sus secretos, mientras que ella conservaba intacto el suyo todavía. No tenía derecho a soltárselo a la cara. Si Vince se enteraba de lo que ella sabía sobre Jack, tendría la justificación para deshacerse de él. Ella no esperaba menos. Por eso no se lo dijo. También porque sentía vergüenza de haber amado al hombre que mató a sus padres y le destrozó la infancia.

Vince se separó de ella y fue hacia la mesa de café, recogió los trozos de las fotos y los llevó a la cocina. Los metió en el fregadero, cogió una caja de cerillas y los prendió fuego; vio cómo el pasado tomaba un color cada vez más oscuro, se volvía negro, luego

se retorció y desapareció de su vista.

El almacén de accesorios más grande del mundo

Una enorme maleta ocupaba todo el espacio del maletero del Triumph Herald. Vince ayudó a Bobbie a recoger sus cosas sabiendo que, incluso en aquellas circunstancias, pedirle a cualquiera que hiciera el equipaje para toda una vida, sobre todo cuando se trataba de una mujer con tanta ropa como Bobbie, sería algo fútil, una pérdida de tiempo. No la conocía bien, porque fue rápida y no tuvo piedad con su fondo de armario. Metió en la maleta solo la ropa que era suya. Los trajes y conjuntos caros, todos cortesía de Jack, ya no los quería. Se estaba deshaciendo del pasado, mudando la piel con todo lo que había significado Jack. El vestido de seda color turquesa, el único recuerdo de su madre que le quedaba, acabó en la pira funeraria que Vince había inaugurado con las fotos, allí lo quemó de forma más bien poco ceremoniosa. Vince se dio cuenta de que el broche del fénix no estaba enganchado en el vestido. También, de que quemar aquella prenda, el último vestigio que le quedaba de la infancia, no era un problema para Bobbie. Le sorprendió bastante, pero no lo cuestionó. ¿Y el álbum de fotos? Lo dejó en el sofá. Antes de apagar la luz y salir del piso, Vince le preguntó si no olvidaba nada. Bobbie fijó un instante la mirada en el álbum, luego dijo muy segura que no, y salieron.

La lluvia golpeaba sin parar el parabrisas de camino al Seaview Hotel. Era de madrugada y no circulaba ningún otro coche por la carretera de la costa. La luz de las farolas, distorsionada por la lluvia, iluminaba el trecho de carretera completamente vacío que se iba abriendo ante ellos con un brillo intenso de color anaranjado, como una pista de aterrizaje.

Vince giró la cabeza y vio que Bobbie sonreía. Pero era una sonrisa sin vida; carente de toda alegría, nada grato de ver. Era la misma expresión que tenía cuando la encontró dentro de la bañera, y que no se le había borrado de la cara en todo ese tiempo.

—¿Bobbie? ¿Bobbie? —pronunció su nombre con ternura. Tenía la cabeza pegada a la ventanilla, los ojos cerrados, y tarareaba la nana otra vez. Le ponía muy nervioso verla así. Los moratones en la espalda, la destrucción del piso, no sabía qué había pasado entre ella y Pierce, pero podía imaginarse que había sido como vivir una pesadilla completamente despierta.

Pasaron por el West Pier, en el que un grupo de vagabundos se guarecía como podía en torno a una botella. Vince creyó ver a un hombre al lado de la barandilla, tenía los brazos extendidos y sostenía entre las manos una sustancia gris y de aspecto pastoso. Le gritaba al todopoderoso mar, que golpeaba contra la playa arrastrando ferozmente los guijarros. Era Billy el Napias, el pregonero atormentado de la ciudad, sombra de lo que

fue. La lluvia le había borrado la maldición que llevaba escrita en la frente y había reducido a papilla el periódico que tenía entre las manos, pero no se movía de allí, y recitaba en alto los muertos del día.

Vince también estaba agotado. Se sentía en medio de aquel mar picado, sometido a sus zarandeos, luchando por ganar a nado la orilla. En lo alto revoloteaban las aves marinas, enormes carroñeras de patas palmípedas, a la espera de disputarse sus huesos. Y delante tenía a Billy el Napias leyendo en alto su nombre, sacado del mismísimo Libro de los Muertos.

Esto lo llevó a pensar en Terence. Vince meneó la cabeza y golpeó el volante con los nudillos. Se sentía impotente.

Bobbie salió de su trance, alertada por el golpe.

—¿Qué pasa?

—Terence —dijo Vince en tono muy serio—. No me volvió a llamar.

—Quizá se quedó sin monedas.

—Cambio sí tenía, seguro. Terence fue Boy Scout —dijo Vince haciendo una mueca que equivalía a una sonrisa, aunque no sabía tanto de la vida del joven reportero—. Terence es el tipo de chico que siempre tiene cambio, sellos, mapas, una brújula y los guantes cosidos a las mangas del abrigo.

Llegaron al Seaview Hotel y aparcaron el coche.

—Le dijiste que se fuera a su casa. Yo te oí.

—Ya sé lo que le dije, Bobbie. —Vince movió la cabeza con gesto nervioso: tanto él como Terence tenían un defecto en común, la impetuosidad—. Pero Terence tiene la cabeza dura como una piedra, y a veces no sabe qué es lo que más le conviene.

No había nadie en la recepción del Seaview Hotel. Tampoco a cargo del bar. Todo parecía desierto, sorprendentemente tranquilo. No llegaba ruido de pasos de las habitaciones en la planta de arriba. Vince se preguntaba si solo le pasaba a él ver cosas que no existían, no oír lo que tenía delante de las narices. Después de todo, era ya de madrugada. Apretó el botón en el mostrador de recepción. No hubo respuesta.

Subieron. Vince sacó la llave y abrió la puerta. Encendió la luz y pudo ver que le habían hecho la habitación y todo estaba impecable. Pero sobre la almohada de la cama había dos pequeños estuches. Uno tenía forma hexagonal, ideal para guardar un anillo, tapizado en cuero labrado de color verde; el otro, con forma ovalada, era de cuero rojo. Vince y Bobbie se miraron a la vez con gesto de asombro, y aquella coincidencia resultó casi cómica. Luego abrieron los estuches. El de Vince contenía un colgante con una cadena de oro; el de Bobbie, un sello del mismo metal. Comprendieron que el colgante era para la chica y el anillo para el chico, y se los intercambiaron sin decir palabra. Las dos joyas llevaban grabada la misma imagen: la cabeza de un moro. Vince cogió las dos cajas y las observó cuidadosamente. Halló que las dos tenían un sello, en el forro de seda, con el nombre y la dirección de la tienda de antigüedades de Max Vogel.

Bobbie se puso el colgante y examinó el grabado.

—Igual que el dibujo que me enseñaste.

–Es un regalo de Jack –dijo Vince.

Ella sostuvo el colgante en una mano, abrió mucho los ojos al encajar la noticia. La cabeza de moro se metamorfoseó por un instante en la cabeza de Jack. Se lo arrancó bruscamente del cuello, lo tiró al suelo y llenó la moqueta de eslabones de oro.

–Vámonos de aquí –dijo con aire decidido.

Vince se agachó para recoger el colgante y lo metió de nuevo en la caja. Cuando Terence le contó por teléfono que había visto a Jack en el puerto, no lo acababa de creer del todo; no había que olvidar que era de noche, había neblina y estaba lloviendo. El joven reportero no era de los que iban por ahí inventándose historias, pero un exceso de imaginación, como en todo escritor, podía llevarlo por mal camino. Pero ahora Vince sí que estaba seguro de que el corso estaba en Brighton.

–Primero tengo que encontrar a Terence; quiero asegurarme de que está bien.

–No, por favor, Vincent. Vámonos. ¡Vámonos ahora mismo!

–Tengo que encontrarlo, Bobbie. Tengo que hacerlo.

–Por favor...

Vince la abrazó muy fuerte.

–¿Confías en mí? –le susurró al oído.

–Sí.

–¿Seguro que confías en mí? –repitió.

–Sí.

La sentó en la cama, y con toda la calma, como quien describe una rutina que lleva a cabo todos los días, prosiguió:

–Entonces, esto es lo que vamos a hacer. Fíjate...

Bobbie escuchaba atentamente. Costó convencerla, pero he aquí lo que hicieron: Vince la dejó con la maleta en el bar del hotel. No quería quedarse sola en la habitación, y el encargado nocturno del bar y de la recepción había vuelto a su puesto. No pasaba nada raro, simplemente había estado dando una cabezada. Cuando Vince le preguntó quién había subido a su habitación dijo que no vio a nadie, y que tampoco preguntó nadie por él. Vince lo creyó porque el otro mostró su sorpresa al enseñarle los regalos que habían recibido. Cuando el hombre se ofreció a guardar las joyas en la caja fuerte del hotel, Vince le entregó los dos estuches, sabiendo que jamás volverían a recogerlos.

Vince le prometió a Bobbie que la llamaría en media hora. Solo quería ver qué había pasado con Terence, nada más. Ella le hizo jurar que no iría detrás de Jack. Y que si se confirmaba que Jack estaba en Brighton, llamaría a su amigo Ray Dryden, de la Interpol, y dejaría que ellos se encargaran del asunto. Cuando le prometió una y otra vez lo que ella quería oír, la besó con ternura en la frente y se marchó.

En busca de Jack.

Vince se cruzó con una furgoneta de reparto de leche que pasó traqueteando y sintió que la vida sucedía allí mismo, delante de sus narices, y no en ningún universo paralelo. Un poco más adelante estaba el puerto. La cabina roja de teléfonos quedaba a la entrada. Aminoró la marcha, no había ni rastro de Terence. Entró en el puerto. No se veía a nadie: ni vigilantes, ni perros ladrando, tampoco luces. Aparte de la valla, no había

medidas de seguridad que protegieran la preciosa carga que albergaba (Vince estaba convencido de ello) aquel almacén. Abrió la guantera y sacó una linterna. La sopesó en una mano como posible arma en caso de necesidad. Ni siquiera con las pilas grandes alojadas en el interior del cilindro de aluminio tenía la consistencia suficiente como arma de defensa. Pensó en la pistola de Bobbie: ¿merecía la pena ir a por ella? No, estaba en desuso, echada a perder, y posiblemente le explotaría en la cara. Improvisaría si llegaba el caso, seguro que podría coger algo que viera por allí; algo que fuera contundente, que tuviera filo o punta.

Siguió andando por el lado del muelle y vio el escondite de Terence, la pila de palés, lista para la estibadora. Ni rastro de él. Vince encendió la linterna y buscó algún rastro del joven reportero. No sabía qué buscaba, no era como ir detrás del nido de un pájaro, o de una mascota que va dejando su rastro por todas partes. Quizá pensaba hallar virutas de lápiz, una bolsa de patatas fritas o una huella de zapato como las que salen en las películas de dibujos animados. Pero no vio nada.

Apagó la linterna, se dio la vuelta y empezó a caminar hacia el almacén. Las puertas de la valla estaban aseguradas con una cadena y un candado. La valla en sí era de alambre, y tenía una altura de unos dos metros y medio, fácil de sortear salvo por el alambre de espino de aspecto amenazador que la coronaba. A través de la valla vio el Cadillac Deville de Pierce aparcado en medio de la pequeña explanada frente a las puertas del almacén. Parecía un enorme tiburón negro, un pez fuera del agua, algo incongruente varado allí solo para llamar la atención. Pensó que estaba aparcado en aquel punto a propósito, a modo de obstáculo o de desafío: la primera prueba que había que pasar antes de entrar en el almacén y enfrentarse a su presa.

Vince aceptó el desafío. Se quitó la chaqueta, la sujetó con los dientes, escaló la valla y puso la chaqueta sobre el alambre de espino. Luego pasó con cuidado por encima, sintiendo cómo los pinchos que le rozaban el cuerpo bajo la tela. Una vez sorteado, dio un salto y cayó de pie al otro lado. Volvió a encaramarse a la valla para coger la chaqueta y se la puso.

Con la certeza de que lo estaban observando, se dirigió hacia el coche, linterna en mano, a modo de cachiporra. Cuando estaba a unos seis metros, encendió la linterna y dirigió el foco hacia el coche. No detectó ningún movimiento que viniera del interior del vehículo.

Se acercó, miró dentro, vio que las llaves estaban puestas. Enfocó la tapicería de cuero rojo del asiento de atrás con la linterna y vio sangre.

El maletero no estaba cerrado con llave, pero Vince sabía que no había sido un descuido del chófer. Apretó el botón y abrió despacio. Parecía una boca inmensa, y sus mandíbulas crujían conforme la tapa subía, exhalando un aliento de muerte. Reconoció el olor al instante: orina rancia, heces y los primeros síntomas de descomposición.

Pese a lo denso y punzante del olor que emanaba de allí, Vince cogió aire y lo retuvo en los pulmones, listo para lo que pudiera encontrarse dentro: a Terence, el joven reportero, lleno de aquel temor reverencial a la intriga y a la mitología creadas en torno a los verdaderos bajos fondos.

Pero a quien halló, hecho un ovillo y degollado, fue al Araña. Ni rastro de Terence. Vince respiró aliviado y cerró el maletero.

Su siguiente objetivo era el almacén, y allí vio, en lo alto de la fachada, un ventanuco circular que dejaba escapar algo de luz. El resplandor era muy tenue, pero interrumpía la uniformidad de las sombras que rodeaban el almacén. Le pareció ver un parpadeo tras el cristal. Caminó hacia la entrada, sobre la que se podía leer: «Guardamuebles Tártaro, S. A.». En la puerta de carruajes había una puerta más pequeña para el paso de personas. Giró la manilla, vio que no estaba cerrada con llave y entró en el almacén.

Pese a la oscuridad que reinaba en el interior, localizó cuatro interruptores a un lado de la puerta de entrada. Al accionarlos, comprobó que del techo colgaban cuatro bombillas del tamaño de un balón de reglamento cubiertas de una rejilla metálica. Daban una luz muy potente, por lo que Vince retrocedió un paso para tomar perspectiva del interior. El aspecto del almacén visto desde fuera, tres edificios independientes con tres entradas distintas, era pura fachada, pues se trataba en realidad de un único espacio de dimensiones considerables. La zona próxima a la entrada estaba despejada, y tenía el suelo de cemento, manchado del aceite de motor de los camiones y estibadoras aparcados a un lado. Más allá había tres montacargas grandes provistos de puertas correderas y tres escaleras de caracol metálicas. Vio enseguida los muebles de anticuario con los que comerciaba Vogel, pero en el resto de los estantes había todo tipo de mercancías. Maniqués de mujer con la cabeza calva que lucían la desnudez de sus atributos apiñados en grandes cajas de madera, alfombras enrolladas, viejos aparatos de radio, máquinas tragaperras, frigoríficos nuevos, percheros atestados de ropa... Vince dejó de mirar, lo mareaba aquel inventario. Cada piso estaba dividido en secciones por pasillos, con escaleras y pasarelas de metal que daban acceso a las distintas alturas. Parecía un laberinto, un lugar en el que perderse; o, lo que venía más al caso, un lugar en el que esconderse.

Vince sabía hacia dónde dirigir sus pasos: al último piso, en el que había visto la luz parpadeando a través del ventanuco. Cuando llegó a la altura del ascensor en la sección central comprobó que la puerta estaba candada, al igual que las de los otros dos. Subió por la escalera, intentando hacer el menor ruido posible, pero los pasos en los peldaños de metal sonaban como las teclas de un xilófono golpeadas por macillos.

Al llegar al primer piso recorrió con la mirada los corredores interminables que desaparecían entre las sombras. No vio nada allí. Siguió subiendo hasta el cuarto piso. Nada más remontar el último escalón, como si hubiera sido orquestado, las luces del techo se apagaron. Solo veía un leve resplandor al final del pasillo que tenía ante sí. Estaba claro que no era una casualidad: lo guiaban por aquel laberinto. Vince ya no sentía que era el cazador, y eso lo puso nervioso. Siguió adelante, pese a todo, dejándose guiar por aquello que lucía al fondo. A ambos lados del largo pasillo había estanterías de metal abarrotadas de objetos dispares, como en una tienda de baratijas, o un almacén de accesorios para el cine y el teatro. ¿El hilo conductor que parecía unir todo aquello? Que no había hilo conductor: cada cosa era de distinta procedencia. Libros, ruedas de bicicleta, pelotas de críquet, trineos de madera, cajas de bombillas, sombreros de

bombín, más maniqués, una silla de montar y todos los instrumentos necesarios para equipar una orquesta.

Al llegar al final de la pasarela se halló en un espacio iluminado ante múltiples reproducciones de sí mismo. Era una habitación llena de espejos, con el marco dorado como los que cubrían las paredes del piso en Adelaide Crescent. Allí también colgaban de las paredes, cubriéndolas por completo, o bien estaban apilados unos encima de otros. A cualquier punto al que mirase lo que veía era su imagen replicada en los azogues. Entonces se apagaron las luces.

Lo engulleron las sombras de repente, un temblor le recorrió todo el cuerpo y se le cayó la linterna. Oyó que rodaba por el suelo, luego descendía dando golpes por las escaleras metálicas hasta acabar en el piso de cemento. El ruido resonó por todo el almacén. Pero lo que le preocupaba a Vince no era ese ruido, sino cómo zafarse de las sombras que lo rodeaban. Nunca había superado el miedo a la oscuridad, el pánico a algo letal agazapado en lo más negro. Permaneció pegado al sitio, como esperando nuevas instrucciones.

Fue ajustando la visión hasta que se halló delante de un rostro deformado, repulsivo, con algo de irreal y algo de grotesco. Parecía una cara derretida. Y recordó lo que se solía decir: nunca te mires en un espejo con las luces apagadas.

Entonces una luz se encendió e iluminó otra pasarela que salía del cuarto de los espejos por la derecha. Las estanterías de ambos lados estaban llenas de antigüedades: cuberterías y objetos de plata, viejos relojes y pequeños muebles. El tipo de mercancía que Vogel vendía en su tienda. Caliente, caliente, pensó Vince.

Tuvo que andar casi otros veinte metros hasta que recorrió todo el pasillo y llegó a una especie de balcón corrido en forma circular. Tenía como unos diez metros de diámetro, y una barandilla que llegaba a la cintura lo bordeaba por completo, formando una galería que se abría al abismo en la más completa oscuridad. ¡Una fosa!

Por si había alguna duda, pensó Vince, aquello lo confirmaba: Jack Regent era el diablo, ¡y aquella balconada daba directamente a las puertas del infierno!

Al mirar con más detenimiento, Vince vio que la fosa, de unos cinco metros de profundidad, acababa en una habitación a ras de suelo. Aunque no fuera la entrada al Hades, sí era un espacio muy extraño, una habitación negra en lo más hondo de aquel pozo inmenso, con las paredes cubiertas de láminas de plástico negro. En el centro, sobre un suelo también plastificado de negro, había como unos cincuenta muebles de idéntico color. Escritorios de madera maciza, librerías y mesas, era el mismo tipo de mobiliario de ébano que Vince había visto en el piso de Jack y en el contenedor de Vogel. De uno de los lados de la galería salía una escalera que bajaba a aquella habitación negra. Sobre la cabeza de Vince se extendía una cubierta gigantesca de color azabache, asegurada con cuerdas atadas a un cabrestante. La cubierta se podía subir y bajar para dar forma a una especie de carpa. Fuera cual fuese la función para la que estaba destinada, quedaba claro que podía convertirse en un espacio estanco. Vince olisqueó el aire, había un olor muy fuerte; algo químico y punzante, aunque no sabría decir con exactitud qué era.

Quedaba la indicación final. El resplandor de una llama alejó los ojos de Vince del pozo

negro y lo llevó a mirar a la parte de la galería que quedaba justo enfrente, donde había un hombre. No le veía la cara porque la tapaba el ala ancha de un sombrero de fieltro gris con una banda negra alrededor de la corona. Iba a juego con la gabardina gris, el cinturón atado y el cuello subido, sobre una camisa negra sin corbata. Vince no le veía los pies. La luz era muy tenue, y el hombre se adaptaba a ella con la silueta; quería estar así, entre la luz y la sombra. El sombrero de ala ancha bajaba casi hasta la llama del mechero de oro que prendía el cigarrillo. Aun antes de que le llegara a Vince el fuerte olor a tabaco negro, supo que era Jack Regent.

Vince sintió que se le tensaba el pecho y le dio un vuelco el estómago, como si un gigante lo apretara dentro de uno de sus puños. Le subió la adrenalina, y agarró la barandilla con fuerza. Respiró hondo y exhaló el aire muy despacio, intentando recuperar la compostura. La habitación de abajo semejaba ahora un abismo. Separaba a ambos hombres una corta distancia, pero la sima parecía crecer entre ellos por segundos. Dar caza a la presa no es cuestión de distancia, sino de control. Y Vince no era el que había seguido la pista a Jack; sino que, más bien, Jack lo había llevado a él hasta aquel punto apenas a unos metros de distancia.

Vince hubiera querido verle la cara con nitidez, pero la llama del mechero se apagó y él se caló todavía más el sombrero. Entonces Jack dio un paso hacia atrás y se alejó de la galería. Lo envolvieron las sombras.

—¿Jack Regent?

No hubo respuesta. Solo la brasa candente del cigarrillo.

Vince tragó saliva.

—Soy el detective Vincent Treadwell.

—Sé quién eres, muchacho.

—De Scotland Yard.

—Por favor, Vincent, le pido que no se dirija a mí con esa jerga procedimental de la policía. Ya no es tiempo de eso, ¿no le parece? —Sin darle tiempo a Vince a responder, continuó—: No tengo objeción alguna al trabajo de usted, ¿comprende?, es solo esa forma de dirigirse a mí. Y eso que, según he oído, es un joven inteligente y culto. Así que, se lo ruego, no me aburra con ese afectado título de «Treadwell, el de Scotland Yard». Pregúnteme lo que quiera, Vincent.

No hablaba en voz muy alta, pero el tono sin duda era contundente. Quizá esto último fuera efecto de la acústica del lugar, aunque Vince creía que no era eso. Hablaba como alguien que no tiene que alzar la voz para que lo escuchen. Los cigarrillos que fumaba constantemente también habían moldeado aquella voz. Y el acento, que no era muy fuerte, dotaba a sus palabras de una pronunciación diamantina que transmitía autoridad, una autoridad emanada de forma natural y que Vince no cuestionó en ningún momento.

Vince miró hacia el fondo de la fosa.

—¿Así introduce la heroína en el país, en los muebles de Vogel?

—En efecto. Pasta de morfina que viene en avión desde Indochina, con ayuda de la colonia francesa que tenemos allá. Luego se procesa, si se puede decir así, en Marsella. Y llega aquí en barco.

Vince procuró afectar indiferencia.

—¿Cuánto tiempo cree que podrá seguir con ese tráfico impunemente?

—Hasta que me cojan. O al menos eso es lo que le gustaría oír a usted. Pero, si he de ajustarme a la verdad, diré que hasta que a mí me dé la gana. Aunque, ¿sabe?, Vincent, usted y yo solo somos dos motas de polvo en la vasta complejidad del universo. Yo no tengo más control sobre mi destino que el que tiene usted sobre el suyo. Somos juguetes en manos de los dioses. Es algo que sospeché durante toda mi vida, pero que solo esta noche, si le soy sincero, he podido comprobar.

—Ahora le toca a usted hacerme a mí el favor, Regent: ahórrese sus comentarios filosóficos. Es usted un asesino que opera en los bajos fondos, ni más ni menos.

La cabeza tocada con aquel sombrero de ala ancha no se alzó lo más mínimo. En esa posición dio una calada larga al cigarro, luego echó la columnilla de humo hacia Vince como si le lanzara una bala.

—Muy bien, pongamos las cartas sobre la mesa. ¿Cómo piensa atraparme?

—La Interpol ha acumulado mucha información sobre el Sindicato Corso y el tráfico de heroína. —Vince buscó alguna reacción tras mencionar a la organización criminal, pero no la hubo—. Me llegó su regalo, Rinieri. —Jack tampoco reaccionó al oír su verdadero apellido—. La cabeza del moro, he oído que todos en su clan la llevan.

—Max Vogel me contó que usted estaba interesado en esos símbolos, y espero que le haya gustado. Un pequeño regalo que yo le hago.

—¿Y usted qué lleva, Jack, el anillo o el colgante?

—¿Quiere que le diga si soy miembro de una sociedad secreta? Si lo hiciera, ¿podría todavía seguir considerándome miembro legítimo de la misma? Y sin embargo, Vincent, es su imaginación la que le juega malas pasadas. No hay ninguna intriga en ello, solo negocios. Los corsos hemos sido toda la vida traficantes. Lo llevamos en la sangre.

—Traficar con heroína escondida dentro de un mueble no es lo que se dice un método infalible.

—Sí lo es cuando nadie se molesta en detectar los fallos. Y yo no he dicho que la droga venga dentro de los muebles. —Jack dejó caer aquel comentario y luego siguió—: He hallado una fórmula secreta, capaz de transformar el polvo en oro. Mejor que la alquimia, muchacho, y no es más que química. La pasta de morfina va en la laca con la que se pintan los muebles. No llama la atención a simple vista. Primero pintamos los muebles de negro, según es tradición en Oriente. Luego pintamos la pasta de morfina directamente sobre los muebles, en las superficies lisas, la parte superior de las mesas, los paneles de los cajones. Ya le digo, pasa totalmente desapercibido a simple vista. Así, incluso en el caso de que nos confiscaran los muebles, no hallarían nada aunque los redujeran a astillas. De hecho, nos tendrían que pagar el precio de los muebles. Y con ello fabricaríamos otros nuevos que llegarían a estas costas en el cargamento siguiente.

A Vince le pareció oír una risita proveniente de donde estaba Jack; como un gesto hacia la galería. Vince fijó la vista en el fondo del pozo. Ahora comprendía cuál era el sentido de la habitación sellada de plástico. Lijaban la laca de la madera y obtenían el polvo blanco que se desprendía. Tan preciado como el polvo de oro, había que proteger

aquellos polvillos de los agentes contaminantes mediante la fosa sellada. Y como eran blancos, el plástico negro haría que resaltara con total claridad. Un plan perfecto; solo faltaba un detalle.

—¿Y no pierde más morfina de la que recupera?

—Cuando empezamos, perdíamos como un sesenta por ciento. Daba para sacar beneficios, pero no era rentable si uno se para a pensar en todo el esfuerzo que suponía. Tras un periodo de pruebas, ahora estamos en un diez por ciento de pérdida. Y podemos seguir rebajándolo. Nuestro objetivo es un cinco por ciento; ahí nos daremos por satisfechos. El proceso de extracción de la morfina al separarla de la laca nos ha deparado un nuevo descubrimiento. La laca es una goma natural que se extrae de las semillas, como la colza. No quiero aburrirlo con los detalles científicos pero, ni que decir tiene que, al igual que todas las soluciones geniales, parece mentira que sea tan simple.

»Una vez separado del mueble y procesado, el polvo obtenido tiene una pureza de entre un setenta y cinco y un ochenta por ciento. Pero ya le digo, podemos rebajarlo todavía más, en ello estamos, y refinarlo hasta lograr una pureza de un noventa por ciento. Una vez empaquetado para su consumo nos aportará unos beneficios de un millón y medio o dos millones de libras por cargamento. Lo suficiente para la provisión de un año de todo este país y toda Europa. Pero no somos avariciosos: lo primero es asegurarse de que el producto esté al alcance de cualquiera y de que tenga un precio de salida razonable. Es la única manera de crear mercado, de generar expectativas, ganas de consumirlo.

Vince reflexionó sobre los planes de Jack; él sí que cumplía con las expectativas creadas en el joven detective: era una idea brillante. Pero el hecho de que los expusiera tan claramente ante él dejó al descubierto las intenciones de Jack: Vince jamás saldría vivo del almacén.

—El problema, Regent, es que su mierda mata a la gente en cuanto entra en contacto con la sangre. Eso reduce beneficios. Desde el punto de vista financiero, no es muy inteligente matar al consumidor.

—Supongo que se refiere a la plaga, tal y como lo llaman los periódicos.

—Yo no soy un gacetillero con ínfulas poéticas. Para mí solo tiene un hombre: heroína. La heroína que usted y solo usted está introduciendo en el país.

—Es una pena lo de todos esos chicos. Pero se equivoca: no tiene nada que ver conmigo.

—Todo en esta ciudad tiene que ver con usted, Regent, y nada de ello es bueno. ¿Por qué el caballo que está matando a tanta gente iba a ser una excepción?

Vince creyó oír otra vez la risa amortiguada, o quizá fuera un suspiro de burla.

—Se toma usted las cosas muy al pie de la letra, muchacho. A lo que me refería era a que esa hornada fue producto de las pruebas durante el proceso de refinado. Y es cierto que parte de ello salió en mal estado, rematadamente mal. Algo muy lamentable, y en efecto, contraproducente para nuestros intereses. No me viene nada bien ese tipo de publicidad. Aquel alijo nunca debió acabar en las calles, y está claro que no fui yo el que lo sacó a la venta. Habría sido un loco de haberlo hecho. Me lo robaron, ¿sabe? Por lo

que me han contado, su hermano tuvo algo que ver.

—Se lo dio Henry Pierce.

Jack, con el semblante oculto tras el ala del sombrero, reflexionó un momento. Luego apagó el cigarrillo.

—Sí, Henry. —La voz de Jack denotaba cierta tristeza, como la que se siente ante un niño que va por mal camino—. Henry me contó que se lo dio a su hermano como pago por deshacerse de cierto cadáver en el Soho. Pero, por supuesto, usted está al corriente de todo eso, Vincent.

Lo ponía nervioso que Jack lo llamara «Vincent», como si lo conociera de toda la vida. Cuando era más bien al revés: era Vincent el que conocía a Jack desde que era pequeño. A la conveniente y venerada distancia, claro está, como se conoce una leyenda o a una estrella de cine. ¿Era eso?, pensó Vince. ¿Estaba fascinado más por la leyenda que por el hombre? ¿Obnubilado ante la presencia del mismísimo Jack Regent? Vince comprendió que ese estado de ánimo podía resultar peligroso y se quitó aquella idea de la cabeza.

—Ah, por cierto —dijo Jack—, no tuve nada que ver con lo del Soho. Conozco a Duval, como conozco a muchos otros. Pero esas películas en las que andan implicados él, Eton y Henry no son santo de mi devoción.

Vince rio con un poso de amargura.

—Un poco tarde para la moralina, Regent.

—La moral no tiene nada que ver en esto. Lo que pasa es que el beneficio que sacan es escaso. Pero esas películas no son lo que usted cree. Son solo fantasías. Degeneradas, pero fantasías al fin y al cabo. No muere nadie en ellas. Eso es solo producto de su imaginación, Vincent. Y el que está acusado de asesinato es usted.

Vince agarró con tanta fuerza el pasamanos que lo desencajó de sus ejes.

—Tenga cuidado, mi joven amigo. No se vaya a caer.

—Sé lo que vi. Y sé que no maté a nadie.

Jack dio un hondo suspiro y meneó la cabeza, como si le diera pena el joven detective.

—No he dicho que matara usted a nadie: solo que lo acusan de ello. Me tiene en demasiada estima, joven. Yo ni siquiera sabía que Henry estaba involucrado en lo de las películas; hasta que me desapareció la heroína. Esa heroína en mal estado con la que pagó los servicios de su hermano, Vincent. Y créame que lo lamento.

—¿Por eso quería Pierce deshacerse de usted?

—No, no era por eso.

—Entonces, ¿por qué le tendió la trampa? —preguntó Vince acercándose a Jack poco a poco por la galería.

—¿Todavía quiere jugar a los polis?

Vince siguió avanzando a zancadas regulares, sabiendo que tenía que mover ficha antes que Jack. Sabiendo que no tenía que dejarse impresionar por él.

—Mire detrás de usted, Vincent...

—Un truco muy viejo. Esperaba más de usted, Regent.

—No es un truco.

Vince se detuvo, pero siguió con la vista fija en el corso.

Jack señaló un pasadizo oscuro que salía de la galería.

—Al final de ese pasillo hay una habitación, y en esa habitación encontrará usted las respuestas a todas sus preguntas. Podrá saber si es usted el asesino. Puede que no le guste lo que vea, pero imagino que eso está incluido en el sueldo de un policía.

Vince giró rápidamente la cabeza y vio que el pasadizo llevaba a una puerta. Cuando volvió a mirar de frente, Jack había desaparecido. Un truco muy pero que muy viejo.

Aunque no era un truco, pues Jack no necesitaba trucos para desaparecer en cuanto le viniera en gana entre las sombras de aquel almacén. En realidad, le estaba ofreciendo a Vince dos puertas: una de entrada y otra de salida. El pasado y el futuro se abrían ante él.

La otra mitad

Seguía siendo el detective de policía y seguía sin tener muchas de las respuestas. Así que Vince se adentró por el pasadizo hacia la otra zona del almacén, donde estaba la puerta. Un compartimento más en un edificio que estaba lleno de ellos, llenos a su vez a rebosar de tantas cosas, tantos secretos. Abrió la puerta despacio. La habitación estaba a oscuras y palpó la pared buscando un interruptor. Se encendió una bombilla que iluminó la estancia con una luz intensa de magnesio. Era más que probable que la corriente la produjera un generador independiente del tendido eléctrico, porque había un zumbido intermitente en la habitación y la luz fluctuaba con el ritmo irregular de una máquina. Era una habitación pequeña, del tamaño de una plaza de garaje; no tenía ventanas y las paredes estaban pintadas de un blanco resplandeciente. No parecía recién pintada, pero había un olor denso y acre a la vez. La luz inmisericorde hacía brillar las superficies, como el interior de una nevera.

Estaba vacía salvo por un cuerpo sentado en el suelo. Era el cuerpo de Henry Pierce, completamente desnudo, y ahuecaba las manos sobre el regazo como si estuviera rezando. Tenía los ojos cerrados, o al menos uno de ellos, y se le movían los labios mientras oraba entre dientes. En su cuerpo, vencido por la edad y venido a menos, había bolsas de carne que le colgaban de los brazos; lucía una barriga fofa y llena de arrugas, y el pecho seco y caído de una anciana. La piel pendía de su otrora poderosa estructura ósea como una sábana arrojada sobre cualquiera de aquellos voluminosos escritorios negros de Jack, impregnados de opio. Era un cuerpo incoloro, casi transparente; y su cara, que siempre le pareció a Vince pálida y exangüe, tenía un aspecto bronceado y saludable en comparación con el resto de su anatomía. En aquel cuarto tan blanco, la cara y las manos, lo único visible normalmente bajo la ropa negra que llevaba siempre, parecían la cara y las manos de otro cuerpo, como si llevara guantes y pasamontañas.

Y apestaba. Vince comprendió que el olor nauseabundo no era de pintura, sino del mismo Pierce, que se estaba muriendo.

Además, había que verle el ojo: tenía clavado en él un ave fénix que salía de las llamas. El broche que Bobbie se ponía para tapar aquel feo agujero en el vestido de su madre, y que llamara la atención de Pierce un día, lo tenía ahora incrustado en un ojo, tapando un agujero más feo aún. Vince veía contraerse los músculos que rodeaban el ojo echado a perder, en un intento vano por parpadear. Porque no tenía párpados, y el efecto era igual que el de un par de cortinas deshilachadas que no alcanzaban a cubrir un glóbulo ya seco. Los músculos se contraían siguiendo un acto reflejo, como si se movieran de memoria, la memoria de unos ojos que necesitaban lubricación; y de un cristalino que

habría que limpiar para poder tener una visión clara y constante.

Pierce, aleccionado por Jack, en quien tenía todavía una fe ciega, supo que el corso no le había fallado esta vez tampoco y que le había mandado, como prometiera, al joven detective. Dejó de recitar su plegaria y olisqueó el aire.

—Hola, Henry.

—¿El narcisista?

—Así me llaman.

Pierce sonrió.

—Guapo sí que eres. Y bien parecido, pero no narcisista. —Dejó de sonreír. Su voz, capaz de toda la gama de recursos que había aprendido en el escenario, sonaba ahora monótona y ronca. Como toda su persona, también se estaba apagando—. No, tú no. Tú no lo mataste.

—¿Al proyeccionista?

Pierce asintió muy despacio con un único movimiento de cabeza.

—¿Qué pasó?

Pierce encogió los hombros en un gesto carente de expresión.

—Te la jugaron cuando estabas fuera de combate. Duval lo mató. De un tiro en la nuca. Eso fue lo que me contó Eddie Tobin. Y eso es todo lo que sé.

Vince se quedó pensativo. Se liberó de un peso tremendo, pero de inmediato otro se le vino encima. Porque Vince seguía siendo hombre muerto. Su asesino esperaba fuera. Miró hacia la puerta.

—Eso no es todo.

Vince volvió a mirar a Pierce, vio que le cubría la cara una expresión agónica que no tenía antes. No era la agonía del moribundo; era la del contrito.

—Se trata de la chica.

Vince volvió a mirar hacia la puerta y vio que no tenía cerradura. Por alguna extraña razón, no le parecía que fuera una trampa; ya estaba bastante atrapado dentro de aquel laberinto. Fijó de nuevo la vista en Pierce y asintió con la cabeza para que continuara contando. Luego miró a los dos ojos, el de mármol y el de pedrería, y cayó en la cuenta de que ahora la ceguera de Pierce no era fingida.

—Te escucho —dijo a modo de invitación.

Henry Pierce pasó a contarle lo que sucedió en las Navidades de 1939. Contó la historia exactamente igual que se la había contado a Bobbie. Solo que más despacio, y ahorrándose los comentarios. Como si le urgiera más contarle. Esta vez no lo hacía para complacer sus instintos de sádico. Lo hacía siguiendo órdenes de Jack, y eso lo estaba matando. Vince tuvo que acercarse para poder oír aquella voz que se apagaba. Mientras contaba la historia, Pierce solo recuperó cierta viveza en el momento en el que él entraba en escena. Justo cuando Jack le pasaba el cuchillo y le asignaba la tarea de matar a la criatura en la cuna.

Vince escuchaba atentamente, pero en su caso no buscaba ganar tiempo como Bobbie. Al revés, su mente iba por delante de los acontecimientos. En su orgullo de detective, no quería que Pierce acabara de contar la historia. Eso le pondría todas las respuestas en

bandeja, y él quería dar con ellas por sí mismo. Quería dejar su pincelada en el cuadro, su firma en una esquina. Así que cuando Pierce llegó a su parte estelar en el crimen, la entrada en la habitación, el vestido turquesa que caía sobre la cuna para no tener que ver el blanco sobre el que iba a dar la puñalada, el brazo que se alzaba, Vince dijo con firmeza:

—¡Para, no sigas!

Pierce enmudeció, sumiso como un niño obediente.

—Aquel bebé... ¿aquel bebé es Bobbie?

Pierce asintió.

Cuando el cuadro estaba a punto de ser acabado, Vince le dio las últimas pinceladas. Ahora comprendía el odio repentino de Bobbie hacia Jack. Ahora sabía por qué Bobbie se alejaba de él, se alejaba del mundo, en realidad, y entraba en otro completamente distinto. El mundo de la inocencia, el de las fotos del álbum, un mundo de ensueño en el que los recuerdos eran prestados.

—Jack mató a sus padres.

—Sí... y no —dijo Pierce.

Vince ya había estado en aquel punto antes con Pierce, y ahora no tenía tiempo. Miró hacia atrás, atento a la posible entrada del corso, pero la puerta seguía cerrada.

—No tengo tiempo para adivinanzas, Henry.

—No es una adivinanza. Jack mató a su madre, pero no mató a su padre.

Vince sintió que le fallaban las piernas. Se agachó, luego cayó arrodillado, parecía que se unía al repugnante Pierce en actitud de oración. Tenía la cabeza gacha, las manos en el suelo, aguantando el peso del cuerpo. Pierce debió de percatarse de su nueva posición, porque bajó la cabeza hasta ponerla a la altura de la suya.

Tenía todo más sentido ahora, pensó Vince. El hombre acorralado en un rincón de aquel dormitorio, con un cuchillo clavado en el ojo, no era el blanco principal de las iras de Jack. Seguro que era un amante cualquiera. Y era ella la que...

—La mujer y Jack eran...

Pierce asintió.

—Entonces Bobbie es su...

Pierce no asintió esta vez, y Vince hubiera dado cualquier cosa por que hubiera una vuelta más de tuerca que desviara la trama de aquel final inevitable. Pero no hubo tal, por supuesto. Y por si no bastaba con un movimiento de cabeza, Pierce lo puso en palabras:

—Su hija, y luego su amante.

Vince examinó la cara de Pierce, buscando hallar en ella la verdad. Pero la expresión no le había cambiado desde el inicio de la historia, una máscara fúnebre impertérrita, y Vince no leyó nada en sus ojos, como era de esperar. Aunque sí intuyó que otra cosa le pasaba por la cabeza. Confesaba por expreso deseo de Jack, dueño de un poder que le inspiraba un miedo más grande que él mismo. Y seguía las instrucciones al pie de la letra, contaba la verdad, con franqueza y rigor en lo que contaba. Era la salida digna para el viejo gánster, aquel monstruo que colonizara los sueños de Vince cuando niño. Pierce

sabía que se estaba muriendo, y confesar lo ayudaba a quedar en paz consigo mismo. Un peso tremendo caía de sus hombros, le aligeraba el equipaje fuera cual fuese el puerto al que iba encaminado. Tenía que ser un sitio muy caliente, pensó Vince.

—La esposa de Jack era toda una belleza. Una mujer apasionada. Demasiado. Empezó a engañarlo con otros hombres cuando él salió de Brighton. Lo puso en evidencia. Jack sentía debilidad por ella, pero cuando se enteró de lo que estaba haciendo, supo al instante que tenía que matarla. Por eso no quiso que nadie se enterara de que había salido de la cárcel. Quería pillarla in fraganti, y yo creo que eso lo excitaba un poco. Qué pena que también tuviera que acabar pagando el cabrón de turno que estaba con ella esa noche. Le dieron lo suyo... en el ojo.

—¿Y Bobbie?

—Nació al poco de irse Jack. Él no llegó a conocerla, así que deshacerse de ella no era tan duro para él. Hizo lo que tenía que hacer: cortó amarras con todo lo débil, todo lo que acaba atándote. Nada de cargas familiares. Así no pueden agarrarte por ninguna parte. Se había hecho de piedra, invencible, hasta que apareció ella.

—¿Bobbie sabe todo esto?

Pierce plegó los labios dentro de la boca y se los mordió, en un gesto que parecía reprimir tanto la risa como el dolor. Vince pensó que, por la cuenta que le traía, ojalá fuera lo segundo.

—¿Sabe ella todo esto? —insistió.

Pierce no reía. Estaba llorando. Pero las lágrimas no le salían del alma. Era su cuerpo, que reaccionaba contra la joya del fénix parásito clavado en el ojo. El broche no era más que bisutería, metal bañado en plata, y a Pierce le estaba provocando una alergia. Tenía la frente perlada de gotas de sudor. La palidez que lo caracterizaba empezaba a tomar matices grises. Moría envenenado. Las toxinas le iban apagando poco a poco el cerebro. A Vince le daba casi pena de él. Pero solo casi.

—Bobbie..., qué niña más guapa... La viva imagen de su madre..., casi la misma cara..., los mismos ojos... —dijo Pierce, haciendo cada vez un esfuerzo más grande para hablar.

Vince miró el broche, cuyo brillo parecía haberse apagado. No sabía muy bien quién le estaba provocando una reacción alérgica a quién, si el broche a Pierce, o Pierce al broche.

—¿Sabes que te estás muriendo, Henry?

—¿Que si lo sé? No solo lo sé, es que lo estoy sintiendo.

—Y quieres hacer examen de conciencia antes de que Dios te llame a su seno, ¿no es así?

—¿Por qué crees que te cuento todo esto? Ya tengo la conciencia en paz... y Jack lo sabe todo. Sabe por qué lo hice. Y me perdona... me perdona... Jack es...

Vince casi se echó a reír, pero vio la expresión beatífica que tenía Pierce en la cara al pronunciar el nombre de su falso profeta, y respetó la fe del moribundo. Comprendió también que la trampa que Pierce le tendió a Jack no buscaba hacerse con el control de sus negocios ilícitos. Jamás se habría atrevido. Lo hizo solo para expiar el crimen que cometió hacía tantos años; el crimen de no asesinar a Bobbie.

Y comprendió asimismo que lo que había traído a Bobbie a Brighton no era una casualidad. Ella creyó que su madre era de allí por la etiqueta del vestido color turquesa en el que la habían envuelto: «Penelope de Brighton». Y Vince supo entonces que no era casual que se encontrara con Jack. Era cosa del destino. Como había dicho Jack, «somos juguetes en manos de los dioses».

Cuando Pierce conoció a Bobbie en el Blue Orchid supo en el acto quién era. La viva imagen de su madre, llevaba el mismo vestido de noche de color turquesa. Con el broche tapando con disimulo el agujero que hizo el cuchillo... al errar la puñalada. Fue al poco de ese encuentro cuando Henry Pierce empezó a hacerse el ciego.

Era un truco lleno de lirismo, y de dramatismo, típico del viejo artista veterano que él era, pero tenía además un objetivo práctico: le permitía retirarse como esbirro de Jack. Le daba distancia de él. Porque Pierce no soportaba ver el crimen que Jack y Bobbie estaban cometiendo sin saberlo. Un crimen del que era responsable el mismo Pierce. No actuó de inmediato y prefirió pensar que sería la típica pasión pasajera que siente el hombre maduro por la joven ingenua. Pero Jack se enamoró perdidamente de Bobbie, y el destino de la joven quedó sellado. Tenía que morir. Y, para hacerlo, Pierce tenía que separar a Jack de Bobbie.

Y ahí entró en escena el proyeccionista. Duval le encargó a Pierce lo que este llevaba años haciendo para Jack: el trabajo sucio. Deshacerse del cuerpo. ¿Guardó Pierce un cuchillo que usara Jack en algún asesinato previo? Pues claro que lo guardó, ya fuera como un recuerdo o como un seguro de vida. Vince sospechaba que se trataba de lo primero, pero no descartó lo último. Pierce plantó el cuchillo con las huellas de Jack en el cuerpo del proyeccionista, pues sabía que saldría a flote enseguida. Puede que fuera incluso el cuchillo con el que Jack degolló a la mujer que lo había traicionado tantos años atrás. El mismo que dio a Henry Pierce para que matara a la hija que no llegó a conocer. El cuchillo que los unía como hermanos de sangre a los dos, a Jack y a Pierce. Un vínculo que no había sido consumado, al menos aquella noche. Pero no importaba, había más noches.

Vince volvió a mirar a Pierce, y la escasa pena que había sentido por el gigantón desapareció por completo. Era imposible sentir cualquier tipo de empatía por alguien así, tan enrevesado que no movía a la más mínima compasión. Y si había algo parecido al remordimiento en la voz de Pierce, era solo por no haber matado. Vince repitió la pregunta:

—Venga, Henry, dímelo, ¿sabe Bobbie todo esto?

El rictus de una sonrisa irónica apareció en la cara de Pierce. Tomó aire, y un ligero estertor resonó en su garganta al llenar los pulmones por última vez. Casi ya sin aliento, las palabras le salieron solas:

—Iba a hacerlo... pero... —Pierce levantó la mano y pasó el dedo índice por el fénix de pedrería—. Se lo iba a contar... se me adelantó. Perdí... perdí la concentración... Solo sabe... la mitad...

Luego hubo un silencio.

Vince lo miró a la cara y vio que una sustancia espesa de color oscuro le salía por la

nariz y por la boca, y que esta última quedaba fijada en la mueca del r gor mortis. No sabía decir si era una expresión de júbilo o de sufrimiento. No importaba. Recordó las palabras de Edipo: «No preguntes a nadie si es feliz hasta que no está muerto».

Bobbie y Vince, *pour toujours*

Cesó el zumbido del generador y se apagó la bombilla. Vince giró la cabeza. De pie ante él, recortada su figura por el vano de la puerta, con la luz del exterior formando un halo a su alrededor, estaba Jack. Tenía en la mano un cuchillo de hoja larga que parecía la extensión de su brazo. Empuñadura y mano eran como un único animal, flexible y retráctil, al ritmo imperceptible que imponía su pulso y su respiración. O quizá era todo una ilusión óptica, pues la punta se cernía con una imprecisa vibración sobre el ojo de Vince.

Vince parpadeó, dirigió los ojos más allá del cuchillo y miró a Jack directamente a la cara. No podía verlo bien por el brillo de la luz de fuera, y por el ala del sombrero, pero alcanzaba a vislumbrar la parte inferior de su rostro. Los labios que la edad había respetado seguían siendo carnosos, pero estaban secos. Hombre de poderosa mandíbula, la tenía bien definida, y culminaba en una barbilla con una hendidura muy marcada, como si alguien hubiera pasado por allí el filo de un cuchillo.

Jack se dio cuenta de que Vince no le quitaba el ojo de encima, y enderezó los hombros para que su cara volviera a quedar al amparo de las sombras.

—Ya ve, Vincent, compartimos mucho más que esa trampa que nos tendieron a los dos para acusarnos de asesinato, un asesinato que ninguno de los dos cometió, aunque nos quieren cargar con la misma víctima. Compartimos además una mujer... y eso es igual de mortífero.

—¿Bobbie no sabe que usted...?

—Nunca debe saberlo —dijo Jack—. Una cosa es que me desprecie; otra muy distinta que se desprecie a sí misma. No merece esa suerte.

—¿Qué tiene planeado para ella, Regent?

—¿La ama usted, Vincent?

—Haré lo que sea para apartarlo de Bobbie.

—Bobbie es parte de mí.

Vince sintió que algo recorría la fina hoja del cuchillo igual que una corriente eléctrica. La punta se movió con un ligero temblor. ¿Era la emoción? ¿La duda? ¿Los nervios? Miró a la cara al corso. Estaba impertérrito, no sonreía ni mostraba crueldad, ninguna emoción conocida. Tenía los ojos completamente abiertos, devoraba con ellos al joven detective.

Vince le sostuvo la mirada. Jack pestañeó.

Y en esa décima de segundo Vince alzó la mano y apartó la cuchilla que pendía sobre su cara. Se puso en pie al instante, pero con la cabeza gacha para embestir contra Jack y

sacarlo fuera de la habitación.

Jack intentaba seguir en equilibrio, se agarraba con las manos a las estanterías de los lados del pasillo, tirándolas al suelo. Vince sintió los golpes en la espalda, el ruido sordo que hacían los objetos pesados y cortantes al caer sobre él y magullarlo.

Estaban de vuelta en la galería. Vince, con la cabeza todavía agachada, lanzaba series despiadadas de golpes directos al abdomen de Jack. Le daba puñetazos en los riñones, en el hígado y en el corazón. Aunque lo golpeaba frenéticamente, no perdía por ello el rigor casi científico en su ejecución. Le golpeaba el cuerpo para entumecerlo, desfondarlo y no dejarlo reaccionar con el dolor infligido. Vince no sabía si Jack tenía todavía el cuchillo en la mano cuando lo empujó con más fuerza contra la barandilla, con la esperanza de que esta cediera y acabara cayendo en su propio pozo.

Jack debía de haber logrado ponerse de nuevo en pie. Se le tensaba el cuerpo al encajar los directos al estómago. No había nada fofo en aquel vientre, y la sensación era la de dar puñetazos a una pared. Entonces Vince sintió un golpe en la espalda. ¿Una cuchillada, quizá? No, demasiado romo; era solo el puñetazo que Jack le acababa de asestar en la espina dorsal; pero con tanta fuerza que volvió a postrar a Vince de rodillas. Jack lo agarró de un mechón de cabello y tiró de su cabeza hacia atrás.

Vince vio que Jack tenía el cuchillo entre los dientes, como un pirata; luego uno de los puños del corso cayó como un relámpago sobre él. Cerró los ojos para recibir el impacto y sintió que le partía el puente de la nariz. El sonido que hizo el hueso al astillarse fue todavía peor que el golpe. Tumbado de espaldas, Vince notó el sabor dulzón de su propia sangre. No podía aguantar más, tenía la boca llena y empezó a borbotearle mientras se le atragantaba en la garganta, ahogándolo. Abrió los ojos y vio que Jack cogía el cuchillo de la boca y lo empuñaba listo para hundírselo en el pecho. Vince escupió la sangre directamente sobre la cara del corso. Este reculó, apartó la cabeza para limpiarse los ojos.

—Peleas bien, Vincent. Qué pena que tu mente no sea tan astuta. Siempre haciendo del policía incansable en su patética búsqueda de la verdad. Nadie ha dicho la verdad desde que el mundo es mundo. Además, ¿de qué le valdría a Bobbie la verdad ahora?

Vincent no dijo nada, contuvo la respiración. Sabía que le haría falta. La lucha estaba muy igualada; y tenía la convicción de que podía ganar. Se arrojó sobre Jack y le metió el pulgar en el ojo, obligándolo a echar la cabeza hacia atrás. Lanzó ambos brazos al costado del corso, rodeándolo, con tanta fuerza que le hizo perder el equilibrio, luego tomó impulso y le dio un empujón. Vince se revolvió sobre sí mismo, y de un impulso todavía mayor, como un velocista saliendo de los tacos, logró ponerse en pie y aferrarse a la barandilla. Cuando se revolvió para mirar a Jack lo vio tumbado de espaldas, con la mano izquierda se tapaba el ojo y en la derecha empuñaba aún el cuchillo. Lo sostenía en alto con la hoja hacia abajo, listo para dar la puntilla.

Vince avanzó rápidamente hacia el corso, levantó el pie derecho con la intención de estampárselo en la nariz y que esta le perforara el cráneo. Cuando el pie estaba ya en alto, a punto de caer con contundencia, Jack se apartó de la trayectoria con un giro en el último segundo. El pie de Vince bajó con fuerza y, al instante de plantar la bota en el

suelo, sintió que lo traspasaba algo candente. El corso estaba en cuclillas y con una fuerza inaudita le había clavado el cuchillo en el pie, atravesando el cuero, la carne, los tendones, el músculo y el hueso, dejándoselo anclado al suelo como si lo tuviera soldado. Jack se arrastró hacia atrás como una araña diabólica, luego volvió a ponerse en pie.

A Vince el dolor le nublaba la vista, y echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un aullido. Luego se sentó y, pese a que la hoja que tenía clavada en el pie le cortaba nuevos tendones con cada movimiento, agarró el mango de marfil con ambas manos, cerró los ojos, hizo una mueca que no era nada comparado con la que estaba a punto de arrancarle a su cara el dolor inminente, y de un solo movimiento sacó el cuchillo del pie. Por el agujero en el cuero negro empezó a manar la sangre candente, igual que lava de un volcán. Por fin, con el cuchillo asido firmemente en una mano, Vince se levantó, dispuesto a clavárselo a su enemigo.

Pero Jack había desaparecido.

Aunque empuñara el cuchillo, Vince sabía que no tenía nada que hacer frente el corso en aquel almacén sumido en la más completa oscuridad. Era su territorio, su tela de araña, y no faltaban objetos contundentes en los estantes para una mano avezada en el arte de matar como la de Jack Regent.

Un brillo metálico captó la atención de Vince en el suelo: era el mechero de oro. Se agachó para recogerlo, quitó la tapa y lo encendió. Prendida la llama, pasó el pulgar por las palabras grabadas: «Jack, Pour Toujours». Lo tradujo en silencio: «Para siempre, Jack».

Del fondo de la fosa llegaba el olor ácido de alguna combustión química, y no dudó en tirar el mechero encendido a aquel pozo negro. La llama entró en contacto con los vapores que subían y prendió al instante en una columna de fuego que llegó hasta el techo. El almacén de madera de la carpa empezó a arder; y el plástico negro que la cubría, a derretirse. Fue un acto impulsivo, ya que todo aquel almacén era un barril de pólvora gigante, literalmente. Vince estaba seguro de que por algún lado tendrían almacenada la dinamita y los tanques de gasolina. Pero no le importó una mierda, sabía que tenía que hacerlo: hacerle daño al corso, marrar la operación que tenía planeada. Y, con un poco de suerte, mandarlo al infierno a que hiciera compañía a Henry Pierce.

Vince avanzó por los pasillos tan rápido como podía. A la izquierda primero, luego a la derecha, otra vez a la izquierda, luego todo recto. El dolor del pie le martirizaba. Le subía por la pierna, le llegaba hasta el estómago, le estallaba en el pecho y se abría paso ardiendo por las paredes de su esófago. Era un dolor que aumentaba a una marcha atroz con cada paso, que lo mareaba y no le daba tregua. Vince se preguntaba cuánto tardarían sus defensas en aparecer, ponerse al mando y echar fuera de su cuerpo aquel trauma que lo invadía por dentro. Cerró los ojos e imaginó que lo colmaba el cauce natural de la anestesia generada por su sistema inmunológico, adormeciendo el dolor lacerante que sentía en el pie, congelando los ácidos gástricos que le danzaban en el estómago y dándole sosiego a las sienes, que parecían estar a punto de estallar. La estrategia funcionó: al abrir los ojos, halló la escalera a unos metros de él. Sintió el calor a sus espaldas y miró hacia atrás. El fuego devoraba el pasillo que acababa de atravesar, las

llamas crecían espasmódicamente y quemaban todo lo que hallaban a su paso.

Las explosiones se multiplicaron cuando las llamas alcanzaron los cohetes y cartuchos de fuegos artificiales, que salieron disparados en todas direcciones con estallidos y tracas. A Vince le ahogaba el humo negro y punzante, y al final tuvo que tirar el cuchillo y taparse la boca y la nariz con ambas manos. Cerró los ojos y se abrió paso a ciegas por el pasadizo, avanzando todo lo rápido que podía hasta que por fin alcanzó el hueco de la escalera. El calor que rugía a sus espaldas era como un combustible que lo impulsaba hacia delante, lo llevaba a la libertad. También el fuego, al igual que Vince, buscaba huir hacia el oxígeno que le hacía falta para respirar. A tientas, encontró el pasamanos de la escalera. Sin dejar de agarrar en ningún momento aquel listón que lo sacaría de allí, bajando a la pata coja, llegó a la planta baja, fue renqueando hasta donde estaban los interruptores y dio las luces. Las enormes bombillas despertaron a la vida por última vez, antes de sucumbir entre las llamas. Y Vince echó un vistazo al almacén antes de salir de allí.

No había señal de Jack por ninguna parte. Solo fuego.

Abrió la puerta y salió a la pequeña explanada que había delante del almacén. La lluvia lo azotó en la cara, lo refrescó y lo limpió, llevándose el rancio olor de lo caduco que abarrotaba todos aquellos estantes, el de los componentes químicos en la fosa negra, y el hedor a descomposición que emanaba de la muerte de Henry Pierce.

El Cadillac seguía aparcado fuera. Estaba más cerca que su coche, y le vendría bien conducir uno automático según tenía el pie. Las llaves seguían puestas. Vince se metió dentro y estuvo unos instantes allí sentado, recobrando el aliento, intentando orientarse. Giró la cabeza y miró al almacén, en cuya fachada se destacaba con un brillo anaranjado el ventanuco redondo, como el disco giratorio del sol. Sonrió. ¿Jack, *pour toujours*? Ya nunca más.

Vince no había conducido un coche automático en la vida, pero parecía fácil, pensó, como ir en un coche de choque. Colocó a su altura el espejo retrovisor para comprobar los daños sufridos. Y lo vio. Su nariz no estaba rota, no tenía manchas de sangre. La mata de pelo negro había perdido el lustre y le habían salido algunas canas. El ceño, sin embargo, todavía le daba a su expresión una indudable sensación de firmeza, de gravedad en la mirada. Puede que también le hiciera parecer un poco cadavérico, sobre todo por los pómulos prominentes. Diría que tenía la piel más tostada, y ya había perdido la suavidad de la primera juventud. Reconoció en el espejo la forma de la boca, pero los labios le parecieron de pronto menos carnosos. Una mano se elevó hasta el labio de abajo, tiró de él con el dedo índice y el pulgar, y dejó al descubierto dos hileras simétricas de dientes fuertes y derechos de color marfil. Y allí, en la parte interior del labio, en tinta negra, había un tatuaje de la cabeza del moro.

Vince sintió que un brazo lo rodeaba y lo sujetaba con fuerza y que una mano apoyaba en su garganta una navaja de afeitar con mango de marfil.

—Ya te sabes el camino. Venga, conduce —le ordenó el corso.

Vince sabía dónde quería ir Jack, en busca de Bobbie, y también sabía que no podía llevarlo allí. Apartó los ojos del corso. Giró la llave, encendió el motor y accionó el

mando del cambio automático. Pisó hasta el fondo con el pie derecho y el coche arrancó con una sacudida. Como consecuencia del impulso, la hoja de la navaja le rozó la piel. Vince miró por el espejo retrovisor, vio que tenía sangre en la nuez. Jack entrecerraba los ojos, las patas de gallo se confundían con las arrugas profundas que le enmarcaban los pómulos.

—Es la primera vez que conduzco un coche automático. —Por más que fuera cierto, al mismo Vince le sonaba a manida excusa. Jack no se pronunció.

Vince echó el cuerpo hacia atrás en el asiento y la navaja hizo lo propio. Condujo en línea recta, ganando velocidad, derecho hacia el muelle. Luego apretó el acelerador con fuerza y el coche dio un brinco hacia delante. Vince pisó el freno y el coche se detuvo con un chirrido. La navaja dio un salto hacia delante, y con el retroceso le rajó la barbilla. Luego cayó al suelo. Jack fue catapultado hacia atrás. Vince apretó a tope el pedal del acelerador. Jack se incorporó y fue a agarrar a Vince del cuello. Vince le mordió la mano con todas sus ganas (en el punto tierno entre el pulgar y el índice) y probó el sabor de la sangre de Jack. Vince tenía el pie en el acelerador. El muelle iba desapareciendo a toda velocidad por ambos lados, delante solo quedaba el mar. Vince abrió la puerta en el último instante y saltó del coche. Cayó al suelo con un golpe seco; sintió que algo parecido a un martillo le golpeaba la cabeza, luego una luz candente, luego vio las estrellas. El coche se precipitó en el mar.

Pese a lo dolorido que estaba, Vince arrastró el cuerpo hasta el borde del muelle y vio cómo desaparecían los alerones del Cadillac, igual que las aletas de un tiburón cuando se sumerge en el oscuro océano. Dos bocanadas, y al tiburón se lo tragó el agua.

Vince se levantó y respiró hondo para que el aire frío de la noche le colmara los pulmones, hiciera de lastre, y poder así seguir en pie. Se llevó una mano a la nuca, tocó algo cálido y de una consistencia que le pareció preocupante. La sangre rezumaba en ese punto, y era cálida, y pegajosa, y tenía un olor mareante. Se giró para volver cojeando a donde había aparcado su coche, pero el pie no le dolía tanto como antes, quizá porque le disputaban el protagonismo la nariz rota y la barbilla rajada. Prefirió no pensar en la fractura del cráneo.

Mientras caminaba con sorprendente facilidad por la pista de cemento del aparcamiento, oyó una explosión a sus espaldas. El fuego había devorado por completo el interior del almacén y se abría paso ahora a través de las ventanas del techo, levantando contra el telón de la noche un llamear de puños anaranjados. Le habría encantado quedarse a ver cómo sucumbía todo bajo las llamas, pero no tenía tiempo. Llegó al coche, sacó las llaves y se metió dentro. Respiró hondo, retuvo el aire en los pulmones y miró por el retrovisor. Ni rastro de Jack. Estaba solo. Arrancó y condujo despacio por la franja de asfalto que unía el puerto con la carretera de la costa. Cuando llegó a la cabina telefónica que había a la entrada, paró el coche.

Ray Dryden estaba acostado, pero le dijo a la telefonista que aceptaría la llamada de Vince. Este le expuso las líneas maestras del caso, le contó que Duval y Tobin estaban detrás del cadáver que había aparecido en la playa. Duval tenía filmado el crimen. Y que sospechaba también del doctor Hans Boehm, el psiquiatra que lo atendió tras el coma.

Según Vince, el médico era el punto débil de toda la trama, y acabaría delatando a todo el mundo si lo presionaban. Por último, le dijo que Jack Regent estaba muerto.

Ray quería más detalles, pero Vince tenía prisa, así que prometió llamarlo cuando llegara a casa.

Vince colgó, respiró hondo y llamó a Bobbie tal y como había prometido. Quería decirle al menos que estaba bien. Decirle...

—Seaview Hotel.

—Soy el detective... —No, ya no era eso, lo había sido, sí, pero en su vida pasada—. Vince... Vincent Treadwell. La señorita me está esperando en el bar. Puede decirle que...

—Ah, sí. Pero, señor, ella ya no está aquí.

—¿Cómo dice? —exclamó Vince alarmado.

—Dijo que tenía que irse a casa.

—¿Cuándo?

—La recogió un taxi hará unos diez minutos.

—¿Adónde... adónde dijo que iba?

—Habló de que había olvidado algo... un álbum de fotos, creo recordar.

Bobbie no lograba olvidarlo. Llevaba un rato sentada en el bar ante una copa de brandy, con la maleta al lado. Intentaba vaciar la mente y dejar atrás el pasado, pensar solo en el futuro junto a Vincent. Pero era el pasado el que no la dejaba a ella; tiraba hacia atrás una y otra vez.

Y en el pasado estaba ahora, sentada en el suelo del apartamento, rodeada por todas partes del mundo de Jack Regent: los cuadros de reputados artistas colgando en las paredes, los muebles de anticuario, los libros y el pasado. El pasado que ella se había inventado para poder vivir estaba entre las gastadas páginas del álbum. Mientras las pasaba, oía voces que la llamaban. Las imágenes de la familia tomaron cuerpo ante sus ojos, igual que una película ambientada en un mundo ficticio y feliz. La gran casa de campo en New Forest, los caballos hozando en la hierba frente al establo; los labradores, husmeando en el jardín. Su madre, directora de la escuela del pueblo, con aquella sonrisa de felicidad. Casi nunca llevaba maquillaje, a veces un poco de carmín en los labios para resaltar la boca grata a la vista, cuando iba con el padre a la ciudad para ver un espectáculo. Y allí salía el padre en otra foto, un médico rural de rostro amable; remangado para la tarea en el jardín el fin de semana, tan ocupado siempre entre sus plantas. Su padre de verdad...

La puerta del edificio no estaba cerrada con llave y él entró en el hall completamente a oscuras. Dejó atrás el ascensor, con aquellas puertas tan antiguas, y que además estaba averiado. ¡Precisamente ahora, cuando más falta le hacía! Era en las escaleras donde el pie hinchado más se hacía notar. Nivelaba el peso con el pie bueno en cada escalón y luego dejaba caer el otro con un golpeteo muy característico...

Dicen que la hora más negra de la noche es justo antes del amanecer; la más tranquila sí que era. Como si un vastísimo silencio cupiera destilado y comprimido en un único instante. Y ella lo oyó en ese preciso instante, tal y como lo había oído otras veces. Los pasos desiguales de la pesadilla subían por la escalera. Y ahora ya sabía quién era, quién era realmente, quién había sido siempre. Y sabía qué pasaría cuando se abriera la puerta y él entrara. Dejó el álbum de fotos sobre su regazo. Ya nada podía hacerle daño porque estaba muerta. Murió la noche en la que el hombre aquel subió las escaleras y se la llevó... Murió, ¿verdad que sí? Henry Pierce, siguiendo órdenes tuyas, la había matado, ¿verdad que sí?

Todavía le salía sangre de la herida. Con cada nuevo paso manaba por el cuero agujereado igual que lava derretida. Se agarró a la barandilla; para fijar la atención, miró la decoración del forjado: querubines y sátiros bajo pátinas doradas. Tiró de sí mismo hacia arriba apoyándose en el frío pasamanos resplandeciente. Lo asía como si fuera una cuerda que lo ayudara a ascender aquella montaña. La adrenalina, el miedo, el odio, la misma respuesta física de su cuerpo al entrar en batalla y el gozo de saberse victorioso contra los monstruos de su pasado, todo aquello había hecho de anestésico. Pero ahora que los efectos se desvanecían, sentía otra vez el dolor, sin tregua ni piedad. Empezaba en el pie, le recorría todo el cuerpo y llegaba con un retortijón hasta la frente. Se volvía insoportable por momentos. Hasta lo dejó sin voz. La habría llamado, pero no quería que ella lo viera así, tan débil, vapuleado y sin aliento. Tenía que acumular fuerzas para estar con ella. Ese era su trabajo ahora. Tenía que llevársela de allí y cuidar de ella. Vince sabía que las cosas habían cambiado; que ellos dos habían cambiado. Pero ella no sabía cuánto: solo sabía la mitad de todo...

Ella cerró los ojos, meneó la cabeza como con un espasmo, intentaba apartar así aquellas pisadas de su cabeza. Pero seguían acercándose, una tras otra, implacables. Cuando abrió los ojos de nuevo, su mirada se posó en el brillo de un objeto metálico tirado en mitad de la estancia entre una pila de astillas negras...

Cuatro pisos después ya estaba en el último descansillo. Fue avanzando con pasitos cortos, pues una parte de él no quería llegar nunca a la puerta, no quería tener que verse cara a cara con Bobbie. Creía que, aunque no le dijera la verdad, ella la vería en sus ojos. Una cosa que los hombres como Jack jamás entendían era que la verdad no se puede ocultar. La verdad vive y respira y hay que contarla.

Pero ¿y aquel crimen de 1939, la madre de Bobbie y... y su amante? ¿No merecían acaso también ellos la verdad? ¿No merecían que alguien escribiera su historia para que no cayera en el olvido? ¿Para que se supiera la verdad sobre su doble asesinato? Tal y como Vince le había dicho a Bobbie nada más conocerla, «la gente no desaparece sin más. Se ocultan en alguna parte, y luego nosotros damos con ellos». Todavía era detective de policía.

Por fin estaba ante la puerta; antes de entrar puso el oído atento por si llegaban ruidos de dentro. Solo oyó su propia respiración, en un pequeño jadeo que se apagaba. Vio que tenía la camisa empapada de sangre a consecuencia de la nariz rota y del tajo en la barbilla. Se pasó la mano por el pelo, y al llegar a la coronilla notó que tenía sangre allí también. Se le nubló la vista. Sintió el sudor que le recorría los muslos. Cada vez le costaba más respirar...

Ahora ella estaba de pie, con la pistola en las manos. La sostenía firmemente, estaba decidida, despierta ya del todo. Apuntó a la puerta. ¿Funcionaría si apretaba el gatillo? Vincent le dijo que no debía hacerlo... pero no le quedaba otra opción. Respiraba acompasadamente. Con calma. Sabía qué tenía que hacer, y amartilló el arma...

La manilla de la puerta giró.

Ella vio cómo se abría muy despacio. Ni siquiera quería verle la cara. Apretó el gatillo.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Tres disparos. Tres balazos incrustados en la parte central de la puerta. Le zumbaban los oídos. Las explosiones sonaron tan fuerte que el estruendo se multiplicó por toda la estancia, con un eco atronador que recorrió el apartamento como si buscara un hueco por el que salir. Un olor a cordita y sulfuro lo envolvió todo; le picaban los ojos, y se le llenaron de lágrimas. Absorbió con el cuerpo el retroceso del arma y retuvo la posición, lista para disparar otra vez si era necesario.

—¡No! ¡Oh, Dios mío, no! —gritó al verlo.

Vincent entró tambaleándose por la puerta. Cayó al suelo. Bobbie dejó caer la pistola y corrió a su encuentro. Sostuvo el cuerpo malherido del joven detective y acercó su cara a la suya, llenándolo de besos. Así le lavaba la sangre, lo purificaba con sus labios, intentaba aliviarle el dolor. Prorrumpió en un llanto sordo y asomaron gruesas lágrimas que le nublaban la vista.

—Pensaba... pensaba que era él, Vincent.

Vince le puso el dedo índice en los labios.

—Se ha ido, Bobbie. Se ha ido para nunca volver. —Vince parpadeaba, dilataba y contraía las pupilas, luchaba por seguir consciente.

—Bésame. Por favor, bésame —dijo ella, llenándole la cara de lágrimas, lavándole la sangre allí donde caían.

Levantó la mano hacia ella, le recorrió el perfil con los dedos: las cejas negras y finas, la punta de la nariz, el contorno de los labios. Él le sonrió con una sonrisa que buscaba consolarla, tranquilizarla y transmitirle una rara serenidad.

—Todo ha terminado, Bobbie, se ha ido... Escúchame, Bobbie, todo ha terminado. Todo ha terminado, nena. Nadie podrá hacerte daño nunca más. Ya no necesitas las fotos.

Vincent se fijó en la raíz oscura de su melena rubio platino. Luego la miró a los ojos, bajó la vista hacia el hoyuelo en la barbilla, no tan pronunciado como el de su padre, pero en el mismo sitio; vio los labios carnosos y la atezada piel. Aquella era la cara, la cara que reconoció nada más verla. Una cara que conocía desde pequeño. ¿Sabía ella

quién era su padre? ¿Sabía acaso la verdad? ¿Alcanzaría a ver la verdad... alcanzaría a ver la verdad en los ojos de Vince?

Los ojos de Vince se cerraron, perdió el conocimiento y él también se fue.

Bobbie lo sostenía en sus brazos, le besaba con ternura la frente. Solo estaba dormido, se dijo a sí misma. Y muy pronto también lo estaría ella. La pesadilla había terminado. La nana reverberaba en su mente. Le dolía el cuerpo, y los ojos de tanto llorar. Una especie de resignación la invadía por dentro y el cansancio recorrió cada uno de sus músculos. Y supo, como había sabido siempre, que el dolor cedería bajo los pliegues lánguidos del sueño que lo anestesiaba todo.

Bobbie cogió la pistola, la sostuvo con ambas manos... y estaba a punto de meterse el cañón en la boca...

Cuando lo oyó otra vez. Los pasos desiguales en las escaleras. Pero sonaban más rápidos ahora, con más firmeza al pisar.

El pie izquierdo estaba torcido. Un pie equinovaro. Cojeaba un poco al andar, pero el pie deforme con el alza en el zapato no le hacía más lento, ni se veía por ello impedido en sus menesteres. Era en las escaleras donde el pie hinchado se hacía notar más, por la forma en la que nivelaba el peso con el pie bueno en cada escalón y luego dejaba caer el otro con un golpeteo muy característico...

Pero ahora la encontraba despierta, alerta, preparada. Se puso en pie delante de Vince, protegiéndolo, siempre lo protegería. La puerta, fuera del quicio, estaba entornada. Bobbie sujetó la pistola, caliente todavía tras la última descarga...

Vio cómo giraban la manilla de la puerta.

Con el aplomo de un asesino a sueldo bien experimentado, Bobbie tomó la posición de matar. Apuntó, acariciando el gatillo con el dedo índice.

La puerta destrozada se abrió despacio, rayó el suelo barnizado y provocó un chirrido estridente...

Suavemente, ella amartilló el arma con el pulgar hasta que el disparador encajó en su sitio sin hacer ruido.

El pie hinchado cruzó el umbral.

Una sonrisa, muy parecida a una boca que besa, curvó los labios de Bobbie, y apretó el gatillo.

Sonó un clic... luego otro... y otro.

Epílogo

El detective

Tres semanas más tarde. En un sanatorio privado en la campiña del condado de Kent.

—Y entonces perdí el conocimiento.

—¿Y eso es todo lo que recuerdas?

—Eso es todo lo que recuerdo, Ray.

—¿Nada más?

Vince intentó ahogar un gruñido de aburrimiento que Ray no percibió. Lo había contado una y otra vez desde que volvió en sí en aquel sanatorio privado de la campiña de Kent, donde llevaba tres semanas ingresado. Pero sabía que Ray Dryden, como todo detective que se preciara, buscaba siempre información, hallar respuesta a todas las preguntas, así que Vince se armó de paciencia y repitió:

—Nada más.

Ray sonrió de oreja a oreja.

—Entonces, Vince, esto te va a encantar. Dame un segundo.

Ray montó la película en el proyector portátil que trajo desde Londres. Había desplegado en la pared una sábana blanca que una enfermera tuvo la amabilidad de prestarle para que hiciera de pantalla.

Vince estaba sentado en la cama, en una habitación solo para él, con una agradable vista del lago y los patos y cisnes yendo de un lado para otro sobre el agua. Era la misma habitación, en el mismo sanatorio, en la que había pasado un mes convaleciente la vez anterior. Como si viviéramos todo dos veces: la primera en forma de tragedia; la segunda, de comedia. Vince no estaba tan seguro del lado cómico, pero sí de la ironía que encerraban los acontecimientos esta segunda ocasión. El golpe, relativamente leve, que recibió en el Soho lo dejó tres semanas en coma. El trauma encefálico que sufrió después, y que lo dejó con el cráneo abierto, requirió una operación de cuatro horas en la que le pusieron una placa de acero para reemplazar una parte del hueso que había perdido. Cuando se pasó el efecto de la anestesia, estaba grogui; pero pudo ponerse en pie y caminar a los pocos días. Le habían operado la nariz y la tenía como nueva. Hubo que darle puntos en la barbilla, y le quedaría de por vida una pequeña cicatriz vertical. Las enfermeras le dijeron que le hacía más sexy, pero cada vez que se miraba al espejo le recordaba demasiado a Jack. No obstante, teniendo en cuenta cómo había quedado tras la operación, Vince estaba contento: nada de migrañas, ni sensación de náusea. Y sobre todo, nada de pastillas y mentiras como las que le administraba el loquero aquel, el tal doctor Hans Boehm. Y, gracias a que se sentía completamente lúcido, había podido

reconstruir con bastante fidelidad la secuencia de los hechos que lo habían llevado a aquella cama en el sanatorio esta vez.

Los tres disparos atravesaron la puerta y Vince vio pasar las balas, que se incrustaron en la pared de enfrente. Él estaba apoyado en la jamba de la puerta, doblado en dos por el dolor, intentando no perder el conocimiento. Lo siguiente que recordaba era estar en brazos de Bobbie. También recordaba lo que hablaron, que él le dijo que todo había terminado, que Jack estaba muerto y ella ya no tenía nada que temer. Y luego... luego lo siguiente que recordaba era despertar en el sanatorio tres días más tarde. La primera cara que vio fue la de Ray. La primera frase que salió de su boca: «¿Dónde está Bobbie?».

Aquel día, nada más volver Vince en sí, Ray se removió inquieto en la silla, sonrió intentando ocultar los nervios y luego le contó a Vince que Terence Green-John, tras seguir su consejo y largarse de allí nada más darle el aviso sobre la presencia de Jack en el puerto, había vuelto a Cambridge y a sus estudios. Vince se alegró de saber que el joven reportero estaba sano y salvo, pero entendía que Ray le estaba dando largas y repitió la pregunta: ¿Dónde estaba Bobbie?

Ray le dio la mala noticia. Bobbie había desaparecido. Lo que pasó no estaba nada claro. Vince tenía la convicción de que Jack se había ahogado en el Cadillac, pero tuvo que admitir que no había visto al corso expirar su último aliento. Ray confirmó las relaciones de Jack con un poderoso clan del Sindicato Corso que formaba parte de un cártel internacional de tráfico y distribución de heroína.

Pero lo único que le preocupaba a Vince era Bobbie. Ray le contó que a él lo hallaron inconsciente en el apartamento, con la camisa llena de sangre de las heridas que recibió, y que había tres agujeros de bala en la puerta, por lo que al principio pensaron que le habían disparado y estaba muerto. Y según Ray, quizá Bobbie pensó lo mismo; incluso pudo llegar a creer que era ella la que lo había matado, por lo que habría huido de allí.

Vince creyó la primera parte de la historia al oírse la a Ray. Quizá Bobbie pensara que lo había matado. Lo oyó subir las escaleras cojeando, y el pie herido de Vince le haría pensar que se trataba de Jack y su cojera, unos pasos que habría oído antes miles de veces. La pesadilla que subía de nuevo escalón a escalón. Pero Vince no se tragó la segunda parte de la historia. O, al menos, no quería creerlo. Aceptar que Bobbie fuera capaz de dejarlo allí...

—Vale, Vince, empieza el show.

Ray corrió las cortinas y apagó la luz. Había preparado la película para que la proyección empezara en esos minutos finales que Vince todavía recordaba aquella noche en el Soho. Cuando el proyccionista entró en el cuarto y cerró la puerta. Antes de perder el conocimiento...

En la pantalla, Vince ve que la figura del corpulento encargado del proyector aparece en la puerta y entra en el cuarto. Está demasiado oscuro para que Vince le vea la cara. Sucede un intercambio de palabras entre ellos. El proyccionista le lanza a Vince un directo que impacta en la mandíbula del joven detective. Un golpe rastrero que tira a Vince contra las estanterías llenas de rollos de película. Caen latas redondas al suelo. El proyccionista da un paso hacia Vince y le lanza certeros puñetazos al cuerpo. Vince los

encaja, y luego pasa al ataque con un potente gancho de izquierda. El otro cae como un árbol de grandes ramas, con los brazos extendidos. En la caída se lleva por delante el maldito proyector, justo lo que iba a hacer Vince cuando el otro entró en el cuarto. Queda hecho pedazos en el suelo. El proyeccionista intenta ponerse en pie, pero Vince cae de rodillas encima de él. Vince toma impulso con el puño dispuesto a...

Ray congeló la imagen.

—¿Te suena esta toma?

Vince asintió. Ray había parado la película justo en el fotograma que vio en casa de Bobbie.

Ray volvió a poner en marcha el proyector.

El puño de Vince cae sobre el proyeccionista, pero este mueve la cabeza y el detective yerra el golpe. Vince va a golpearlo otra vez y vuelve a fallar...

Ray detuvo otra vez el proyector y se echó a reír.

—¡El duro de Vince Treadwell no logra dar ni un solo puñetazo en el blanco!

Ray puso en marcha el proyector una vez más.

Eddie Tobin y Lionel Duval aparecen en la puerta del cuarto de proyección. Duval sostiene la cachiporra en una mano y golpea con ella a Vince en la cabeza. Vince intenta levantarse, pero Tobin lo golpea de nuevo y cae al suelo. Está inconsciente. El proyeccionista se levanta y empieza a darle patadas a Vince en las costillas. Tobin lo aparta. Entonces Tobin, Duval y el proyeccionista empiezan una animada conversación que se convierte enseguida en una riña subida de tono; dedos acusadores señalan a unos y a otros. El proyeccionista sale hecho una furia del cuarto. Tobin y Duval se miran, luego salen detrás de él.

Ray paró la película.

—No le tocaste ni un pelo de la cabeza; no hablemos ya de matarlo...

—¿Y qué pasó después?

—Lo que pasó después fue que dispararon al proyeccionista, desgraciadamente fuera de cámara. Hicimos como tú dijiste, y fuimos primero a por el doctor Hans Boehm. Empezó diciendo que solo veía esas películas para sus investigaciones científicas. Pero tenías razón, Vince, fue el que tiró de la manta. Estaba muerto de miedo. Hicimos una redada en casa de Duval, hallamos pilas y pilas de películas a buen recaudo. Hay metraje de las fiestas que daba, y de las cabinas privadas en el club, como para tener acojonado a medio Parlamento durante muchos años.

—¿Y quién mató al proyeccionista?

—Sabemos qué pasó, pero no quién lo hizo. Tobin y Duval se acusan mutuamente. Primero pensamos que lo hizo Tobin, pues al fin y al cabo él era el matón. Pero luego descubrimos que Duval tiene en su casa una colección de armas de fuego que es una monada. Fuera como fuese, tenían que deshacerse del proyeccionista porque, en cuanto este se enteró de que eras poli, le entró miedo y quiso desentenderse de todo. Tobin y Duval no podían permitir que saliera por la puerta como si tal cosa, con todo lo que sabía; así que lo silenciaron para siempre. De un disparo. Tal como dijiste, dejaría poco rastro, no tenía amigos ni familia.

—¿Y ya solo quedaba yo?

—Duval quería tirarte por las escaleras, que pareciera un accidente. Parece ser que Tobin se puso un poco nervioso al oír el plan.

—¿Por lo bien que le caigo? ¿O porque sabía que, una vez los de homicidios empezaran a tirar del hilo y echar mano del forense, todo acabaría saliendo a la luz?

—Más bien lo segundo, me temo. Tobin tiene ya mucha experiencia y sabe que estas cosas no se pueden improvisar, hay que cubrir todos los ángulos. Así que te taparon la nariz y la boca con un trapo empapado en cloroformo mientras discutían qué hacer contigo abajo, en la oficina de Duval, ante un vaso de whisky. Duval vio la película y le gustó lo que vio. Entonces se le ocurrió la idea genial. Si podía desaparecer el proyccionista, como si nunca hubiera existido, ¿por qué no hacer desaparecer también todo lo demás, como si tampoco hubiera existido nunca? El cine, las películas, todo. Se desharían de todas las pruebas.

Vince sonrió.

—Mi palabra contra la de ellos dos: la de un policía con experiencia, a punto de retirarse y con una hoja de servicio impecable, y la de un influyente hombre de negocios con contactos en las altas esferas.

—Más una película que apoyaba su teoría. Si tú empezabas a ganar adeptos para la tuya, te enseñarían esas imágenes. No todas, claro está, solo las del principio y las del final, pero lo suficiente para convencerte de que fuiste tú el que mató al proyccionista. Con el aliciente de que así tenían a dos polis en el bolsillo.

—¿Y ahí es donde entra el doctor Hans Boehm?

—Exacto. —Ray sonrió—. Se les apareció la Virgen cuando caíste en coma. Según Boehm, lo probó todo contigo: drogas, hipnosis..., pero no te bajabas del burro con tu versión de la historia.

—No era ningún burro, Ray —dijo Vince—. Era solo la verdad.

Recordó las sesiones de hipnosis con Boehm; las películas para inducirle el sueño que le ponía por las noches. Boehm defendía que aquello le abriría la mente y que entonces la verdad saldría ella sola a flote. Vince comprendía ahora que lo que intentaba hacer Boehm era enterrar la verdad, enfangar todo lo que había presenciado en aquel cuarto, anularle los recuerdos, sumirlo en la descreencia y, en última instancia, en la locura.

—Perdona que dudara de ti, Vince.

—Olvídalo. Algo de cierto había en lo que dijo Boehm, sin embargo. Por eso dudaba yo también. Porque la verdad es que sí quería matar al proyccionista por poner a aquella chica en la pantalla. Y si mis ojos se hubieran acostumbrado a la oscuridad en aquel cuarto, quizá lo habría logrado.

—Pero eso no fue lo que hiciste, Vince. En vez de eso, abriste el caso. Hemos seguido la pista a varias chicas, y está claro que las drogaban y luego las violaban. ¿Sabes?, cuando vi esas películas, a mí también me entraron ganas de matar al proyccionista; y a Duval y a todos ellos. Pero hay más noticias. —Vince levantó la mirada expectante hacia Ray—: Eddie Tobin se ahorcó ayer en su celda.

Vince apartó la mirada consternado. No por la suerte que había acabado corriendo

Tobin, sino porque no eran esas las noticias que esperaba oír. Así que le prestó escasa atención al suicidio de su excompañero. Además, no lo sorprendía: había pocas cosas más duras para un policía que acabar en chirona. Eddie se había retirado una vez más, esta para siempre.

—¿Y de Bobbie no hay noticias?

Ray se encogió de hombros. Vince creyó ver en aquel gesto que le ocultaba algo, así que repitió la pregunta:

—Venga, Ray, ¿alguna noticia?

—Alguien ha visto a una chica que se ajusta a su descripción... pero no es un indicio nada sólido.

—¿Iba con alguien?

—Con un hombre, Vince, pero eso tampoco es ningún indicio.

—¿Un hombre mayor que ella?

—No lo sabemos. Y si me vas a preguntar si tenía un pie torcido, te diré que eso ni lo menciona la fuente.

—¿Y dónde la vieron?

—En Roma. —Ray fue hacia la improvisada pantalla y empezó a desmontarla.

Vince sonrió ante la idea de Roma, escenario de la última transformación de Bobbie: *La Dolce Vita*. Pero ¿y si de verdad estaba con Jack? Sabía que Jack Regent quedaba ahora dentro de la jurisdicción de la Interpol, crimen internacional. Así que él no tenía ningún derecho a ir tras ellos. O al menos eso se repetía a sí mismo una y otra vez.

Aquella noche, en el apartamento de Bobbie, desfallecido en sus brazos, mientras ella le besaba la cara restañándole la sangre, todo parecía una escena de otra época. Y el destino de la chica también. Quedaba fuera de su alcance, alejada en cuerpo y alma de su ser. El destino forjado para ella tenía proporciones bíblicas, y su condena o su perdón parecían estar solo al alcance de Dios. Si es que existía; y Vince no creía en su existencia. No vio señales de otro mundo, más bondadoso y más justo, en los hados que se cernían inexorablemente sobre ella. Y en aquel momento, antes de cerrar los ojos, supo que Jack tenía razón: contarle la verdad sería destruirla. Porque nunca lograría superar tanto dolor; y tendría que vivir con ello para siempre. Era un secreto que corría a cada instante por sus venas, lo tenía incrustado en los huesos, en lo más hondo de su carne, dando forma a cada fibra de su ser. Para sobrevivir, eso lo sabía Vince, Bobbie tendría que reinventarse, como había hecho antes, una y otra vez y luego otra...

En la mesilla descansaba el viejo álbum de fotos. Vince lo había pedido, pues tenía la sospecha de que Bobbie lo habría dejado atrás en su huida. Mientras lo miraba, recordó la tienda de antigüedades en los Lanes, donde habló con Max Vogel de la obra de Jacob Radlington y aquel crimen brutal representado en su pintura.

—Detective, ¿puedo cambiar las tornas y hacerle yo a usted una pregunta?

—Adelante.

—¿Sabe usted quién es? —preguntó Vogel.

Vince se puso tenso.

–¿Qué quiere decir con eso?

–¿Sabe usted quién es en ese cuadro? ¿Qué posición ocupa en esa escena, señor Treadwell?

–Detective Treadwell.

–Perdone, detective.

–Sí, lo sé. Yo estoy en la puerta. A punto de entrar ahí y romper en pedazos esa escena, y ponerle fin de una vez por todas.

Vince se paró a pensar en aquella respuesta suya tan contundente ante la mirada inquisitiva del anticuario; y cuando la dio supo que tenía sus dudas, que dudaba todavía de muchas cosas. Pero ahora podía permitirse esbozar una pequeña sonrisa, porque por fin el joven detective sabía exactamente quién era él en aquel cuadro.

Índice

Portadilla	2
Créditos	4
Dedicatoria	7
Agradecimientos	8
BESOS PARA LOS MALDITOS	9
Prólogo	10
1. Londres	15
2. Dios salve a la Reina	23
3. Brighton	29
4. Cuerpos	38
5. La dulce vida	51
6. Los modernistas	61
7. El arte	73
8. Albion Hill	83
9. Un día en las carreras	88
10. El Piel Roja	95
11. Oráculo	102
12. Pez espada	107
13. La dulce vida	120
14. El Sindicato Corso	129
15. El Gran Jefe de todos los tarados	134
16. El Holandés Gigante	140
17. Toc, toc	149
18. Un sindiós	153
19. Pobrecilla	161
20. El Cabeza	165
21. Una chica desnuda y una pistola	173
22. La Mujer Volcán	179
23. Servicio de habitaciones	185
24. Rock and roll	190
25. Un César de paja	203
26. Un fin de semana guarro	212

27. Muelles, maricones y maleantes	223
28. La gallinita ciega	226
29. El Blue Orchid	230
30. Los labios de Mae West	237
31. La mitad de todo	240
32. ¡Paf!	252
33. El almacén de accesorios más grande del mundo	259
34. La otra mitad	270
35. Bobbie y Vince, pour toujours	276
Epílogo. El detective	285